



MUERTE EN LA NIEVE

HAY AMISTADES QUE MATAN

LUCY FOLEY

B

MUERTE
EN LA NIEVE

Lucy Foley

Traducción de Mercè Diago



Para A.C., mi cómplice

*¿Deberían olvidarse las viejas amistades
y nunca recordarse?*

«Auld Lang Syne»,
canción tradicional escocesa,
letra de un poema de ROBERT BURNS

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

Veo a un hombre que se acerca bajo la nieve. De lejos, a través de la cortina blanca, se asemeja más a una especie de sombra que a un ser humano.

A medida que se aproxima, me doy cuenta de que se trata de Doug, el guardabosques.

Me percató de que intenta correr a toda prisa hacia la cabaña; sin embargo, la nieve que ha caído y sigue cayendo se lo impide. Tropieza a cada paso. Algo ha pasado. Lo sé, aunque no le veo el rostro.

Cuando está más cerca, atisbo sus facciones petrificadas por la conmoción. Conozco esa expresión. La he visto con anterioridad. Se trata de la expresión de una persona que ha sido testigo de algo terrorífico, de algo que trasciende la experiencia humana considerada normal.

Abro la puerta para que entre y lo hace acompañado de una ráfaga de aire gélido y de copos de nieve.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunto.

Durante unos instantes —un largo silencio— trata de recuperar el aliento; pero sus ojos cuentan la historia antes que su voz, una comunicación muda del horror.

Al final, habla:

—He encontrado a la clienta desaparecida.

—¡Ah, qué bien! —exclamo—. ¿Dónde...?

Niega con la cabeza y siento que la pregunta expira en mis labios.
—He encontrado un cadáver.

Emma

Tres días antes

30 de diciembre de 2018

Año Nuevo. Nos juntamos por primera vez desde hace mucho tiempo. Mark y yo, Miranda y Julien, Nick y Bo, Samira y Giles, su hijita de seis meses, Priya. Y Katie.

Cuatro días de invierno en una zona remota de las Tierras Altas de Escocia, Loch Corrin. Muy exclusiva: solo acogen a cuatro grupos al año; el resto del tiempo es una propiedad privada. Esta época, como es de suponer, es la más solicitada. Tuve que reservar prácticamente el día después del Año Nuevo pasado, en cuanto abrieron las reservas. La mujer con la que hablé me aseguró que, dado que nuestro grupo ocupaba buena parte del alojamiento disponible, tendríamos el sitio para nosotros solos.

Vuelvo a sacar el folleto del bolso: un tarjetón, de los caros. En él aparece un lago flanqueado por abetos y unas montañas al fondo, cuyas cimas —ahora probablemente nevadas— están tapizadas de brezo rojo. Según las fotografías, el hotel propiamente dicho, el nuevo Lodge, tal como se describe en el folleto, es una gran construcción de cristal, ultramoderna, creada por un arquitecto de renombre que recientemente diseñó el pabellón de verano de la Serpentine Gallery. Creo que la idea es que se funda con las aguas plácidas del lago, que refleje el paisaje y la silueta inquebrantable de la gran cumbre, el Munro, que se alza por detrás.

Cerca del hotel, empequeñecidas por él, se distingue un grupo reducido de

residencias que parecen estar apiñadas para mantener el calor: son las cabañas. Hay una para cada pareja, pero nos juntaremos para las comidas en el pabellón de caza, el edificio de mayor tamaño situado en el centro. Aparte de la Cena de las Tierras Altas de la primera noche —«un escaparate de productos locales y de temporada»—, cocinaremos nosotros. He pedido comida especialmente para mí, por lo que envié una larga lista por adelantado —trufas frescas, *foie-gras*, ostras...— para el banquete que tengo previsto preparar en Nochevieja y que me tiene muy emocionada. Me encanta cocinar. La comida une a las personas, ¿verdad que sí?

Esta parte del trayecto resulta especialmente espectacular. Tenemos el mar a ambos lados y, muy de vez en cuando, la tierra se desvía hasta tal punto que parece que basta un movimiento en falso para acabar cayendo por el precipicio. El agua es de color gris pizarra y está embravecida. En lo alto de un acantilado, las ovejas se juntan formando un grupo como si quisieran mantener el calor. Se oye el ulular del viento, que a menudo sopla enfurecido contra las ventanillas y hace que el tren se estremezca.

Me parece que todos los demás se han quedado dormidos, incluso la chiquitina, Priya. De hecho, Giles está roncando.

«Mirad —tengo ganas de decir—, ¡mirad qué bonito!»

He organizado este viaje, por lo que me siento un poco «responsable»: estoy preocupada por si la gente no se lo pasa bien, por si algo sale mal, pero también me siento orgullosa, desde ya, por los pequeños triunfos... como este, la belleza salvaje que se observa al otro lado de la ventanilla.

No me extraña que casi todos estén dormidos. Nos hemos levantado hoy muy temprano para coger el tren. Miranda estaba especialmente cruzada a esas horas intempestivas. Y luego todos se han puesto a empinar el codo, por

supuesto. Mark, Giles y Julien fueron a por el carrito de bebidas pronto, más o menos a la altura de Doncaster, aunque no eran más que las once de la mañana. Se emborracharon, se pusieron cariñosos y algo escandalosos (los ocupantes de los asientos contiguos no parecían molestos, sin embargo). Dan la impresión de ser capaces de recuperar una sincera camaradería a pesar de los años transcurridos y del tiempo que hace que no se han visto, sobre todo tras un par de cervezas.

Nick y Bo, su novio norteamericano, no están tan integrados en este club de jóvenes, porque Nick no formaba parte de su grupo en Oxford... aunque Katie ha dicho en alguna ocasión que hay algo más, cierta homofobia no declarada por parte de los demás chicos. Ante todo, Nick es amigo de Katie. A veces tengo la extraña impresión de que no le caemos especialmente bien, que nos tolera solo por ella. Siempre he sospechado que existía cierta frialdad entre Nick y Miranda, probablemente porque los dos tienen una personalidad fuerte. No obstante, esta mañana los dos parecían uña y carne, corriendo por el vestíbulo de la estación, cogidos del brazo, para comprar «sustento» para el viaje. Han regresado con una botella de Sancerre a la temperatura ideal, que Nick ha sacado de una bolsa isotérmica ante las miradas de envidia de quienes bebían cerveza.

—Nick quería comprar gin-tonics de esos en lata —nos dijo Miranda—, pero no le he dejado. Tenemos que empezar tal como lo pensamos continuar.

Miranda, Nick, Bo y yo tomamos un poco de vino. Incluso Samira decidió dar un trago en el último momento:

—Hay nuevos estudios que afirman que se puede tomar vino durante la lactancia.

Katie al principio hizo un gesto de negación con la cabeza, enarbolando una botella de agua con gas.

—Oh, venga ya, Kei-tiii —suplicó Miranda, con una sonrisa que desarmaba

mientras le tendía un vaso—. ¡Estamos de vacaciones!

Es difícil resistirse a Miranda cuando intenta convencerte de hacer algo, así que Katie lo cogió y, por descontado, dio un tímido sorbo.

El alcohol ayudó a relajar algo el ambiente; nos hicimos un poco de lío con los asientos al subir al tren. Todo el mundo estaba cansado y enfadado mientras intentábamos aclarar la confusión de mala gana. Resultó ser que uno de los nueve asientos de la reserva estaba, por alguna razón que se nos escapa, en el vagón contiguo. El tren estaba a reventar, la gente empezaba las vacaciones, por lo que no había posibilidad de cambio.

—Obviamente, es el mío —dijo Katie.

El caso es que ella va sola, ya que no tiene pareja. En cierto modo, puede decirse que en estos momentos es más intrusa que yo.

—¡Oh, Katie! —exclamé—. Me sabe muy mal... me siento como una idiota. No sé cómo ha podido pasar. Estaba convencida de haber hecho todas las reservas en el centro del vagón, para asegurarme de que íbamos todos juntos. El sistema debe de haberlo cambiado. Mira, ven y siéntate aquí... Ya iré yo ahí.

—No —contestó Katie, levantando la maleta con dificultad por encima de las cabezas de los pasajeros que ya habían tomado asiento—. No tiene sentido. No me importa.

Sin embargo, su tono sugería otra cosa. «Joder —pensé—. No es más que un viaje en tren. ¿Tanta importancia tiene?»

Los ocho asientos restantes estaban encarados entre sí con sendas mesas en medio en el centro del vagón. Justo detrás había una mujer mayor sentada al lado de un adolescente con varios *piercings*, dos personas que viajaban solas. No parecía probable que pudiéramos hacer algo para arreglar el desaguisado.

Pero entonces Miranda se inclinó para hablar con la señora, con su melena resplandeciente como el oro, y su magia surtió efecto. Me di cuenta de hasta qué punto encandilaba a la mujer: su aspecto físico, su acento cristalino, casi antiguo... Cuando se lo propone, Miranda resulta irresistible. Todo aquel que la conoce lo ha experimentado en sus carnes.

Oh, sí, aceptó la mujer, por supuesto que se cambiaba de sitio. Posiblemente se estuviera más tranquilo en el vagón contiguo.

—¡Ah! ¡Vosotros sois jóvenes! —comentó, aunque ya no lo seamos tanto en realidad—. Además, prefiero sentarme mirando hacia delante, la verdad.

—Gracias, Manda —dijo Katie con una breve sonrisa. (Sonó agradecida, aunque no es lo que su expresión transmitía realmente.)

Katie y Miranda son amigas íntimas desde hace muchos años. Sé que últimamente no se han visto mucho; Miranda dice que Katie ha tenido mucho trabajo. Y como Samira y Giles han estado reclusos en Bebelandia, Miranda y yo hemos pasado más tiempo juntas que nunca. Hemos ido de compras, hemos salido a tomar algo... Hemos cotilleado. He empezado a pensar que me ha aceptado como amiga, no solo como la novia de Mark, la última incorporación al grupo desde hace casi diez años.

En el pasado, Katie siempre estuvo ahí para usurpar mi sitio. Ella y Miranda siempre han estado muy unidas, hasta tal punto que, más que amigas, son casi como hermanas. Yo me he sentido excluida por ello en el pasado, por tanta intimidad e historia común. Parece que no hay espacio para una nueva amistad. Así pues, una parte secreta de mí está... ejem, más bien satisfecha.

Deseo de corazón que todo el mundo disfrute de este viaje, que sea un éxito. La escapada de Año Nuevo es todo un acontecimiento. Este grupo la ha hecho cada año, desde antes de que yo entrara en escena. Y supongo, en cierto modo,

que el hecho de organizar este viaje es un intento bastante lamentable de demostrar que realmente formo parte de él. De decir que por fin deberían aceptarme en el «núcleo íntimo». Cabría pensar que tres años, el tiempo que Mark y yo llevamos juntos, deberían bastar. Pero no. Todos se conocen desde hace mucho, mucho tiempo, desde Oxford, donde se hicieron amigos.

Tal como sabe cualquiera que se haya encontrado en esta situación, resulta difícil ser la última incorporación a un grupo de viejos amigos. Da la impresión de que siempre seré «la nueva», por muchos años que pasen. Siempre seré la última en entrar, la intrusa.

Vuelvo a mirar el folleto que tengo en la falda. Tal vez este viaje, que he planeado con tanto esmero, cambie la situación, demuestre que soy una de ellos. ¡Estoy tan emocionada!

Katie

Por fin estamos aquí. Sin embargo, siento un anhelo repentino de regresar a la ciudad. Me bastaría con mi mesa de despacho. La estación de Loch Corrin es tan diminuta que da risa. Un único andén y la ladera de una montaña cubierta de un gris acerado que se alza por detrás, cuya cima queda envuelta por nubes. El cartel, el típico de la compañía de ferrocarriles, parece de juguete. El andén está recubierto de una fina capa de nieve y no hay ni una sola huella que mancille el blanco immaculado. Pienso en la nieve de Londres, sucia casi en cuanto cae, pisoteada por miles de personas. Si necesitara alguna prueba adicional de lo lejos que estamos de la ciudad, sería esta: que nadie ha estado aquí para pisar la nieve y mucho menos retirarla. Totó, me temo que ya no estamos en Kansas. Hemos recorrido kilómetros y más kilómetros de campiña silvestre en el tren. No recuerdo la última vez que vi una estructura construida por el hombre antes de la estación, y mucho menos a una persona.

Caminamos con cuidado a lo largo del andén helado, entre la nieve caída se aprecia el destello del hielo negro, y dejamos atrás la minúscula estación. Parece absolutamente desértica. Me pregunto con qué frecuencia se usa la «sala de espera», con su cartel pintado y una optimista estantería con libros. Ahora pasamos junto a un pequeño cubículo con una hoja de cristal sucio: una taquilla o un minidespacho. Atisbo en el interior, fascinada ante la idea de que aquí en medio de la nada haya una oficina, y me llevo un ligero susto cuando me doy cuenta de que no está vacía. De hecho, hay una persona aquí sentada, en la penumbra. Solo distingo una silueta masculina: hombros anchos, encorvados y luego el brillo fugaz de sus ojos, que nos miran al pasar.

—¿Qué pasa? —Giles, que va delante de mí, se gira. Debo de haber emitido un sonido de sorpresa.

—Ahí hay alguien —susurro—. Un jefe de estación o algo así. Es que me ha dado un susto.

Giles mira por la ventanilla.

—Tienes razón. —Finge saludar con la gorra imaginaria de su cabeza calva—. ¡A los buenos días! —dice con una sonrisa. Giles es el payaso del grupo: encantador, bobo, tanto que a veces se pasa.

—Eso ya no se dice, tonto —dice Samira con cariño. Estos dos lo hacen todo con cariño. Nunca soy tan consciente de mi soltería como cuando estoy con ellos.

Al comienzo, el hombre de la caseta no responde. Y luego, lentamente, alza una mano a modo de saludo.

Un Land Rover ha venido a recogernos: está salpicado de barro y es un modelo antiguo. Veo cómo se abre la puerta y se apea un hombre alto.

—Debe de ser el guardabosques —dice Emma—. En el mensaje de correo electrónico dijo que vendría a recogernos.

Yo pienso que no tiene pinta de guardabosques. Pero ¿qué me había imaginado? Creo que tal vez esperaba que fuera mayor. Aparenta nuestra edad. Por su corpulencia, sus hombros, su altura, es evidente que se pasa la vida al aire libre; además, su pelo oscuro alborotado le da un aspecto salvaje. Cuando nos da la bienvenida con un suave murmullo, parece que se le quiebra la voz, como si no la usase demasiado.

Veo que nos repasa con la mirada y creo que no le agrada lo que ve: el Barbour impecable de Nick, las botas de agua Hunter de Samira, el cuello de piel de zorro de Miranda. ¿Es eso una mueca de desdén? Si es así, a saber lo

que opina de mi ropa de ciudad y mi maleta con ruedas. Apenas he pensado en lo que metía en la maleta porque estaba muy distraída.

Veo que Julien, Bo y Mark intentan ayudarle con el equipaje, pero él los aparta discretamente. A su lado, parecen colegiales en su primer día de curso. Seguro que no les gusta sentirse así.

—Supongo que tendremos que ir en dos tandas —dice Giles—. No es seguro que vayamos todos ahí a la vez.

El guardabosques enarca las cejas.

—Como queráis.

—Las chicas primero —dice Mark, intentando mostrarse caballero—. Nosotros nos esperamos.

Espero, temerosa, que no haga alguna broma acerca de que Nick y Bo son chicas honorarias. Por suerte, parece que no se le ha ocurrido o que ha conseguido morderse la lengua. Hoy estamos todos de lo más amables unos con otros, en modo tolerante para pasar unas vacaciones entre amigos.

Hace siglos que no estamos juntos así, probablemente desde la última Nochevieja. Siempre se me olvida cómo retomamos con rapidez y facilidad nuestros viejos roles del pasado, los que siempre hemos tenido dentro del grupo. Para Miranda y Samira, mis excompañeras de piso, yo soy la introvertida, y ellas, las extrovertidas del grupo. Vuelvo a mi antiguo ser. Nos pasa a todos. Estoy convencida de que Giles, por poner un ejemplo, no es tan payaso en el departamento de urgencias del que es médico titular. Subimos en el Land Rover como podemos. El habitáculo huele a perro y a tierra mojada. Imagino que es a lo que olería el guardabosques si nos acercáramos lo suficiente a él. Miranda va en el asiento del copiloto, a su lado. A menudo percibo su olor intenso y ahumado, mezclado de forma extraña con el aroma a tierra. Solo Miranda puede permanecer impasible. Vuelvo la cabeza para respirar el aire fresco que entra por la ventanilla rota.

A un lado del coche hay un montículo bastante inclinado que desciende hacia el lago. En el otro costado, aunque no ha oscurecido por completo, el bosque se nos muestra de un negro impenetrable. La carretera no es más que una pista, llena de baches y estrecha, por lo que un movimiento en falso acabaría con nosotros en el agua o empotrados contra los matorrales. Nos balanceamos de un lado a otro a lo largo del trayecto y de repente se produce una frenada brusca. Todos nos abalanzamos hacia delante y, acto seguido, hacia atrás contra el asiento.

—¡Mierda! —exclama Miranda cuando Priya, que ha estado tan tranquilita todo el rato, empieza a llorar en brazos de Samira.

Un ciervo queda iluminado delante de nosotros. Debe de haberse apartado de las sombras de los árboles sin que nos hayamos dado cuenta. La enorme cabeza parece casi demasiado grande en comparación con el cuerpo rojizo y esbelto, coronado con una gran cornamenta, majestuosa y letal a partes iguales. Bajo la luz de los faros, sus ojos emiten un extraño destello verde. Al final deja de contemplarnos y se aparta con una gracia despreocupada, internándose en el bosque. Me llevo una mano al pecho y noto el tamborileo acelerado del corazón.

—¡Uau! —susurra Miranda—. ¿Qué era eso?

El guardabosques se gira hacia ella y le dice inexpresivo:

—Un ciervo.

—Me refiero... —dice mi amiga, un tanto aturullada, lo cual no es habitual en ella—, me refiero a qué tipo de ciervo.

—Un ciervo rojo —responde él—. Un venado. —Vuelve a fijar la vista en la carretera. Fin de la conversación.

Miranda se gira para mirarnos y dice moviendo los labios en silencio: «Está bueno, ¿no?». Samira y Emma asienten para mostrar su acuerdo. Acto seguido, dice en voz alta:

—¿No crees, Katie? —Se inclina hacia mí y me da un golpecito en el hombro, un poco demasiado fuerte.

—No sé —contesto.

Miro la expresión impasible del guardabosques por el retrovisor. ¿Se ha dado cuenta de que hablamos de él? Si es así, no da muestras de estar escuchando, pero, de todos modos, resulta embarazoso.

—Oh, es que tú siempre has tenido gustos raros con los hombres, Katie —sentencia Miranda, riendo.

A Miranda nunca le han gustado mis parejas. Curiosamente, el sentimiento ha sido mutuo, y a menudo he tenido que defenderla ante ellos. «Creo que los eliges —me dijo en una ocasión— para que sean tu ángel de la guarda y te digan: “Esta chica no es buena, apártate de ella”.» Pero Miranda es mi amiga más antigua. Y nuestra amistad siempre ha durado más que cualquier relación de pareja (por mi parte, claro está). Miranda y Julien llevan juntos desde Oxford.

No supe muy bien qué pensar de Julien cuando entró en escena al final de nuestro primer curso. Miranda tampoco. Era diferente, comparado con los novios que había tenido hasta entonces, aunque lo cierto es que solo había tenido un par, y ambos, al igual que yo, eran inseguros, y ni tan guapos ni tan sociables como ella, hombres que parecían no acabar de creerse que habían sido elegidos. Pero es que a Miranda siempre le habían gustado este tipo de chicos.

Así pues, Julien parecía demasiado obvio para ella, que siempre se había sentido atraída por los niños desamparados. Era demasiado guapo y seguro de sí mismo. Y eso lo decía ella, no yo. «Es tan arrogante —decía— que estoy deseando pillarlo por los huevos la próxima vez que intente ligar conmigo.» Me pregunté si no era consciente de lo mucho que su arrogancia y su seguridad en sí misma se parecían a las de él.

Julien siguió intentándolo y ella siguió rechazándolo. Él se acercaba a charlar con nosotras —con ella, mejor dicho— si estábamos en un pub, o se la encontraba «por casualidad» después de una clase, o aparecía en el bar de nuestra sala de estudiantes de la facultad supuestamente para ver a unos amigos, pero se pasaba buena parte de la noche sentado a nuestra mesa, cortejando a Miranda con una franqueza vergonzante.

Más tarde comprendí que, cuando Julien quiere algo de verdad, no permite que nada se interponga en su camino hasta que lo consigue. Y quería a Miranda. Como fuera.

Al final, ella se dio cuenta de la realidad: también ella lo quería. ¿Quién no? Era un joven guapísimo, lo sigue siendo, quizá ahora incluso más, después de que la vida le ha pulido un poco tanta perfección y frivolidad. Me pregunto si no sería biológicamente imposible no querer a un hombre como Julien, por lo menos en el sentido físico.

Recuerdo cuando Miranda nos presentó, en el Baile de Verano, cuando por fin empezaron a salir. Yo sabía exactamente quién era, por supuesto. Había presenciado todo el culebrón: cómo perseguía a Miranda, cómo ella lo rechazaba, cómo él lo intentaba una y otra vez y cómo ella al final cedía ante lo inevitable. Yo sabía muchas cosas de él: en qué facultad estaba, qué estudiaba, que jugaba a rugby. Sabía tantas cosas que casi se me olvidó que él no tenía ni idea de quién era yo. Así que cuando me dio un beso en la mejilla y me dijo con solemnidad y muy educadamente, a pesar de estar borracho, «Encantado de conocerte, Katie», me pareció una gran broma.

La primera vez que se quedó a dormir en nuestra casa —Miranda, Samira y yo la compartíamos en segundo curso—, me lo encontré saliendo del baño con una toalla alrededor de la cintura. Intenté con todas mis fuerzas comportarme

con normalidad y no contemplar su ancho pecho desnudo y sus hombros musculosos que brillaban tras la humedad de la ducha, y dije:

—Hola, Julien.

Tuve la impresión de que se sujetaba la toalla un poco más fuerte.

—Hola. —Frunció el ceño—. Oh..., esta situación es un poco embarazosa. Me temo que no sé cómo te llamas.

Me di cuenta de mi error. Él había olvidado por completo quién era yo, probablemente incluso ni siquiera se acordaba de que nos habían presentado.

—Me llamo Katie —dije, tendiéndole la mano.

No me estrechó la mano y me percaté de que era otro error por mi parte, era un gesto demasiado formal, demasiado fuera de lugar... Pero entonces me di cuenta de que no podía darme la mano porque se estaba sujetando la toalla con una mano y tenía un cepillo de dientes en la otra.

—Lo siento. —Entonces desplegó su encantadora sonrisa y se compadeció de mí—. Y bien, ¿qué hiciste, Katie?

Me lo quedé mirando.

—¿A qué te refieres?

Se echó a reír.

—Como la novela —respondió—. *Lo que hizo Katy*. Siempre me gustó ese libro. Aunque no estoy muy seguro de si solo debería gustarles a las chicas.

Por segunda vez, desplegó una sonrisa radiante, y de repente pensé que veía algo de lo que Miranda había visto en él.

Es lo que ocurre con las personas como Julien. En una comedia romántica norteamericana, alguien tan guapo como él se presentaría como un cabrón, tal vez para ser reformado y para arrepentirse de sus pecados más adelante. Miranda sería la reina del baile de graduación maliciosa que oculta algún secreto oscuro. La mosquita muerta, yo, sería el personaje amable, inteligente, incomprendido que al final salvaría la situación. Pero en la vida real no pasan

estas cosas. Las personas como él no tienen por qué ser desagradables. ¿Por qué iban a ponerse las cosas difíciles en la vida? Pueden permitirse el lujo de ser espectacularmente encantadores. Y las personas como yo, las mosquitas muertas, no siempre acabamos siendo las heroínas del cuento. A veces también tenemos secretos oscuros.

La poca luz del día que quedaba ya ha desaparecido. Apenas se distingue algo, solo la masa negra de árboles a cada lado. La oscuridad hace que parezcan más densos y cercanos: casi como si se aproximaran. Aparte del ronroneo del motor del Land Rover, no se oye nada; tal vez los árboles amortigüen los sonidos.

Miranda, desde el asiento del copiloto, le pregunta al guardabosques cuánto tardaremos en llegar. Este lugar está realmente aislado.

—Hay una hora de camino en coche —nos dice—. Cuando hace buen tiempo.

—¿Una hora? —pregunta Samira. Lanza una mirada nerviosa a Priya, que contempla el paisaje en penumbra, el parpadeo de la luz de la luna entre los árboles se refleja en sus grandes ojos oscuros.

Miro por la ventanilla negra. Lo único que veo es un túnel de árboles que van menguando a lo lejos hasta convertirse en un punto negro.

—Más de una hora —rectifica el guardabosques— si hay poca visibilidad o en condiciones adversas.

¿Disfruta de la situación?

Tardo una hora en llegar a casa de mi madre en Surrey, que está a unos cien kilómetros de Londres. Parece mentira que este lugar esté incluso en el Reino Unido. Siempre me ha parecido que esta pequeña isla que consideramos nuestro hogar está superpoblada. De hecho, por como habla mi padrastro de

los inmigrantes, cabría pensar que corremos un verdadero peligro de hundirnos bajo el peso de tantos cuerpos apretujados en la isla.

—A veces —dice el guardabosques—, en esta época del año ni siquiera se puede circular por la carretera si, por ejemplo, hay mucha nieve. Heather debió de comentároslo en el mensaje de correo.

Emma asiente.

—Sí.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Samira suena indiscutiblemente aguda—. ¿Que quizá no podamos salir de aquí?

—Podría ser —dice él—. Si nieva mucho, la pista se vuelve impracticable y resulta demasiado peligrosa, incluso con neumáticos para la nieve. Pasa por lo menos un par de semanas al año, y Corrin queda aislado del resto del mundo.

—Pues podría estar muy bien —se apresura a decir Emma, tal vez para atajar más comentarios de preocupación por parte de Samira—. Emocionante. He pedido comida suficiente para...

—Y vino —añade Miranda.

—... y vino —confirma Emma—. Tenemos para un par de semanas si hace falta. Probablemente me pasé un poco. Menudo festín he preparado para Nochevieja.

Nadie la está escuchando. Creo que estamos todos preocupados ante la nueva realidad en la que vamos a pasar los días siguientes. Porque el aislamiento tiene algo de inquietante, sabiendo lo lejos que estamos de todo.

—¿Y la estación? —pregunta Miranda, con una especie de reacción triunfante tipo «¡te pillé!»—. ¿No se puede coger un tren?

El guardabosques le lanza una mirada. Me doy cuenta de que es bastante atractivo. O por lo menos lo sería si no fuera por esa mirada atormentada.

—Los trenes tampoco circulan demasiado bien sobre un metro de nieve —

contesta—. Así que no paran aquí.

De repente, el paisaje, a pesar de su vastedad, parece encogerse a nuestro alrededor.

Doug

De no ser por los clientes, este lugar sería perfecto para él. Pero supone que, sin ellos, no tendría trabajo.

Cuando los recogió, le costó disimular una mueca de desdén. Era gente podrida de dinero, como todos los que iban por allí. Mientras se acercaban al hotel, el hombre moreno y más bajo —¿Jethro? ¿Joshua?— se había acercado a él, en un gesto de hombre a hombre, con un móvil plateado.

—Estoy buscando la señal de wifi —dijo—, pero no hay manera. Obviamente, no hay 3G, ya que no se puede tener 3G sin cobertura... Pero pensaba que empezaría a captar el wifi. ¿O hay que estar más cerca del hotel?

Le respondió que no conectaban el wifi a no ser que alguien lo pidiera expresamente.

—Y a veces puedes conseguir cobertura, pero hay que subir allí arriba — señaló la ladera del Munro— para conseguirlo.

Al hombre se le cayó el alma a los pies. Por un momento incluso pareció asustado. Su mujer se había apresurado a decir:

—Seguro que puedes sobrevivir sin wifi durante unos días, querido. —Y reprimió cualquier otro tipo de protesta con un beso, con lengua incluida. Doug había apartado la mirada.

La misma mujer, Miranda —la guapa—, se había sentado en el asiento del copiloto en el Land Rover, con su rodilla cerca de la de él. Le había puesto una mano en el brazo sin necesidad al subir al coche. Cada vez que se giraba

para hablar con él, olía su perfume, intenso y ahumado. Casi se le había olvidado que existían mujeres como esa: sofisticadas, coquetas, del tipo que necesitan seducir a todo el mundo. Peligrosas, de un modo muy particular. Qué distinta es Heather. ¿Se pone perfume siquiera? No recuerda haberlo notado. Lo que está claro es que no lleva maquillaje. Tiene el tipo de aspecto que funciona mejor sin adornos ni cosméticos. Le gusta su cara, con forma de corazón, sus ojos oscuros, sus cejas, que parecen dos paréntesis elegantes. Alguien que no hubiera pasado tiempo en compañía de Heather podría pensar que era simplona, pero él sospecha lo contrario, cree que es de esas mujeres cuya apariencia engaña. Tiene una idea vaga de que ha vivido en Edimburgo, y de que allí tenía una profesión. Sin embargo, no ha intentado saber más de su vida, pues, para ello, quizá tendría que revelar parte de su historia.

Heather es una buena persona. Él no. Antes de llegar aquí, hizo algo terrible. Más de una cosa, en realidad. Una persona como Heather debería protegerse de alguien como él.

Ahora los clientes están a cargo de Heather, lo cual supone un alivio. Le ha costado disimular lo mucho que le desagradan. El hombre moreno, Julien, así se llama, es de los típicos que se alojan aquí. Acaudalado, consentido, quieren naturaleza en estado puro, pero en secreto esperan el lujo de los hoteles en los que suelen alojarse. De hecho, siempre tardan un poco en asimilar lo que han reservado: el aislamiento, la sencillez, la belleza impagable del entorno. A menudo experimentan una especie de conversión y quedan fascinados por el lugar. ¿Cómo no? Pero sabe que no llegan a conectar con él, no del modo adecuado. Piensan que se acostumbran a vivir en este espacio natural, en sus bonitas cabañas con camas con dosel, chimenea y calefacción por debajo del suelo y la dichosa sauna a la que pueden ir trotando si quieren hacer un poco

de ejercicio. Y los que se lleva a la caza del ciervo se comportan como si de repente se transformaran en DiCaprio en *El renacido*, peleando contra los elementos con uñas y dientes. No se dan cuenta de lo fácil que él se lo pone, él es quien hace todo el trabajo difícil: la observación de las actividades de la manada, el rastreo y la planificación... para que lo único que tengan que hacer sea apretar el puto gatillo.

Y ni siquiera aciertan cuando disparan. Si disparan mal, pueden provocar una herida que, si se deja tal cual, puede hacer que el animal sufra un dolor insoportable durante varios días. Un mal tiro en la cabeza, por ejemplo (suelen apuntar allí, aunque él les dice que nunca lo hagan, pues es demasiado fácil fallar), puede partir en dos la mandíbula del animal y dejarlo vivo, pero sufriendo una profunda agonía, incapaz de comer y desangrándose lentamente hasta morir. Así pues, ahí está él para rematarlo con un disparo certero, limpio a través del esternón, que les permite volver a casa alardeando de ser cazadores, héroes. Han quitado una vida. El bautismo de sangre. Algo que publicar en Facebook o Instagram, imágenes de ellos salpicados de sangre y vísceras y sonriendo como lunáticos.

Él ha quitado vidas, muchas, de hecho. Y no solo de animales. Sabe mejor que nadie que no es algo de lo que alardear. Es un lugar oscuro del que casi nunca se regresa. La primera vez produce un cambio en tu ser. Una transformación esencial en lo más profundo del alma, la amputación de algo importante. La primera vez es la peor pero, con cada muerte, la herida del alma es cada vez mayor y, al cabo de un tiempo, solo queda tejido cicatricial.

Lleva aquí el tiempo suficiente para conocer a los distintos «tipos» de huéspedes. Se ha especializado tanto en ellos como en la fauna. Pero no sabe a ciencia cierta qué especie odia más: los del tipo «inmersión en la naturaleza», que piensan que pasando unos pocos días en aquel lugar de lujo experimentan una «unión» con la naturaleza, o el otro tipo, el de los que no se enteran, el de

los que piensan que les han engañado...; peor aún, robado. Olvidan lo que reservaron. Les resulta problemático todo aquello que se desvía del tipo de lugares en los que están acostumbrados a alojarse, con sus piscinas cubiertas y los restaurantes con estrellas Michelin. Normalmente, en opinión de Doug, son quienes tienen más problemas consigo mismos. Desprovistos de todas las distracciones, aquí, en silencio y en solitario, los demonios que han mantenido a raya les asaltan.

Para Doug es distinto. Sus demonios están siempre con él, vaya donde vaya. Por lo menos aquí tienen espacio para campar a sus anchas. Sospecha que este lugar le atrajo por motivos distintos a los de los huéspedes. Ellos vienen por su belleza, a él le gusta por su hostilidad, por la crudeza absoluta del clima. Ahora está de lo más intransigente, en medio del largo invierno. Hace unas semanas, en lo alto del Munro, vio a un zorro, retirándose subrepticamente por la nieve, con la carcasa seca de un animalillo sujeta en sus fauces. Tenía el pelaje debilitado y áspero, se le marcaban las costillas. Al verlo a él, no salió disparado. Durante unos instantes, le clavó la mirada, hostil, retándolo a que intentara arrebatarse el festín. Sintió cierta afinidad con él, una sensación de identificación mayor que la que ha notado con cualquier otro ser humano, al menos desde hace tiempo. Sobrevivir, existir... y ya está. No vivir. Esa es una palabra para quienes buscan entretenimiento, placer y comodidades todos los días.

Es consciente de que tuvo suerte de conseguir este trabajo. No solo porque encaja con él, con su forma de pensar, con su deseo de estar lo más lejos posible del resto de la humanidad, sino también porque es muy probable que nadie más le hubiera contratado. No con su pasado. El hombre que el jefe envió para entrevistarle había visto la información sobre sus antecedentes, pero se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, podemos estar seguros de que sabrás lidiar con los cazadores

furtivos. Intenta no atacar a los clientes, a poder ser. —Y luego había sonreído para demostrarle que estaba de broma—. De hecho, creo que eres idóneo para el trabajo.

Así había ido la cosa. Ni siquiera había tenido que excusarse o justificarse, aunque tampoco había ninguna excusa, la verdad. ¿Un instante de enajenación violenta? No fue así: sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Ahora, cuando piensa en aquella noche, casi nada le parece real. Le parece algo que vio en la tele, como si estuviera viendo sus propios actos desde muy lejos. Pero recuerda la ira, la garra que se apoderó de su pecho y luego la breve liberación. Esa estúpida cara sonriente. Luego el sonido de algo al hacerse añicos. ¿En el interior de su mente? La sensación de sentirse libre de los grilletes del comportamiento normal y liberado en un espacio animal. El tacto de sus dedos, sujetando con fuerza la carne que cede. Más fuerte, más fuerte, como si intentara moldearla a base de fuerza bruta para darle una nueva forma más agradable. La sonrisa por fin borrada. Luego la sensación de satisfacción perversa, que duró unos instantes antes de sentirse avergonzado.

Sí, habría sido difícil conseguir algún trabajo después de eso.

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

Un cadáver. Miro a Doug de hito en hito.

No, no. No puede ser. Aquí no. Es mi refugio, mi vía de escape. No es posible que tenga que lidiar con esto, no puedo, no puedo... Con una gran fuerza de voluntad, tapono el torrente de pensamientos. Sí que puedes, Heather. Porque lo cierto es que no tienes más remedio.

Por supuesto que sabía que era una posibilidad. De hecho, era consciente de que era muy probable, teniendo en cuenta el tiempo transcurrido, más de veinticuatro horas, y las condiciones del exterior, que suponían un gran desafío incluso para alguien que conociera el terreno y que tuviera nociones de técnicas de supervivencia. La clienta desaparecida, que yo sepa, no conocía nada de eso. Con el transcurso de las horas, sin rastro de ella, la probabilidad iba en aumento.

En cuanto nos enteramos de su desaparición, llamamos al equipo de rescate de montaña y su respuesta no fue precisamente esperanzadora.

—Por ahora —me dijo la operadora—, parece poco probable que podamos llegar hasta ustedes.

—Pero debe de haber algún modo de llegar hasta aquí...

—Las condiciones son demasiado difíciles. Hacía mucho tiempo que no caía tanta nieve. Es algo que pasa, una de cada mil nevadas. La visibilidad es tan mala que ni siquiera un helicóptero puede aterrizar.

—¿Insinúas que no podemos contar con ninguna ayuda? —Mientras lo decía capté el significado pleno de mis palabras: estábamos solos. Noté que se me revolvía el estómago.

Se produjo una larga pausa al otro lado de la línea. Casi oía pensar a la operadora, que trataba de encontrar la mejor manera de responderme.

—Solo si sigue nevando así —dijo al final—. En cuanto haya un poco de visibilidad, intentaremos ir hacia allá.

—Necesito algo más que un «intentaremos» —dije.

—Lo he entendido, señora. Iremos en su ayuda en cuanto podamos. Hay otras personas en la misma situación: tenemos a un grupo de alpinistas aislados en Ben Nevis y otra emergencia más cerca de Fort William. Estaría bien que pudiera explicarme su problema, señora, y así anotaré todos los detalles.

—La clienta fue vista por última vez en el hotel, aquí —dije—, a las... cuatro de la mañana de ayer.

—¿Y qué superficie tiene la zona?

—¿La finca? —Intenté recordar la cifra que había aprendido en mis primeras semanas aquí—. Un poco más de veinte hectáreas.

Noté en mi oído cómo tomaba aire. Luego se produjo otra pausa larga al otro lado de la línea, tan larga que pensé que se había cortado la comunicación, que la nieve había impedido esta última conexión con el mundo exterior.

—Vale —dijo por fin la operadora—. Veinte hectáreas. Bueno. Enviaremos a alguien en cuanto podamos.

Pero su tono había cambiado: transmitía más incertidumbre. Fui capaz de oír una pregunta de forma tan clara como si la hubiera pronunciado en voz alta: «Aunque lleguemos hasta allí, ¿cómo vamos a encontrar a alguien en esa zona tan vasta y aislada?».

Durante las últimas veinticuatro horas hemos buscado lo más lejos que hemos podido. No ha sido fácil, con la nevada que está cayendo sin parar. Solo llevo aquí un año, así que nunca he experimentado lo que supone quedarse aislada por la nieve. Este debe de ser uno de los pocos lugares del Reino Unido, con la excepción de unas pocas islas deshabitadas, donde las inclemencias del tiempo pueden impedir por completo el acceso a los servicios de emergencia. Siempre advertimos a los clientes de que, en caso de condiciones climáticas extremas, no podrán abandonar la finca. Incluso se incluye en el contrato que tienen que firmar. Aun así, es difícil asimilar que nadie puede entrar ni salir del hotel. Pero esa es exactamente la situación en la que nos encontramos ahora. Todo está obstruido por la nieve, lo cual implica que no se puede circular, ni con neumáticos de invierno ni con cadenas, por lo que nuestra búsqueda ha tenido que ser a pie. Solo hemos salido Doug y yo. Estoy más que exhausta, tanto mental como físicamente. Ni siquiera tenemos a Iain, que viene casi todos los días a hacer algún trabajo de mantenimiento. Habrá pasado la Nochevieja con su familia y se habrán quedado aislados como todo el mundo; así que no podemos contar con él. La operadora del equipo de rescate de montaña por lo menos nos ayudó con su consejo. Sugirió que primero comprobáramos los lugares que pueden servir para cobijarse. Doug y yo buscamos en todas las guaridas posibles de la finca mientras el frío nos escocía en la cara y la nieve impedía que avanzáramos, hasta que me sentí tan cansada que tenía la sensación de estar borracha.

Caminé pesadamente hasta la estación, lo cual me llevó tres buenas horas y miré allí. Al parecer, los clientes habían estado hablando de tomar un tren de vuelta a Londres.

—Una de las mujeres del grupo de huéspedes ha desaparecido —le dije a Alec, el jefe de estación. Es un hombre corpulento de expresión taciturna y cejas caídas—. Estamos buscándola por toda la finca. —Le hice una

descripción de la desaparecida—. ¿Puede haber subido a un tren? —Sabía que la pregunta era ridícula, pero sentía la necesidad de plantearla.

Se me rio en la cara.

—¿Subir a un tren? ¿Con la que está cayendo? ¿Estás loca, muchacha? Además, aunque no estuviera nevando así, el día de Año Nuevo no hay trenes.

—Pero quizá hayas visto algo...

—No me he encontrado con nadie —contestó—. No desde que vi al grupo cuando llegó hace un par de días. No. Me habría dado cuenta si algún desconocido hubiera estado merodeando por la estación.

—Bueno, ¿puedo echar un vistazo por aquí?

Extendió las manos en un gesto de invitación sarcástica.

—Adelante.

No había mucho por dónde buscar: la sala de espera, un único cuarto de mantenimiento que parecía haber sido un lavabo en otro tiempo, y la taquilla que se veía desde fuera: un cubículo pequeño y lleno de papeles, de cuyo hueco para el dinero y los billetes brotaba el olor a algo dulzón y ligeramente podrido. Tres latas de refresco chafadas decoraban una esquina del escritorio. En una ocasión había visto ahí a Iain fumando con Alec. Iain a menudo coge el tren para ir a buscar suministros; deben de haber entablado una especie de amistad, ni que sea de conveniencia.

Más allá de la taquilla había una puerta. La abrí y descubrí un tramo de escalera.

—Eso lleva a mi apartamento —dijo Alec—. A mi residencia privada —añadió, haciendo con cierto énfasis en «residencia».

—Supongo que no... —empecé a decir.

—Dos habitaciones —me interrumpió— y un lavabo. Digo yo que sabría si alguien se ha escondido en mi casa. —Había empezado a alzar la voz y se

había interpuesto entre el umbral de la puerta y yo. Estaba demasiado cerca; olía a sudor rancio.

—Sí —dije con unas repentinas ganas de marcharme—. Por supuesto.

Cuando inicié mi tortuoso camino de vuelta al hotel, me giré una sola vez y lo vi ahí de pie, observándome.

Doug y yo no encontramos nada durante todas las horas que pasamos buscando. Ni una huella, ni un pequeño mechón de pelo. El único rastro que hallamos fueron las huellas pequeñas y marcadas de las pezuñas de una manada de ciervos. Por lo que parecía, la huésped no se había movido desde que había empezado a nevar.

Hay un circuito cerrado de televisión en un lugar de la finca: la puerta delantera, donde empieza la larga pista que conecta el hotel con la carretera. El jefe hizo que lo instalaran tanto para disuadir como para pillar a los cazadores furtivos. A veces, la grabación se corta y resulta frustrante. Pero esta vez estaba disponible en su totalidad: desde anteayer, Nochevieja, a ayer, el día de Año Nuevo, cuando desapareció la mujer. Pasé a velocidad rápida las imágenes granuladas por si se veía algún vehículo. Si la clienta había conseguido marcharse en taxi o incluso a pie, la prueba estaría allí. Pero no aparecía nada. Lo único que documentaba era el comienzo de la intensa nevada, como si el camino que se veía en la pantalla hubiera quedado borrado por un mar blanco.

La idea de encontrar un cadáver había empezado a parecer una posibilidad. Pero su confirmación es mucho peor.

Doug se pasa una mano por el pelo, que, mojado por la nieve, se le ha caído

sobre los ojos. Cuando lo hace, veo que la mano y el brazo le tiemblan, que, de hecho, todo él está temblando. Resulta extraño ver a un hombre de aspecto tan duro como él, con la constitución de un jugador de rugby, en tal estado. Estuvo en los marines, o sea que habrá presenciado bastantes muertes. Pero yo también, en mi empleo anterior. Sé que ese terror existencial nunca te abandona. Además, ser quien encuentra a una persona muerta...; eso es totalmente distinto.

—Creo que deberías venir a echar un vistazo al cadáver —dice.

—¿Piensas que es necesario? —No quiero que lo sea. No quiero verlo. He venido hasta aquí para huir de la muerte—. ¿Acaso no deberíamos esperar a que llegue la policía?

—No —contesta—. Ni siquiera sabemos cuándo podrán venir, ¿no? Y creo que tienes que verlo ahora mismo.

—¿Por qué? —pregunto. Sé que sueno quejumbrosa y aprensiva.

—Porque... —Se pasa la mano por la cara, y con el gesto tira de las cuencas de sus ojos formando una macabra máscara—. Por... el cadáver. Por cómo está. Me parece que no fue un accidente.

Noto que se me enfría la piel de un modo que no tiene nada que ver con la nevada.

Cuando salimos, sigue nevando de forma tan copiosa que solo se ve a unos centímetros de la puerta. El lago resulta prácticamente invisible. Me he encogido dentro de lo que es mi uniforme en este lugar cuando tengo que salir al exterior: el plumón de hombre Michelin, las botas de montaña y el gorro rojo. Sigo a Doug a paso pesado, intentando no perder el ritmo de sus grandes zancadas, lo cual no resulta fácil porque mide metro noventa y yo apenas supero el metro y medio. En un momento dado, tropiezo y él me tiende

rápidamente una mano enorme y enguantada para sujetarme el brazo y me reincorpora con la misma facilidad que si fuera una niña. Siento la fuerza de sus dedos incluso bajo el plumón de la manga, como si fueran bandas de hierro.

Pienso en los huéspedes, aislados en sus cabañas. La inactividad debe de ser horrible, la espera. Tuvimos que prohibirles que nos acompañaran durante la búsqueda para evitar el riesgo de tener otra persona desaparecida en el grupo. Nadie debería estar al aire libre en estas condiciones climáticas. Es el tipo de tiempo que puede ponerte «en peligro de muerte», como dicen los avisos. Pero el problema es que, para la mayoría de los clientes, un lugar como este les resulta tan ajeno como otro planeta. Se trata de gente que tiene una vida de ensueño que les ha llevado a sentirse intocables. Están tan acostumbrados a tener una red de seguridad a su alrededor en su vida diaria —conectividad, servicios de emergencia rápidos, pautas de salud y seguridad...— que suponen que la llevan consigo a todas partes. Firman despreocupadamente el contrato, aceptando sus condiciones, porque realmente no piensan que pueda darse una situación como esta. No creen en ello. No imaginan que pueda ocurrirles lo peor. Si realmente se pararan a pensarlo, a comprenderlo, probablemente ni se acercarían a un lugar como este. Les daría demasiado miedo. Cuando uno se entera de lo aislado que es este entorno, se da cuenta de que solo un bicho raro decide vivir en un sitio así. Gente que huye de algo o que no tiene nada que perder. Gente como yo.

Ahora Doug me guía hacia la orilla izquierda del lago, en dirección a los árboles.

—¿Doug? —Me doy cuenta de que estoy susurrando. Es el silencio de este lugar, que se torna más intenso debido a la nieve. Hace que uno se sienta observado, que piense que, justo detrás de ese muro denso de árboles o tal vez

de la cortina blanca omnipresente, haya alguien escuchando—. ¿Qué te hace pensar que no ha sido un accidente?

—Lo verás cuando llegemos —dice. No se molesta en girarse para mirarme, ni cambia el paso. Entonces añade por encima de su hombro—: Y no lo pienso, Heather. Lo sé.

Miranda

Tres días antes

30 de diciembre de 2018

Por supuesto que no me molesté en mirar el correo que envió Emma, con el folleto adjunto. Nunca me emociono por un viaje con antelación: ver fotos de mares turquesa o montañas nevadas no me interesa. Tengo que estar ahí para sentir algo, para que sea verdadero. Cuando Emma mencionó este lugar, el Lodge, imaginé vagamente algo de aspecto antiguo, vigas de madera y baldosas. Así que el edificio supuso para mí una sorpresa. ¡Madre mía! Es supermoderno, hecho con cristal y metal cromado, como salido de *El mago de Oz*. La luz sale a raudales del edificio. Es como una linterna gigante en contraste con la oscuridad.

—¡Joder! —exclama Julien, cuando los tíos por fin llegan en el Land Rover—. Es bastante horroroso, ¿no?

A pesar de su inteligencia, su sensibilidad artística es igual a cero. Es del tipo de personas que visita una exposición de Cy Twombly y dice un poco demasiado alto: «Yo podría haber pintado eso a los cinco años». Le gusta justificarse diciendo que es «un poco bruto», que sus orígenes son demasiado humildes como para haber desarrollado gustos estéticos. Solía parecerme encantador. Él era distinto: me gustaba su rudeza, que lo hacía tan diferente de todos esos pijos de colegios privados.

—A mí me gusta —digo. Es verdad. Es como si una nave espacial acabara de aterrizar junto a la orilla del lago.

—A mí también —replica Emma, y hubiera dicho lo mismo, aunque en realidad le pareciera horrible.

A veces me doy cuenta de que la pongo a prueba soltando las cosas más increíbles, casi provocándola para que me lleve la contraria. Pero nunca lo hace, siempre quiere ser aceptada. De todos modos, es de fiar. Katie y Samira han estado desaparecidas últimamente. Sin embargo, Emma siempre está dispuesta a ir al cine, o de compras o de copas. Siempre sugiero yo la actividad o el local, y a ella siempre le parece bien. Para ser sincera, resulta reconfortante: Katie está tan liada con el trabajo que suelo ser yo quien tiene que ir al bar de urbanitas que me diga para que pueda dedicarme tres minutos de su tiempo.

Con Emma es un poco como lo que imagino que debe de ser tener una hermana pequeña. Me siento casi como si me admirara. Me proporciona una deliciosa sensación de poder. La última vez que fuimos de compras, la llevé a Myla.

—Compremos algo que deje boquiabierto a Mark —le dije.

Encontramos el conjunto ideal: un sujetador provocativo, unas braguitas abiertas y un liguero a conjunto. De repente me vino la imagen de ella diciéndole a Mark que yo la había ayudado a escogerlo y sentí una inesperada punzada de deseo al pensar en que él supiera que era todo obra mía. No es por Mark, por supuesto, nunca lo ha sido. Su atracción implícita siempre me ha parecido buena para el ego, pero nunca me ha excitado.

Teniendo en cuenta que Katie está desaparecida y Samira ocupada todo el día con Priya —está un poco obsesionada con esa niña, no puede ser sano compartir tantísimas fotos en las redes sociales—, resulta que recurro a la compañía de Emma. La tercera opción, sin duda.

Tengo ganas de esto, de ponerme al día con todo el mundo. Da cierta seguridad ver que cuando estamos juntos recuperamos nuestros viejos roles.

Aunque hayamos pasado meses sin vernos, cuando nos encontramos de nuevo, todo vuelve a ser como era, casi como cuando estudiábamos en Oxford, nuestros días de gloria. La persona con quien más deseo ponerme al día es con Katie, por supuesto. Al verla esta mañana en la estación de tren con el peinado nuevo, con ropa que no conocía, me di cuenta del tiempo que hacía que no la veía..., y de lo mucho que la he echado de menos.

El interior del Lodge es muy bonito..., pero me alegro de que solo vayamos a comer aquí y no a dormir. El cristal intensifica el contraste entre el espacio luminoso de dentro y la oscuridad externa. De repente caigo en la cuenta de lo visibles que resultaríamos desde el exterior, iluminados como insectos en un tarro... o como actores en un escenario, cegados por los focos ante el público. Cualquiera podría estar ahí fuera, escondido en la negritud, observándonos sin que lo supiéramos.

Durante un instante, el viejo sentimiento sombrío amenaza con aflorar a la superficie, esa sensación de ser observados. La sensación que me ha acompañado desde hace ya una década, desde que empezó todo. Me recuerdo que precisamente la cuestión es que no hay nadie ahí fuera, que estamos solos de verdad. Aparte de nosotros, solo están el guardabosques y la encargada — Heather— que ha venido a recibirnos.

Heather tiene treinta y pocos años. Es bajita y mona, aunque un buen corte de pelo y un poco de maquillaje no le irían nada mal. Me pregunto qué diantres hace alguien como ella viviendo sola en un lugar como este, porque resulta que reside aquí: nos ha dicho que su casita está «justo ahí, un poco más cerca de los árboles». Pasarse la vida aquí, en un lugar tan solitario, debe de ser horrible. Yo me volvería loca si solo tuviera mis pensamientos como única

compañía. A veces, los días que estoy en casa, pongo la tele y la radio a la vez, ni que sea para ahogar el silencio.

—Vosotros —nos dice— tenéis todas las cabañas más cercanas al Lodge. Los otros huéspedes se alojan en el refugio del otro extremo del lago.

—¿Los otros huéspedes? —pregunta Emma. Se produce un silencio tenso—. ¿Qué otros huéspedes?

Heather asiente.

—Una pareja de Islandia, llegaron ayer.

Emma frunce el ceño.

—Pero no lo entiendo. Estaba convencida de que teníamos todo el complejo para nosotros solos. Eso es lo que me dijiste cuando hablamos: «Lo tendréis todo para vosotros solos».

Heather tose.

—Lo siento, he de disculparme por... mi error. Cuando hablamos, yo creía que era así. No solemos alquilar el refugio. Pero me temo que no estaba al corriente de que mi compañero había aceptado la reserva de la pareja islandesa y... eh... todavía no la había introducido en el sistema.

El buen rollo se acabó de repente. La expresión «los otros huéspedes» tiene algo de desagradable, produce una sensación de infiltración, de intrusión. Si estuviéramos en un hotel, sería distinto, pues uno espera estar rodeado de desconocidos. Pero la idea de estas otras personas aquí, en medio de ninguna parte, con nosotros hace que este lugar tan remoto parezca demasiado abarrotado.

—Esta noche asistirán a la Cena de las Tierras Altas —dice Heather con tono de disculpa—, pero el refugio tiene cocina propia, por lo que no usarán el Lodge para nada.

—Menos mal —comenta Giles.

Nunca he visto a Emma tan contrariada, cierra los puños con fuerza en los

costados y se le ven los nudillos blancos a través de la piel.

Se oye un pum repentino detrás de nosotros. Todo el mundo se gira y aparece Julien sujetando una botella de champán recién abierta, la espuma se eleva por el cuello como si de humo se tratara.

—He pensado que así nos animaríamos un poco —dice. El líquido sale por la parte superior de la botella y salpica la alfombra que tiene a los pies. Bo tiende una copa para que no se desperdicie más—. Eh, ¿quién sabe...? A lo mejor los otros huéspedes son guais. Quizá mañana quieran venir a celebrar la Nochevieja con nosotros.

No se me ocurre nada peor que la presencia de unos desconocidos que nos estropeen la fiesta; seguro que a Julien tampoco. Pero aquí está él haciendo de tío amable. Siempre está tan ansioso por caer simpático, por parecer divertido, por hacer que los demás piensen bien de él. Supongo que es uno de los motivos por los que me enamoré de él.

Heather ha ayudado a Emma a traer copas de la cocina. Los demás las cogen, sonriendo de nuevo, atraídos por la sensación de excepcionalidad que acaba de crear el champán. Siento una ráfaga de calidez. Qué alegría vernos de nuevo todos juntos después de tanto tiempo. Qué especial resulta que estemos todos reunidos en estos momentos. Me flanquean Samira y Katie. Las acerco más a mí con un abrazo.

—Las tres mosqueteras —susurro.

El círculo más íntimo del círculo íntimo. Ni siquiera me importa cuando oigo a Samira soltando un impropio en voz baja: mi abrazo ha hecho que se le derrame un poco de champán en la camisa.

Veo que Julien ofrece una copa a Heather, aunque queda claro que ella no la quiere. Cielo santo. Ayer discutimos un poco por el tema del champán en la bodega. Doce botellas de Dom Pérignon: más de mil libras.

—¿Por qué no te conformas con Moët como una persona normal? —le

pregunté.

—Porque te habrías quejado. La última vez me dijiste que te producía dolor de cabeza, por culpa de «todo el azúcar» que añaden a las marcas estándar. Solo lo mejor de lo mejor para Miranda Adams.

Mira quién fue a hablar. Con él siempre tiene que ser un poco más, esa es la cuestión. Un poco más de extravagancia, un poco más caro. La avidez por tener más de lo que es justo... y su trabajo no ha ayudado precisamente. «En caso de duda, añade dinero», esa es la solución de Julien para todo. Vale..., la mía también, si soy sincera conmigo misma. Suelo bromear diciendo que sacamos lo peor el uno del otro. Pero probablemente sea más cierto de lo que yo querría reconocer.

Le dejé comprar el dichoso champán. Sé lo mucho que desea olvidar el estrés de este año.

Como imaginaba, la mujer, Heather, no se lo bebe. Ha dado un sorbito para no ser maleducada y lo ha vuelto a dejar en la bandeja. Supongo que le parece poco profesional tomar más que eso, y tiene razón. Así pues, gracias a la «generosidad» de Julien, vamos a desperdiciar una copa, mancillada con la saliva de esta desconocida.

Heather repasa los planes del fin de semana. Mañana vamos a ir a cazar ciervos.

—Doug os acompañará. Vendrá a buscaros a primera hora de la mañana.

Doug. Me tiene fascinada. He notado que no le hemos caído muy bien. También he advertido que yo le hacía sentir incómodo. Saberlo me da cierto poder.

Ahora Giles pregunta a Heather algo sobre las rutas de senderismo y ella saca un mapa oficial y lo extiende encima de la mesita.

—Tenéis muchas opciones —contesta—. Depende de lo que queráis hacer y del equipamiento que hayáis traído. Hay gente que viene con todo el equipo: picahielos, crampones y mosquetones.

—Pues... me parece que no es nuestro caso —dice Bo, sonriendo. Cuánta razón tiene.

—Bueno, si queréis algo muy tranquilo, está el camino que rodea el lago, por supuesto. —Lo traza en el mapa con el dedo—. Tiene unos cuantos kilómetros, pero es totalmente llano. Os encontraréis con varias cascadas, que podéis cruzar por arriba a través de puentes muy seguros, o sea que no es nada agotador. Casi se puede recorrer a oscuras. Al otro lado, tenéis el Munro, que quizá os interese si queréis apuntaros un tanto.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Julien.

—Bueno, subir una montaña siempre es un reto. Así que, si llegas a la cumbre, te apuntas un tanto, ya sabes.

—Ah, sí —dice, esbozando rápidamente una sonrisa—. Por supuesto..., claro.

No, la verdad es que no tenía ni idea. Pero a Julien no le gusta que lo pongan en evidencia. Aunque carezca de sensibilidad artística, las apariencias son importantes para mi esposo. La fachada que presenta al mundo. Lo que los demás piensan de él. Lo sé mejor que nadie.

—O podríais hacer algo de dificultad intermedia —continúa Heather—. Hay un sendero que sube hasta el viejo Lodge, por ejemplo.

—¿El viejo Lodge? —pregunta Bo.

—Sí. El edificio principal original se incendió hace casi un siglo. Ardió prácticamente en su totalidad. O sea que no hay gran cosa que ver, pero es un buen destino que marcarse y, desde ahí, se disfruta de unas vistas fantásticas de la finca.

—¿Alguien sobrevivió al incendio? —pregunta Giles.

—No. Murieron veinticuatro personas —nos explica Heather—. Aparte de un par de mozos de cuadra que dormían en el establo con los animales, nadie sobrevivió. Uno de los viejos establos sigue en pie, pero la estructura probablemente no sea sólida, mejor que no os acerquéis.

—¿Y se sabe qué causó el incendio? —dice Bo.

Todos mostramos un interés morboso, podría oírse el vuelo de una mosca, pero él parece asustado de verdad, y desvía la mirada hacia el tronco que arde en la chimenea. Es un hombre de ciudad. Apuesto a que lo más cerca que ha estado Bo de un fuego de verdad es tomándose un chupito de sambuca flameado.

—No —reconoce Heather—. No lo sabemos. Quizá fue culpa del fuego de alguna chimenea. Pero hay una teoría... —Se calla, como si no supiera si seguir hablando, y finalmente continúa—: Se dice que uno de los trabajadores, un guardabosques, estaba tan afectado por la experiencia que había tenido en la guerra que incendió el edificio a propósito. Una especie de asesinato suicida. Dicen que el fuego se veía incluso desde Fort William. Los bomberos tardaron más de un día en llegar..., y cuando lo hicieron, ya era demasiado tarde.

—Vaya putada —comenta Mark, y sonrío.

Me doy cuenta de que a Heather no le impresiona su sonrisa. Probablemente, esté preguntándose cómo diantre alguien puede sonreír ante la idea de una docena de personas que mueren en un incendio. Hay que conocer a Mark muy bien para entender que tiene un sentido del humor bastante negro, aunque resulte totalmente inofensivo. Una acaba perdonándose. Igualmente, todos sabemos que Giles, a pesar de que le gusta parecer Don Bonachón, puede ser un poco tacaño cuando le toca pagar una ronda, y que no se puede hablar con Bo por la mañana hasta que se ha tomado por lo menos dos cafés. O que Samira, todo dulzor y luminosidad por fuera, es una persona de lo más

rencorosa. Es lo que pasa con los viejos amigos. Sabes este tipo de cosas sobre ellos, pero aprendes a quererlos igual. Y eso nos mantiene unidos. Es como la familia y todo ese rollo, supongo. Sabemos todo lo que hay que saber los unos de los otros.

De repente, Heather se saca una carpeta de debajo del brazo y se pone en plan eficiente.

—¿Quién de vosotras es Emma Taylor? Tengo anotado que la paga y señal se abonó con su tarjeta de crédito.

—Soy yo. —Emma levanta una mano.

—Fantástico. Deberías encontrar todos los ingredientes que pediste en el frigorífico. Tengo la lista aquí: filete de buey, ostras enteras (Iain las ha comprado en Mallaig esta mañana), salmón y caballa ahumados, caviar, endivias, roquefort, nueces, chocolate con el 100% de cacao, chocolate con un 85% de cacao, huevos de codorniz... —hace una pausa para tomar aire—, crema de leche, patatas, tomates en rama...

Cielos. Mi aportación secreta a la causa parece de repente bastante exigua. Intento pillar la mirada de Katie para compartir una expresión divertida, pero supongo que hace tanto que no nos hemos visto que estamos un poco desincronizadas. Está mirando por los ventanales, ensimismada, por lo que parece.

Emma

Compruebo la lista. Creo que no han comprado los tomates adecuados, no son pequeños, pero probablemente sirvan igual. Podría ser peor. Supongo que soy un poco especial con la cocina: me interesé por ella en la universidad y desde entonces se ha convertido en una pasión para mí.

—Gracias —dice Heather mientras le devuelvo la lista.

—¿Dónde habéis comprado todo esto? —pregunta Bo—. Por aquí no parece que haya muchas tiendas, ¿no?

—No. Iain fue a comprarlo casi todo a Inverness y lo trajo en el tren... Es más fácil.

—Pero ¿de qué sirve la estación de tren? —pregunta Giles—. Sé que hemos bajado aquí, pero no debe de usarla mucha gente, ¿no?

—No —confirma ella—. Nunca se ha utilizado demasiado. Es una historia curiosa. En el siglo XIX, el dueño de estas tierras insistió en que se construyera la estación cuando le propusieron que las vías del tren pasaran por sus propiedades.

—Debía de ser casi como su andén privado —comenta Nick.

Heather sonríe.

—Sí y no. Porque había... unas consecuencias imprevistas. Estamos en zona de whisky. Y en aquella época había mucha destilación ilegal, y robos en las grandes destilerías. La vieja fábrica de Glencorrin, por ejemplo, está bastante cerca. Antes del ferrocarril, los contrabandistas tenían que usar carros, que eran muy lentos, por lo que las autoridades solían interceptarlos en algún momento durante el largo trayecto hacia el sur. Pero el tren era otro asunto. De

repente, podían trasladar el producto a Londres en un solo día. Según cuentan las leyendas, tenían en nómina a algunos revisores, que hacían la vista gorda en caso necesario. Y algunos dicen —hace una pausa para preparar el golpe de gracia— que el dueño de estas tierras estaba metido en el negocio, y que lo había planeado todo desde el día en que pidió tener una estación de tren. —Se inclina hacia delante—. No sé si os interesa, pero hay escondrijos de whisky por toda la finca. Están marcados en el mapa. Una de mis aficiones es ir descubriéndolos.

Por encima de la cabeza de Heather, veo que Julien pone los ojos en blanco. Pero Nick está intrigado.

—¿Qué quieres decir? —pregunta—. ¿No los han encontrado todos? ¿Cuántos hay?

—Bueno, no estamos seguros. Cada vez que pienso que debo de haber descubierto el último, me encuentro con otro. La última vez que los conté eran quince. Están muy bien hechos, son como pequeños montículos de piedras cubiertos de tojos y brezo. Hasta que estás prácticamente encima de ellos, resultan casi invisibles. Pasan desapercibidos en la ladera de la colina. Os puedo enseñar un par, si queréis.

—Sí, por favor —responde Katie al mismo tiempo que Julien dice:

—No, gracias.

Se produce un silencio un tanto incómodo.

—Por supuesto, nadie está obligado a acompañarme... —Heather esboza una breve sonrisa educada, pero hay un destello acerado en la mirada que lanza a Julien.

Tengo la impresión de que quizá no sea tan dulce y retraída como parece. Bien por ella. Julien se sale con la suya con demasiada frecuencia, en mi opinión. La gente parece dispuesta a dejarle hacer lo que le plazca; en parte, porque es tan guapo, y en parte, porque activa su encanto como si tuviera un

interruptor. A menudo lo hace después de haber dicho algo controvertido o cruel, de manera que así enseguida le quita hierro al asunto... y hace pensar a los demás que no tenía mala intención.

Quizá suene a frustración. Al fin y al cabo, Mark siempre mete la pata y ofende a los demás siendo él mismo: riendo cuando no toca o haciendo bromas de mal gusto. Sé con quién querría ir a cenar la mayoría de la gente. Pero por lo menos Mark es, a su manera, auténtico, aunque eso significa que a veces es auténticamente aburrido. (No soy ciega a sus defectos.) Julien es todo fachada. Muchas veces me pregunto qué pasa en su interior.

Mis pensamientos quedan interrumpidos por Bo.

—Este lugar es increíble —dice, mirando alrededor.

Lo es. Es mejor que cualquiera de los sitios a los que hemos ido en los últimos años, no cabe la menor duda. Siento que me relajo de verdad por primera vez en todo el día, y me permito disfrutar del hecho de estar aquí y sentirme orgullosa de haber sido yo quien haya encontrado el Lodge.

La estancia en la que estamos es el salón: dos sofás enormes y mullidos y varios sillones, hermosas alfombras antiguas en el suelo y una gran chimenea con una buena pila de leña recién cortada.

—Usamos turba con la leña para que dé un toque ahumado —nos explica Heather.

Las estanterías de la parte superior están llenas de libros de anticuario, con los lomos de color verde esmeralda y rojo repujados en oro, y la parte inferior contiene todos los juegos de mesa clásicos: Monopoly, Scrabble, Twister, Cluedo.

De la pared interior, porque la exterior está totalmente acristalada, cuelgan varias cabezas de ciervo. Las sombras que proyectan sus cornamentas son enormes, como si pertenecieran a viejos árboles muertos. Los ojos de cristal

tienen el mismo efecto que algunos cuadros; parecen seguirte allá donde vas, mirándote de soslayo. Veo que Katie las mira y se estremece.

Cabría pensar que el estilo moderno del edificio no encaja con el acogedor interior, pero, de algún modo, resulta que sí. De hecho, las paredes acristaladas dan la sensación de que no hay barrera entre nosotros y el paisaje. Es como si pudiéramos pasar directamente de la alfombra al lago, enorme y plateado bajo la luz crepuscular, enmarcado por ese *staccato* de árboles negros. Es perfecto.

—Bueno, ahora voy a dejaros para que os instaléis —dice Heather—. Ya decidiréis entre vosotros cómo os repartís las cabañas.

Cuando está ya marchándose, se para de repente y gira sobre sus talones. Se da una palmada en la cabeza, el típico gesto de «se me olvidaba».

—Debe de haber sido por el champán —dice, aunque lo dudo, ya que apenas ha dado unos sorbos—. Hay un par de temas de seguridad muy importantes que debo comentaros. Os pedimos que si pensáis en ir a hacer senderismo más allá de nuestro entorno inmediato, el lago, por decir algo, nos informéis. Puede parecer que hace buen tiempo, pero en esta época del año la situación puede cambiar en cuestión de horas o, incluso, de minutos.

—¿A qué te refieres? —pregunta Bo.

Todo esto debe de resultar muy extraño para él. Alguien me dijo en alguna ocasión que Bo había vivido cinco años en Nueva York y solo había salido una vez de la ciudad porque «no quería perderse nada». Me parece que no es de los que aman la naturaleza.

—Tormentas de nieve, niebla repentina, bajada brusca de la temperatura... Es lo que hace que el paisaje sea tan especial, pero también letal, si no se toman precauciones. Si se avecina una tormenta, por ejemplo, nos gustaría saber si habéis salido de excursión o si estáis seguros en vuestras cabañas. Y

otra cosa... —Pone una débil mueca—. Hemos tenido algún problemilla con cazadores furtivos en el pasado...

—Esto suena a la época victoriana —dice Julien.

Heather enarca una ceja.

—Bueno, por desgracia esa gente no es de la época victoriana. No se trata de héroes románticos que cazan un animal para dar de comer a los suyos. Llevan equipos de seguimiento y rifles de caza. A veces trabajan durante el día y van con la mejor ropa de camuflaje existente en el mercado. Otras veces lo hacen de noche. No lo hacen como diversión. Venden la carne en el mercado negro a los restaurantes, y las cornamentas, por eBay o al extranjero. En Alemania hay un gran mercado. Tenemos un circuito cerrado de televisión en la entrada principal de la finca, o sea que eso ha sido útil, pero no ha evitado que entren.

—¿Deberíamos preocuparnos? —pregunta Samira.

—Oh, no —se apresura a decir Heather, dándose cuenta, quizá por primera vez, de cómo suena lo que acaba de decir a clientes que vienen al Lodge buscando la paz y la tranquilidad que ofrecen las Tierras Altas de Escocia—. No, para nada. De hecho, hace... tiempo que no hemos tenido ningún incidente por culpa de los cazadores furtivos. Doug está muy pendiente. Solo quería que lo supierais. Si veis a alguien que no conocéis en la finca, decídnoslo a alguno de los dos. Y no os acerquéis a ellos.

Noto cómo toda esta charla sobre peligros ha enfriado un poco el ambiente.

—Todavía no hemos brindado por estar aquí —me apresuro a decir mientras cojo la copa de champán—. ¡Salud!

Entrechoco la copa con la de Giles, con una fuerza un tanto excesiva y él salta hacia atrás para evitar que se derrame. Entonces capta la idea, se gira hacia Miranda y hace lo mismo. Parece funcionar: se produce una pequeña reacción en cadena en la estancia, la familiaridad del ritual provoca sonrisas.

Nos recuerda que estamos de celebración. Que no es fantástico, pero que está bien estar aquí.

Katie

No tiene sentido que exprese ningún tipo de preferencia por alguna cabaña. Soy la solterona del grupo, y se ha acordado de forma tácita que a mí me toca la pequeña. Hay un poco de disputa de buen rollo acerca de quién va a quedarse con las demás. Una es ligeramente mayor que el resto, y Samira, con acierto, piensa que debería corresponderles a ella y a Giles porque tienen a Priya. Y entonces tanto Nick como Miranda quieren la que disfruta de mejores vistas del lago, sospecho por un momento que él lo dice para sacarla de quicio, pero luego cede con elegancia. Todo el mundo está de buenas.

—Vayamos a dar un paseo —propone Miranda cuando está todo decidido—. Exploremos un poco.

—Pero si está totalmente oscuro —dice Samira.

—Bueno, pues así será mejor. Podemos llevar alguna botella de champán al lago.

Típico de Miranda. Todos los demás nos contentaríamos con holgazanear en el Lodge hasta la hora de cenar, pero ella siempre está buscando algún tipo de aventura. Cuando hizo acto de presencia en mi vida, hace unos veinte años, todo se volvió mucho más emocionante de repente.

—Tengo que acostar a Priya —explica Samira, lanzando una mirada hacia el cochecito donde se ha quedado dormida—. Para ella es tarde.

—Vale —dice Miranda con displicencia y sin apenas mirarla.

No sé si ve la expresión ofendida de Samira. Durante buena parte del día, Miranda se ha comportado como si Priya fuera una pieza de equipaje sobrante. Recuerdo, hace un par de años, que hablaba de «cuando Julien y yo tengamos

hijos». Últimamente no la he visto demasiado, por lo que no sé si su indiferencia es genuina o si enmascara algún sufrimiento personal. Miranda siempre ha sido una farolera de campeonato.

Los demás —incluyendo a Giles— salen a la oscuridad. Samira lo fulmina con la mirada cuando se dirige con paso decidido a su cabaña, pues supuestamente él debería ayudarle a acostar a Priya. Probablemente, sea lo más parecido a un desacuerdo que he visto entre los dos. Estos dos son una pareja tan perfecta, tan respetuosos, tan sincronizados, tan cariñosos, que resultan repelentes.

Caminamos y tropezamos por el terreno irregular, siguiendo el sendero que conduce al agua, Bo, Julien y Emma utilizan las linternas que nos han dejado en el Lodge para iluminar nuestros pasos. Con la calidez del interior, se me había olvidado la temperatura brutal de fuera. Hace tanto frío que tengo la impresión de que la piel de la cara se me encoge contra el cráneo, a modo de protesta ante el aire helado. Alguien me toma del brazo y doy un respingo antes de darme cuenta de que se trata de Miranda.

—Hola, desconocida —dice—. Me alegro de verte. Madre mía, ¡cuánto te he echado de menos! —Qué poco habitual en ella es reconocer ese tipo de cosas, y hay algo también en el modo en que lo dice. La miro, pero está demasiado oscuro para verle la expresión.

—Yo también —digo.

—Te has cambiado el corte de pelo, ¿verdad? —Noto que su mano se alza para jugar con los mechones que me enmarcan la cara. No puedo hacer nada para evitarlo. Miranda siempre ha sido muy sensiblera y sobona, y yo siempre he sido todo lo contrario.

—Sí —respondo—. Fui a Daniel Galvin, tal como me recomendaste.

—¿Sin mí?

—Oh..., no se me ocurrió. Fui un día que tenía un par de horas libres...

Cerramos un acuerdo antes de lo esperado.

—Bueno, la próxima vez que vayas, avísame, ¿vale? Y así quedamos. Últimamente es como si hubieras desaparecido del mapa. —Baja la voz—. He tenido que recurrir a Emma... Cielos, Katie, es tan maja que me saca de quicio.

—Lo siento —digo—, es que he estado muy liada en el trabajo. Ya sabes, estamos intentando crear una sociedad.

—Pero esto no será permanente, ¿no?

—No, no creo.

—Porque he estado pensando estos días... ¿Te acuerdas todo lo que hacíamos? ¿De cuando éramos veinteañeras? Nos veíamos cada semana, tú y yo, sin falta. Aunque fuera solo para salir a emborracharnos el viernes por la noche.

Asiento. No sé a ciencia cierta si se da cuenta.

—Sí —digo. Me sale una voz un poco ronca.

—Oh, cielos... ¿Y el autobús nocturno? Las dos nos quedábamos dormidas e íbamos hasta el final de la línea... Era Kingston, ¿no? ¿Y la vez que fuimos al Tesco que estaba abierto las veinticuatro horas, porque de repente decidiste que tenías que hacer una tortilla al llegar a casa, y se te cayó el cartón de los huevos y se desparramaron por todas partes..., literalmente por todas partes..., y decidimos echar a correr con los estúpidos tacones que llevábamos? —Se echa a reír y luego se calla—. Echo de menos todo eso..., todas esas locuras. —Hay mucha melancolía en su tono. Me alegro de no poder verle ahora la expresión.

—Yo también —reconozco.

—Miraos. —Julien se gira hacia nosotras—. Como uña y carne. ¿De qué charláis?

—Venga ya —pide Giles—, ¡compartidlo con los demás!

—Bueno —dice Miranda rápidamente, inclinándose hacia mí—. Me alegro

de que tengamos esta ocasión... de ponernos al día. Te he echado de menos, K.
—Me da un apretón en el brazo y, de nuevo, me parece escuchar un ligero deje en su voz. Y siento un hormigueo de culpabilidad; he sido una mala amiga.

Y entonces se transforma, se saca otra botella de champán de debajo del brazo y grita a los demás:

—¡Mirad lo que tengo!

Se producen ovaciones y vítores. Giles hace un pequeño baile de placer; es como un niño pequeño, que deja escapar la energía acumulada. Y resulta contagioso, porque de repente todo el mundo hace un montón de ruido, habla atropelladamente y las voces resuenan en el paisaje desnudo.

Entonces Emma se para en seco delante de nosotros y suelta una exclamación contenida:

—¡Oh!

Veo lo que la ha detenido. Hay una silueta de pie en el embarcadero hacia el que vamos, su silueta queda recortada por la luz de la luna. Tiene una altura considerable y está tan quieto que no parece humano. Es el guardabosques, creo. Mide más o menos eso. ¿O será uno de los otros huéspedes de los que nos acaban de hablar?

Bo apunta con la linterna a la figura y esperamos que el hombre se gire o, como mínimo, se mueva. Pero entonces Bo empieza a reírse y todos vemos lo que es. No es una persona. Es la estatua de un hombre que tiene la mirada perdida, del estilo de las de Antony Gormley.

Nos sentamos todos en el embarcadero a contemplar el lago. De vez en cuando aparece un leve movimiento en la superficie del agua, a pesar de que hay muy poco viento. Algo por debajo debe de causar las ondas, secretos que retiene la superficie vidriosa.

A pesar del champán, todo el mundo parece de repente un tanto apagado. Tal vez sea la vastedad del entorno: los enormes picos negros que se alzan a lo lejos, la grandísima extensión de cielo nocturno sobre nosotros, la quietud generalizada que nos ha sobrecogido y ha hecho que nos quedemos callados.

Sin embargo, el silencio no es del todo generalizado. Si permaneces sentado el tiempo suficiente, empiezas a oír otros sonidos: crujidos y ruidos de escaramuzas en la maleza, ecos líquidos misteriosos procedentes del lago. Heather nos habló del lucio gigantesco que vive en él, cuya existencia está confirmada por el descomunal ejemplar, de mandíbula enorme y dientes afilados, que se exhibe en una pared del Lodge, un vestigio de los monstruos del Jurásico.

Oigo el frufú de los altos pinos escoceses que tenemos por encima meciéndose en la brisa y, de vez en cuando, un golpe seco: una ráfaga con la fuerza suficiente para importunar un cargamento de nieve vieja. En algún lugar bastante cercano se oye el ulular triste de un búho. Es un sonido tan reconocible pero extraño a la vez que es difícil creer que es real y no una especie de efecto especial.

Giles intenta imitar el sonido:

—¡Uh, uh, uuuh!

Todos nos echamos a reír con ganas, pero siento que ese sonido tiene algo de inquietante. El grito de un búho es un ruido tan poco habitual para urbanitas como nosotros que acaba de poner de manifiesto lo ajeno que es este lugar para todos los que formamos este grupo.

—Ni siquiera sabía que existían lugares como estos en el Reino Unido —confiesa Bo, como si me estuviera leyendo el pensamiento.

—Ah, Bo —dice Miranda—, qué yanqui eres. No todo es Londres y pequeños pueblecitos de postal de Navidad.

—No me había dado cuenta de que tú ibas mucho más allá de la M25,

Miranda —dice Nick.

Ella le da un codazo en el brazo.

—Pues sí, lo hago de vez en cuando. Fuimos a Soho Farmhouse antes de Navidad, ¿verdad que sí, Julien?

Todos nos reímos, incluida Miranda. La gente piensa que no sabe reírse de sí misma, pero sí..., siempre y cuando no quede demasiado mal parada.

—Venga, abre esa botella, Manda —insta Bo.

—¡Sí! ¡Ábrela, ábrela...! —empieza a gritar Giles, y todos se suman a él. Es casi imposible no participar. Se convierte en un cántico, algo curiosamente tribal. Me viene a la cabeza alguna secta pagana; el efecto del paisaje, probablemente, misterioso y antiguo.

Miranda se levanta y apunta el corcho hacia el lago, donde produce una serie de ondas que se van ensanchando en arcos resplandecientes por el agua. Bebemos directamente de la botella, nos la pasamos como si fuéramos del movimiento escultista, sintiendo cómo el líquido espumoso y frío nos arde en la garganta.

—Es como en Oxford —dice Mark—. Sentados a la orilla del río, emborrachándonos después de los exámenes finales a las tres de la tarde.

—Salvo que entonces era vino espumoso —puntualiza Miranda—. Cielos, nos lo bebíamos a litros. ¿Cómo es que no nos dimos cuenta de que sabía a vómitos?

—Y luego hubo esa fiesta que celebraste junto al río —dice Mark—. Vosotras dos —hace un gesto hacia Miranda y hacia mí— y Samira.

—Oh, sí —dice Giles—. ¿Cuál era la temática? No me acuerdo...

—«Hermosos y malditos» —digo.

Todo el mundo tenía que venir con ropa de los años veinte, para poder fingir que éramos jóvenes y brillantes, como Evelyn Waugh y sus amigos. Cielos, qué pretenciosos éramos. Pensar en aquellos años es como leer una

vieja entrada de un diario. Me entran escalofríos..., pero también me traen buenos recuerdos.

Aquella fiesta fue una velada maravillosa, incluso mágica. Habíamos encendido velas y las habíamos puesto en farolillos, a lo largo de la orilla. Todo el mundo se había esmerado con los disfraces y nos sentaban de maravilla: las chicas con los flecos y lentejuelas y los chicos de esmoquin. Miranda, por supuesto, era la más espectacular, con un vestido metálico ceñido, largo hasta los pies. Recuerdo un momento de borrachera en que reinaba una euforia absoluta mientras observaba la fiesta. ¿Cómo había acabado yo, pobre de mí, en un lugar como ese, teniendo por amigos a todas aquellas personas? Y, sobre todo, a aquella chica, tan glamurosa y tan radiante, como mi mejor amiga.

Mientras regresamos hacia las luces del Lodge y las cabañas, veo otra estatua, un poco hacia la izquierda, recortada contra la luz que emite el edificio de la sauna. Esta se encuentra de espaldas al lago y de cara a nosotros. Me produce el mismo estremecimiento extraño que la anterior; supongo que ese es el efecto que se espera que tengan.

Agradezco el respiro que me ofrece la intimidad de mi cabaña. Ahora ya llevamos cerca de ocho horas en mutua compañía. La mía es la que está más alejada del Lodge de este lado, justo más allá de la sauna con el tejado de musgo. También es la más pequeña. Ninguna de las dos cosas me molesta especialmente. Aplazo el momento de deshacer la maleta; he traído muy pocas cosas. El regusto del champán ahora me parece amargo en la lengua, y noto lo poco que he tomado en el estómago. Bebo agua. Acto seguido, me doy un baño largo y caliente en la bañera exenta del cuarto de baño con el aceite de baño biológico que tengo a mi disposición, y que crea un ambiente cargado de

aromaterapia gracias al olor a romero y geranio. Hay un ventanal con vistas al lago, aunque el paisaje queda medio oculto por el exceso de hiedra; es algo así como un cuadro prerrafaelita. Es lo bastante alto como para que, si alguien mirara por él pudiera observarme en el baño durante un rato antes de que yo me diera cuenta, si es que llegaba a advertirlo en algún momento. No sé por qué se me ha ocurrido eso, sobre todo porque apenas hay nadie en este lugar para mirar, pero en cuanto lo he pensado, no he sido capaz de librarme de ese pensamiento. Corro el pequeño recuadro de tela para tapar el ventanal y, al hacerlo, me veo reflejada en el espejo situado encima del lavamanos. La luz no es buena, pero tengo la impresión de que me veo horrible: pálida y enferma, mis ojos como dos pozos oscuros.

Lo reconozco, me medio planteé no venir este año. Fingir que no había visto el mensaje de Emma en la bandeja de entrada hasta que era «demasiado tarde» para organizarme. Una idea rebelde y repentina: ¿acaso no he cumplido ya con mi papel? Podría pasarme los tres días aquí escondida; los demás harían suficiente ruido y estarían lo bastante entretenidos como para no darse cuenta de que he desaparecido. Nick, Bo y Samira son muy escandalosos cuando se lo proponen, y Miranda es capaz de acaparar la atención de todos y de montar los numeritos necesarios para entretener a un grupo entero ella sola.

Por supuesto, ayudaría el hecho de que me consideren la tranquila, la observadora, la que se funde con el fondo. Esa era la dinámica cuando Miranda, Samira y yo vivíamos juntas. Ellas eran las actrices y yo, su público.

Si le contaran esto a la gente con la que trabajo, seguro que se sorprenderían. Ahora soy una de las asociadas de mayor rango de la empresa. Dentro de poco me harán socia, espero. La gente escucha lo que digo. Hago presentaciones, me siento cómoda con el sonido de mi propia voz, si es lo único que se oye en una sala de reuniones. Me gusta la sensación de... ver los rostros vueltos hacia mí, escuchando atentamente lo que tengo que decir.

Infundo respeto. Llevo un equipo entero. Y he descubierto que me gusta estar al mando. Supongo que todos tenemos versiones distintas de nosotros mismos.

Con este grupo siempre he sido una del montón. Estoy segura de que la gente a menudo se pregunta qué hace alguien como yo con una amiga como Miranda. Pero tanto en la amistad como en el amor los opuestos se atraen. Extrovertido-introvertido, yin y yang.

Es muy fácil que te caiga mal Miranda. Ha sido bendecida por los dioses de la belleza y la fortuna. Tiene el tipo de cuerpo que dicen que es «un ejemplo nocivo y poco realista para las chicas jóvenes», porque es como si la hubieran pasado por el Photoshop. No parece justo que una persona tan delgada tenga los pechos del tamaño que los tiene... ¿Acaso las tetas no están compuestas sobre todo de grasa? Y luego está su espesa melena rubia e insultantemente brillante, y sus ojos verdes... En el mundo real nadie parece tener unos ojos tan verdes como Miranda. Es el tipo de persona que, cuando la ves, inmediatamente supones que es una mala pécora. Lo cual puede llegar a ser verdad.

La cuestión es que, aparte de su puntual actitud despótica, Miranda puede ser muy amable. Lo fue la vez que el matrimonio de mis padres se venía abajo, por ejemplo, y tenía una invitación permanente a quedarme en su casa cuando quisiera, para que pudiera huir de los gritos en casa. O cuando mi novio de la última época del instituto, Matt, me dejó de un día para otro por la más guapa y popular Freya, y Miranda no solo me ofreció su hombro para llorar, sino que hizo circular el rumor de que él tenía clamidia. O cuando no tenía dinero para pagarme un vestido para el baile de verano de la universidad y, sin ningún tipo de aspavientos, me regaló uno de los suyos: una columna de seda plateada.

En un momento dado, cuando abrí los ojos durante el viaje en tren, pillé a Miranda mirándome. Con esos ojos verdes tan intensos, tan evaluadores. Frunció ligeramente el ceño como si estuviera intentando tomar alguna

decisión. Fingí dormir otra vez, rápido. A veces pienso realmente que Miranda me conoce desde hace tanto tiempo que en algún punto de nuestro camino ha aprendido a leerme los pensamientos, y le basta con mirarme con la suficiente fijeza.

Ella y yo nos conocemos de antes incluso que formáramos parte de este grupo. Desde que íbamos juntas a una pequeña escuela de Sussex. Las dos chicas nuevas. Una, de cabello dorado y con el brillo que otorga el dinero, venía de una escuela privada cercana de la que la habían sacado sus padres porque querían que «se esforzara» (y consideraban que una educación no selectiva ampliaría sus posibilidades de entrar en Oxford). La otra, de pelo castaño apagado, parecía demasiado delgada con su uniforme largo comprado de segunda mano en el colegio. La chica de oro (que tuvo adeptos desde la primera mañana) se compadeció de ella e insistió en que se sentaran juntas en la reunión de profesores y alumnos. Y la convirtió en su buena obra, hizo que se sintiera aceptada, menos sola.

Nunca supe por qué me eligió como mejor amiga, porque fue ella quien me escogió, yo tuve muy poco que ver en ello. Pero lo cierto es que a Miranda siempre le ha gustado hacer lo inesperado, desafiar las expectativas que los demás tienen de ella. Las otras chicas hacían cola para ser sus amigas, todavía me acuerdo. Aquella melena, tan rubia y brillante, parecía de otro mundo. Tenía las pestañas tan largas que en una ocasión un maestro la riñó por llevar rímel: ¡qué injusticia! Pechos de verdad, ¡con doce años! Era buena en los deportes, e inteligente, pero no demasiado (aunque en una escuela femenina la aptitud académica no supone un obstáculo como en una mixta).

Las demás chicas no lo entendían. ¿Por qué era amiga mía cuando podía tenerlas a ellas, a todas ellas? Debía de ser un bicho raro si le gustaban las

personas tan sosas. Podía haber mandado en esa escuela como una reina. Pero, probablemente, debido a su amistad conmigo nunca fue tan apreciada como podría haberlo sido. Sin embargo, eso no les importaba a los chicos en las fiestas a las que empezamos a asistir en nuestra adolescencia. Yo nunca recibí invitaciones provenientes del instituto masculino que había carretera arriba, ni a fiestas en la playa. Miranda podría haberme dejado atrás. Pero me llevaba con ella.

Cuando lo pienso, me siento todavía más avergonzada. Esa sensación es la misma que tenía cuando me quedaba a dormir en su hermosa casa eduardiana y tenía la tentación de llevarme algún pequeño trofeo conmigo. Algo pequeño, algo que no echaría en falta: un clip para el pelo o unos calcetines con ribete de encaje. Así yo tendría algo bonito que mirar en el pequeño dormitorio beige de mi casa de dos habitaciones arriba y dos abajo, con manchas en las paredes y persianas desvencijadas.

A eso de las ocho alguien llama a mi puerta: Nick y Bo, menos mal. Por un momento he pensado que era Miranda. Nick y yo nos conocimos en la semana de los novatos y, desde entonces, somos amigos. Él estuvo a mi lado durante todos los altibajos de la universidad.

Los dos entran a ver cómo es mi cabaña.

—Tu cabaña es igual que la nuestra —dice Nick, cuando les hago pasar—, salvo que es un poco más pequeña. Pero está mucho más ordenada... Bo ya ha esparcido sus cosas por todos lados.

—Eh —dice Bo—. Solo porque no viajo con tres versiones del mismo conjunto.

Ni siquiera es una exageración. Nick es una de esas personas que viste un uniforme autoimpuesto: una camisa blanca reluciente y vaqueros oscuros con

orillo y botines. A veces un blazer elegante y siempre, por supuesto, sus típicas gafas de carey Cutler and Gross. A él le queda estiloso y serio, la verdad, seguramente que si eso mismo se lo pusiera cualquier pobre mortal parecería un poco soso.

Nos sentamos juntos en la serie de sillones mullidos que hay delante de la cama.

Bo olisquea el ambiente.

—Aquí además huele de maravilla. ¿Qué es?

—Me he dado un baño.

—Oh, ya me ha parecido que ese aceite tenía buena pinta. Aquí no hacen las cosas a medias, ¿verdad que no? Emma ha tirado la casa por la ventana. Es una pasada.

—Sí, tienes razón —digo, pero no sueño tan entusiasmada como quería parecer.

—¿Estás bien? —Nick me da un empujoncito con el hombro—. Espero que no te importe que te lo diga, pero te veo un poco... chof. Ya desde esta mañana. Lo que ha pasado en el tren antes, que te haya tocado ir en otro vagón, seguro que no ha sido ni mucho menos a propósito. Si hubiera sido Miranda la organizadora, sería otra historia... —Enarca las cejas ante Bo, y este asiente para mostrar que está de acuerdo—. No estaría tan seguro de que hubiera sido un descuido. Pero ha sido Emma. No creo que sea de esas.

—De todos modos, tampoco creo que sea mi mayor fan.

Emma es muy honesta y, en alguna ocasión, me he planteado si es que ha visto en mí algo que le desagrada y huye de ello.

Bo frunce el ceño.

—¿Por qué lo dices?

—Supongo que es una sensación...

—Yo no me lo tomaría como algo personal —insiste Nick.

—Tienes razón —digo—. Tal vez es que hace mucho tiempo que no os veía. Y no debería beber de día..., siempre hace que me sienta rara. Sobre todo si he comido poco.

—Normal —asiente Bo, pero Nick no dice nada. Se limita a mirarme.

—¿Hay algo más? —pregunta entonces.

—No —contesto—. No, no hay nada.

—¿Seguro?

Asiento con la cabeza.

—Bueno, entonces vamos —dice Nick—. Vamos a llenarnos el buche en la cena. Más vale que haya alguna combinación de gaitas, venado y faldas escocesas o voy a pedir que me devuelvan el dinero.

Nick, Bo y yo vamos caminando al Lodge a cenar, cogidos del brazo. Como siempre, Nick huele a cítricos y tal vez a un toque de incienso. Es una fragancia tan familiar y reconfortante que deseo hundir el rostro en su hombro y decirle lo que se me pasa por la cabeza.

En Oxford, al comienzo, estaba un poco enamorada de Nick Manson. Creo que la mayoría de mi clase lo estaba. Era guapo, pero de una forma distinta, adulta, totalmente nueva en comparación con el resto de los alumnos de primer curso, pues muchos de ellos todavía tenían acné y eran desgarrados, o totalmente incapaces de hablar con chicas. Él poseía una belleza mucho más sofisticada que la de, por ejemplo, Julien, que la había cultivado en el gimnasio. Nick bien podría haber sido de otro planeta, lo cual en cierto modo era verdad. Había hecho el bachillerato en París (sus padres eran diplomáticos), y allí había aprendido a hablar francés y se había aficionado a los cigarrillos Gitanes. Nick se ríe ahora de lo pretencioso que era, pero la mayoría de los estudiantes de primer curso lo eran; la diferencia es que su versión parecía auténtica, justificada.

A mediados de segundo curso tenía un grupo de amigos selectos. No es que

fuera precisamente una sorpresa. No había salido con ninguna de las chicas que se le tiraban encima con una osadía que producía vergüenza ajena, por lo que quizá eso siempre supuso un interrogante. Yo había decidido no verlo, ya que tenía mi propia explicación para su supuesto celibato: se reservaba para la mujer adecuada.

Lo cierto es que mentiría si no dijera que su salida del armario resultó un golpe duro. Mi enamoramiento había tenido la intensidad propia que suele tener a esa edad. Pero, con el tiempo, aprendí a quererlo como amigo.

Cuando conoció a Bo, desapareció del mapa. De repente, dejé de verle y de saber de él. Me costó no estar resentida: con él, por dejarme tirada —así era como me sentía en aquel momento—, y con Bo, por ser el usurpador. Y encima Bo tenía ciertos problemas. Era drogadicto, y sigue siéndolo, tal como él dice, aunque ahora es uno de los que ya no se drogan. Durante unos años Nick se convirtió prácticamente en su cuidador a tiempo completo. Supongo que Bo, a su vez, me guardaba rencor, dado que yo era muy amiga de Nick. Creo que ahora ya está más seguro de sí mismo y de su relación..., o tal vez es que todos hemos madurado un poco. Aun así, con Bo, siempre me siento un poco forzada, excesivamente obsequiosa. Porque, a decir verdad, sigo sintiendo que, debido a sus carencias, pues es una persona necesitada, incluso ahora, Nick y yo ya no somos tan amigos. Estamos unidos, sí. Pero nada que ver con lo que tuvimos.

Ahora todavía hace más frío; la mezcla de nuestro aliento nubla el ambiente. Hay volutas de bruma suspendidas encima del lago, pero a nuestro alrededor el aire es muy nítido y, cuando alzo la vista, es como si el frío hubiera intensificado la luz de las estrellas. Mientras regresamos a trompicones por el sendero de vuelta al Lodge, miro hacia la sauna, donde antes vi la segunda estatua, la que estaba de cara a nosotros. Pero, curiosamente, aunque la busco

en la luz que emite el edificio, suponiendo que debe de estar en penumbra, no la veo. La estatua ha desaparecido.

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

Mientras camino por la nieve como puedo, intentando seguir las grandes pisadas de Doug, estoy pensando en los huéspedes, sentados en sus cabañas y devanándose los sesos, sin saber nada todavía.

A no ser que... Ahuyento ese pensamiento. No puedo llegar a conclusiones precipitadas. Pero si Doug está en lo cierto, estamos ante una situación más siniestra. Y algo fue mal entre ellos, no hay duda. Se produjo un «desacuerdo». Eso es lo que dijeron cuando vinieron a contarme lo de la desaparición.

Con la perspectiva del tiempo, es fácil decir ahora que tuve una sensación de desasosiego hace tres días, cuando llegaron. Pero sí que sentí «algo».

Jamie estaba fascinado por la idea del «cerebro reptiliano». Tal vez guardara alguna relación con su trabajo. Él veía a personas en situaciones extremas, que actuaban por mero instinto: el padre que sale corriendo de una casa en llamas antes de salvar a sus hijos o, por el contrario, el que salva a su esposa y a su bebé en un incendio y sufre quemaduras de tercer grado en medio cuerpo. Todo se reduce a la amígdala: un nódulo diminuto, escondido entre las pequeñas células grises, la raíz de nuestras acciones más instintivas. Es el órgano que está detrás del impulso egoísta de coger la galleta de mayor tamaño y hacerse con el asiento más cómodo. Es lo que nos alerta ante un peligro antes de ser conscientes de que hay una amenaza. Sin la amígdala, un conejillo de indias iría corriendo hacia las fauces de un gato.

Jamie consideraba que las personas no son más que animales civilizados. Que los impulsos esenciales quedan ocultos bajo una capa de lustre social; reprimidos, controlados. Pero que, a veces, incluso en casos de muy poco estrés, el animal de nuestro interior intenta salir a la superficie. En una ocasión se quedó encerrado en un tren en las afueras de Edimburgo durante cuatro horas debido a un fallo eléctrico. «Se veía claramente qué personas te comerían sin dudar si te vieses atrapado con ellas en un bote salvavidas — me dijo—. Había un hombre que se puso a aporrear la cabina del conductor cuando apenas habían transcurrido unos minutos, con el rostro rojo de ira. Era como un animal enjaulado. Nos miraba a los demás como si esperara que alguno le dijera que se callara... para así tener una excusa para perder la cabeza.»

Resulta que de eso se trata. Algunas personas, cuando están sometidas a cierta presión y se encuentran fuera de su entorno cómodo y habitual, no necesitan demasiados estresores para convertirse en monstruos. A veces, sin saber por qué, hay personas que despiertan en ti una sensación inexplicable, sencillamente intuyes algo sobre ella, es una certeza proveniente de lo más profundo de tu ser, de lo que se conoce como «cerebro reptiliano».

Así pues, ahora me encuentro rememorando las sensaciones de hace tres días, la tarde en la que llegaron. Mis primeras impresiones, que son de naturaleza animal.

La Cena de las Tierras Altas de la primera noche es una de las promesas del folleto. Pero cada vez que la organizamos, pienso que los huéspedes preferirían prescindir de ella. Siempre se crea un ambiente forzado, parece una cena de Estado. Estoy segura de que es otra manera de sacarles dinero. El recargo que se aplica a la comida, aunque se presente como preparada con «los mejores ingredientes locales», es altísimo. También me he preguntado si es una manera de mantener a la comunidad empleada, dado que se contrata a

jóvenes, chicos y chicas, de la zona como camareros y todos los ingredientes se compran a proveedores de proximidad, con excepción del venado, que procede directamente de la finca.

He leído los titulares de cuando el jefe compró el lugar a la familia a la que pertenecía desde hacía generaciones, y los artículos hablaban de los «precios elitistas», de «impedir el acceso de los lugareños a sus tierras». Se puede pasear por las Tierras Altas, derecho que el viejo terrateniente siempre defendió, pero el jefe hizo colocar vallas y señales amenazadoras que resultan disuasorias. Él arguye que son para impedir la entrada de los cazadores furtivos, pero, curiosamente, no parecía que este problema fuera tan grave con el dueño anterior. Tal vez entonces los cazadores furtivos no se habían organizado ni armado como ahora, ni se habían dado cuenta de la demanda creciente de venado y de cabezas de ciervos montadas, pero creo que quizá haya otro motivo que explique las matanzas de ciervos que se producen en la actualidad. Lección aprendida.

En una ocasión, en la tienda más cercana de Kinlochlaggan (que, no obstante, está a una hora de distancia), cuando le dije a la dependienta dónde trabajaba, me dijo: «Pareces buena persona, y ese es un lugar horrible. Dinero extranjero». Se refería, supongo, al hecho de que el dueño era inglés, y a que los huéspedes suelen ser de Inglaterra o de más lejos. «Un día de estos — añadió — pagarán el precio que les corresponde por impedir que la gente acceda a lo que es suyo.» Recordé entonces la teoría que había escuchado sobre el viejo Lodge, la que no cuento a los huéspedes: que el guardabosques no había provocado el incendio, sino que había sido un lugareño contrariado, a quien el terrateniente había despreciado.

Tengo la sensación de que la Cena de las Tierras Altas acrecienta el rencor de la gente de aquí hacia este lugar. Es muy probable que los camareros vuelvan a su casa y hablen de lo mal educados que son los clientes. Recuerdo

una despedida de soltero en la que el padrino, que estaba borracho —aunque no tanto como dijo— le metió mano a una camarera jovencísima cuando ella se inclinó a recoger una servilleta que se había caído. En otras ocasiones, los huéspedes han perdido el conocimiento encima de los platos, exhaustos ante el exceso del whisky puro de malta Glencorrin. Algunos han vomitado encima de la mesa, delante del personal.

Estaba convencida de que el grupo de huéspedes de Londres se portaría mejor que los de la despedida de soltero. Había incluso un bebé, o sea que algo debía de significar, aunque los padres no cenaran con nosotros (la madre había pedido que les llevaran la comida a su cabaña). Así pues, quedaban siete. El hombre de pelo oscuro y la rubia alta. Julien y Miranda. Una pareja ideal, los más guapos, con los nombres más pijos del grupo. Luego estaba el hombre de pelo castaño, esbelto y con gafas de arquitecto —Nick— y su novio norteamericano, Bo. La tercera pareja: Mark y Emma. Él casi podría haber sido guapo, pero tenía los ojos demasiado juntos, como los de un pequeño depredador, y el torso desproporcionadamente pesado, lo cual le otorgaba el aspecto antinatural de un muñeco coleccionable. Lo cierto es que pensé que ella era como una versión barata de la rubia más alta; con las raíces oscuras y michelines por encima de la cinturilla de los vaqueros cuando se le subió el jersey. Me sorprendí a mí misma, no suelo juzgar a la gente de esta manera. Pero aunque una persona no tenga demasiada interacción con otros seres humanos —como es mi caso—, resulta que el instinto de juzgar a los demás, ese rasgo tan humano, no nos abandona. Y el parecido entre ambas mujeres era imposible de pasar por alto. Llevaba el pelo teñido del mismo tono, la ropa similar e incluso se había maquillado los ojos de idéntico modo, alargando las comisuras con el lápiz negro. Sin embargo, mientras que a su amiga ese toque hacía que sus ojos parecieran más grandes y le otorgaban un

aspecto felino, en su caso no hacían sino poner de manifiesto lo pequeños que los tenía.

Luego estaba la última, Katie. La que iba sola. Al principio casi se me pasó por alto. Estaba de pie, tan quieta, tan callada, en la penumbra del rincón, casi como si deseara fundirse en ella. En cierto modo, no encajaba con los demás. Tenía la tez amarillenta y unas ojeras muy marcadas. Iba vestida demasiado formal, como si fuera de viaje de negocios y hubiera aparecido allí por equivocación.

En circunstancias normales, aunque tengo que aprenderme los nombres, prefiero «pensar» en las personas que se alojan aquí sencillamente como «huéspedes»: huésped 1, huésped 2, etc. Prefiero no pensar en ellos como en individuos que tienen una vida fuera de este lugar. Tal vez suene extraño. Supongo que podría argüir que se trata de una táctica para sobrevivir. No te inmiscuyas en sus vidas. No permitas que su felicidad —o su desgracia— te afecte. No te compares con su plenitud, con esas parejas que vienen para una escapada romántica, con las familias felices.

Las últimas veinticuatro horas me ha hecho conocer mejor a este grupo, una intimidad obligada de la que podría haber prescindido perfectamente.

Pero, a decir verdad, supongo que incluso desde el comienzo sentía curiosidad por ellos. Tal vez porque tienen más o menos mi edad: entre treinta y treinta y cinco años, diría yo. Podía haber sido como ellos si hubiera encontrado un trabajo bien pagado en la capital, como hicieron algunos de mis amigos después de la universidad. Sentí como si el universo me dijera: «Esto es lo que podrías haber tenido, lo que podrías estar haciendo, en el momento más solitario del año (porque Nochevieja lo es, ¿verdad?)».

Podría haber sentido envidia. Pero no fue así. Pues, aunque no era capaz de saber por qué, me parecía que los rodeaba cierto malestar, cierto descontento. Incluso mientras reían, se daban golpecitos y bromeaban, noté algo subyacente,

algo que no cuadraba. En ciertos momentos casi parecían actores, pensé, haciendo tanto alarde de lo bien que se lo estaban pasando. Reían un poco demasiado fuerte. Bebieron mucho. Y, al mismo tiempo, a pesar de la evidencia del jolgorio, parecían vigilarse entre sí. Tal vez sea porque lo pienso en retrospectiva que tengo esta impresión de manera más acusada. Supongo que en la mayoría de los grupos de amigos hay tensiones. Pero me ha sorprendido la sensación de que no parecían estar completamente a gusto en mutua compañía. Lo cual resulta curioso porque desde un buen comienzo me dijeron que eran viejos amigos. Pero es lo que pasa con los viejos amigos, ¿no? A veces ni siquiera se dan cuenta de que ya no tienen nada en común. Que quizá ya no se caen bien.

Los otros huéspedes, la pareja de islandeses, aparecieron justo cuando se servía el primer plato, salmón de la zona con hierbas aromáticas, y fueron recibidos con un estremecimiento hostil.

Iain les había tomado la reserva. Yo estaba en una de mis escasas incursiones a la tienda local, por lo que él respondió al teléfono. Vio en el ordenador que el refugio estaba libre, dijo, y se lo comentó al jefe, que dio su beneplácito. Me molestó que no escribiera sus nombres en el libro; de haberlo sabido, no les habría dicho al grupo que tendrían el lugar a su disposición.

No sabía qué tipo de comportamiento esperar de esos dos. No eran los típicos ricachones. Ambos tenían el rostro ajado, el aspecto endurecido de las personas que pasan mucho tiempo al aire libre en condiciones extremas. El hombre tenía unos ojos azules muy claros, como los de un lobo, y llevaba el pelo, rubio y lacio, recogido con una cinta de cuero. La mujer llevaba un *piercing* de doble terminación en el septo de la nariz y una cola de caballo con el pelo enmarañado.

Llegaron a la estación con unas mochilas tan pesadas que abultaban la mitad que ellos. Explicaron que habían comprado un pasaje en un barco pesquero

que iba de Islandia a Mallaig, más al norte en la costa —vi cómo la rubia guapa arrugaba la nariz al oír aquello—, donde Iain los recogió y los llevó en su coche hasta la finca. Vinieron con el equipo adecuado —chaquetas y botas pesadas de Gore-Tex—, lo cual hacía que los Barbour y las botas de agua Hunter del otro grupo parecieran un tanto ridículos. No se cambiaron la ropa de montaña para asistir a la cena, por lo que incluso Doug e Iain, con sus faldas escocesas especiales de Loch Corrin, parecían emperifollados a su lado, al igual que las dos camareras y el camarero con las camisas blancas y delantales a cuadros. La rubia guapa miró a los recién llegados como si fueran criaturas que acababan de emerger del fondo del lago. Por suerte, se sentaron a mi lado, uno a mi derecha y otro a mi izquierda, mientras que la rubia, sentada enfrente, decidió bastante rápido que no desperdiciaría su tiempo prestándoles más atención y que se la dedicaría a Doug. La miré, en todo su resplandor: la camisa de seda fina, los pendientes de botón brillantes —¿diamantes?—. Ella miraba a Doug como si lo que estuviera diciendo fuera lo más fascinante que había oído en toda la velada, los labios curvados en una media sonrisa y el mentón apoyado en la mano. Doug no iría detrás de una mujer como ella, ¿o sí? Ella no era su tipo, ¿no? Entonces recordé que no tenía ni la más remota idea de cuál era su tipo, porque en realidad no sabía nada de él.

Centré mi atención en los huéspedes islandeses que me flanqueaban. Hablaban un inglés casi perfecto, con una ligera musicalidad que denotaba que eran extranjeros.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí? —me preguntó Kristin, la mujer.

—Poco menos de un año.

—¿Y vives aquí sola? —Esto fue lo que me preguntó él, Ingvar.

—Pues no del todo. Doug..., que está ahí, también vive aquí. Iain vive en el pueblo, en Fort William, con su familia.

—¿Él es quien nos ha recogido?

—Sí.

—Ah —dijo—, parece un hombre agradable.

—Sí. —Aunque pensé: ¿en serio? Iain es tan taciturno. Llega, hace su trabajo, de acuerdo con las órdenes que le da el jefe, y se marcha. Es más bien introvertido. Por supuesto, él podría decir exactamente lo mismo de mí.

—¿Qué lleva a alguien como tú a vivir en un lugar como este? —preguntó Ingvar, un tanto pensativo. Lo dijo de una forma, con tanta intención, que era como si hubiera adivinado algo.

—Me gusta vivir aquí —contesté, sonando, incluso para mí, demasiado a la defensiva—. La belleza natural, la paz...

—Pero debes de sentirte muy sola, ¿no?

—No especialmente —repuse.

—¿No te da miedo? —Sonrió al preguntarlo, y sentí un ligero escalofrío por todo el cuerpo.

—No —respondí de forma cortante.

—Supongo que te acabas acostumbrando —dijo, ajeno a mi rudeza o haciendo caso omiso de ella—. Nosotros venimos de un lugar en el que entendemos lo que es la soledad, ¿sabes? Aunque, si no te andas con cuidado, puedes acabar un poco loco. —Hizo el gesto de girar el índice en contacto con la sien—. Tanta oscuridad en invierno, tanta soledad.

«No es del todo cierto», pensé. A veces la soledad es la única forma de recuperar la cordura. Pero también me dio que pensar. Si uno vive en Islandia, con sus largas noches de invierno, ¿no sería más normal alejarse un poco más de la oscuridad y el frío, en vez de ir a Escocia? Por el precio de las cabañas de esta finca, se puede pagar la calidez relativa del sur de Europa. Por eso, me planteé cómo era posible que dos personas que habían llegado hasta allí haciendo autoestop en una trainera pudieran costearse la estancia en el Lodge.

Pero quizá lo habían hecho porque les gustaba la aventura. Aquí tenemos gente de todo tipo.

—¿Deberíamos preocuparnos por las noticias? —preguntó Ingvar a continuación.

—¿A qué te refieres?

—¿No has oído hablar del Destripador de las Tierras Altas?

Por supuesto que sí, pero había esperado que los huéspedes no lo hubieran hecho. Había visto las fotos en el periódico el día antes: los rostros de las seis víctimas. Todas jóvenes y bastante guapas. Del tipo de chicas con las que te encuentras caminando por Princes Street, en Edimburgo, y no obstante las imágenes tenían el aspecto siniestro de todas las fotos de víctimas, como si hubiera algo tras cada sonrisa inofensiva que presagiara lo que iba a sucederles, si uno hubiera sabido qué buscar. En cierto modo, daban la impresión de estar marcadas para morir.

—Sí —respondí con cuidado—. He visto los periódicos. Pero Escocia es bastante grande, ¿sabéis? No creo que tengáis nada que...

—Pensé que habían encontrado a las víctimas en las Tierras Altas Occidentales, ¿no?

—Aun así, esta es una zona bastante grande —dije—. Es igual de probable que encontrarse con el monstruo del lago Ness.

Empleé un tono más displicente de cómo me sentía. Esa mañana, Iain había dicho: «Deberías decirles a los clientes que no salgan por la noche, Heather. Por las noticias». Me había sacado de quicio que Iain, que casi nunca mencionaba siquiera a los huéspedes, se mostrara preocupado por su bienestar.

No me pareció que este hombre, Ingvar, le tuviera miedo a nada. Por el contrario, intuí que se estaba divirtiendo un poco con la situación; daba la impresión de contener una sonrisa en la comisura de los labios. Fue un alivio

que preguntara por la caza, y así pude escapar del escrutinio de sus ojos azul pálido. Recuerdo que pensé que tenían algo inquietante: no parecían del todo humanos.

—Bueno, es mejor que preguntes a Doug sobre la caza —dije—. Es lo suyo. ¿Doug?

Él me lanzó una mirada. La rubia también, claramente contrariada por la interrupción.

—¿Disparáis a los animales de noche alguna vez? —preguntó Ingvar—. ¿Vais con linternas y perros?

—No —repuso Doug muy rápido y con un tono de voz tan alto que sorprendió a todos.

—¿Por qué no? —dijo Ingvar, otra vez con esa sonrisa curiosa—. Sé que resulta muy eficaz.

—Porque es peligroso y cruel. —Doug respondió tajantemente—. Nunca usaría linternas de caza.

—¿Linternas de caza? —preguntó la rubia.

—Sí, son como focos —dijo sin apenas mirarla—. Se apuntan hacia los ciervos, de modo que se quedan paralizados. Les confunde... y les aterra. A menudo suele implicar que se dispara al animal equivocado: hembras con cervatillos, por ejemplo. Algunos cazadores emplean perros, que desgarran al animal. Es una barbaridad.

Acto seguido se produjo un silencio un tanto tenso. Pensé que probablemente era el parlamento más largo que había escuchado jamás en boca de Doug.

Los dos clientes islandeses se han mostrado muy dispuestos a ayudar en la búsqueda. Probablemente sean los únicos dos en los que confiaría en estas condiciones: deben de vivir en unas circunstancias climáticas como estas continuamente. Pero, aun así, son huéspedes, y yo debo velar por su bienestar.

Además, no sé nada de ellos. Son unos completos desconocidos. Todos los huéspedes lo son. Así pues, mi cerebro reptiliano me dice en voz alta y con claridad meridiana: «No te fíes de nadie».

Me pregunto qué piensan los clientes de mí. Tal vez vean a una persona organizada, un tanto sosa, que está a cargo de absolutamente todo. Por lo menos, eso es lo que habrán visto si he resultado creíble en este disfraz tan inteligente que me he construido, como un caparazón exterior. En el interior, la realidad es muy distinta. Aquí hay una persona que se sostiene a base de celo y pegamento y de pastillas para dormir con receta, lo único que me obliga a hacer una incursión en la civilización en estos momentos. A veces me las tomo con alcohol y a menudo con demasiado vino. No digo que tenga un problema con la bebida, no es eso. Pero no bebo por placer. Lo hago por necesidad. Lo utilizo como analgésico: para mitigar la tensión, para aliviar el tormento crónico y doloroso de la memoria.

Miranda

Tres días antes

30 de diciembre de 2018

La cena se sirve en el gran comedor del Lodge, situado junto al salón, que se ha iluminado con lo que parecen ser cientos de velas, y con un personal formado por unos cuantos adolescentes con granos que llevan delantales a cuadros. Faltan dos de los nuestros: Samira y Giles van a cenar en la cabaña. Ella ha dicho que ha oído demasiadas historias sobre padres que «dejan a sus hijos una hora o así» y pasa alguna desgracia. Sí, le dije, armándome de paciencia, pero no en medio de ninguna parte. Además, es muy poco probable que, con seis meses, Priya se levante y se largue de paseo, joder. De todos modos, Samira no ha querido ni planteárselo.

Me cuesta mucho creer que esta mujer sea Samira, que en una fiesta, cuando teníamos veintipocos años, decidió salvar de un salto los sesenta centímetros que separaban el edificio donde estábamos del contiguo por mera diversión. Siempre fue una de las más alocadas, la más fiesterera, aquella en quien confiar para aumentar el tempo de una noche de juerga. Si bien Katie es a quien conozco de hace más tiempo, probablemente sea Samira quien se parece más a mí: siempre hemos congeniado. Ahora me cuesta reconocerla. Tal vez sea porque está muy ocupada con Priya. Estoy convencida de que la verdadera Samira está en algún sitio. Confío en que esta sea nuestra oportunidad de ponernos al día, de recordar que somos compañeras de fatigas. Pero, a decir verdad, cuando cierta gente tiene hijos es como si sufriera un trasplante de

personalidad. O una lobotomía. Tal vez deba considerarme afortunada por no quedarme embarazada. Por lo menos seguiré siendo yo misma.

Tengo al guardabosques, Doug, a un lado y al otro tío, Iain, al otro. Ambos llevan faldas escocesas idénticas y escares. Ninguno parece especialmente contento al respecto. Como cabía imaginar, al guardabosques le queda mejor el traje. La verdad es que es muy atractivo. Me recuerdo que, antes de Julien, a veces me atraían los hombres de su estilo. Del tipo introvertido, pensativo: el reto es hacerlos salir del caparazón, llegar a importarles.

Me vuelvo hacia él para hacerle una pregunta.

—¿Siempre has sido guardabosques?

Frunce el ceño.

—No.

—Ah, ¿y a qué te dedicabas antes?

—Era marine.

Me lo imagino con el pelo corto por detrás y por los lados, y con uniforme. Me resulta una imagen atractiva. Es evidente que es un hombre que se cuida, aunque estoy convencida de que no se ha peinado en los últimos cinco años. Me alegro de haberme puesto mi camisa de seda, desabotonada quizá un botón más de lo estrictamente necesario, y mis vaqueros nuevos; sé que me sientan bien.

—¿Tuviste que matar a alguien? —pregunto, inclinándome hacia delante y apoyando el mentón sobre la mano.

—Sí. —Lo dice con expresión neutral, sin traslucir ningún tipo de emoción. Siento un pequeño escalofrío que podría deberse a la desazón... o al deseo.

Julien está sentado justo enfrente de nosotros, por lo que disfruta de una vista privilegiada de todo lo que pasa. No hay nada como provocar un poco de celos para avivar una relación, sobre todo la nuestra. Puede ser un camarero que se toma demasiadas confianzas conmigo en un restaurante o el tipo de la

tumbona contigua del que Julien está convencido de que me repasa con la mirada (y probablemente tenga razón). «¿Te gustaría que él te hiciera esto...? —me jadea luego en el oído—. ¿O esto...?»

A decir verdad, últimamente el sexo se ha convertido en un mecanismo para un fin específico y ha dejado de ser un momento de placer. Tengo la aplicación de la que me habló Samira, la que identifica los días más fértiles. Y, además, hay ciertas posturas que funcionan mejor. Se lo he explicado a Julien muchas veces, pero parece que no se entera. Supongo que últimamente ha dejado de intentarlo. O sea que sí, no nos iría mal añadirle un poco de chispa al asunto.

Me vuelvo hacia Doug y mantengo a Julien en mi visión periférica. Está hablando con la islandesa, así que rozo la mano del guardabosques por diversión. A lo mejor llevo dos copas de más encima. Noto que sus dedos retroceden al notar los míos.

—Lo siento —me disculpo, toda inocente—. ¿Te importaría pasarme el jugo? —Creo que funciona. Se nota a la legua que Julien está cabreado por algo. A todos los efectos, parece que lo está pasando en grande, siempre es tan importante presentar la fachada correcta al mundo, pero le conozco demasiado bien. Es esa tensión específica en el lado del cuello, el hecho de que aprieta los dientes.

Lanzo una mirada hacia donde está la pobre Katie, al otro lado de la mesa, sentada al lado del islandés de los ojos raros, que parece haberse quedado un tanto embelesado por ella. El hecho de que esta gente esté aquí es una puta pesadilla. ¿Tendremos que compartir la sauna con ellos? A juzgar por el estado de la ropa que llevan, luego tendré que desinfectarme.

Ahora el hombre se inclina hacia Katie como si no hubiera visto nada tan fascinante o hermoso en su vida. Vista su pareja, queda claro que tiene un gusto poco convencional.

Aunque... sin duda hay algo claramente distinto en Katie. Se la ve cansada y

pálida, como es habitual en ella, pero el nuevo corte de pelo, para empezar, la hace parecer diferente. En el sitio al que suele ir, le cortan el pelo a lo señora Williams, nuestra antigua entrenadora de hockey del colegio, cuando, con el sueldazo que Katie tiene como abogada corporativa, puede ir a un sitio más exclusivo. Hacía siglos que le decía que fuera a Daniel Galvin, yo voy a hacerme mechas cada seis semanas, así que no sé por qué estoy tan contrariada por el hecho de que por fin me haya hecho caso. Tal vez porque no me ha adjudicado ningún mérito y creo que un poco sí que lo tengo. Quizá me molesta porque en cierto modo había imaginado que iríamos juntas. Que pasaríamos la mañana las dos.

Todavía recuerdo el tipo de chica que era por aquel entonces: pecho plano cuando a todas las demás ya nos estaba saliendo, pelo lacio, patizamba... El color bermellón del uniforme contrastaba con su piel cetrina.

Siempre me ha gustado tener a alguien a quien dominar.

Mírala ahora. Es difícil ser objetiva, porque la conozco desde hace tanto tiempo que es como una hermana, pero veo que a algunos hombres les resulta atractiva. Está claro que nunca será guapa, pero ha aprendido a sacarse provecho. El nuevo peinado. Se ha arreglado y blanqueado la dentadura. Lleva ropa buena que resalta su cuerpo delgado (yo no podría llevar una camisa como esa sin que mis tetas crearan esa especie de repisa que te hace parecer gorda cuando no lo eres). Se hizo el regalo de arreglarse las orejas cuando la contrataron en el bufete de abogados. Casi se la ve... chic. Podría hacerse pasar por francesa. Desde luego, ha sabido sacar el máximo partido a esas facciones tuyas tan difíciles. ¿Cuál es la expresión que usan los franceses? *Jolie laide*, fea guapa.

A Katie nunca la silbarían los albañiles ni los conductores de furgonetas. Nunca he entendido por qué hay personas que piensan que una se siente halagada cuando te piropean. Mirad, vale, sé que soy atractiva. Muy atractiva.

Bueno, ya lo he dicho. ¿Ahora me odiáis? De todos modos, no necesito que me lo confirme ningún albañil barrigudo que silba a cualquiera que vaya con minifalda o ropa ajustada. En todo caso, lo desvalorizan.

Sin embargo, a Katie no le dirían nada. Quizá le gritaran «¡Sonríe, chica!». Pero no les gustaría. No la entenderían. Casi siento envidia por ello. Es algo que yo nunca tendré, esa sutileza de la segunda mirada.

Bueno. Quizá estos días por fin podamos hablar, y pueda enterarme de cómo le va la vida, de qué ha propiciado este cambio misterioso en ella.

Emma

Cuesta no pasarse toda la cena mirando alrededor de la mesa, comprobando que todo el mundo lo esté pasando bien. Lo cierto es que desearía no haber contratado esta cena cuando hice la reserva, en ese momento me pareció una gran idea, pero teniendo en cuenta que también está la pareja islandesa, hay una dinámica extraña. Además, su presencia no hace sino recordarnos que, en efecto, no tenemos el sitio para nosotros solos. Sé que debería ser capaz de tomármelo de otra manera: «qué será, será...» y tal, pero quería que fuera una velada perfecta para todos, y no ayuda que los otros clientes tengan esa pinta tan rara y desaliñada. Ya me he dado cuenta de lo poco que han impresionado a Miranda en concreto. Katie está sentada al lado del hombre, Ingvar, que la mira como si deseara tenerla en el plato que tiene delante, en vez de la carne demasiado aromática.

Mientras tanto, yo me siento al lado de Iain. No dice gran cosa y, cuando habla, tiene un acento tan marcado que me cuesta entenderle.

—¿Tú también vives aquí? —le pregunto.

—No —responde—. En Fort William, con mi mujer e hijos.

—Ah... ¿Y hace tiempo que trabajas aquí?

Asiente.

—Desde que el propietario actual compró el lugar.

—¿A qué te dedicas?

—A lo que haga falta. Trabajillos aquí y allá... En la caseta de bombeo, ahora mismo, la que está junto al lago. También traigo los suministros: comida y lo que se necesite en las cabañas.

—¿Cómo es el propietario? —pregunto intrigada. Me imagino a un viejo terrateniente escocés con patillas, por lo que me llevo una sorpresa cuando responde.

—No está mal para ser inglés.

Espero a que diga más, pero o bien no tiene nada que añadir o es reacio a hablar sobre ello.

Tengo la impresión de haberme quedado sin preguntas, así que es un alivio cuando el islandés pregunta por la caza del ciervo y la atención de la mesa entera se centra en eso. Es como si la idea de una cacería, de la muerte, cautiva a todo el mundo.

—No cazamos ciervos porque sí —dice el guardabosques—. Lo hacemos para controlar su número, de lo contrario serían una plaga. Así pues, es necesario.

—Pero creo que es necesario por otro motivo —dice el hombre, Ingvar—. Los seres humanos son cazadores, lo llevamos en el ADN. Tenemos que encontrar una válvula de escape para esas necesidades. El ansia de sangre.

Dice la frase como si tuviera un sabor especialmente delicioso, y se produce un silencio durante el cual da la impresión de que nadie sabe qué decir, un aumento de la tensión extraña que ha afectado esta cena. Veo que Miranda enarca las cejas. Tal vez luego podamos reírnos de esto y se convierta en una anécdota graciosa. Todas las vacaciones tienen estos momentos, ¿no?

—Bueno, yo no lo sé —dice Bo mientras pincha un trozo de venado con el tenedor—, pero está delicioso. Es increíble pensar que procede de aquí mismo.

No estoy de acuerdo. No es que esté malo, pero yo lo habría cocinado mucho mejor. El venado sabe demasiado a enebro, apenas se le encuentra el sabor a la carne y ni mucho menos hay suficiente jugo. Las hortalizas están

mustias: el *cavolo nero* convertido en un puré viscoso y demasiado hecho al vapor.

Lo compensaré con la cena de mañana. Tengo el banquete planificado: blinis de salmón ahumado para acompañar las dos primeras copas de champán, luego solomillo Wellington con *foie-gras*, seguido de un suflé de chocolate perfecto. Como todo el mundo sabe, los suflés no son fáciles. Hay que ser muy puntillosa con ellos. Separar bien los huevos, batir las claras a la perfección, calcular bien los tiempos al final para servirlos antes de que la hermosa cresta caiga. La mayoría de la gente no tiene paciencia para ello. Pero ese es precisamente el tipo de cocina que me gusta.

A decir verdad, mientras retiran el postre (una *pavlova* de grosella bastante sosa), me siento aliviada.

Cuando todo el mundo se prepara para marcharse, Julien nos hace una seña para que volvamos a sentarnos. Ha bebido demasiado; se tambalea ligeramente cuando está de pie.

—Cariño —dice Miranda con su tono más meloso—, ¿qué haces?

Me pregunto si se acuerda de la última Nochevieja, en el entorno exclusivo de Fera, el restaurante del Claridge's, cuando se levantó del asiento sin mirar y envió la bandeja llena de comida de un camarero al suelo con gran estrépito.

—Quiero decir unas palabras —anuncia—. Quiero dar las gracias a Emma... —alza la copa hacia mí— por haber escogido un lugar tan fantástico.

—Oh, no ha sido nada... —digo.

—Y quiero decir lo especial que es estar aquí todos juntos. Da gusto saber que ciertas cosas nunca cambian, que siempre se puede contar con ciertos amigos. No ha sido un año precisamente fácil...

—Cariño... —repite Miranda, con una carcajada—. Creo que todos nos hacemos a la idea. Pero estoy totalmente de acuerdo. Un brindis por los viejos

amigos. —Alza la copa. Entonces se acuerda y se vuelve hacia mí—. ¡Y los nuevos, por supuesto! ¡Salud!

Todo el mundo se hace eco del brindis, incluido Ingvar, aunque por supuesto Miranda no se refería a él. Pero ni siquiera su exclamación estropea el momento. En cierto modo, el brindis ha salvado el ambiente, ha convertido la cena en un acontecimiento. Y, de nuevo, noto que se me ilumina ligeramente el rostro de orgullo.

Doug

Una hora después de la cena llaman a su puerta. Los perros, Griffin y Volley, se vuelven locos ante esta emoción inesperada: nadie viene jamás a su casa. Comprueba la hora: medianoche.

—Qué demo...

Es la guapa, la rubia alta que se sentó a su lado durante la cena. La que le rozó con la mano; la primera vez que alguien le tocaba la piel en mucho tiempo. Ella le sonríe, con la mano levantada, como si estuviera preparada para volver a llamar. Huele que esa mujer le causará problemas.

Griffin sale disparado y salta encima de ella incluso mientras Doug brama «¡Abajo!». Ella levanta los brazos y, al hacerlo, se le sube el suéter y deja al descubierto una franja de su vientre firme, el botón replegado de su ombligo. El hocico del perro le deja un rastro húmedo en la piel.

Parece avergonzada de haberse asustado y se inclina para acariciar la cabeza de Griffin, una muestra de valor.

—Guapa —le dice, aunque no suena para nada convencida. Le dirige una sonrisa a Doug, mostrándole sus dientes blancos. «Mírame», dice la sonrisa, «mira qué relajada estoy»—. Hola, espero que no te importe que irrumpa de esta manera.

—¿Qué ocurre?

Le falla la sonrisa. Doug recuerda demasiado tarde que es una clienta y que él está a su servicio, aunque sea una hora intempestiva para pedirle algo. Intenta minimizar los daños con la siguiente pregunta.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Me preguntaba si nos podrías ayudar a encender la chimenea del Lodge —dice.

Él se la queda mirando. Le cuesta imaginar que nueve personas no sumen la habilidad suficiente para encender un fuego.

—Lo hemos intentado, pero no hemos tenido mucha suerte. —Apoya un brazo contra la jamba, encorvando la cadera. El suéter se le ha vuelto a subir —. Somos londinenses, ¿sabes? Seguro que a ti te sale infinitamente mejor que a nosotros.

—Vale —contesta de forma cortante, antes de recordar otra vez que se trata de una clienta. Una huésped—. Por supuesto.

Se da cuenta de que ella es el tipo de mujer que está acostumbrada a salirse con la suya. Nota cómo intenta atisbar al interior de la casita. No está acostumbrado a ese tipo de cosas: le bloquea la vista con su cuerpo y cierra la puerta detrás de él con tal rapidez que casi le pilla el hocico a Griffin.

Ella dobla el dedo hacia él, invitándole a seguirla. Hacia el Lodge, a encender la dichosa chimenea, pero aun así... Sabe lo que le está ofreciendo. No el acto en sí, quizá, pero el susurro, el atisbo, el guiño.

¿Cuánto hace? Mucho tiempo. Más de un año..., quizá mucho más.

Mientras la sigue vuelve a percibir la fragancia de su perfume, como el incienso de una iglesia. Huele a problemas.

La sigue hasta el Lodge. Cuando se inclina ante la rejilla, el grandullón, ¿Mark?, se acerca y le dice de hombre a hombre:

—Has perdido el tiempo, tío. Ella ha insistido en ir a buscarte. Pero prácticamente ya lo había encendido. Lo que pasa es que la leña está un poco húmeda.

Mira la disposición incoherente de los troncos en la rejilla, las veinte o más cerillas desperdigadas, pero no dice nada.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunta el hombre.

—No, gracias.

—Como quieras, tío.

El rostro del tipo se ha enrojecido en cuestión de segundos por la vergüenza o, sospecha Doug, por la ira. Parece ser de los que salta a la mínima, piensa. Se le nota.

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

En circunstancias normales, el paisaje se refleja en el agua del lago como si las montañas, los árboles y el Lodge miraran a través de un espejo. En el reflejo, aparecen a veces más brillantes, más perfectos de lo que son en realidad. Pero hoy la superficie está turbia, ciega, marcada por el hielo. Por favor, pienso, mientras sigo a Doug por el recodo del sendero que discurre junto al agua, que no sea en el lago. Que no haya encontrado el cadáver ahí.

El lago es mi santuario, mi iglesia.

La primera vez que me interné en estas profundidades gélidas no tenía intención de salir. Fue en mis primeros días aquí, cuando me di cuenta de que no había podido lidiar con todo. Pero ocurrió algo mientras la ropa iba arrastrándose hacia el fondo y el frío me apresaba en sus garras: un instinto esencial, que escapaba a mi control, me impelió a patallar, a luchar. Ahí estaba la vida, de repente: en mi interior, poderosa, insuperable. La sensación era, es, adictiva. Es una de las pocas veces en las que no siento que me esté ahogando.

Ahora tengo mi rutina instaurada. Me levanto y me enfundo el bañador, una prenda casta de una pieza como las que llevábamos para la clase de natación en el colegio. No tengo como objetivo impresionar a nadie, y es lo más tapada que puedo ir sin recurrir a un traje de submarinismo. Voy todas las mañanas del año. Lo hago sobre todo cuando hay temperaturas bajo cero —como ahora

— y tengo que romper el hielo de la superficie del lago. Cuando el agua está tan fría, te agarra como un vicio y te extrae todos los pensamientos de la cabeza, y entonces da la impresión de que el corazón late tan deprisa que podría explotar. Entonces es cuando me siento más como yo misma, sin el peso de todo lo que soporto. Es el momento del día en el que me noto realmente viva.

Luego me seco y regreso a mi casa. Para entonces todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo me producen un cosquilleo de placer. Supongo que es la mejor sensación que se puede tener sin contar el sexo.

En una ocasión vi a Doug nadando en el lago. Desde mi casa disfruto de una vista completa de él. Fue hasta la orilla y se quedó en calzoncillos, por lo que le vi la espalda poderosa y la piel lechosa. Cuando nadó —sin vacilar un solo instante por el frío—, pareció como si su cuerpo fuera una máquina especialmente diseñada para cortar el agua a la mayor velocidad posible. Cuando emergió, su rostro estaba sombrío.

Mientras lo observaba, sentí una profunda vergüenza, como si me hubiera inmiscuido en un momento íntimo, aunque me bastara para ello con mirar por la ventana. Y vergüenza también porque me pareció una deslealtad. Porque había mirado, y mantenido la mirada, y no había sido inmune a la visión del cuerpo de mi compañero de trabajo. Porque había guardado su imagen cuando me di un baño, más tarde, y me procuré el primer orgasmo en más de un año.

Ahora Doug se gira para comprobar que lo sigo y noto cómo me sonrojo inmediatamente. Espero que el frío mordaz baste para justificarlo.

Estamos a punto de internarnos en el bosque denso que flanquea el lago a este lado. Una hilera de pinos negros. Algunos no son propios de esta zona, son impostores noruegos, plantados después de la guerra. Son mucho más

frondosos que los pinos escoceses locales y, cuando uno se encuentra entre ellos, todos los sonidos del exterior parecen quedar amortiguados. No es que aquí haya muchos sonidos, aparte del graznido ocasional de los pájaros.

Cuando tengo un buen día, me convengo de que adoro estos árboles: sus agujas brillantes, las piñas que recojo para disponer en cuencos alrededor de la casa, la fragancia cálida y vegetal de la resina típica de la Navidad cuando me paseo entre ellos. Si tengo un mal día, me recuerdan a un funeral, cual centinelas siniestros vestidos de negro.

Ahora no se nos ve desde el Lodge. Estamos completamente solos. De repente me acuerdo de que, aunque llevo trabajando un año al lado de este hombre, no sé prácticamente nada de él. Se trata del momento más largo que he pasado en su compañía, e incluso es probable que sea la conversación más larga que hemos mantenido.

No sé si él habla con alguien más. Al comienzo, esperaba que me preguntara si podía usar internet, para enviar un mensaje de correo electrónico, quizá, o para comunicarse con sus amigos y su familia a través de Facebook. Pero nunca me lo pidió. Incluso yo me comunico con mi familia y amigos de vez en cuando. «Tu madre se preocupa por ti —me dijo mi padre al principio de estar aquí—. Aislada en un lugar como ese, sola, después de todo por lo que has pasado. No está bien.» Así pues, intento volver a casa varias veces al año para tranquilizarla, aunque la experiencia de reincorporarme al mundo exterior no me agrada especialmente.

Pero da la impresión de que Doug nunca sale de la finca a no ser que sea imprescindible: para llevar a los huéspedes a visitar las tiendas, por ejemplo. Cometí el error de mencionar su existencia a mi madre, la vida tan solitaria que lleva. Por supuesto, en el más puro estilo maternal, se preocupó por mí.

—Podría ser alguien peligroso —me dijo—. ¿Qué más ha hecho en la vida? ¿De dónde ha salido?

Le dije la única cosa que sabía, que había estado en los marines, lo cual no la tranquilizó lo más mínimo.

—Tienes que buscarlo en Golge, Heather —me dijo.

—Google, mamá.

—Como se llame. Prométeme que lo harás. Tienes que saber quién es ese hombre... No puedo dormir de preocupación, Heather. Salir corriendo y dejarnos aquí justo cuando más necesitas a tu familia. Sin tener noticias nada de ti durante días, semanas. Necesito saber que por fin estás a salvo, saber con quién trabajas, Heaths. —Y entonces pareció contenerse—. Por supuesto, sé que suena horrible que lo diga yo. Lo que te pasó... fue lo más injusto que podía pasarte...

—Bueno, mamá —dije, porque ya no quería seguir escuchándola más—. Lo haré, lo buscaré en Google. —Pero no lo hice, no entonces. A decir verdad, hacerlo me parecía una traición.

Por supuesto, cuando mi madre me preguntó qué había averiguado —era fácil imaginar que se trataba de una de esas cosas sobre las que ella seguiría insistiendo, como un terrier con un hueso—, la tranquilicé.

—Todo bien —dije—. Lo he buscado. No hay nada. Ahora ya puedes dejar de preocuparte por mí.

Se produjo un silencio.

—Nunca dejo de hacerlo, cielo. —Colgué el teléfono.

Lo cierto es que tiene razón. No sé nada de Doug. Solo lo que el jefe insinuó cuando me entrevistó, que su experiencia le hacía idóneo para el puesto, sobre todo para ahuyentar a los cazadores furtivos. Cuando se le pidió que eligiera una de las casitas, escogió la más alejada de todo, la situada al fondo de la ladera del Munro, sin árboles que la protegieran y sin vistas al lago. Es, con diferencia, la peor de todas, lo cual indica que la escogió únicamente por la ubicación. Entiendo la necesidad de estar solo. Pero la

necesidad de más aislamiento todavía dentro de este entorno remoto hace que me plantee de qué quiere distanciarse exactamente.

—¿Adónde vamos, Doug?

—Ya falta poco —contesta, y siento el aguijón del miedo, la tentación irrefrenable de dar media vuelta y regresar sobre mis pasos, en dirección al Lodge. Sin embargo, sigo a Doug mientras nos internamos más en el bosque, acompañados por el único sonido del crujido de nuestras botas en la nieve.

Más adelante, veo la primera de las cascadas, el pequeño puente de madera que cubre la distancia entre las dos orillas, con el edificio de la caseta de bombeo un poco más allá. En condiciones normales, no tardaríamos más de diez minutos en llegar hasta ahí. Pero con este tiempo tan inclemente, nos ha llevado casi media hora.

Veó las huellas enormes de las botas de Doug en la nieve que hay en el puente, donde parece que se colocó la primera vez, mirando hacia abajo. Me fijo en que no hay más huellas. Pero tampoco podría haberlas. Nieva sin parar desde hace horas. Cualquier otro rastro, incluido el de la persona muerta, habrá quedado enterrado hace tiempo.

—Ahí —dice, señalando.

Piso el puente con cautela. Al comienzo no veo nada. Hay bastante distancia hasta el fondo y soy muy consciente de la presencia de Doug justo detrás de mí. Bastaría con un pequeño empujón, me pongo a pensar, para enviarme al otro barrio. Me aferro a la cadena que hace las veces de barandilla, aunque de repente me parece muy endeble entre las manos.

Experimento un momento de confusión mientras contemplo el vacío. Lo único que distingo es mucha nieve y hielo acumulados en el barranco.

—Doug, no veo nada —digo—. Ahí no hay nada.

Frunce el ceño y vuelve a señalar. Sigo su dedo.

De repente, asomando entre las rocas, las grandes almohadas de nieve caída, aparece debajo de mí como la emergencia lenta de una linterna mágica.

—Dios mío.

Es más una exhalación de aire, como un puñetazo en el vientre, que dos palabras. He visto cadáveres con anterioridad, en mi antiguo trabajo. Un número mayor que la mayoría de las personas, en definitiva. Pero el horror de tal experiencia nunca te abandona. Siempre provoca una conmoción, una conmoción profunda, existencial, el verse confrontado con un objeto inanimado que fue una persona. Una persona que pensaba, sentía, veía, reducida a tanta carne fría. Siento la sensación de náusea que tan familiar me resultaba hace tiempo. En la facultad de Medicina nos dijeron que desaparecería después de ver unos cuantos cadáveres. «Os acostumbraréis.» Pero no estoy segura de haberlo conseguido jamás. Y no estoy preparada, a pesar de saber lo que venía a ver. La muerte me ha tendido una emboscada, aquí, en este lugar. Pensé que no me alcanzaría.

Ahora casi parece un elemento más del paisaje; en parte es lo que ayudó a que no lo distinguiera. Pero ahora que lo veo, me cuesta creer que antes se me pasara por alto. El cadáver ejerce una especie de poder siniestro, atrae la vista. La mitad inferior está ligeramente cubierta de nieve caída, aunque la protección que ofrece el puente ha dejado visible la mitad superior. La piel es de un color azul grisáceo, exenta de toda sangre y color humano. El pelo, desparramado detrás de la cabeza, podría bien ser hierbajos, como los que asoman con obstinación en la superficie de la nieve en algunos puntos.

De hecho, parece que hay mucha piel. No se trata de una persona que fuera vestida de forma adecuada para las condiciones climáticas. El frío podría haberla matado en una hora, o menos, de no haberla matado otra cosa. O alguna otra persona.

Aguzo la vista y veo el cerco de sangre alrededor de la cabeza: es de color óxido, cubre las rocas de debajo como una extraña especie de liquen. Hay muchas rocas. Quizá se cayó contra una de ellas. Este podría ser el motivo de la muerte.

Pero me doy cuenta de que es más complicado que eso. Hay un collar oscuro inconfundible alrededor del cuello. La piel de esa zona, incluso desde lejos, se ve especialmente azul y amoratada. Sé muy poco de pruebas forenses, apenas un poco más que cualquiera sin estudios médicos. Mi antigua vocación era salvar vidas, no examinar las pruebas que quedan una vez la persona ha muerto. Pero no hace falta ningún experto para ver que algo ha presionado la piel del cuello, que algo la ha lesionado.

El rostro... No, no quiero pensar en el rostro.

Me vuelvo hacia Doug. Tiene la mirada perdida; como si no hubiera nadie tras sus ojos. Retrocedo un paso sin querer. Entonces me contengo.

—Ya lo veo —digo—. Ya veo a qué te refieres. Sí.

Tenemos que esperar la llegada de la policía, para que determinen la causa de la muerte. Pero ahora sé por qué Doug quería que fuera a echar un vistazo. No parece un accidente.

Emma

Tres días antes

30 de diciembre de 2018

Volvemos a estar en el salón del Lodge, todos un poco achispados. Cansados de la jornada, también, pero nadie quiere irse a la cama, porque resulta una novedad que estemos juntos de este modo. Samira y Giles se han sumado a nosotros ahora, parece que por fin Priya se ha quedado dormida, aunque Samira no deja de acercarse al oído el monitor para bebés, como si temiera que hubiera dejado de funcionar. Hay muchas risas y alegría; el alcohol ha distendido el ambiente.

—Bueno, ¿qué nos hemos perdido? —pregunta Giles.

—No mucho —responde Nick—. Aunque queda claro que tenía que haber traído una falda escocesa. Aquí parece que es *de rigueur*.

—Creo que queda bien —dice Miranda, lanzando una mirada al guardabosques, que está arrodillado junto a la rejilla para encender la chimenea—. Ah —añade, con aire misterioso—: y hemos conocido a los otros huéspedes...

—¿Qué tal son? —pregunta Samira.

Bo imita el acento marcado del hombre, Ingvar.

—El anzia de sangre... —dice, gesticulando—. ¿No la notas en un zitio como este? ¿No notas las ganaz de mataaaaag?

Miranda se carcajea.

—¡Sí, sí! ¡Tal cual!

Es buen imitador, lo cual no es de extrañar porque es actor. Pero también habla arrastrando las palabras porque está más borracho que los demás. Parece ser que tuvo problemas con las drogas en el pasado, pero el alcohol no lo tiene prohibido. Durante la cena se ha bebido las copas de vino como si fueran de agua.

—Vaya, pues suena un poco rarillo —dice Samira—. Pero supongo que... debe de ser inofensivo, ¿no?

—¡Le has gustado, Katie! —exclama Miranda.

—¿Ah, sí, Katie? —pregunta Giles, sonriendo.

Katie se sonroja. Está hecha un ovillo en uno de los sofás situado al lado de Nick, con los pies debajo del cuerpo, como si intentara ocupar el menor espacio posible.

—No creo —dice.

—¡Oh, claro que sí! —insiste Mark—. Creo que tenía ganas de arrastrarte al bosque y hacer de las tuyas contigo.

Vuelvo a ser consciente de la presencia del guardabosques. Pero dudo de que vaya a contar a los demás huéspedes lo que acaba de oír, ¿no? Le observo mientras hace una pirámide con la leña y las ramitas; su eficacia tiene algo de satisfactorio. A Giles y a Mark les fastidió que a Miranda le pareciera necesario ir a buscarle, pero sus primeros intentos se quedaron en nada en cuestión de minutos. De todas formas, no parece que le haya sorprendido que le hayamos pedido ayuda, y eso que es bastante tarde. Me pregunto si alguien que no fuera Miranda habría sido capaz de hacerle venir a estas horas intempestivas.

Miranda, por cierto, está ahora en el mueble bar preparándonos unos *boulevadiers*, su especialidad: un negroni con ginebra, en vez de con bourbon. Es el cóctel que nos sirvieron en su boda.

—¿Quieres uno? —pregunta al guardabosques.

—No —contesta él, mirando el suelo—. Tengo que volver a casa.

—Como quieras.

Se levanta, se limpia el hollín de las manos en la chaqueta y se encamina a la puerta.

—¡Buenas noches! —se despide Miranda cuando se cierra la puerta.

—Que le den —dice Mark—. No puede decirse que sea la alegría de la huerta, ¿no?

—No todo el mundo es tan ingenioso y encantador como tú, Marky-Mark —dice Miranda, mientras nos trae los cócteles. Se repantiga entonces en el sofá y se quita las zapatillas con un movimiento grácil. Lleva las uñas de los pies pintadas de color rojo sangre. Me encanta ese tono, es muy chic. Tendré que acordarme de preguntarle cómo se llama exactamente.

—Quiero fumar —anuncia—. Siempre me apetece uno de estos.

Saca el paquete. Son *Vogue light*. Lo sé, porque yo fumo los mismos; no he fumado otra cosa desde que cogí el hábito, a los diecinueve.

—Me parece que aquí dentro no se puede fumar —advierde Nick.

—Por supuesto que sí, joder. Hemos pagado lo suficiente por el privilegio, ¿no? Además —señala el fuego gigantesco de la chimenea, cuyo humo nos envuelve con nubes que huelen a turba—, esa cosa apesta lo bastante como para disimular el olor.

«Pero alguien podría mirar y verte», pienso. Heather o el guardabosques, Doug. Al mirar ahora por las ventanas, apenas se distingue nuestro reflejo, la estancia o el fuego. Y justo más allá, la silueta muy débil del paisaje nocturno: el negro oscuro de los árboles y el destello del lago. Pero quedamos prácticamente cegados a lo que haya allá fuera.

Lo decía en el formulario, lo recuerdo. Muy claro: no fumar en el interior, por favor. Si alguien la ve, nos cobrarán el depósito por daños. Pero no diré

nada, al menos no ahora. Lo último que me apetece es ser una aguafiestas. Quiero que todo el mundo se lo pase bien.

—Qué coño —dice Miranda—, ¿dónde está mi encendedor? Pensaba que lo había dejado ahí, en la mesilla. Es especial, era de mi abuelo. Lleva nuestro escudo.

Miranda siempre encuentra la manera de recordar a la gente la dinastía a la que pertenece. Pero no creo que lo haga a propósito, la verdad. Es que ella es así.

Mark rebusca en el bolsillo y saca su encendedor. Miranda se inclina en dirección a la llama, tanto que todos vemos el lazo color frambuesa de su sujetador.

—A lo mejor te lo ha cogido tu acosador —dice Nick en broma, recuperando la verticalidad y dando un sorbo al whisky, pues no ha querido un cóctel.

—Oh, cielos —dice Miranda, abriendo unos ojos como platos—. Juro... que, cada vez que pierdo algo, casi pienso de forma automática que ha sido él. Es muy conveniente.

—¿Qué acosador? —pregunto.

—Oh —dice Miranda—, siempre se me olvida lo poco que hace que nos conocemos, Emma.

No, no se le olvida. Siempre me recuerda que soy nueva en el grupo. Pero supongo que no me importa.

—Manda tenía un acosador —explica Samira—. Empezó en Oxford, pero continuó en Londres varios años, ¿verdad, Manda?

—¿Sabéis? —dice Miranda con frivolidad—. A veces llegué a pensar que no existía. Que alguien me estaba gastando una broma.

—Pues menuda broma —interviene Julien—. Y no recuerdo que la última

vez estuvieses tan tranquila al respecto. Daba miedo, ¿no te acuerdas de lo cagada que estabas?

Miranda frunce el ceño. Tengo la impresión de que no le gusta que los demás sepamos que estaba realmente preocupada. Hacerse la víctima no es su estilo.

—De todos modos —dice ella—, solía cogirme cosas. Cosas raras, cosillas, pero que solían tener valor sentimental. A decir verdad, tardé algún tiempo en darme cuenta. Soy tan desorganizada que siempre pierdo cosas y no las encuentro.

—Resulta que además las devolvía —tercia Katie, por encima de la revista que está leyendo. Ha estado tan callada durante la última hora, mientras todos los demás hacen tanto ruido, que casi había olvidado su presencia—. Pasado un tiempo, se las devolvía.

—Oh, sí —confirma Miranda. Durante unos instantes me parece ver un atisbo de algo en su expresión, cierto temor o desasosiego, pero si el recuerdo la pone nerviosa, lo disimula enseguida—. En Oxford solía dejar las cosas que me había cogido en la taquilla de la facultad, con una notita impresa. Y luego, cuando estábamos en Londres, me enviaba las cosas que me robaba, también con una nota. Eran objetos como un pendiente, un jersey, un zapato... Era como si solo quisiera quedárselos cierto tiempo.

—Era horrible —dice Samira—. Sobre todo, cuando vivíamos en aquella casita oscura en el segundo curso, cerca de las vías del tren, ¿te acuerdas? Siempre pensé lo asustada que debías de estar. Yo lo estaba solo de pensar que ese tipo merodeaba por ahí.

—Creo que lo cierto es que a mí me parecía gracioso, más que nada —declara Miranda.

—Me parece que entonces no pensabas eso —interviene Katie—. Recuerdo que en la facultad venías a mi habitación a las tantas de la noche con la colcha

sobre los hombros diciendo que tenías la sensación de que había alguien en tu habitación, observándote. Solías venir y dormir en el suelo.

Miranda frunce el ceño. Supongo que es el problema de tener amigos desde hace tanto tiempo: se acuerdan del pasado remoto. Es como si Katie no se aviniera a las reglas, su comentario ha cortado el buen rollo.

—¿Sabes? —dice Julien—. Siempre pensé que era alguien que conocías. Tenía que ser alguien que siempre estaba ahí, cerca de ti..., lo bastante cerca para poder cogerte esas cosas.

Veo que Katie le lanza un dardo con la mirada a Mark antes de apartar la vista rápidamente. No me cabe la menor duda acerca de lo que está pensando. Seguro que su teoría preferida es que el acosador era él. Siempre ha estado enamorado de Miranda. Sí, lo sé. Pero no me importa. Es inofensivo; eso también lo sé. En el fondo, Mark es un alma bastante simple. Tiene carácter, sí, pero carece de la naturaleza calculadora para tal comportamiento.

Veo la compasión con la que Katie me mira a veces. Me fastidia. No necesito su compasión. Ojalá pudiera decírselo sin que sonara como que protesto demasiado.

Miranda

A la gente siempre le han entretenido las historias sobre mi acosador. Sé cómo aderezarlas para que provoquen un estremecimiento. Y es una cosa tan rara, ¿verdad? Un acosador en la vida real. Todo el mundo parece pensar que es algo que solo le pasa a las celebridades: actrices, cantantes, presentadores de programas matutinos. A veces pillo a la persona a quien se lo estoy contando mirándome con los ojos entornados, la cabeza ladeada, como si estuvieran calibrándome. ¿Realmente merezco que me acosen? ¿Tan interesante soy?

Suelo sacar a colación a mi acosador como ingrediente de una conversación durante una cena. A veces se diría que es una mascota exótica y fascinante, o un niño especialmente talentoso. Es una forma de entablar conversación, pero también puede ponerle fin, señalando que siempre puede haber alguien que te observa, que lo sabe todo de ti. Y luego suelo enlazar tranquilamente esta afirmación con la idea de que, si uno se para a pensarlo, en la época en que vivimos, todos somos acosadores. Todos sabemos mucho de la vida de los demás. Incluso de personas que hace años que no vemos. Nuestros amigos de la infancia, los antiguos compañeros de colegio. Pero también todos nos exponemos a ser acosados. Creemos que controlamos la situación, compartiendo lo que pensamos que decidimos compartir cuando en realidad contamos mucho más de lo que somos conscientes.

—¡O sea que realmente —suelo decir llegados a este punto de mi actuación — mi acosador estaba adelantado a su tiempo! Marcaba tendencia, por así decirlo. Solo que era analógico. Probablemente también estudiaba en Oxford.
—Pequeña pausa para que la información se capte, reluzca e impresione al

personal unos instantes—. Que yo sepa, podría estar perfectamente detrás de alguna app de las redes sociales. ¡Compartiendo su experiencia con el mundo!

Acotación: carcajada irónica. Acotación: una conversación prolongada sobre la privacidad y sobre lo que deberíamos permitir, dónde trazar la línea roja... y cómo la privacidad es el verdadero campo de batalla del siglo XXI. Acotación: intercambio de distintas experiencias raras que la gente ha tenido (mensajes privados de desconocidos en Instagram, provocaciones en Twitter, una petición de amistad espeluznante en Facebook de alguien a quien no conocemos). Sin embargo, nada de todo ello es tan raro y especial como mi propia experiencia.

Me recuesto en el asiento, sintiéndome un poco sonrojada. Como si acabara de realizar una obra bien ensayada y la hubiera representado con un poco más de gracia que otras veces. Mi exhibición de gimnasia social particular. Llegados a este punto, Julien suele poner los ojos en blanco. Ha oído todo el relato... ¿cuántas veces? ¿Cincuenta, cien, mil veces? Y nunca ha sido capaz de verle el interés, la gracia. Él es quien pensó, hace ya muchos años, que debería haber llamado a la policía. Solía fastidiarle que sacara el tema, porque pensaba que no debía quitarle hierro a algo tan «jodidamente espeluznante», tal como decía él. Ahora creo que ya está un poco harto de escuchar esta historia tantas veces.

Pero la verdad que no cuento a nadie es que tuve —tengo— miedo de mi acosador. El acosador sabe cosas secretas, vergonzosas de mí que no le he contado a nadie. Ni siquiera a Katie, ni siquiera por aquel entonces cuando éramos uña y carne, sin que Julien contara.

El acosador sabía, por ejemplo, que a menudo me gustaba hacer incursiones en la cleptomanía recreativa en Oxford. Solo en épocas de mucho estrés: la época de exámenes o antes de entregar un trabajo importante. Mi terapeuta (la única persona a la que he hablado de este hábito) piensa que era un tema de

control, un poco como hacer dieta y ejercicio: algo sobre lo que yo ejercía el poder y que se me daba bien. No obstante, ella piensa que es cosa del pasado, no sabe que a veces me embolso una barra de labios, unos guantes de cachemira, una revista. Es por el subidón que produce que no te pillen; mi terapeuta no se ha centrado en esa parte.

Robé unos pendientes de Topshop de Oxford. Unos aros dorados con un pequeño loro de colores sentado en cada uno. Al cabo de unos días después de robarlos, desaparecieron de mi cuarto. Los encontré al cabo de unas semanas en mi taquilla, acompañados de una nota: «Miranda Adams, cabía esperar más de ti. Atentamente, un amigo preocupado. XXX». Los besos fueron la parte que más me jodió.

El tipo debía de estar justo a mi lado en la tienda cuando lo hice. Estaba llena de gente, recuerdo, y había tanto mujeres como hombres, arrastrados por sus novias o que se dirigían a Topman. Sin embargo, no me fijé en ningún rostro en concreto. No recordaba a nadie que me mirara (más de lo normal) ni que se comportara de forma extraña.

Los días en que los pendientes estuvieron desaparecidos, recuerdo haber visto a una chica con gafas en la Biblioteca Bodleiana que llevaba unos exactamente iguales, y la estuve siguiendo casi hasta el departamento de préstamos a corto plazo. Hasta que caí en la cuenta de que cualquiera podría comprarlos. Joder, eran de Topshop. Podía haber veinte o cincuenta chicas en la ciudad con ellos. Tan paranoica me puso mi acosador que llegué a seguir a una completa desconocida.

Luego estaba el trabajo que compré a un estudiante del año anterior con la intención de plagiarlo. Dejé los dos ejemplares encima del escritorio de mi habitación, el original y mi copia mal disimulada, salí a tomar algo al pub y, cuando volví, los dos trabajos habían desaparecido. En las horas que faltaban para que acabara el plazo, estando borracha, tuve que improvisar algo y acabé

sacando un aprobado justillo, mi peor nota hasta el momento, aunque no de todos los tiempos. Al cabo de una semana, me los devolvió con una nota: «No creo que quieras ir por ese camino, Miranda». Y, al cabo de una semana, cuando acusaron a unos cuantos alumnos de plagio, casi le agradecí lo que hizo.

Y también esta aquella vez cuando, al principio de salir con Julien, le puse los cuernos. Un polvo de borrachera con un tipo de mi grupo de tutoría. Entonces quiso el destino que ese mes no me viniera la regla. Hice un test de embarazo, que afortunadamente salió negativo, y me lo devolvieron al cabo de una semana con una nota que decía: «Pillina, pillina, Manda. ¿Qué diría Julien?». El hecho de que me llamara Manda, nombre que solo emplean mis amigos más íntimos, me sorprendió.

No le comenté a nadie nada de todo esto. Ni siquiera a Katie, ni a Samira. Revelaba aspectos de mí misma que habría preferido que nadie supiera. Y temí que, si hacía algo que desagradara a mi acosador, utilizaría todos mis secretos para destruirme.

No obstante, sí que fui a la policía, aunque tampoco se lo dije a nadie. Llevé un par de las notas que había recibido, las que no me avergonzaba enseñar. No me tomaron muy en serio.

—¿Las notas contenían alguna amenaza, señorita? —preguntó el agente que me atendió.

—Pues... no.

—¿Ha notado que alguien se comporte de manera amenazadora?

—No...

—¿Algún indicio de que hayan forzado su puerta?

—No.

—A mí me parece —volvió a coger una de las notas y la leyó— que uno de

sus amigos le está gastando una broma, señorita. —Gilipollas condescendiente.

Y ahí acabó la cosa. Lamenté haber ido, y no solo porque la policía no me ayudó, sino porque, al hacerlo, me había convertido en la víctima que no quería ser.

Pero el acoso continuó en Londres durante varios años. Averiguó dónde vivía. Una cosa es acceder a una habitación de estudiante en un pasillo relativamente accesible y otra muy distinta, entrar en una propiedad de Londres con tres cerrojos de alta seguridad en la puerta. Luego nos mudamos y siguió pasando. Los objetos que desaparecían siempre eran del mismo estilo: no eran valiosos, pero todos eran significativos para mí: la muñeca más diminuta del interior de una bonita matrioshka pintada que me regaló mi querida abuela antes de morir de cáncer; el fular de batik que compré en un pueblo griego durante mis primeras vacaciones con Julien, en el verano de segundo curso; la pulsera tejida de la amistad que Katie me dio en el primer aniversario de habernos conocido.

Pensé que mi acosador sería una constante en mi vida. Había empezado a sentirlo como parte de ella, una parte de mí, incluso. Pero entonces, de repente, desapareció. Hace ya un par de años. Creo que desapareció. Dejé de recibir paquetes y notas. Pero, a veces, cuando no encuentro algo, siento ese viejo estremecimiento de temor. Recientemente, pasó con ese sonajero de plata que compré en Tiffany's, un capricho mientras iba por Bond Street. Estoy convencida de que aparecerá en algún sitio. Al fin y al cabo, no soy la persona más organizada del mundo. Me digo que no es más que paranoia. Pero no me he librado de la sensación de ser observada.

No he hablado con nadie, ni siquiera con Julien, Katie o Samira, por poner un ejemplo, de la sensación de horror gradual que me sobreviene a veces. Hay momentos en que estoy en medio de una multitud y, de repente, estoy

convencida de que hay alguien justo detrás de mí, con su aliento en mi nuca... y entonces me giro y no veo a nadie. Otras veces tengo la certeza repentina de que alguien me observa con una intensidad que no es normal. Ya os podéis imaginar... ese hormigueo que se siente cuando sabes que alguien te mira. Me ha pasado en festivales de música y cuando he ido de compras, en el supermercado y en los clubes nocturnos. En el andén del metro a veces me veo retrocediendo del borde con paso tambaleante, convencida de que hay alguien detrás de mí a punto de darme un empujón.

No, no le cuento a nadie estos temores. Ni a Katie, ni a Julien, y por supuesto tampoco cuando entretengo a mis invitados en una cena.

También tengo pesadillas. Es peor cuando Julien está fuera en viaje de negocios. Tengo que comprobar dos veces todas las cerraduras de las puertas, e incluso cuando está oscuro como la boca del lobo me despierto convencida de que hay alguien conmigo en la habitación. Es parecido a las malas pasadas que nos juega la mente cuando acabas de ver una película de terror. De repente, ves sombras siniestras en cada esquina. Lo que pasa es que esto es cien veces peor. Porque alguna de esas sombras puede ser real.

Katie

Miranda por fin está llegando al final de su repertorio. En este preciso instante, el viento decide soltar un aullido largo y melodramático por el tiro de la chimenea. El fuego parece avivarse y varias chispas aterrizan justo en el interior de la rejilla. Es un momento perfecto, propio de una película de terror. Todo el mundo se echa a reír.

—Me recuerda a esa casa en la que estuvimos en Gales —dice Giles.

—¿Aquella en la que no paraba de irse la luz? —pregunta Nick—. ¿Y en la que la calefacción se apagaba cuando quería?

—Estaba encantada —apunta Miranda—, es lo que nos dijo la propietaria, ¿recordáis? Era jacobina. —Ella era quien había elegido el lugar.

—Está claro que era vieja —dice Mark—, pero no sé si los fantasmas justifican que las cañerías vayan fatal y haya fallos eléctricos.

—Pero había habido muchos avistamientos —dice Emma demostrando su lealtad—. La mujer dijo que habían recibido visitas de *Most Haunted*, aquella serie de la tele que presentaba fenómenos paranormales.

—Sí —dice Miranda, satisfecha por el comentario—. Nos contó la historia de una chica a la que sus hermanastros arrojaron por la ventana porque se dieron cuenta de que iba a heredar la propiedad. Y había gente que la había oído gritar por la noche.

—A mí no me cabe la menor duda de que oí a alguien gritando por la noche —asegura Giles, sonriéndoles. Habían hecho muchas bromas acerca de lo finas que eran las paredes y de que ciertos «ruidos» los habían mantenido a

todos despiertos. Miranda y Julien habían sido considerados los principales culpables.

—Oh, basta ya —dice Miranda, golpeando a Giles con un cojín. Se está riendo, pero, a medida que avanza la conversación, deja de hacerlo y veo que una expresión nueva le ensombrece el semblante. ¿Nostalgia? Aparto la mirada.

El hecho de que Giles mencionara Gales ha iniciado una conversación acerca de otros años. Es una de nuestras aficiones preferidas, remover la historia que compartimos. Son las experiencias que siempre nos han unido, que nos han otorgado una sensación de conexión tribal. Porque desde que nos conocemos, siempre hemos pasado juntos la Nochevieja. Es un ovillo que se ha ido aflojando a lo largo de los años, a medida que nuestras vidas y trabajos nos han llevado en distintas direcciones. Me pregunto si los demás experimentan lo mismo que yo en estas situaciones. Por mucho que piense que he cambiado, por muy distinta que me sienta como persona en el trabajo o con los escasos amigos que no son de la universidad, en momentos como este regreso exactamente a la misma persona que fui hace más de una década.

—Me cuesta creer que bebiera tanto el año pasado... estando embarazada de Priya —dice Samira con expresión horrorizada.

—Entonces no lo sabías —le recuerda Emma.

—No, pero, de todos modos..., tantos chupitos. Ahora ni siquiera puedo imaginarme bebiendo tanto. Me parece tan... excesivo. Hoy en día me siento como una viejecita.

Lo cierto es que no lo parece en absoluto. Con su brillante melena morena y la cara cándida y sin arrugas, Samira es la misma chica que conocí en Oxford. Giles, en cambio, que en otros tiempos lucía una buena mata de pelo en la cabeza, parece completamente diferente. Pero es cierto que Samira ha cambiado quizá de una manera más drástica que Giles. Solía ser susceptible,

ligeramente intimidante, con un intelecto afilado y un estilo impecable. En Oxford estaba metida en todo: formaba parte del sindicato, practicaba varios deportes, hacía teatro, tocaba en la orquesta universitaria y, además, era una gran amante de las fiestas. En cierta manera, parecía tener capacidad para diez veces más actividades de lo normal en cuatro años y, aun así, sacar sobresalientes.

Ahora se la ve más blanda, más amable. Tal vez sea la maternidad. O lo bien que le va en el trabajo, por lo que parece la consultoría para la que trabaja se muere de ganas de que regrese tras la baja maternal; no cuesta imaginar que la empresa se encuentre en un estado catastrófico sin ella. Quizá tan solo se deba a que se hace mayor. La sensación de que ya no tiene que demostrar nada, que sabe exactamente quién es. La envidio por ello.

Julien está hablando acerca de un lugar que visitamos en Oxfordshire hace un par de años; la primera vez que Emma pasó la Nochevieja con nosotros, creo.

—¡Ja! —Mark da un sorbo a la bebida—. Fue la vez que tuve que enseñar a los tipejos del lugar quién estaba al mando. ¿Os acordáis de que uno de ellos intentó darme una paliza?

No es así como yo lo recuerdo.

Más bien fue del siguiente modo: el grupo tenía el tamaño equivocado. Quince personas..., no las suficientes para una fiesta, pero tampoco lo bastante reducido para que hubiera intimidad. El plan era ir a las carreras de caballos el día de Nochevieja por la tarde. Yo esperaba algo un poco más glamuroso, escenas sacadas de *My Fair Lady* y *Pretty Woman*. Ni por asomo. Había chicas con las faldas tan cortas que se les veía las tangas de Ann Summers y chicos que vestían trajes brillantes baratos, llevaban cortes de pelo penosos y bronceado de rayos UVA, pavoneándose por allí y volviéndose más y más

escandalosos con el paso de las horas. La comida no consistía en champán y caviar, sino en pasteles de carne a la cerveza y botellas de WKD. No obstante, fue todo bastante divertido. Esas chicas con las minifaldas y los tíos con los trajes brillantes eran gente muy joven, acicalados y arrogantes, que disimulaban su timidez bajo el halo del alcohol, igual que habíamos hecho todos antes que ellos.

Y entonces Mark decidió hacer un comentario sobre que el sitio estaba «atestado de pobretones».

Es cierto que estábamos en una zona un tanto desértica de las gradas, bebiendo nuestras bebidas con poco alcohol, mientras la mayoría de la gente estaba en el hipódromo, animando a sus caballos. Pero, aun así, había unas cuantas personas a nuestro alrededor. Un grupo de «jóvenes», tal como los denominaría el *Daily Mail*. Y Mark no había hecho ningún esfuerzo por quedarse callado. Él es así. A veces pienso que si Emma no fuera tan agradable, tan dispuesta a arrimar el hombro, la gente lo toleraría a él mucho menos.

Dos de los adolescentes bebidos le oyeron y, de repente, se plantaron delante de él con ganas de pelea. Pero se veía que no iban en serio. Era algo que consideraban que debían hacer, para defender su honor agraviado, como un documental de la naturaleza en el que los machos más pequeños de la manada no pueden permitirse el lujo de mostrar temor, pues, de lo contrario, se arriesgan a ser engullidos. Bastante comprensible, la verdad.

El cabecilla era un chico bajito y delgado con un ligero atisbo de barba adolescente alrededor del mentón, un tipo especialmente estridente con un traje de milrayas.

—Vuelve a decir eso, tío. —Su voz tenía el tono aflautado de los adolescentes, seguro que no tenía ni veinte años.

Esperé que Mark se disculpara, apaciguara la situación y le quitara hierro al

asunto de algún modo, porque esa habría sido la única opción sensata y adulta. Al fin y al cabo, nosotros éramos los mayores. Mark le sacaba un par de cabezas a su agresor del traje de milrayas.

Sin embargo, le dio un puñetazo. Avanzó dos pasos y le dio un puñetazo en la cara, con una de sus manos carnosas. Tan fuerte que la cabeza del chico se echó hacia atrás. Tan fuerte que cayó como una estatua derribada. Se oyó un ruido, un crac, un simulacro del pistoletazo de salida del hipódromo, tal como pensé que solo ocurría en las películas.

Nos quedamos todos ahí mirando, asombrados, incluido el grupillo de amigos de aquel chico. Cabría pensar que estos últimos se habrían rebotado e intentado vengarse. Pues no. La violencia fue tan brutal, tan repentina, que era obvio que estaban aterrados.

Se inclinaron sobre él y, cuando recobró la conciencia, le preguntaron si estaba bien. Gimió como un animal dolorido. De la nariz le caía un hilo de sangre roja y brillante y otro, quizá más preocupante, de la boca. Aparte de en las películas, nunca había visto a nadie sangrando por la boca. Resultó que se había mordido la punta de la lengua al golpearse la cabeza contra el suelo. Lo leí en un artículo en internet, en el periódico local, un par de semanas después. También leí que la policía estaba buscando al agresor. No obstante, el artículo decía que el chico era un tanto alborotador, por lo que quizá no se tomaran la búsqueda muy en serio.

Lo que me pareció extraño fue que Emma ni siquiera pareció especialmente conmovida. Recuerdo haber pensado que debía de haber visto esa faceta de Mark con anterioridad porque enseguida supo qué hacer..., como si hubiera estado esperando que algo así ocurriera. Muy práctica ella.

—Nos tenemos que ir ya —dijo—. Antes de que se sepa lo ocurrido.

—Pero ¿y si tiene algo grave? —pregunté.

—No son más que una panda de chavales borrachos —me contestó—.

Además, han empezado ellos. —Se giró para mirarnos a todos a la cara—. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que han comenzado ellos? Mark ha actuado en defensa propia.

Sonó tan sinceramente convincente —se la veía tan convencida— que creo que todos empezamos a creerla. Y nadie volvió a mencionar lo ocurrido, al menos no durante la escapada de tres días. En Nochevieja, cuando Mark bailó encima de la mesa con una estúpida peluca y una gran sonrisa bobalicona, fue incluso más fácil creer que aquello no había sucedido. Ahora resulta casi imposible de imaginar, mientras atrae a Emma hacia su regazo y le atusa el pelo con ternura mirándola con una sonrisa en los labios: la viva estampa del novio enamorado. Casi, pero no del todo. Porque la verdad es que nunca he conseguido olvidar lo que vi y, a veces, cuando miro a Mark, me asalta el recuerdo de aquella situación y me estremezco horrorizada.

Doug

Dos de la mañana. Cuando levanta la cortina ve el resplandor procedente del Lodge, que ahora parece incluso más brillante, como si desafiara a la oscuridad circundante. Lleva tumbado despierto desde hace horas, como un animal cuyo territorio ha sido usurpado, incapaz de descansar hasta que la amenaza desaparezca. Oye a los huéspedes incluso desde ahí, el pum-pum de la música, el *staccato* ocasional de sus carcajadas. Incluso le llega la vibración tenue de sus voces. ¿O acaso se imagina esa parte? Cuesta saberlo a ciencia cierta. Para alguien de quien dijeron en el colegio que padecía de «una desafortunada falta de imaginación», su cerebro parece conjurar un montón de cosas a partir de la nada en estos tiempos.

Eligió esta casita en concreto porque es la más alejada del resto de los edificios. Las ventanas dan en su mayor parte al flanco más gris y desolado del Munro; el lago apenas se vislumbra por la ventana del lavabo, que está prácticamente oculta por la hiedra. No le cuesta imaginarse totalmente solo en el lugar buena parte del tiempo. Sería mejor si estuviera a solas. Por su bien y por el de los demás.

A duras penas recuerda a un hombre que era sociable, que disfrutaba de la compañía de los demás, que tenía (susúrralo) «amigos», que podía entretenerse con unas pintas de cerveza, que tenía cierta fama de divertido, de saber contar anécdotas. Tuvo una vida anterior: un hogar, una novia, que le esperó durante las tres largas temporadas de servicio en Afganistán. Siguió a

su lado incluso cuando volvió destrozado del último período. Pero entonces ocurrió aquello... o, mejor dicho, él hizo que sucediera. Y después de eso, ella lo dejó.

—Ya no te conozco —le había dicho ella, mientras apilaba sus pertenencias de cualquier manera en bolsas de basura, como quien huye de un desastre natural. Su hermana la esperaba en el coche, le dijo, como si él estuviera intentando hacer algo atroz para detenerla—. El hombre que yo amaba... — tenía lágrimas en los ojos como si llorara la muerte de alguien— nunca habría hecho algo así.

Más que nada, le temía. Lo notó cuando se acercó a ella para intentar consolarla, porque odiaba verla llorar, y retrocedió, colocando la bolsa que sostenía delante de ella, a modo de escudo. Se alejó de él, se cambió de número de teléfono. Su propia familia también lo evitó. La idea de que el hombre que recuerda que era es él mismo en realidad le parece demasiado absurda para ser real. Mejor imaginarlo como algún pariente lejano.

Vio cómo los huéspedes lo miraban, como si fuera una curiosidad, un bicho raro. Las escasas veces en que había atisbado su reflejo en un espejo había entendido por qué. Parecía un salvaje, alguien al margen de la sociedad. Probablemente, la suya era la única profesión en la que llevar el aspecto que luce, el pelo enmarañado y la ropa vieja y gastada, pueda considerarse una especie de prerrequisito. A veces se plantea si debería dejar de fingir que vive casi como una persona normal y llevar una existencia realmente salvaje. Piensa que no le costaría hacerlo. Sin lugar a dudas, posee la dureza necesaria para ello. Los primeros meses de instrucción con los marines limaron rápidamente toda blandenguería, y los años transcurridos desde entonces lo

han endurecido todavía más, como el templado del acero. Su única debilidad, lo que parece incapaz de controlar, es su mente.

No cabe duda de que cuenta con una serie de habilidades y conocimientos acerca de cómo sobrevivir en un entorno salvaje. Podría llevarse un arma, una caña y disparar y pescar sus alimentos. El resto podría robarlo, si lo necesitara. No tiene reparos en agenciarse cosillas. Lo ha dado todo, ¿no? Además, la mayoría de la gente no es consciente de que tiene mucho más de lo que necesita. Son perezosos, y avariciosos, y no ven lo fáciles que son sus vidas. Tal vez no sea culpa de ellos. Tal vez apenas hayan tenido la oportunidad de ver lo frágil que es el asidero de la felicidad. Pero a veces tiene la impresión de que odia a todo el mundo.

Excepto a Heather. A ella no la odia. Pero ella es distinta. No va por ahí en una nube de inconsciencia y despreocupación. Es verdad que no la conoce bien, pero intuye que ha visto el lado oscuro de la existencia.

Se levanta de la cama. No tiene sentido fingir que va a dormirse. Al abrir la puerta del salón, despierta a los perros, que lo miran desde su lecho, aturdidos y somnolientos, primero, aunque luego se alegran y saltan hacia él mientras menean la cola como locos. Tal vez los saque a pasear, piensa. Le gusta el silencio que hay en el lugar por la noche, mucho más intenso. Conoce los senderos más cercanos al Lodge tan bien de noche como de día.

—Todavía no, chicas —dice mientras coge la botella de whisky puro de malta y vierte un poco, y luego un poco más, en un vaso. Tal vez así vea las cosas con mejores ojos.

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

Llamo a la policía para informarles de que hemos encontrado un cadáver.

El operador (que no debe de llegar ni a los veinte años) suena morbosamente animado.

—No parece un accidente —le digo.

—¿Y cómo ha llegado usted a esa conclusión señora? —Su voz destila un leve pero inconfundible tono jocoso. Casi estoy tentada de decirle quién fui, a qué me dedicaba.

—Porque tiene un círculo amoratado alrededor del cuello —digo, armándome de paciencia—. No soy ninguna experta..., pero eso es un indicio de que ha habido algún tipo de fuerza. —«Como un estrangulamiento», pienso, aunque no lo digo. No quiero darle otra oportunidad de pensar que saco conclusiones precipitadas.

Se produce un silencio más bien largo al otro lado de la línea, que imagino que se debe a que está planteándose que no le pagan para este tipo de situaciones. Entonces vuelve a hablar. Su tono ha perdido prácticamente toda su ligereza anterior.

—Si tiene la amabilidad de esperar unos instantes, señora. Voy a ir a buscar a alguien para que hable con usted.

Espero y entonces oigo una voz femenina al otro lado de la línea.

—Hola, Heather. Soy la inspectora jefe Alison Querry. —En cierto modo,

suenan demasiado seguras para pertenecer a una comisaría local pequeña. Su acento no es de la zona, sino más bien de Edimburgo—. He sido trasladada a esta comisaría temporalmente para ayudar en la investigación de otro caso. —«Ah, eso lo explica todo», pienso—. Entiendo que lo que tenemos es un caso de desaparición que, desgraciadamente, se ha convertido en muerte.

—Sí.

—¿Podría describirme el estado del cadáver?

Le doy la misma descripción que le he dado a su subordinado, con un poco más de detalle. Menciono el ángulo forzado del cuerpo y las salpicaduras de sangre en las rocas.

—De acuerdo —dice—. Tengo entendido que ahora mismo es imposible acceder a la zona debido a las condiciones climáticas y al aislamiento de la finca. Pero vamos a hacer todo lo posible para encontrar la manera de llegar hasta allí. Probablemente en helicóptero.

«Por favor —tengo ganas de suplicar a la tal Alison Querry, de tono calmado y mesurado—, venid lo antes posible. No puedo lidiar con esto yo sola.»

—¿Cuándo cree que podrá ser? —pregunto, en cambio.

—Me temo que no estamos seguros. Mientras siga nevando así, no está en nuestras manos. Pero pronto, estoy convencida. Mientras tanto, me gustaría que mantuviera a todos los huéspedes en un lugar cerrado. Dígales lo que sea necesario, por supuesto, pero absténgase de darles los detalles que me ha comunicado a mí. No queremos alarmar a nadie en exceso. ¿Quién está ahí ahora mismo?

Me esfuerzo para vencer el cansancio que me embarga, llevo veinticuatro horas sin dormir. He pasado todo ese tiempo oscilando entre el agotamiento y las subidas de adrenalina. Ahora tengo la impresión de que mis pensamientos van a paso de tortuga.

—Hay... once huéspedes —digo finalmente—, nueve de un grupo de Londres y una pareja de Islandia. Además de Doug, el guardabosques, y yo.

—¿Ustedes dos solos llevan ese lugar tan grande? Debe de ser un poco estresante, ¿no?

Lo dice mostrándose empática, pero parece que haya algo detrás de la pregunta..., algo mordaz e inquisitivo. O tal vez sea mi mente que, falta de sueño, me juega malas pasadas.

—Bueno, nos apañamos —contesto—. Además, hay otro trabajador, Iain, pero se marchó en Nochevieja después de acabar la jornada. No vive aquí, ¿sabe? Ahora solo estamos Doug y yo.

—De acuerdo. O sea que, que usted sepa, ¿las únicas personas que estaban en la finca aquella noche eran usted, su compañero el guardabosques y los once huéspedes? Trece en total.

«El número de la mala suerte...», me parece oír.

—Bueno, eso simplifica las cosas, supongo.

«¿Cómo?», me pregunto. Simple, caigo en la cuenta, porque si fue un asesinato, el culpable está entre nosotros. Doce sospechosos. Por lo que, supuesta e indudablemente yo también lo soy. Esa constatación no debería sorprenderme. Pero lo hace debido a la actitud tranquila de la inspectora Querry. Tengo la sensación de que me ha colocado, o ha fingido situarme, al mando mientras ella no esté aquí.

—En resumidas cuentas —dice—, que todo el mundo se quede donde esté. Mientras tanto, me resultaría de gran ayuda que se esforzara en recordar si ha notado algo extraño en las últimas cuarenta y ocho horas. Cualquier cosa que la haya sorprendido. Tal vez viera u oyera algo, quizá se fijara en algún desconocido que rondara por ahí. Cualquier detalle puede ser significativo.

—De acuerdo —respondo—. Pensaré en ello.

—¿Ahora le viene algo a la mente?

—No.

—Por favor. Piénselo durante unos instantes. Quizá se sorprenda.

—No se me ocurre nada.

Pero mientras lo digo, recuerdo algo. Tal vez sea por donde estoy mientras hablo con ella: junto a la ventana del despacho, mirando el lago en dirección al pico oscuro del Munro y el viejo Lodge, agazapado como una criatura maligna. De repente me viene una imagen a la cabeza, casi la misma escena que veo ante mí, pero en la oscuridad, vista desde mi ventana a una hora intempestiva de la madrugada, si es que se le puede llamar así, de la Nochevieja. Cierro los ojos, intento ver la imagen clara. Algo me despertó: al comienzo no supe identificar de qué se trataba, pero entonces oí el llanto del bebé de los huéspedes. Quizá fuera eso. Fui con paso inseguro al baño para despejarme echándome un poco de agua en la cara. Cuando miré por la pequeña ventana del baño, vi la silueta encumbrada del Munro recortada en el cielo nocturno, bloqueando la luz de las estrellas. Y, acto seguido, algo extraño. Una luz que se movía por ahí como una luciérnaga solitaria, una estrella caprichosa. Entonces pensé que se movía en dirección al viejo Lodge. Avanzaba lentamente por el lado de la ladera oscura.

Pero no le puedo contar esto. Ni siquiera sé si es real. Todo se me aparece en una nebulosa, de forma muy incierta. Ni siquiera estoy segura de cuándo lo vi, solo que fue en algún momento de la madrugada. Mientras intento afinar el recuerdo en mi cabeza, analizarlo para ver si hubo algo más que quizá se me haya olvidado, se desvanece hasta que estoy prácticamente segura de que no es sino fruto de mi imaginación.

—Una cosa más. Extraoficialmente, para que pueda hacerme una idea de la situación. Me resultaría muy útil. ¿Recuerda lo que estaba haciendo la noche en que la huésped desapareció?

—Estaba..., pues, estaba en la cama. —«No es del todo cierto, Heather.

Tampoco es que sea mentira, pero no es toda la verdad. Pero tal como acabas de recordar, estabas tambaleándote de aquí para allá a vete a saber qué hora.»

Nochevieja. La noche más solitaria del año, aunque estés con gente. Antes incluso de que mi vida se desmoronara, recuerdo esa sensación. Siempre existe esa preocupación de que quizá no lo estés pasando tan bien como podrías. Como deberías. Y este año, el sonido de cómo se divertían los londinenses, por mucho que me dijera a mí misma que no les envidiaba, no ayudó. Así pues, bebí bastante más de lo habitual y olvidé que intentar emborracharse para mitigar la soledad no hace sino hacerte sentir más sola que antes.

Cuando fui al baño haciendo esos a la hora que fuera, ¿las cinco, las seis?, no estaba en condiciones de estar segura de lo que había visto o de si había presenciado algo siquiera. Pero eso no se lo puedo decir a la inspectora, porque, de hacerlo, también tendría que reconocer lo borracha que estaba realmente. «¿Y entonces qué? —me pregunta una vocecita—. ¿Tendrías que admitir que no eres la persona capaz y franca que finges ser? ¿Perderías su confianza?» Me recuerdo de nuevo que, a pesar de las preguntas acerca de lo que puedo haber visto, del hecho de que parezca que me coloca en una posición de responsabilidad hasta su llegada, soy una de las trece personas que estaban ahí aquella noche. Yo también soy sospechosa.

—Se ha quedado muy callada, Heather —dice la inspectora Alison Query—. ¿Sigue ahí?

—Sí —respondo con voz débil e insegura—. Sigo aquí.

—Bien. Nos mantendremos en contacto. Si tiene alguna pregunta, aquí estoy. Si se le ocurre algo, no dude en coger el teléfono.

—Por supuesto.

—Iré lo antes posible. Mientras tanto, tengo la impresión de que puede hacerse cargo de la situación.

—Gracias. —Ja. Recuerdo a mi hermana Fi: «A veces está bien no hacerse la valiente, Heaths. Al final, puede hacer más mal que bien guardarse tanto las cosas».

—Pronto le daré una estimación de los tiempos —dice la inspectora Querry—, en cuanto consideremos que podemos sacar el helicóptero. Solo hace falta que la nieve afloje un poco para poder volar con seguridad.

«¿Y qué hacemos hasta entonces? —me pregunto—. ¿Esperar aquí mientras nieva con el espectro de la muerte al otro lado de la puerta?»

Y en ese momento, aunque sé que probablemente no me responda, lo pregunto.

—El caso que le han asignado, ¿cuál es?

Se produce un breve silencio. Cuando vuelve a hablar, emplea un tono menos amable, más oficial.

—Le daré esa información cuando sea necesario.

Pero no hace falta que me lo diga. Estoy prácticamente segura de que lo sé. El cadáver, el aspecto que presentaba. He leído al respecto en los periódicos. Habría resultado imposible no hacerlo. Tiene agarrada por el cuello a la imaginación de la nación. Su propio nombre, incluso. El Destripador de las Tierras Altas.

Katie

Tres días antes

30 de diciembre de 2018

Son casi las dos y media de la madrugada. Me estoy planteando si es lo bastante tarde para escabullirme a mi cabaña sin que me llamen aguafiestas cuando Miranda se deja caer en el sofá, a mi lado.

—Me da la impresión de que apenas he tenido ocasión de hablar contigo esta noche —dice. Entonces baja la voz—. Acabo de conseguir librarme de Samira. La verdad, la quiero un montón, pero últimamente solo sabe hablar de ese bebé. Lo cierto es que es..., en fin, un poco insensible, joder.

—¿A qué te refieres?

Frunce el ceño.

—Ni siquiera recuerdo si te lo conté la última vez que nos vimos, hace siglos... Pero... —baja la voz todavía más, hasta convertirla en un susurro— hemos estado intentando, ya sabes...

—Que te quedes...

—Embarazada, sí. Bueno, no hace tanto tiempo que lo estamos intentando. Todo el mundo dice que se tarda un poco. —Pone los ojos en blanco—. Menos Samira, por lo que parece: dice que se quedó preñada como por arte de magia en cuanto dejó de tomar la píldora.

—Supongo que cada caso es distinto.

—Sí. Lo cierto es que a lo mejor es una bendición y no me doy cuenta. Porque ahí acaba todo, ¿no? La vida tal como la conocemos. Mira esos dos.

Es como... no sé, es como un rito iniciático. Me da la impresión de que toda la gente que conozco en Facebook tiene hijos o está esperando uno... Es como una epidemia de fertilidad repentina. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asiento.

—Dejé de entrar en Facebook hace algún tiempo, la verdad. Es tóxico.

—¡Sí, tóxico! —corroboraba con entusiasmo—. Exacto. Cielos, qué reconfortante resulta hablar contigo, Katie. Estás fuera de todo esto, soltera, haces tu vida... Estás tan lejos de siquiera pensar en hijos.

—Ya —digo, tragándome algo que tengo la impresión de que se me ha quedado atascado en la garganta—. Esa soy yo.

—Lo siento —dice, con una sensibilidad repentina—. Lo he dicho como un halago.

—No pasa nada —respondo, aunque sigo teniendo un nudo en la garganta—. Lo entiendo.

—Mira, tengo una cosa que nos animará. —Me hace un guiño y se saca algo del bolsillo de los vaqueros. Entonces, se dirige a los demás—: ¿Alguien quiere un poco de pudín?

—¿Lo has hecho tú? —pregunta Nick, fingiendo sorpresa—. Me parece que nunca te ha gustado demasiado la cocina, Miranda.

Se ha quedado corto, lo cual estoy convencida de que es su intención. Miranda cocina fatal. Recuerdo un *risotto* especialmente horroroso en el que la mitad del arroz se había quedado pegado y quemado en el fondo de la olla.

—Pero ya hemos tomado postre —dice Giles rápidamente—. Esa cosa de merengue y frambuesa de la cena.

Miranda sonríe con malicia. Ahora es la Miranda de la época universitaria, la reina indiscutible de las fiestas. Tiene ese brillo en los ojos: una mezcla de excitación y obsesión. Hace que me suba la adrenalina, igual que años atrás. Cuando se pone así, es muy divertido, pero también peligroso.

—Este pudín es un poco distinto —dice, sosteniendo en el aire una bolsita de plástico con cierre deslizante, en la que tintinean unas pastillas blancas—. Llamémoslas láminas de menta para después de cenar. Para refrescar el aliento. Y por los viejos tiempos..., para celebrar que estamos todos juntos.

Enseguida sé que no puedo tomar ni una, no sé manejar la pérdida de control. La única vez que tomé una, fue un desastre absoluto.

Ibiza. Veintipocos años. Un grupo numeroso. De hecho, no me habían invitado, el organizador era una persona a quien no conocía demasiado bien en Oxford (es decir, no me consideraba lo bastante guay para invitarme a una de las fiestas de desmadre absoluto que montaba). Pero la semana antes de las vacaciones, murió la abuela de Miranda y ella me vendió su plaza, con descuento. Julien iba a ir, y Samira y Mark, y muchos otros que desde entonces han desaparecido del mapa. No sé si sería capaz de recordar alguno de sus nombres, ni esforzándome especialmente.

Me gustaban los almuerzos largos y perezosos junto a la piscina. Las noches en las que bebíamos vino rosado, luciendo bronceado y leyendo un libro. Lo que no me gustaba tanto era la parte de la velada en la que aparecían las pastillas y todo el mundo me miraba cuando las rechazaba, como si fuera un padre venido para aguar la fiesta. Y entonces se sumían en una versión inferior de ellos mismos: histéricos, desinhibidos, con las pupilas ensanchadas, como animales. Pensé que ojalá pudieran verse. Al mismo tiempo me sentía envarada, aburrida; una mala sustituta de Miranda. Samira, que siempre iba con la gente más *in*, me llevó a un lado y me dijo: «Tienes que soltarte un poco».

A finales de la semana, apenas se levantaban ya durante el día. La casa acabó dando asco. Había ropa sucia, latas de cerveza, condones usados e

incluso charcos de vómito medio recogidos por todas partes. Estuve a punto de comprarme un billete de avión para volver a casa. Santo cielo, se suponía que eran unas vacaciones. Un respiro del trabajo al que dedicaba ochenta horas a la semana. Sabía que a mi regreso me sentiría cansada, mancillada y enfadada. Pero aguanté. Encontré una terraza que quedaba fuera de la vista de la casa principal. Arrastré una tumbona hasta allí y pasé los últimos días leyendo. Por lo menos cogería un buen bronceado y acabaría el libro: un simulacro de lo que se supone que uno hace en vacaciones. Por lo menos, daría la impresión —a mis compañeros, a mi familia— de que me lo había pasado bien.

La última noche, como por arte de magia, todo el mundo hizo acopio de fuerzas para preparar una barbacoa como las que habíamos hecho a comienzos de la semana, antes de que acabaran todos hechos una ruina. Bebí bastante cava y luego más. A la luz de las velas, mirando los rostros de la gente y el resplandor turquesa oscuro del mar, me pregunté cómo era posible que hubiera llegado a la conclusión de que no me lo estaba pasando bien. En eso consistía ser joven, ¿no?

Así que cuando sacaron las pastillas, como era de esperar, cogí una. Me sentí eufórica poco después, me sentí invencible. Liberada de la prisión de ser yo misma: la amiga menos divertida, menos guay de Miranda.

Buena parte de lo que ocurrió a continuación pareció suceder en un lugar liberador, no del todo real. Recuerdo la piscina, tirarme a ella vestida, y que alguien me sacó luego, diciéndome que acabaría resfriándome, aunque yo insistía en «quedarme en el agua eternamente». Recuerdo que la sensación me encantaba, todo me encantaba. ¿Cómo no me había dado cuenta de lo mucho que los quería?

Más tarde, recuerdo a un hombre, y recuerdo el sexo en la caseta a oscuras de la piscina, mucho después de que todo el mundo se hubiera ido a la cama.

Una oscuridad casi absoluta, lo cual intensificaba todas las sensaciones. Yo llevaba la iniciativa, yo estaba al mando. Cuando me corrí, durante un momento me pareció que mi cuerpo era un estallido de estrellas. De repente me sentía como si fuera mi versión más auténtica... y como alguien totalmente distinto a la vez.

A la mañana siguiente, no me lo podía creer. Esa persona osada y sexy no podía ser yo, ¿verdad? Si Miranda hubiera estado allí, podría haberle preguntado: ¿cuánto de lo que yo pensaba había sido real? ¿Me había visto marcharme con el hombre a la caseta de la piscina? ¿Había ocurrido realmente? ¿O había sido una alucinación especialmente escabrosa? No me atrevía a preguntárselo a Samira, por temor a que se riera de mí y me dijera que madurara de una vez.

Llegué a la conclusión de que sí había pasado: notaba un dolor inconfundible entre las piernas que lo corroboraba. Estaba convencida de notar su olor en mi cuerpo. Pero nadie dijo nada al día siguiente. Estuve atenta a cualquier broma o bravuconada entre los chicos, pero no advertí nada.

Por suerte, esta noche varios de nosotros nos abstenemos. Bo, por supuesto, y Samira y Nick en solidaridad con Bo. He visto en la expresión de Nick lo poco que le ha sorprendido que Miranda le tendiera la bolsa pasando el brazo por delante de Bo. Ella parecía hacerlo con total naturalidad, pero es que siempre es así, da la impresión de no dar importancia a ciertas cosas, como si nada la afectara. Pero la conozco desde hace muchísimos años, y sé que no es el caso. A veces cuesta un gran esfuerzo parecer tan despreocupada.

Ahora está junto al tocadiscos del rincón del salón del Lodge, mirando un estante lleno de discos viejos. Al final, canta victoria y encuentra el que quiere: GRANDES ÉXITOS: STUDIO 54 y lo pone en el plato giratorio. Cuando la

música suena, una cantante de voz ronca, Miranda se va al centro de la sala y empieza a bailar. Está perfectamente cómoda, bailando de ese modo mientras los demás la observamos, sentados. Lleva el ritmo en el cuerpo. Siempre he anhelado esa falta de inhibición. Porque, la verdad, ¿bailar no consiste precisamente en eso? No se trata de tener un talento especial, a no ser que uno se dedique a ello como profesional. Se trata más bien de la capacidad de quitarse de encima la timidez. Nunca he sido capaz de hacer tal cosa. No es algo que se aprenda. O se tiene o no se tiene.

Recuerdo que durante nuestra adolescencia engatusaba a los porteros para entrar en las discotecas. Pero a Miranda no le hacía falta engañar a nadie. La dejaban pasar nada más verla: tenía quince años y aparentaba veinticinco y ya era guapísima. Ahora, cuando pienso en las miradas que los hombres le dedicaban, los comentarios que le hacían, se me revuelve el estómago. Yo me agazapaba detrás de ella, con la esperanza de que nadie se fijara en mí. Recuerdo bailar a su lado, animada por el vodka que le habíamos robado a mi madre, cuyas reservas eran inagotables. Imitando los movimientos de Miranda como si fuera su propia sombra, porque eso es lo que siempre he sido: su sombra. La oscuridad de su antorcha llameante. Sentía casi como si me hubiera desprendido de mi torpeza.

Miranda es el tipo de amiga que te vuelve osada, que puede hacerte sentir que mides un metro ochenta y que eres casi tan radiante como ella, como si tomaras prestada un poco de su luz. Pero también puede hacerte sentir como una mierda. Dependiendo de lo que a ella le apetezca. A veces, cuando salíamos por la noche, alababa mi aspecto; generalmente, era siempre que llevaba algo que me había prestado de su armario, ya entonces muy bien surtido, y aunque me sobrara tela en la parte del pecho y las caderas, y pareciera una niña enfundada en la ropa de su madre. En otras ocasiones, decía algo como: «Oh, cielos, Katie, ¿sabes lo sería que se te ve cuando estás

bailando? —Entonces ponía una expresión bizca y ceñuda, y se movía con las caderas rígidas—. Parece que estás estreñida. Estoy convencida de que no es así como Sean Paul quería que la gente bailara». En ese momento, toda mi seguridad recién encontrada se desvanecía, y me sentía peor que nunca. Daba un buen sorbo al combinado de vodka con lo que fuera hasta sentir el deslizamiento, el cambio. Y entonces entendía por qué mi madre se servía del alcohol como si fuera una medicina.

Como de costumbre, es casi imposible no mirar a Miranda cuando baila. Es tan grácil, tan fluida, que cabría pensar que se ha entrenado para ello. De hecho, el único que no la está mirando es Julien, que está vuelto hacia la ventana, absorto en la oscuridad, con el ceño fruncido, aparentemente sumido en sus pensamientos.

Miranda nos hace un gesto para que la acompañemos. Toma a Mark de la mano y lo pone en pie. Al comienzo se le ve torpe y patoso en medio de la alfombra, pero cuando ella encaja su cuerpo en el de él, empiezan a moverse juntos y, con ella, él adopta un ritmo sinuoso, incluso sensual, que nunca encontraría por sí solo. Parece contagiarse, el tamborileo de la música ejerce una atracción sobre todo el mundo. Samira se levanta, siempre ha sido una bailarina fantástica. Tiene una gran facilidad para sentirse cómoda en su propia piel. Giles coge a Emma de la mano, hace que se levante y baila con ella por la sala. Carece de ritmo, pero está claro que le da igual, es como un colegial grandote y borracho. Chocan con una de las cabezas de ciervo de la pared y la dejan torcida. Emma intenta enderezarla, con una sonrisa ansiosa, pero, mientras lo hace, Giles la toma por la cintura y le hace girar.

—¡Giles! —grita Samira.

Pero se está riendo y aparta la vista de ellos con los ojos cerrados, absorta en la música. Emma también se está riendo, aunque quizá sea la única cohibida de todos ellos, y se tira del top hacia abajo cuando Giles la pone de pie.

Ahora Nick también se levanta y le tiende la mano a Bo; se mueven muy bien juntos, puede decirse que bailan incluso mejor que Miranda.

Sin embargo, como siempre, las miradas se centran en ella; es el sol alrededor del cual orbitan todos los demás como si fueran planetas. Mark está en su salsa, adaptándose a los movimientos de su cuerpo mientras bailan. La debilidad que siente por Miranda nunca ha resultado más obvia. Si es que puede llamarse así. A veces me he preguntado si no será algo más.

Cuando Miranda y Julien empezaron a salir, recuerdo que pensé que era un tanto curioso que Mark, su compañero, hiciera de mensajero entre ambos, llevándoles recaditos de aquí para allá. Cuando llegaba a nuestra facultad, pedía hablar con ella porque, decía, tenía un mensaje que darle de parte de Julien. Este, como un rey que enviaba a su emisario, quería invitarla al partido de rugby que iba a jugar el fin de semana, o que lo acompañara a alguna fiesta. Me parecía patético. No podía ser una amistad, sino más bien una forma de veneración por un héroe, o incluso esclavitud. ¿Quién se creía Julien que era? ¿Y por qué lo toleraba Mark? Es cierto que, al igual que Miranda, Julien tiene un físico y un carisma con los que atrae acólitos. Pero Mark no estaba exento de atractivo, ni era raro ni tímido. No tenía por qué rebajarse tanto. Resultaba extraño. Además, por entonces todos teníamos móvil ya, así que Julien podía haberle enviado un mensaje.

Fue en aquella época que empecé a fijarme en cómo Mark miraba a Miranda y a sospechar que, al fin y al cabo, todas esas visitas no eran a instancias de Julien. Mark se ofrecía voluntario. Comenzó a aparecer no solo fuera, en el patio interior que había bajo nuestro bloque, sino en el mismo pasillo. Alguien le había dejado entrar, dijo, cuando le pregunté cómo había franqueado la puerta con el código de seguridad.

En una ocasión, me lo encontré sentado justo fuera de la habitación de Miranda.

—Ha salido —dije—. Tiene una reunión con su tutor hasta las cuatro. — Faltaba una hora y media para que regresara.

—No pasa nada —contestó—. No tengo nada mejor que hacer. —Y me di cuenta de que quería estar allí, esperándola.

Hay otro momento que se me ha quedado grabado en la memoria. Julien y Miranda ya mantenían entonces una relación estable, la nueva pareja de guapos. Hicimos una barbacoa en casa de Julien un día muy caluroso después de los exámenes, para entonces ya nos habíamos trasladado a domicilios privados. Era una casa señorial destartalada que compartía con ocho jugadores de rugby más, incluido Mark. Yo era la invisible. Cierto es que un par de amigos de Julien habían intentado ligar conmigo con pocas ganas, pero yo me había mostrado fría y distante con ellos. No quería que me consideraran la amiga más fea, pero facilona de Miranda.

Julien estaba junto al grill, siendo el foco de atención, sin camisa, para mostrar su ancha espalda musculada que acababa estrechándose en una cintura impecable. A pesar de que estábamos a comienzos del verano, lucía ya un bronceado uniforme y dorado. No pude evitar compararlo con mi color: el enrojecimiento furibundo del pecho y la parte superior de los brazos mientras que tenía el resto del cuerpo blanco como la leche. Miranda también lo miraba, de un modo que no difería demasiado de la manera como había mirado a su nuevo poni reluciente, Bert, a los dieciséis años. Entonces ella se giró hacia mí y me pilló.

Aparté la mirada enseguida y la dirigí hacia Mark. Llevaba unas Ray-Ban de chulo que no le quedaban especialmente bien en su cara ancha. Con una mirada rápida, parecía estar en una ensoñación, con la vista perdida en el espacio. Pero cuando seguí observándole, vi que las gafas de sol no eran tan opacas como había pensado. Y me fijé en que tenía la vista clavada en Miranda. No la apartó de ella ni una sola vez. Cada vez que miraba en su

dirección, él la estaba observando. Y cuando ella se quitó la camiseta sin mangas y se quedó con la parte superior del biquini, vi cómo intensificaba la mirada, de un modo imposible de definir, removiéndose inquieto en el asiento.

Más tarde, le conté a Miranda lo que había visto.

—En serio, Manda —le dije—, fue raro. No se limitaba a mirarte, te estaba observando. Daba la impresión de querer comerte entera.

Ella se echó a reír.

—Oh, Katie, qué paranoica eres. Es inofensivo. Dijiste lo mismo de Julien.

Casi bastó para hacerme dudar de lo que había visto. Incluso para plantearme si es que yo estaba celosa. Estaba prácticamente segura de que no se trataba de eso. Pero me sentí humillada, molesta con ella porque no me tomaba en serio.

—¡Eh!, ¿y vosotros dos qué?

Vuelvo al presente con un sobresalto. Miranda nos está mirando a Julien y a mí, los dos que estamos fuera de la burbuja, los únicos que no bailamos con desenfreno por la sala.

—Julien —dice—, baila con Katie, por el amor de Dios. Ella sola no saldrá. —Su voz tiene un ligero tono acerado.

No me apetece nada de nada, pero él se levanta y me coge de las manos. De repente me acuerdo de cuando los vi bailar en su boda. ¿Cinco, seis años atrás? Miranda le hizo apuntarse a clases de baile con antelación, para que pudieran bailar el *foxtrot* delante de nosotros. La boda fue del típico estilo Miranda. Quería hacer algo discreto, dijo, distinto. ¡Quería fugarse!

Al final se celebró en la mansión de sus padres en Sussex. Doscientos invitados. Con esas sillas doradas larguiruchas que solo se ven en las bodas, las mesas redondas, el techo de «noche estrellada», gracias a los LED situados encima de la pista de baile. Y luego la guinda del pastel de varios pisos, con flores de azúcar: el baile de la pareja.

Julien, que hasta entonces había estado muy bien en su papel de novio apuesto y elegante, pareció encogerse. Se saltaba pasos, pisó la cola del vestido de Miranda (casi tan larga como la de Kate Middleton) y, en general, dio la impresión de querer estar en cualquier otro sitio que no fuera ese. Ahora tiene la misma expresión de ese día.

Miranda

Observo a Katie mientras baila, o intenta hacerlo, sin mucho entusiasmo. Da la impresión de que hace todo lo posible para NO pasárselo bien. Ahora que lo pienso, está así desde que llegamos aquí. Bueno, siempre ha sido bastante callada, pero nunca una presencia tan huraña y monosilábica. De repente, tengo la extraña sensación de que estoy mirando a una desconocida.

Siempre he estado al corriente de la vida de Katie. Ella siempre ha sabido exactamente lo que decido compartir de la mía. Pero, últimamente, no tengo ni idea de cómo le va. Durante los últimos dos meses ha dado un montón de excusas para no verme. Me he dicho que eran ciertas: siempre está tan liada, liada, liada con el dichoso trabajo. Liada siendo una adulta como Dios manda, no como yo. O teniendo que ir a ver a su madre enferma a Sussex (bueno, tanto alcohol ha acabado pasándole factura). Me he ofrecido a acompañarla a ver a Sally (hace más de veinte años que conozco a su madre, joder), pues, aunque nunca le haya caído bien —solía llamarme Miss Pretenciosa a la cara, con su aliento avinagrado de tanto vino—, me parecía que era mi obligación. Pero Katie descartó la sugerencia con tal rapidez que dio la impresión de que la idea la horrorizaba.

La cuestión es que últimamente la he necesitado. Sé que siempre he dado la impresión de ser autosuficiente, de no querer que nadie se inmiscuyera en mis asuntos, pero, últimamente, me pesa demasiado. Katie es la única con quien puedo hablar de los problemas que tengo. No puedo contarle con todo lujo de detalles lo que le pasa a Julien, porque es muy importante que nadie se entere, pero aun así.

Le he contado lo de los problemas de fertilidad. O, mejor dicho, le he contado algo. No es cierto que estamos empezando a probar desde hace poco. Ya llevamos más de un año, un año y medio, en realidad. Bastan dos años para que la Seguridad Social te ofrezca fecundación *in vitro*, ¿no?

También podría haberle hablado de la falta de sexo, lo cual no favorece precisamente quedarse embarazada. El distanciamiento que parece haber aumentado entre Julien y yo a lo largo del último año... o incluso más.

Si soy sincera conmigo misma, sé el motivo por el que no he compartido nada de esto: porque me gusta la idea de ser la mujer con la vida perfecta; la amiga que lo tiene todo. Siempre dispuesta a ofrecer consejo cuando se necesita, desde su pedestal. Necesitaría más de unas cuantas peleas y unos cuantos meses de sexo esporádico para querer ceder esa posición.

Tal vez el distanciamiento entre Katie y yo sea inevitable, algo que forma parte de hacerse mayor, de convertirnos en adultos con vida propia. Las responsabilidades, la familia, se interponen en el camino de la amistad. Esto no va a hacer sino empeorar, seguro, no va a mejorar. Supongo que no la puedo culpar. Sé que los amigos se distancian, dejan de disfrutar de la compañía del otro. A veces miro en Facebook esas fotos de hace una década, de nuestra época en Oxford, y hay fotos mías con gente, rostros que aparecen en muchas instantáneas, que apenas reconozco, y mucho menos recuerdo cómo se llaman. Resulta un tanto inquietante. Me desplazo por las imágenes: fiesta tras fiesta, en casas y en bares, y en las salas de estudiantes, rodeo con mis brazos a personas que bien podrían ser totalmente desconocidas. Las fotos del primer año son las más enigmáticas. Dicen que te pasas el primer año de universidad intentando quitarte de encima a todos los «amigos» que haces la primera semana, y en mi caso fue cierto: cometí el error de charlar con una chica que se lo tomaba todo muy a pecho; de hablar borracha con un tío en la

bienvenida de novatos que luego me encontraba «casualmente» por todas partes y que siempre quería que fuéramos a tomar un café.

Después de la universidad, te pasas los siguientes años haciendo una criba de los amigos que quedan, dándote cuenta de que no tienes ni el tiempo ni las ganas de cruzar Londres o el país para ver a gente con la que ya tienes poco en común.

Sin embargo, nunca pensé que nos pasaría eso a Katie y a mí. Nos conocemos desde niñas. Lo nuestro es distinto. Esos amigos siempre están ahí, ¿no? Si la amistad ha durado tantísimo tiempo...

De todos modos, si no fuera porque no tiene lógica, diría que es como si Katie me hubiera dejado atrás. Y en el fondo de mi mente se oye una vocecilla insistente, una voz desagradable, la peor versión de mí misma, diciendo: «Yo te he convertido en quien eres, Katie. No serías nada sin mí».

En fin, no voy a dejar que me amargue el día. Doy un buen sorbo a la bebida y espero a que la pastilla empiece a hacerme efecto.

A lo largo de la hora siguiente se produce una distensión generalizada. Giles empieza a repasar con rapidez los juegos de mesa que están apilados junto a la chimenea. Desentierra una caja de Twister con un grito triunfante.

—¡Oh, joder! —grita Julien, pero con una sonrisa.

Hace tiempo que no le he visto sonreír con sinceridad. Probablemente sea efecto de la pastilla, pero hace que una burbuja de algo parecido a la felicidad se ensanche en mi interior. Tal vez ha llegado el momento de dejar atrás una vida desgraciada. Ya hace un año. Y resulta agotador que él se sienta tan culpable continuamente y que yo me sienta decepcionada con él.

Necesitamos varios intentos y muchas risas para extender siquiera la alfombra de plástico. De repente todo el mundo está muy colocado.

—Yo seré quien da las instrucciones —se apresura a decir Katie.

No ha tomado ninguna pastilla, Samira tampoco, pero ella por lo menos

tiene un buen motivo: el monitor para bebés que lleva sujeto al pecho cual mujer policía con su radio. El rostro de Katie en estos momentos, la expresión que denota, de exasperación adulta ante las tonterías infantiles, casi revienta la burbuja de felicidad de mi interior. Quiero decir algo, llamarle la atención, pero no encuentro las palabras para hacerlo. Antes de intentarlo siquiera, Mark me coge del brazo y me echa hacia delante para que caiga en la alfombra: mano izquierda, rojo. Julien es el próximo: pie derecho, verde. Luego Emma, Giles, Mark, Bo, Nick... Joder, ni siquiera Nick se resiste al Twister. En un santiamén me encuentro a Julien medio a horcajadas encima de mí, y a través de la confusión de mi mente pienso en cómo siento que compartimos una curiosa intimidad. Probablemente haga tiempo que no estemos tan cerca el uno del otro como ahora, eso seguro. Esta noche habrá sexo, creo, en esa gran cama con dosel y cortinas. No sexo para dejarme embarazada, sino por placer y diversión.

Emma se cae y queda eliminada del juego. Se pone de pie como puede y se ríe.

Unos cuantos movimientos más. Nick pone un pie fuera de la alfombra de plástico y queda eliminado. Acto seguido, Giles se cae al intentar cruzar la pierna izquierda por delante de la derecha. Ahora solo quedamos Bo, Mark, Julien y yo.

Tomo conciencia de una mano en el costado, justo debajo de mi pecho derecho, y que va subiendo. Es el costado que no queda a la vista de los demás. Sonrío y miro alrededor pensando en que veré a Julien. Sin embargo, me encuentro siguiendo la mano hasta el brazo de Mark. Estamos de espaldas a Emma, y como Julien está por encima de mí, estoy prácticamente convencida de que nadie más nos ve. En un momento dado, Mark y yo intercambiamos una mirada. Tiene los ojos vidriosos como un sonámbulo. De repente, desde que

he tomado la pastilla e incluso desde antes de empezar a beber, siento mi cabeza de lo más despejada. Está mal, es todo lo que pienso. Esto está mal.

Es como si se le hubieran olvidado las normas. Coqueteamos, sí, y le gusto y a mí me agrada la situación, y hace cosas por mí, y su recompensa es mirar. Pero sin tocar. Eso es distinto.

Me zafo de su mano. Al hacerlo, él pierde el equilibrio, se balancea y cae en la alfombra.

—¡Mark está eliminado! —exclama Emma con regocijo.

Estoy un poco mareada debido a la mezcla de tanta comida fuerte, el alcohol y la pastilla. Salgo de la postura entre gritos de «¡aguafiestas!» y llamadas para que vuelva a la alfombra, y me dirijo dando tumbos por el pasillo hasta el cuarto de baño. Quiero lavarme la cara, es el mantra que se repite en mi cabeza, quiero lavarme la cara con agua fría.

Me miro en el espejo durante un rato. Bajo la luz brillante, a pesar de todos mis esfuerzos, me veo mayor de los treinta y tres años que tengo. No son arrugas, me he asegurado de tener las mínimas posibles, sino algo intangible, una tirantez y cansancio en el rostro. Siento una extraña sensación de desconexión entre la persona que me devuelve la mirada y mi ser interior. No soy yo, ¿verdad? Esa mujer del espejo, no soy yo... ¿En qué estaba pensando cuando compré esas pastillas? Olvidé que después de las risas y la distensión me siento fatal enseguida. Pero ¿a quién estoy engañando? Me siento así cada vez con más frecuencia, con pastillas o sin ellas.

Me solía bastar con ser yo misma. Lucir el aspecto que tengo, ser una jodida licenciada de Oxbridge, y poder hablar con fluidez de los asuntos de actualidad o del estado de la economía y de las nuevas tendencias en bodis o vestidos lenceros.

Pero me desperté un día y me di cuenta de que se suponía que debía tener algo más: ser algo más. Tener «una profesión» específica. «¿A qué te

dedicas?» es la primera pregunta en cualquier reunión para tomar algo, o en una boda o una cena. Antes sonaba muy pretencioso hacer esa pregunta, cuando teníamos veintitantos, cuando estábamos jugando a ser adultos. Pero de repente no era suficiente ser Miranda Adams. La gente esperaba que fuera «Miranda Adams: [insertar espacio para algo potente]». Editora, por ejemplo, o abogada, o banquera, o diseñadora de aplicaciones. Durante un tiempo intenté decir con despreocupación que estaba escribiendo una novela: «¿Tienes agente? ¿Editorial? ¿Contrato para un libro?». Y luego: «Oh... — Silencio—. O sea que realmente no eres escritora, ¿verdad?».

Dejó de preocuparme.

A veces, para que la gente se quede boquiabierta, digo: «Oh, ¿sabes qué? Soy ama de casa. Me gusta tener la casa bonita para Julien y cuidar de él, y velar por su comodidad», y finjo que me divierte el silencio de espanto que viene a continuación.

«Por eso coqueteaste con Mark. Para demostrar que todavía tienes ese no-sé-qué. Para demostrar que no eres... la sombra... de lo que fuiste.»

Ha sido una estupidez. Quiero decir que coqueteo con prácticamente todo el mundo, algo que ya me dijo Katie cuando llegamos a la universidad. Pero sé que con Mark es distinto..., que no debería ayudarlo a que se hiciera ilusiones.

Oigo pasos en el pasillo. Tal vez sea Julien, que viene a comprobar si estoy bien. O Katie, como en los viejos tiempos. Pero cuando se abre la puerta, lentamente, es la última persona que quiero ver.

Qué alto es; siempre se me olvida. Bloquea el umbral con su presencia.

—¿Qué coño, Mark? —siseo—. ¿Qué estabas haciendo? ¿Me estabas metiendo mano?

Espero a que me suplique que no se lo cuente a Emma, que arguya que estaba demasiado colocado como para darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Sin embargo, dice:

—No te merece, Manda.

—¿Qué? —Lo fulmino con la mirada—. ¿Y tú sí, supongo? —Siento que me embarga una ira justificada y lo empujo—. Déjame pasar.

Se aparta, pero al hacerlo estira la mano como un rayo y me sujeta la parte superior del brazo. Intento zafarme, pero me agarra con tal fuerza que me duele como si me lo estuviera retorciendo. Siento una subida de adrenalina y miedo real. No sería capaz de intentar nada, ¿no? No aquí, mientras los demás están en la sala contigua...

—Suéltame de una puta vez, Mark —digo con voz baja y peligrosa. Nunca se ha portado así... al menos conmigo. Intento liberar mi brazo, pero me tiene agarrada con mucha fuerza. Pienso en todas esas sesiones de *body combat* que he hecho en el gimnasio: qué débil me siento comparada con él.

Se inclina hacia mi oído.

—Durante todo este tiempo he estado pendiente de él. Desde Oxford. Cuidando de él, encubriéndole si era necesario. ¿Acaso él se preocupa por mí? ¿Me ayuda cuando se lo pido? ¿Me ha dado algo alguna vez en su vida? No, estoy hartito. Ya no pienso mentir más por él.

Suena totalmente sobrio, con absoluta claridad. Es como si la pastilla no le hubiera surtido ningún efecto. Sin embargo, yo me siento aturdida y confusa. Salvo por el dolor del brazo, que me hace tener los pies en el suelo.

—¿A qué te refieres? —pregunto. Me siento como si fuera varios minutos por detrás.

—Sé lo que pasa. Conozco su secretito. ¿Quieres que te diga lo que ha estado haciendo?

Estoy temblando con una mezcla de miedo e ira. Aquí es importante fingir que no sé nada, que no quiero saber nada.

—Sea lo que sea —digo—, no me interesa. No quiero tener nada que ver.

Se le ve sorprendido por momentos. Afloja la sujeción y yo aparto el brazo.

—Yo... —farfulla—. ¿Te refieres a que... no lo quieres saber?

¿De verdad imagina que mi marido no habría compartido conmigo su secretito vergonzoso? De todos modos, mejor hacerse la tonta, por si acaso llega el momento en que tenga que distanciarme de todo el asunto e insistir en mi propia inocencia.

—No —respondo—. No quiero saberlo.

—Vale —dice, con expresión claramente asombrada, desprovisto ya de su bravuconería. Da un paso hacia atrás—. Si eso es lo que quieres.

Regreso al salón con las piernas temblorosas, convencida de que alguien se fijará en la expresión de mi rostro y me preguntará qué me pasa. No sé a ciencia cierta si deseo o no la atención de alguien ahora mismo.

Al comienzo nadie me ve. Han empezado otra partida de Twister y se ríen cuando Giles intenta colocarse a horcajadas sobre Bo. El ambiente es exactamente igual al de antes, todo el mundo está contento, disfrutando del subidón del alcohol y las pastillas. Pero de repente observo la escena desde el exterior, y todo me parece ridículo..., falso incluso, como si estuvieran intentando con demasiado denuedo demostrar lo bien que se lo están pasando.

Emma se gira y me ve de pie en el umbral.

—¿Estás bien, Manda? —pregunta.

—Pensábamos que te habías quedado ahí encerrada —dice Giles, con una sonrisa estúpida y bobalicona—. Por eso Mark fue a comprobar que estabas bien.

—Oh, cielos —dice Emma—. Manda, ¿te acuerdas de aquella vez en que fuimos a una fiesta a casa de no sé quién y te quedaste encerrada en el baño?

—No —respondo. Pero incluso mientras lo niego me doy cuenta de que sí lo recuerdo vagamente. La sensación de humillación cuando alguien tuvo que sacarme de ahí abriendo la puerta con una palanqueta. Cielos..., fue

mortificante. Juraría que ocurrió hace por lo menos diez años. Pero si Emma se acuerda, debe de haber sido hace menos—. ¿Cuándo fue?

—Umm.. —dice Emma—, debió de ser en Londres. En aquella época en que todo el mundo celebraba fiestas en casa, cuando éramos divertidos, ¿recuerdas? No hace tanto, sin embargo..., parece que fue hace siglos.

Asiento, pero algo acerca del hecho que lo mencione me ha producido una sensación extraña, incómoda. Pero no sé por qué exactamente.

—¿Estás bien? —insiste Emma.

Emplea un tono tan maternal, tan cariñoso..., tan jodidamente condescendiente.

—Sí —afirmo—, ¿por qué no iba a estarlo?

Tal vez he resultado más cortante de lo que era mi intención, pues parece ofendida.

Aguanto aproximadamente una hora más. Me he esforzado más que Katie, que debe de haber regresado a su cabaña mientras yo estaba en el baño. No obstante, es con ella con quien quiero hablar sobre lo que acaba de pasar, más que con mi marido. Podría ir a buscarla..., quizá esté despierta todavía. Pero si me marcho, demostraré a Mark que me ha dejado desconcertada y no quiero que piense eso. Los efectos de la pastilla ya se han desvanecido por completo y miro con envidia a los demás, extasiados, que se miran entre sí con expresión embelesada.

Al final decido que ya he aguantado lo suficiente y me dirijo a Julien.

—Estoy cansada —digo.

Asiente, vagamente, pero creo que apenas ha captado el hecho de que acabo de hablar. Las pastillas siempre le han hecho mucho efecto. Lo he dicho medio

invitándole a que me acompañe a la cabaña, pero no voy a ponerme en ridículo delante de los demás insistiendo.

Cuando salgo, la luna brilla en todo su esplendor y el lago parece de plata. Es una noche clara, salvo por una franja de nubes en el horizonte donde desaparece la luz de las estrellas, como si un manto las cubriera.

Pienso en Mark y en lo que acaba de ocurrir. Todavía me duele la parte superior del brazo, en la zona donde me agarró. Seguro que por la mañana tengo morados: el recuerdo de sus dedos.

Rescato el iPhone de mi bolsillo y enciendo la linterna. Emite un haz de luz débil delante de mí; un pequeño consuelo, un farol contra la oscuridad. Tengo que girarme varias veces para comprobar que nadie me sigue. Probablemente sea una tontería, pero mis nervios están a flor de piel, y el silencio de este lugar parece que me vigila en cierto modo. Me recuerda a cuando, en Londres, en los primeros tiempos de ir a la disco, regresaba caminando a casa por la noche, sola y borracha, con las llaves bien sujetas entre los nudillos. Por si acaso. Pero ahora estoy en medio de ninguna parte, donde no hay nadie, aparte de mis mejores amigos. El silencio, las extensiones de terreno vacío, parecen hostiles de repente. Es una idea ridícula, ¿no? Por la mañana todo se verá distinto, me digo.

O podríamos marcharnos por la mañana. Podría contárselo a Julien e irnos. No querrá, sé que le apetecía mucho este viaje. A los dos, la verdad, incluso quizá más a mí. Aunque creo que estaría de acuerdo en que nos fuéramos si se lo contara todo. Podríamos volver a casa y beber champán, y tal vez pedir algo para comer y ver los fuegos artificiales de Westminster sobre los tejados. Me doy cuenta de que cuando pienso en ello no me imagino en nuestra casa actual, la casa de adultos, estucada. En realidad, estoy pensando en nuestro

primer apartamento en Londres: antes de que fracasara en el intento de hacer algo interesante con mi vida, antes de convertirme en una más del montón. Antes de que Julien estuviera tan ocupado ganando dinero.

Podría ser divertido.

Pero irme sería como admitir que soy culpable de alguna cosa, cuando es Mark quien debería sentirse avergonzado, quien debería marcharse. No yo. La idea me llena de rabia. Entonces pienso en ese momento, mientras me miraba en el espejo, viendo más de lo que quería, más allá de los efectos de la pastilla. Incluso antes que eso, incluso antes de que Mark me metiera mano mientras jugábamos a Twister, me sentía como si no estuviera disfrutando tanto como debería. Y es que Samira había estado comiéndome la oreja con ritmos de sueño y sacaleches y enseñándome las manchas de su vieja camiseta holgada. Ella, que era la chica que en Oxford recibió el apodo de Princesa Samira porque siempre llevaba un peinado impecable y su ropa destilaba glamour incluso a los diecinueve años. Me encantaba el revuelo que se armaba cuando entrábamos en un pub o en un bar juntas, o incluso en la sala de estudiantes; las dos, más o menos de la misma altura, una morena y otra rubia, vestidas con nuestras mejores galas. Dios las cría, y ellas se juntan.

Luego está Katie, tan distante desde que hemos llegado, probablemente pensando en algo mucho más importante, algo del trabajo. Se comporta como si fuera mejor que el resto: la abogada de éxito. He tenido una sensación repentina y precipitada de que me quedaba atrás. Por eso he puesto a bailar a todo el mundo. Por eso he sacado las pastillas en ese preciso instante. De hecho, las reservaba para mañana, para Nochevieja, pero de repente he necesitado tomar el control otra vez, ser yo quien dictara el orden de las cosas.

Cuando doblo la esquina, veo a lo lejos tres rectángulos de luz brillante que resplandecen en la oscuridad. Es la cabaña del guardabosques, claro está.

Cuando caminé hasta ahí antes, no me di cuenta de lo lejos que está del resto de los edificios, casi se encuentra al pie de la montaña. Mientras sigo mirando, una silueta oscura aparece en la ventana central, envuelta en un halo de luz. Debe de ser el guardabosques, Doug, que todavía está levantado. Pero desde esta distancia no aprecio sus facciones y resulta espectral. Doy un paso atrás, lo cual es ridículo: aunque vea el diminuto punto de luz del móvil, no puede verme. Pero tengo la sensación de que me está mirando fijamente. Y no es para nada como antes, cuando fui a llamar a su puerta. Ahora mismo, con lo que acaba de pasar, me siento vulnerable, desplazada, rodeada por este paisaje tan vasto, extraño y silencioso. Anhele el ruido, las luces y el bullicio de la ciudad.

Recorro medio a la carrera el resto del camino por el sendero. En el interior de la cabaña me siento segura durante unos instantes. Pero esa sensación no dura mucho porque cuando voy a echar el cerrojo me doy cuenta de que no hay ninguno.

Me preparo para acostarme y, cuando vuelvo a mirar por las ventanas, veo que hay luces encendidas en las otras cabañas. Todo el mundo debe de haber decidido ir a dormir poco después de mí. Así pues, ¿dónde está Julien? Supongo que volviendo por el sendero, pero se lo está tomando con filosofía.

Pasa media hora y luego una hora. Me duele el brazo donde Mark me agarró. Me pongo un jersey, unas zapatillas grandes y peludas que Julien odia porque me hacen parecer un «ama de casa aburguesada de los años sesenta», pero de las que nunca me he librado porque son la hostia de cómodas. Me percató de que me castañetean los dientes, aunque en realidad no tengo frío.

Me despierto a las cuatro de la madrugada. No sé dónde estoy. Lo primero que veo son los números que parpadean en el pequeño despertador que hay junto a la cama. Al comienzo pienso que estoy en casa, pero entonces me doy cuenta de que hay demasiado silencio: en la ciudad se oiría el ruido de fondo de las sirenas y el motor de los coches, por tarde que fuera. No sé a ciencia cierta qué me ha despertado. Ni siquiera recuerdo haberme quedado dormida. Me doy cuenta de que llevo puesto el jersey y las zapatillas, y que estoy encima de la colcha. La luz está encendida, en el pasillo. ¿La dejé así? No lo recuerdo.

Entonces veo una silueta de pie en la oscuridad junto al umbral. Retrocedo a tientas, para apartarme. Entonces da un paso adelante y veo que se trata de Julien. Tiene las mejillas sonrojadas de frío y la mirada extrañamente vacía.

Me incorporo.

—¿Julien? —Me sale una voz fina y chillona, no parece la mía. Veo que se sobresalta al oírme—. ¿Dónde has estado?

—Perdona —dice—. He ido a dar un paseo.

—¿A estas horas?

—Pues sí, para despejarme. Las dichosas pastillas... Me vino el bajón, y empecé a preocuparme por todo. He caminado hasta el lago. —Se pasa una mano por el pelo—. Oh, y vi a ese bicho raro, el guardabosques.

—¿Ah, sí? —Ahora recuerdo lo mucho que me desconcertó ver su silueta en la ventana iluminada cuando volvía a la cabaña.

—Estaba rondando por el borde del lago... Salía de una parte frondosa del bosque con unos perros. ¿Qué narices estaba haciendo? La verdad, creo que está un poco tarado. Deberías mantenerte alejada de él.

Esta muestra de protección machista me conmueve y molesta a partes iguales. Por lo menos me demuestra que se preocupa por mí, creo, y me sorprende. ¿Acaso dudo tanto de su afecto? ¿Tan necesitada estoy?

—No es él quien me preocupa —digo.

—¿A qué te refieres?

—Mark. Me ha tirado los tejos en el baño. Me ha agarrado del brazo. Aquí. —Me subo la manga del jersey para enseñárselo—. Me ha dicho que sabía tu «secretito vergonzoso». Sí, palabras textuales.

Veo que se estremece.

—¿Se refiere a lo que imagino? —pregunto—. ¿Se lo has dicho? Ya hemos hablado de esto, Julien, no se lo puedes contar a nadie. Lo arruinaría todo. Y no me digas que me pongo paranoica. En el momento en que decidiste utilizarme, pasé a formar parte de ello, te guste o no.

Se produce un silencio más bien largo y luego:

—Mira, Manda —dice, pasándose la mano por el pelo y suspirando—, todos hemos bebido mucho... Y luego las pastillas...

Siento una inyección de ira.

—¿Insinúas que me lo invento? ¿Que no me crees?

—No..., no. Lo que digo es que quizá no quería hacerlo, me refiero a que no creo que quisiera hacerte daño. Tiene mucha fuerza y a veces no sabe controlarla. Lo sabes..., ¿cuánto tiempo hace que lo conocemos?

—Un momento —digo—, tengo la impresión de que lo estás defendiendo.

—No, te lo prometo, ni mucho menos. Pero... mira, ¿de veras vale la pena estropearlo todo por esta estupidez? Es uno de mis amigos más antiguos. ¿No crees que deberíamos concederle el beneficio de la duda?

De repente, capto lo que está haciendo. No está protegiendo a Mark, sino a sí mismo. Porque si Mark conoce realmente su —nuestro— secreto y Julien se enfrenta a él, Mark podría usar lo que sabe en su contra.

Debería estar indignada. Pero de repente me siento muy cansada.

Ahora se ha desnudado. Saca el pijama, es muy elegante, un regalo de mi madre, a quien le gusta estar a la última de todas las tendencias: una compra de Navidad en Mr. Porter. Sin embargo, hubo un tiempo, no hace tanto, en que

no llevaba nada en la cama, ni siquiera calzoncillos. Nos gustaba dormir piel contra piel.

—No te lo pongas —digo, mientras se dispone a ponerse los pantalones del pijama. Se queda desnudo y confuso durante unos instantes.

—Hace frío —dice.

—Sí, pero te lo puedes poner... más tarde. —De repente anhelo el confort de su abrazo, su peso encima de mí, su boca en la mía. Quiero borrar la sensación extraña y desagradable que tengo desde el atardecer.

Para que quede claro, me quito el jersey por la cabeza. Voy desnuda. Me tumbo y separo las piernas, para que no le quede la menor duda acerca de lo que tengo en mente.

—Ven aquí —le digo, haciéndole una seña.

Pero él hace una especie de mueca y esboza lo contrario a una sonrisa.

—Estoy muy cansado, Manda.

Noto un hormigueo en la piel cuando su rechazo me estremece.

Durante los primeros años que estuvimos juntos, siempre era yo quien lo rechazaba. Tal vez dos veces en ocho años fuera al contrario —la excepción que confirmaba la regla—: cuando él tenía la gripe, por ejemplo, o una entrevista al día siguiente. Pero últimamente he llevado la cuenta. Las últimas diez veces, o quizá más, ha sido él.

Tengo dos cajones exclusivos para ropa interior en casa. Uno es para cada día: mis bragas y sujetadores de M&S, en los que prima la comodidad. Julien solía encogerse de terror al ver mis sujetadores de color beige cuando los sacaba de la lavadora. En el otro cajón hay fruslerías de Agent Provocateur y Kiki de Montparnasse, Myla y Coco de Mer. Cientos o incluso miles de libras en seda y encaje. El tipo de lencería que no está hecha para llevar debajo de la ropa, sino para decorar la piel unos minutos antes de que te la quiten en un arrebatado de pasión. Al hacer la maleta para este viaje, me di cuenta de que ni

me acordaba de la última vez que me había puesto alguna de esas prendas. Estuve medio tentada de tirarlas; tenía la impresión de que se reían de mí. Sin embargo, cogí la colección completa entre los brazos y la metí en la maleta. La armadura para una ofensiva desesperada, ¿la última quizá?

Supongo que en cierto modo tiene sentido que Julien pase del sexo. Tiene un montón de asuntos entre manos, aunque sea culpa de él en su mayor parte, y luego está mi insistencia en quedarme embarazada. Pero aquí, en este entorno tan hermoso y salvaje, avivados por el champán y las pastillas, pensé que sería distinto. Siento un ínfimo escalofrío de temor cuando se tumba a mi lado y se da la vuelta hacia la pared.

Me desplazo hacia él, para aprovechar parte de su calidez. Estiro la mano para tocarle la nuca. Se me queda la palma húmeda.

—El pelo —digo.

—¿Qué? —Ni siquiera suena somnoliento. Me pregunto si finge, ahí tumbado, como yo.

—Que lo tienes húmedo, aquí, en la nuca.

—Oh, bueno, es que ha empezado a llover cuando venía.

Mientras estoy tumbada recuerdo el cielo despejado y mi paseo hasta la cabaña, y pienso que las nubes deben de haberse desplazado muy rápido para que haya empezado a llover. Además, hace demasiado frío para que llueva. Habrá sido nieve. De repente, estoy convencida de que miente. Pero no tengo ni idea de sobre qué ni por qué. Me digo que no tiene sentido que me preocupe. Al fin y al cabo, ya conozco su peor secreto.

Hace más o menos un año que Julien dijo una noche, con toda tranquilidad:

—Tengo un amigo. Le encantaría que diseñaras un sitio web para él. Ha dejado la City e intenta montar un negocio. ¿Qué te parece?

¿Me di cuenta ya en aquel momento de que aquella propuesta era un poco rara? Ahora, con la perspectiva que da el tiempo, veo que la forma de plantearlo fue un poco demasiado despreocupada. Que tamborileaba nerviosamente contra el mostrador de la cocina con los dedos en claro contraste con su tono. Que apenas me miraba al hablar. También está el hecho de que hasta ese momento no había valorado demasiado mi capacidad para diseñar sitios web, o mi idea de pequeño negocio: montar una compañía y buscar encargos. Él lo había llamado «mi proyecto», como si estuviera haciendo un edredón.

No sería más que mi segundo encargo hasta el momento, el primero había sido para el *baby shower* de una amiga. Pero decidí pasar por alto mi aprensión. Supuse que el motivo por el que se mostraba tan evasivo era que se veía claramente que era un proyecto menor, por mucho que él dijera. Él ganaba dinero más que suficiente para los dos, más de lo que necesitábamos, pero creo que sabía que mi falta de éxito hería mi orgullo. Así pues, para ser sincera, no analicé el asunto con demasiada profundidad. Entonces no. Además, sería un escaparate útil, pensé. Me ayudaría tener a otro cliente feliz e informar de ello en mi sitio web y a través de las redes sociales. Hay que tener un poco de experiencia que enseñar para atraer a más clientes. Un poco como el huevo y la gallina, pero así es.

—¿Le envió un presupuesto? —pregunté a Julien—. Porque espero que sepa que no voy a trabajar gratis.

No quería que ese tío pensara que, por ser la mujer de su colega, le haría un regalito. Sí que podía dar precio de amigo, pero era una profesional. Mi tiempo era valioso. Hacía mucho tiempo que no me sentía realmente útil para nadie a nivel profesional, si es que lo había sido alguna vez, y tenía intención de disfrutar de esa sensación. Aquella era mi mayor preocupación en ese momento: no sentirme humillada trabajando gratis.

—No te preocupes por el dinero —dijo Julien—. Ya me ha garantizado que te pagará bien. —Sonrió—. Una parte en efectivo y otra mediante transferencia, para que no tengas que declararlo todo a Hacienda si no quieres.

Bueno, lo cierto es que eso no me preocupaba lo más mínimo. La empresa todavía no había ganado dinero, era poco probable que tuviera beneficios al final del año fiscal. Julien seguro que lo sabía, ¿no?

Ni siquiera entonces albergué ninguna sospecha. ¿Debería haberlo hecho? Joder, era mi marido.

No empecé a sospechar hasta que recibí un ingreso de cincuenta mil libras esterlinas en mi cuenta y Julien regresó a casa de «ver el partido de rugby en el pub» con la misma cantidad en billetes de cincuenta.

—Julien, ¿qué coño está pasando? —le pregunté.

Esbozó una extraña sonrisa y abrió las manos.

—Es lo que quiere pagarte —contestó—. Ha quedado muy contento con tu trabajo. Está forrado, así que esto es calderilla para él.

Podría haberle creído de no haberle visto los ojos.

—Julien, ese dinero está en mi cuenta —dije con sequedad, para que se diera cuenta de que no iba a tragarme esas tonterías—. Así que, sea lo que sea, ahora estoy implicada en el chanchullo en el que estás metido. Y soy tu mujer. De manera que creo que tienes que contármelo todo ahora mismo.

—A la larga, será positivo para nosotros —dijo de forma jactanciosa—. Su... supongo que puede decirse que vi una oportunidad.

—¿Qué tipo de oportunidad? ¿Fuera del trabajo?

—Bueno... —Se agarró con fuerza al respaldo de la silla que tenía delante—. Supongo que podría decirse que tiene relación con el trabajo. Vagamente... —Pareció serenarse—. Mira, es que estaba... ahí, delante de mis narices. Estoy al corriente de cierta información y habría sido una estupidez no aprovecharla.

Fue entonces cuando, por fin, caí en la cuenta.

—Oh, Dios mío, Julien... Oh, Dios mío. ¿Te refieres al uso de información privilegiada? ¿Eso es lo que me estás diciendo? ¿De ahí es de donde sale ese dinero?

Supe que era verdad no tanto por lo que dijo, sino porque se quedó pálido de repente.

—Yo no le pondría un nombre tan formal como ese —contestó—. No, no es nada de eso. He dado un empujoncito a un par de personas. Amigos... Nada extraordinario. Son cosas que pasan continuamente.

No me podía creer lo que me estaba diciendo.

—¿Te refieres a que detienen a gente por eso continuamente?

La semana anterior había leído sobre Ray Yorke, socio en uno de los grandes bancos de inversión que estaba en prisión por compartir secretos con su compañero de golf. Mientras recorrían el campo, iba dejándole caer retazos de información, supuestamente sin darse cuenta de que su compañero vendía esa información y, de paso, se forraba. Declaró que no se dio cuenta ni siquiera cuando empezó a aceptar los regalos que su amigo le hacía: un reloj Rolex, joyas para su mujer, fajos de dinero. Cuando lo pillaron, su vida se fue al garete. Perdió el trabajo, fue a la cárcel y su mujer se divorció de él, y nunca podría volver a trabajar en el sector financiero. La CNN había emitido una entrevista con él en el exterior del juzgado al borde de las lágrimas, en la que se ofrecía como modelo de escarmiento. Y, por supuesto, además tuvo que devolverlo todo y pagar la multa.

Yo no había sentido ni la más mínima compasión por ese hombre. ¿Cómo se podía ser tan gilipollas?, pensé. Qué obvio me había parecido. Por supuesto siempre te acaban pillando en asuntos así.

Pero resultaba que mi marido podía ser igual de gilipollas.

—¿Qué coño te pasa, Julien? —le pregunté—. Eres como un apostador,

siempre preparado para una mano más.

—Lo siento, Manda, no sé qué hacer... —Entonces, de repente, le cambió la expresión, se le endureció, y dejó de representar el papel de tío bueno inocente y de entonar el *mea culpa*, y abandonó su actitud servil—. Bueno, supongo que para ti es fácil de decir, Miranda. Pero parece olvidar lo mucho que te gusta esta vida. Las vacaciones... Tulum, las Maldivas, Saint Anton, no son gratis, ¿sabes? Te pasas la mitad del tiempo sentada leyendo folletos de vacaciones que cuestan más de lo que algunas personas ganan en un año. ¿Y qué me dices de las cajas que llegan de Net-a-Porter cada temporada, o de las quinientas libras que pagas cada mes a la dichosa nutricionista? Sí, gano mucho. Pero prácticamente no tenemos ahorros. Y ahora hablas y hablas de tener hijos... ¿Sabes lo que cuestan las escuelas privadas hoy en día? Porque, claro está, los hijos de Miranda Adams no podrían ir a algo tan vulgar como un colegio público, que es lo que hice yo. Y luego tendrán que ir a la universidad, y ahora han subido las matrículas y aquí solo trabaja uno de los dos... —Me miró fijamente a los ojos—. No tengo un trabajo tan seguro como crees, Miranda. La crisis financiera no fue hace tanto, y llegamos a estar realmente jodidos.

No podía creérmelo.

—No puedes echarme la culpa, Julien. La has cagado tú.

Tal vez tendría que haberlo visto venir. Porque él siempre ha sido así. No se crio en una familia acomodada, como yo, en una unidad familiar sólida. Aunque nadie lo diría por cómo actúa, Julien es hijo de una madre soltera a la que costó lo indecible enviarlo a la universidad. Siente una profunda vergüenza por el hecho de proceder de una familia con ingresos bajos, ni siquiera pobre, y le aterra quedar mal, que es lo que significa ser pobre para él. Es como si siempre hubiera notado ese déficit. Si no hubiera vendido información privilegiada, tal vez habría hecho otra cosa. Lanzarse a tener un

romance, por ejemplo, o a la adicción al juego. Quizá incluso debería estar agradecida de que no es algo más, algo peor; aunque ahora mismo cuesta imaginar qué podría ser.

Doug

Está oscuro y es tarde. Es su hora preferida. Tiene todo el lugar para él solo... por fin. O al menos pensó que así era hasta que se encontró con ese huésped idiota, el que le había incordiado con lo del wifi, el de la cara bonita digna de un puñetazo. Cuando el haz de la linterna le recorrió, iba caminando por el sendero que conecta el Lodge con la cabaña en la que se alojan él y su mujer. Pero era una hora más tarde de que todo aquel horrible ruido del Lodge se hubiera desvanecido, y después de que las luces se hubieran apagado.

El tipo se había sobresaltado cuando lo pilló con la linterna. Le había parecido un animal, como un miembro de la manada, paralizado ante el faro del Land Rover. Había contraído el rostro, como si estuviera librando una batalla consigo mismo para decidir si explicar qué hacía en el exterior a esas horas. Pero al final se había conformado con una mueca y un asentimiento de cabeza y había seguido su camino sin mirar atrás. Su expresión traslucía una gran culpabilidad. Iba con la espalda encorvada y su andar rígido y afectado era el de alguien que no ha estado haciendo nada bueno. Doug supuso que ese idiota no había esperado encontrarse con nadie por el camino y que él le había pillado en lo que fuera que estuviera haciendo.

Eso, al menos, había compensado el que le hubiera interrumpido su momento de paz. Sonríe al pensar ahora en ello.

Ha sacado a Griffin y Volley. Griffin es un hermoso retriever de pelaje gris con una boca suave como el terciopelo, y Volley, un pastor australiano, también hermoso, pero de aspecto un poco extraño, con un ojo azul lechoso y

un pelaje jaspeado como tinta que cae en el agua. Doug les gusta, no parecen intuir su lado oscuro, algo que sí pueden percibir las personas.

Esta noche los dos perros están juguetones, excitados. Está convencido de que huelen la promesa de nieve en el ambiente, una fragancia metálica, extraña, que se acentúa. No han dicho nada en el parte meteorológico, pero en un lugar como este se aprende a confiar en lo que uno ve y huele, en vez de en la supuesta ciencia.

Mañana tendrá que ir a advertir de ello a los malditos huéspedes. Podría nevar copiosamente. Si necesitan alimentos para los siguientes días, tendrán que decírselo antes de que acabe la jornada, porque, si cae una buena nevada, será imposible conducir, ni siquiera en el Land Rover, incluso con los neumáticos de nieve. Nadie podrá entrar aquí. Ni salir.

Coge un palo del camino y lo lanza. Desaparece fuera del haz de la linterna que lleva en la frente y sale de su campo visual. Los dos perros corren a buscarlo, pues tienen una vista más aguda. Corren casi a la misma velocidad, aunque Griffin está envejeciendo y es el que afloja primero el paso. Volley sigue brincando, haciendo honor a su nombre, y se lleva la presa mientras meneaba la cola con fuerza con aire inconfundiblemente triunfante a juzgar por el orgullo con el que levanta la cabeza.

En momentos así, Doug respira más tranquilo.

Ahora Volley ha soltado el palo y ha empezado a aullar.

—¿Qué pasa, chico? Eh, ¿qué pasa?

Griffin también ha captado el olor. Ambos comienzan a seguirlo con los hocicos pegados al suelo. Un conejo, quizá, o un zorro. Tal vez incluso sea un ciervo, aunque no suelen acercarse tanto a la orilla del lago. Entonces Doug oye algo un poco lejos; el ruido de un animal grande que pasa por los matorrales que hay junto al sendero.

—¿Quién anda ahí? —llama.

No hay respuesta, pero el ruido inconfundible de los crujidos y las rasgaduras continúan a un ritmo cada vez mayor. Algo, o alguien, está huyendo.

Los perros salen disparados hacia el sonido. Él los llama. Dan media vuelta y regresan trotando; reacios, pero obedientes. Si es otro de los huéspedes, los perros podrían aterrorizarle.

Doug pasa el haz de la linterna por el terreno circundante e ilumina la pisada de un hombre a escasos metros de distancia. Solo una; al parecer es la única parte del sendero lo bastante blanda como para que quede la huella. Un pie grande. Coloca su pie en el interior: más o menos el mismo número. Podría ser uno de los clientes, por supuesto, aunque le extrañaría mucho que se alejaran tanto del Lodge en sus incursiones nocturnas. Les ha oído abajo en el lago antes de cenar, pero duda de que se hayan aventurado mucho más lejos a oscuras. Y la suela de esta bota deja un dibujo bien marcado. Los huéspedes ingleses han aparecido ataviados según la idea que la gente de ciudad tiene de la ropa para tiempo inclemente: botas Dubarry y Timberland.

Quizá se trate de los islandeses; ellos sí llevan las botas adecuadas. Pero la pregunta sigue ahí: sea quien sea, ¿por qué ha huido cuando él pidió que se identificara?

Suele salir a esta hora para comprobar que todo esté en orden. Sin embargo, no todas sus incursiones nocturnas son por este motivo.

En una ocasión se despertó y resultó que estaba tumbado en el brezo húmedo un poco más allá del otro extremo del lago, cerca del campamento abandonado de *boy scouts*. Era en plena noche, pero por suerte la luna iluminaba lo suficiente como para ver dónde estaba. No recordaba cómo había llegado hasta ahí, pero le dolían las piernas como si hubiera corrido y le

ardían las manos. Más tarde, con la luz de la casita, descubrió que las tenía laceradas con cortes y rasguños, un par de ellos bastante profundos.

No recordaba nada de lo que había pasado antes de ese momento. En una ocasión, de niño, le habían puesto una anestesia total. Había sido como un telón negro que baja sobre su conciencia, una luz que se apaga, el tiempo perdido como un abrir y cerrar de ojos. Estos momentos eran así. Una gran cantidad de tiempo engullida, en cuyo lugar quedaban vacíos. Podría haber estado en cualquier sitio. Podría haber hecho cualquier cosa.

En la ciudad también le había sucedido. Pero allí fue peor: unas veces había acabado en la otra punta de la ciudad y otras había vagado por calles desconocidas o se había tumbado en un parque infantil o caminado por vías muertas de ferrocarril.

Existe una palabra para definirlo, una palabra que suena a pieza de música: fuga. Una palabra hermosa para algo aterrador. La psiquiatra dijo que era consecuencia del trauma. Se trataba de un síntoma, no una enfermedad por sí misma. Lo primero que tenía que hacer era empezar a hablar de lo que le había sucedido. Eso lo entendía, ¿verdad que sí? Porque ese problema, que hasta el momento no había provocado daños mayores que alguna que otra noche de confusión, pues... podía resultar peligroso. Para él y para quienes le rodeaban. Al fin y al cabo, ya estaba el incidente en cuestión, el motivo exacto por el que acudía a las sesiones.

—Sí —le había dicho a la psiquiatra mientras la miraba a los ojos—. Pero eso no sucedió en estado de fuga. Entonces sabía exactamente lo que estaba haciendo.

La mujer había tosido con gesto incómodo.

—Aun así, creo que hemos llegado a la conclusión de que tanto el incidente como estos episodios son, de forma más o menos directa, producto del mismo trauma.

Había habido un número de sesiones obligatorias, aunque la psiquiatra escribió en su informe que creía que necesitaba más. No obstante, era una recomendación, según pudo comprobar él, no se trataba de algo obligatorio. De él dependía seguir acudiendo a la consulta o no. A Doug le costaba creer que se hubiera librado con tanta facilidad de las sesiones, y sospechaba que a su psiquiatra también. No obstante, no se quitaba de la cabeza la idea de que podía hacer daño a alguien: no de forma intencionada, como en el pasado, pero sí sin saber lo que estaba haciendo. Así pues, en vez de ir al fondo del asunto, porque no consideraba que fuera capaz de hablar siquiera de ese día, aunque su vida dependiera de ello, se había ido a un lugar en el que había muy poca gente a la que podría causar algún daño.

Espera un poco más al borde de los árboles, aguzando el oído para ver si capta algún movimiento más. Pero nada, y tiene la impresión de que los perros también han perdido el interés. Da media vuelta y deshace el camino con pasos pesados.

Cuando llega a la casita, se tumba en la cama con la ropa puesta. Por fin se da la oportunidad de dormir.

La habitación es espartana. Aquí no hay cuadros en las paredes, ni adornos en las estanterías, que solo contienen un par de finos volúmenes: un libro de relatos y una colección de poemas. Ya no lee, pero son pistas, vínculos con la persona que fue. Aquí no hay nada que dé información sobre el hombre que habita esta casa, a no ser que la ausencia de cosas sea una pista en sí misma. Presenta el anonimato de una celda de prisión, algo que cualquiera que le conociera bien, que no es el caso, sabría que no es una casualidad.

Se coloca de costado y cierra los ojos. Es un simulacro de sueño. Con un poco de suerte, quizá duerma una hora, o tal vez dos. Ha aprendido a vivir así,

bebiendo mucho café para combatir la somnolencia, tomando analgésicos para soportar, en la medida de lo posible, las migrañas. Hubo una época en que disfrutaba del sueño profundo y plácido de un animal. Ahora ni siquiera puede imaginárselo. Esa vida perteneció a un hombre distinto. Ahora, cada vez que cierra los ojos, ve sus rostros. Con ojos suplicantes le preguntan: «¿Por qué nosotros? ¿Qué hemos hecho para merecer esto?». Intentan tocarle como sea, tirarle del pelo, de la ropa... Los nota encima de él, tiene que sacárselos de encima. Incluso cuando abre los ojos, nota el rastro fantasma de sus dedos en la piel... Son recuerdos que le envuelven como una telaraña.

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

Después de llamar a la policía, marco el número del jefe, que está en Londres. No me contesta él directamente, claro está, sino la voz aterciopelada de su secretaria.

—¿En qué puedo ayudarle?

Se lo cuento todo. Se hace el silencio al otro lado de la línea, fruto de la conmoción. Luego dice:

—Te lo paso. —Lo hace con una voz mucho más normal, como si rápidamente hubiera decidido que el ronroneo grave está fuera de lugar.

Él responde enseguida.

—Hola, Heather. —Me saluda de forma campechana, como si habláramos todos los días. Solo lo he visto una vez, y recuerdo que era bastante guapo (aunque es difícil saber si era por lo muy acicalado que iba y por su encanto) y que tenía una sonrisa de político.

—Tenemos un grave problema —digo—. Hemos encontrado un cadáver.

—¡Oh...! —replica—. Vaya... —Pero no suena especialmente conmocionado. Sin embargo, estoy convencida de oír sus pensamientos acerca de cómo gestionar algo así y proteger la finca, al más fiel estilo del político que parece ser.

—Y me temo que no parece un accidente.

—Um... Supongo que has llamado a la policía, ¿no?

—Sí —contesto—, justo antes de telefonearte a ti.

—Puedo ir —dice—, pero no sé si serviría de algo.

—Lo más probable es que tampoco pudieras llegar. —Le explico la situación climática, el hecho de que básicamente nos hemos quedado aislados por la nieve.

—¿Fue Doug quien encontró el cadáver, dices?

—Sí.

—¿Dónde? —Lo pregunta con una nueva severidad en el tono. Tal vez se esté planteando si pueden denunciarle por esto.

—En la cascada que está cerca del viejo molino de agua.

—Vale. ¿Y visteis algo? ¿Doug vio algo?

—No..., nada en especial.

—¿Iain está al corriente?

—Eh..., no, todavía no he hablado con él. Se marchó en Nochevieja cuando acabó su jornada laboral.

—Bueno, de todos modos, tiene que saberlo, por supuesto. Es importante que esté informado.

—Sí. Como no. Intentaré hablar con él ahora.

—Hazlo. E infórmame de cualquier novedad, por favor.

—Por supuesto.

Quería parecer segura, pero no me ha salido más que un susurro. Él suena tan formal, tan distante. Tal vez le resulta posible al estar tan lejos, en Londres..., donde permanece inmune al ambiente de muerte que ahora mismo impregna cada centímetro de este lugar.

Acto seguido llamo a Iain. Solo tengo su móvil, no el número de su casa. Me sale directamente el buzón de voz. El problema de poder contactar con alguien solo por móvil es que, en esta zona, la mayor parte del tiempo no hay suficiente cobertura. Le dejaré un mensaje de voz. Estoy segura de que le

conmoverá que el jefe se preocupe por él, pero, francamente, ahora mismo es la menor de mis preocupaciones.

Estoy a punto de dejarle un mensaje rápido cuando llaman a la puerta.

Es Doug.

—Los huéspedes están aquí —anuncia.

Mientras yo estaba al teléfono, ha ido a buscar a los clientes a las cabañas y los ha acompañado hasta el Lodge.

Doug tiene muy mal aspecto, ya me había dado cuenta antes, pero no me había fijado bien, pues estaba demasiado centrada en el problema que tenemos. Tiene las cuencas de los ojos oscuras, amoratadas, como si llevara una semana sin dormir. Es como si la muerte de la huésped le hubiera afectado personalmente. Me doy cuenta de que lleva la mano vendada; una gasa gruesa le cubre buena parte de la piel. No me había fijado cuando estaba fuera, claro está, porque llevábamos guantes.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —pregunto.

—Oh —dice. La levanta y se la mira como si fuera la primera vez que la ve—. Supongo que me he hecho una herida.

—¿Cuándo? Tiene mala pinta.

—No sé —contesta. Se rasca la nuca con la otra mano—. Hace varios días, supongo.

Pero no es verdad, no puede ser. Durante la Cena de las Tierras Altas no llevaba vendaje..., estoy segura de ello, me habría fijado. Y la herida debe de ser de consideración o, de lo contrario, no se la habría vendado. He visto a Doug con morados y cortes horribles por los que ni siquiera se ha molestado en ponerse una tiritita.

—¿Les digo que vas a ir a hablar con ellos? —pregunta. Me fijo en que ha escondido la mano vendada en el bolsillo de la chaqueta.

Por algún motivo me ha tocado a mí contárselo a los clientes; da la

impresión de que lo hemos acordado sin ni siquiera hablarlo. Asiento, intentando tragarme el pavor que experimento, y salgo del despacho detrás de él.

Los clientes están reunidos, pasillo abajo, en el salón, a la espera de noticias. Solo los de Londres; la pareja de islandeses ha vuelto al refugio. Doug y yo decidimos decírselo primero al grupo de amigos. Al fin y al cabo, la muerte resultará mucho más devastadora para ellos.

Cuando entro en el salón, todos alzan la vista hacia mí. No es la primera vez que me encuentro en una situación similar. En mi antiguo trabajo, debía hablar con todas esas familias ansiosas a la espera de noticias, y decirles lo último que querían oír: «No ha ido bien. Se ha producido una complicación imprevista... Hemos hecho todo lo que hemos podido...».

Me clavo las uñas en la piel de las palmas. También he estado en el otro lado. Sé exactamente qué se siente. Recorro con la mirada sus rostros, vueltos hacia mí, expectantes, concentrados en lo que voy a decir. Siento una ráfaga de náuseas en la boca del estómago. Lo que estoy a punto de decirles va a cambiar su vida para siempre.

—La hemos encontrado —anuncio.

Las preguntas empiezan casi de inmediato; alzo la mano para acallarlas. Lo importante es darles la terrible noticia lo más rápidamente posible, anular todo atisbo de esperanza. La esperanza es fantástica cuando todavía hay posibilidades de que todo vaya bien. Pero en los casos en los que literalmente está todo perdido, puede hacer más mal que bien. Aunque no creo que ninguno de ellos albergue aún ninguna esperanza. Ya lo saben. Pero la confirmación del hecho es otra cosa.

—Me temo que es una muy mala noticia —digo.

La tensión del ambiente puede cortarse con un cuchillo. El poder horrible de encontrarme en esta situación me golpea con toda su fuerza. Yo tengo todas las cartas, y estoy preparada para mostrarlas ante los clientes, y ellos harán con ellas lo que les plazca.

—Siento muchísimo decirles que está muerta.

Primero se produce una conmoción: en eso están unidos. Me observan como si esperaran que les soltara el remate final. Y entonces cada uno de ellos empieza a procesar la información y expresa su dolor de modo distinto: histerismo, perplejidad muda, ira.

Sé que ninguna de estas reacciones tiene más valor que otra. Las vi todas ellas en la sala del hospital, siempre que tenía que informar a los familiares más cercanos. Y tal como saben todos los técnicos sanitarios, de quienes hay que preocuparse más después de un desastre es de los que se quedan mudos, no de los que gimen y gritan de dolor. Aunque quienes gimen y gritan también sienten el dolor. La aflicción puede mostrarse de tantas maneras como la vive la gente. Lo sé demasiado bien.

Pero la idea me recorre de todos modos: ¿es posible que una de estas manifestaciones sea solo eso? ¿Una mera manifestación? ¿Una actuación? Cuando me hacen preguntas sobre el cadáver —cómo lo encontré, qué aspecto presentaba—, me pregunto: ¿alguno de ellos ya conoce todo eso? ¿Hay alguien que sepa más de lo que deja entrever?

Cuando vuelvo a la seguridad de mi despacho, suena el teléfono. Lo cojo, esperando que sea el jefe, o la policía, tal vez con información acerca de cuándo vendrán hasta aquí. No es la policía.

—Ahora no puedo hablar, mamá.

—Ha ocurrido algo malo. Lo sé.

¿Cómo es posible que lo sepa con solo cinco palabras? Aprieto la mandíbula. Luego la relajo.

—Ahora no puedo hablar. Estoy bien, eso es lo único que necesitas saber ahora. Ya te lo contaré más tarde, ¿vale?

—Ayer no llamaste, tal como dijiste que harías. Por eso sé que ha pasado algo. —Habla con voz irregular, crispada de preocupación—. Oh, Heather, sabía que no debería haberte dejado ir a vivir a ese lugar.

Mi madre nunca ha comprendido por qué, cuando de repente me encontré sola en el mundo por primera vez en quince años, decidí estar todavía más sola trasladándome a este lugar. No podía entender, porque no era algo que yo pudiera explicar, sino una sensación, que me sentía mucho más sola rodeada de gente. Por mucho que nuestros amigos intentaran ayudar y mostrarse comprensivos, me recordaban a él. Y lo mismo me pasaba con la ciudad en la que habíamos vivido juntos. En cada esquina había un café en el que habíamos tomado un *brunch* o una librería que habíamos visitado o incluso un Sainsbury's en el que habíamos comprado un plato de curry precocinado y una botella de vino. Por supuesto, lo peor era nuestro apartamento. Apenas era capaz de estar en él antes de que se vendiera. Ahí estaban todos los recuerdos de nuestra vida en común, de haber madurado juntos; era el lugar en el que habíamos vivido desde que acabamos la universidad. Toda mi vida adulta.

Y cuando tenía a gente a mi alrededor, el hecho de que las personas continuaran con su vida, ajetreadas y liadas, sentaran la cabeza, tuvieran hijos y se casaran no hacía más que enfatizar lo mucho que la mía se había estancado, de forma definitiva. Tal vez para siempre.

Así que sí, a veces me siento sola aquí, pero al menos este paisaje siempre me ha parecido adecuado para la soledad y no me enfrento cada día a todo lo

que he perdido, a los ecos de mi antigua vida, completa y feliz y llena de amor. Y sí, a veces tal como me ocurría en la ciudad, me he sentido incapaz de levantarme de la cama y he tenido que obligarme a vestirme, desayunar y recorrer el corto trayecto que me separa del despacho del Lodge, pero me resulta mucho más fácil enfrentarme a la jornada cuando sé que no tengo que enfrentarme a otras personas y a su felicidad.

Aquí he podido aullar mi desgracia y mi ira —sí, tengo una buena dosis de ambas— en las montañas y el lago, y tengo la impresión de que la vastedad del paisaje absorbe parte de mi aflicción. Aquí, la soledad es el estado natural de las cosas.

Cuando ocurrió, una parte de mí se planteó si sencillamente lo había estado esperando, si siempre había sabido que algo así ocurriría. Siempre sentí, ya desde que Jamie y yo empezamos a salir juntos, que lo nuestro era algo demasiado bueno, que teníamos demasiada suerte. Que tanta felicidad no podía durar de ninguna de las maneras: estábamos gastando más de la cuota de felicidad que nos correspondía y, en algún momento, alguien tenía que darse cuenta. El destino decidió darme la razón. Recuerdo la expresión de Keith, el jefe de Jamie, cuando vino a decírmelo. Lo supe antes de que abriera la boca. Inhalación de humo. Nadie se dio cuenta, entre tanto caos, de que Jamie no había reaparecido. Se había quedado atrapado dentro de la casa en llamas. Los demás bomberos hicieron todo lo que pudieron. Se pusieron a trabajar con los técnicos sanitarios.

Keith le había practicado un masaje cardíaco a Jamie durante cuarenta y cinco minutos antes de que llegaran los médicos. Cuando empezó a llorar, tuve que apartar la mirada, pero era una imagen terrible e inesperada. Ver llorar a un hombre como Keith. Y por eso, más que otra cosa, lo sentí tan real.

Jamie era bombero. Con el cerebro que tenía, podría haber sido otras muchas cosas: científico, abogado, profesor..., pero quería hacer algo que

realmente sintiera que importaba, me dijo, como lo que yo hacía. Lo que lo convertía en uno de los mejores era que siempre iba un poco más allá. Tal como dijo Keith, cuando estaba de servicio, cuando otros daban por perdida una causa, Jamie seguía intentándolo, se arriesgaba un poco más. Algunas veces había parecido casi invencible. Pero no lo era. No era más que un hombre. Un hombre valiente, con un gran corazón y abnegado, pero definitivamente mortal.

Lo que no te cuentan es que, cuando un ser amado muere, puedes enfadarte con él. Y es verdad, yo me enfadé mucho con Jamie. Antes, la vida tenía significado. Toda nuestra existencia era como tenía que ser. La forma como nos conocimos, cuando él decidió en el último momento ir a la fiesta que organizaba un amigo de un amigo. El bonito y luminoso apartamento que encontramos en el casco antiguo de Edimburgo, que el propietario decidió alquilar a precio de saldo a cualquiera que le cuidara el perro cuando se iba de viaje. Incluso la forma como nos compenetrábamos, él y yo, dos piezas de un puzle sencillo que, al combinarse, hacían que la imagen quedara completa.

Cuando murió, todo dejó de tener sentido. Un mundo en el que me lo podían arrebatarse era necesariamente un lugar cruel y caótico. Y pensé, de forma breve pero definitiva, en acabar con todo. Al final, no fue el deseo de sobrevivir el que me impidió hacerlo, sino el hecho de saber lo que mi muerte supondría para mi familia.

La siguiente mejor posibilidad era venir aquí. Era una manera de huir de la vida tal como la había conocido, de todo aquello que me ligaba al pasado. A veces pienso que es un poco como morir, una opción ligeramente más aceptable que las pastillas o tirarme desde el Forth Bridge, que es lo que me planteé las semanas posteriores a la muerte de Jamie. Así pues, en cierto modo, este paisaje ha sido un santuario. Pero ahora, con este nuevo horror y la

nevada que nos ha dejado atrapados y nos impide salir, en veinticuatro horas se ha convertido en una cárcel.

Emma

Dos días antes

Nochevieja de 2018

Anoche, Mark y yo tuvimos sexo del bueno. Me tiró a la cama. Sus facciones presentaban una intensidad especial, un matiz oscuro. La cara que pone cuando está excitado y cuando está realmente enfadado es bastante parecida.

No sé qué le cogió. Quizá fuera lo que nos metimos todos en el cuerpo (que, ahora que lo pienso, yo no debería haber tomado porque suelto estupideces, cosas que no quiero decir en voz alta). Pero su intensidad quizá también tuviera algo que ver con lo que acaba de decirme, lo que ha descubierto, ese placer extraño y casi erótico que sentimos cuando vemos que alguien la pifia.

Sé que la gente se hace preguntas acerca de Mark y yo. «¿Cómo os conocisteis?», preguntan, o: «¿Qué te atrajo de él?», «¿Cuándo te diste cuenta de que Mark era el elegido?». A veces les digo que ocurrió al verlo bailar al son de Chesney Hawkes en medio de la pista de Inferno, lo cual normalmente es motivo de risas. Pero no es más que una solución temporal para frenar las preguntas que, sin duda, vendrán a continuación, las cuestiones más profundas y perspicaces.

Buscan el romance, la química, la chispa vital que nos unió, la que nos mantiene unidos. En términos generales, pienso que sus pesquisas acabarán decepcionándoles. Porque, a decir verdad, no se ha producido un gran romance entre nosotros. Nunca hubo una pasión irrefrenable entre nosotros, ni

siquiera al comienzo. No me importa reconocerlo. Tampoco era lo que yo buscaba.

Hay personas que aguantan a la espera del amor en mayúsculas, AMOR, y no paran hasta encontrarlo. Otras se rinden porque no lo encuentran. Auge y crisis, o todo o nada. Y luego, tal vez en la mayoría de los casos, están los que sientan la cabeza. Y creo que somos los sensatos. Porque el amor no siempre es algo duradero.

Estoy satisfecha con nuestra relación, y creo que Mark también. Da la impresión de que la gente comenta mucho el hecho de que no nos parecemos demasiado. «Los opuestos se atraen —dicen con una mirada cómplice—. ¿No es cierto?» Lo importante es que una pareja comparta ciertos gustos o aficiones, así lo veo yo; la clave es que haya el mismo nivel de interés aunque sea solo en una cosa. Lo cual es nuestro caso. Hay una cosa en concreto. Y no, no es el sexo, aunque nuestra vida sexual es buena, incluso excelente.

Así pues, no, no tenemos la química brutal de una pareja como Miranda y Julien..., aunque, ahora que lo pienso, parece que hay algo que no funciona entre ellos. Me pregunto si soy la única que se ha fijado. Y sí, sé que Mark está coladísimo por Miranda, por si os lo estabais preguntando. No soy idiota. De hecho, veo bastante más allá de lo que la gente cree. No me importa. La verdad es que no. Casi «oigo» la incredulidad. Pero prometo que así es. Me temo que vais a tener que creerme.

O sea que no, cuando vi a Mark en esa discoteca calurosa junto a Clapman High Street, no pensé: «Ahí está el hombre de mis sueños, esto debe de ser lo que muestran las grandes obras de la literatura y del cine; el amor verdadero, el amor a primera vista». No, para nada.

Lo que vi enseguida fue más y menos que eso. Vi una vida. Una nueva forma de ser. Vi lo que siempre había querido.

Mark y yo tuvimos infancias difíciles. Yo cambiaba de colegio cada pocos

años y nunca conseguí afianzar mis amistades. Esto no es nada comparado con la experiencia de Mark. Su padre le pegaba. No un par de bofetadas desacertadas por portarse mal, sino palizas bárbaras al estilo de la vieja escuela. Me contó que, en una ocasión, su madre le puso maquillaje para ir al colegio para disimular el morado que tenía en el ojo. Pero no impedía las palizas del padre. No podía. No con tanta frecuencia como su hijo, pero, de vez en cuando, ella también era víctima de sus ataques de ira. Cuando era más joven, Mark era pequeño para su edad, y le daban caña en el campo de rugby, lo cual su padre contemplaba con desdén. Luego empezó a crecer. Tomaba batidos proteicos y se apuntó al gimnasio. Las palizas por fin terminaron; como si su padre se hubiera dado cuenta de repente de que su hijo podía volverse contra él y derrotarle.

Mark ha heredado parte del mal genio de su padre. Tiende a abusar de su autoridad. Nunca ha sido violento conmigo..., aunque un par de veces, en medio de una discusión especialmente acalorada, he notado que estaba muy tenso: un portazo tan fuerte que la madera se agrietó, un cuadro estrellado contra la pared. Pero no es el berzotas insensible que la gente supone que es. Anoche bromeó sobre el incidente del hipódromo, pero recuerdo los remordimientos que tuvo después, su horror por lo que había hecho, cómo estuvo a punto de llorar cuando se enteró de que el joven había acabado en el hospital. Fui yo quien le impidió que se presentara ante la policía.

Mark desea fervientemente no ser como su padre. Pero también sé que, a veces, teme estar volviéndose como él.

Miranda

Me despierto temprano. Julien está encogido lejos de mí bajo la sábana. Enseguida me vienen a la mente los recuerdos de anoche, todos mezclados y confusos, como un ovillo de lana enredado. Mark... en el baño. La forma como me acosó, con qué fuerza me sujetó por la parte superior del brazo.

Me levanto y me visto. Salgo a correr, intento airear la extrañeza de anoche de mis pulmones. Ahora me gusta correr. Ha acabado agradándome, pero no siempre ha sido así. A los catorce años no me gustaba, de repente engordé dos tallas y mi querida madre me regaló el abono a un gimnasio para mi cumpleaños.

Paso corriendo junto a las demás cabañas y el Lodge lo más rápidamente posible. Lo cierto es que todavía no me apetece ver al resto. No llevo puesta la máscara, y no me refiero al maquillaje. Me refiero a la Miranda dura, divertida y preparada para lo que se tercié. Cuando llego al refugio oscuro que forman los árboles que bordean el lago sin oír a nadie gritando «¿A dónde vas?», exhalo un suspiro de alivio.

Mark. ¿Cómo se atreve? Estoy tentada de contárselo a Emma hoy. Pero sé lo mucho que se ha esforzado para organizar todo esto, lo mucho que le enorgullece haber encontrado un sitio tan espectacular... No soy tan insensible a esas cosas como piensa la gente. Así pues, quizá debería esperar hasta más tarde, sacar el tema un día que salgamos de copas por Londres. Ella debe de haber visto esa faceta de él, ¿no? Si ha sido así conmigo, ¿cómo se comporta con ella? Parece tan competente, tan al mando de su vida, pero, como bien sé, la fachada que ofrecemos al mundo puede resultar engañosa.

Hoy hace aún más frío. Algunos charcos de agua de lluvia parecen haberse congelado durante la noche. Esta gelidez posee un toque, una crudeza a los que no estoy acostumbrada. En Londres, un día frío siempre queda compensado por las ráfagas cálidas de las tiendas que se exceden con la calefacción, por el bochorno del metro, por el contacto con otros cuerpos. Pero aquí el frío tiene la posibilidad de asirte con fuerza. Es como si intentara escapar de su abrazo.

He cogido el móvil para escuchar música, siempre me ayuda a relajarme, amortigua el resto de los sonidos de mi cabeza. Mucho mejor que el «silencio consciente» que tanto le gusta a mi terapeuta. Como era de esperar, el pequeño indicador de cobertura está vacío. Tiene gracia que vivamos en un mundo en el que la falta de conectividad se anuncia como una prestación más.

Unos metros más adelante, el sendero se bifurca hacia otro espigón. Es un lugar de una belleza y melancolía perfectas. Voy corriendo hacia él. Hay canoas apiladas, supongo que de la temporada de verano, una se ha llenado con toda la lluvia del invierno, y ahora está congelada. Me pongo de pie encima y cuando miro hacia el interior es como si mi reflejo estuviera atrapado bajo la superficie del hielo, como si estuviera congelada ahí. Siento un escalofrío, aunque voy bien protegida contra las bajas temperaturas. Regreso al sendero.

He corrido tal vez unos doscientos metros por la pista llena de surcos por la que llegamos en el coche, con el bosque a un lado y el lago al otro, cuando llego a un puente que cubre la distancia que hay entre los dos extremos de una cascada que alimenta el lago. Hay un pequeño edificio en estado semirruinoso con vistas a la cascada. Me pregunto qué diantres es. Me asomo por el borde del puente, no hay más que tres hileras de cadena entre mi persona y el vacío. Bajo la mirada hacia la cascada, que ahora está formada por carámbanos, y las rocas negras cubiertas de musgo.

Más allá, el sendero carece de interés durante un buen trecho. Pero en un

momento dado, llego a una pequeña zona de terreno quemado, un círculo, como si alguien hubiera encendido aquí una hoguera. Cerca hay un par de latas de cerveza oxidadas y quemadas. Recuerdo lo que Heather nos contó sobre los cazadores furtivos.

Salgo del camino y me dirijo a la orilla, avanzo agachada debajo de las ramas de los árboles que bordean el lago, tropiezo y resbalo al caminar por encima de viejas raíces cubiertas de musgo, las ramitas se me enganchan en el pelo y la chaqueta, y me rozan la cara. En un momento dado, pierdo el equilibrio por completo y empiezo a resbalar hacia una pequeña entrada de agua situada a mi derecha, pero consigo no caerme en el último segundo. En ese momento, me fijo en algo que brilla bajo la superficie. Es de un blanco immaculado y resalta mucho en medio de las rocas parduscas. Me acerco más y me doy cuenta de lo que es: un hueso. Es bastante grande y queda medio oculto por las hojas podridas. Cuando miro a mi alrededor, veo otro, y otro más, desperdigados por la orilla cubierta de hierba. Algunos son incluso mayores que el que está en el agua, largos como mi fémur. Son huesos de animales, lo sé. Me lo digo mientras busco el cráneo que lo confirmará. Un animal al que ha matado otro animal o que ha muerto de viejo. Pero veo que algunos huesos tienen marcas de quemaduras. Y no hay ningún cráneo por ninguna parte. Vuelvo a recordar la advertencia acerca de los cazadores furtivos en la zona; tal vez se hayan llevado la cabeza del animal para disecarla como un trofeo. Me estremezco. Para matar a un ser de este tamaño hace falta bastante violencia y empeño.

Necesito irme de este lugar. Este descubrimiento espeluznante me revuelve el estómago vacío. Así pues, me obligo a subir por la ligera pendiente hasta que me centro únicamente en cómo me arden los pulmones y las piernas. Me recuerdo que este es un sitio precioso. Los huesos me han producido

escalofríos, le han dado un toque lúgubre al paisaje, pero aquí no hay nada siniestro. Solo se trata de un lugar distinto, me recuerdo. Aislado, salvaje.

Ahora me encuentro en el extremo opuesto del lago; el Lodge reluce de forma extraña y magnífica en la otra orilla. Aquí hay un hueco entre los árboles que circundan el lago y que dejan un espacio vacío con un montón de rocas y brezo que parece seco. Hay un edificio con un tejado bajo y hecho con vigas de madera como las cabañas. Debe de ser el refugio en el que se alojan los islandeses. Todas las ventanas están a oscuras, sin rastro de vida en el interior. Tal vez duerman todavía.

Continúo mi camino y acelero la marcha para la segunda parte de la carrera, tal como hago siempre que corro. Cuando me interno de nuevo entre los árboles, oigo un sonido, agudo y penetrante. Parece un animal dolorido. Me resulta inevitable no pensar en los huesos que acabo de ver junto a la orilla. Es difícil precisar de dónde procede el sonido, pero miro en la dirección aproximada entre los matorrales densos, y entonces los veo, me cuesta creer que no los haya visto antes. Dios mío. Cuánta carne al descubierto. La mujer está a cuatro patas en el suelo musgoso y el hombre la monta por detrás, flexionando las caderas con fuerza, sujetando con la mano la melena oscura y enmarañada de ella. La mujer tiene la cabeza echada hacia atrás, posiblemente debido a la fuerza con la que él la sujeta. Ambos son muy ruidosos; sus gemidos son bestiales, desinhibidos. Verlos tiene algo que resulta horrorosamente absorbente. Tengo los pies clavados en el suelo, soy incapaz de apartar la mirada.

Y entonces el hombre vuelve la cabeza y se me queda mirando. Hace un gesto con dos dedos que es como una invitación.

—Ven—dice—. Únete a nosotros.

Acto seguido, empieza a reírse a carcajadas. Se está burlando de mí. La mujer alza la vista para ver con quién habla. Ella también me sonrío con la

expresión medio drogada de una persona sumida en la lujuria. Su piel desnuda se ve muy blanca bajo la luz pura. Tiene las rodillas casi negras de tierra.

Siempre me ha gustado considerarme muy abierta de mente, sexualmente liberada, pero en cuanto mis piernas deciden ponerse en marcha de nuevo, doy varios trompicones hacia atrás y, tras volverme, me alejo corriendo tan deprisa como puedo mientras las ramas se me enganchan en los tobillos y me fustigan las mejillas. Tengo la impresión de oír sus carcajadas, aunque no estoy completamente segura de que solo sea mi imaginación.

Cuando llego al Lodge, voy a prepararme un café en la Nespresso. Tengo los dedos torpes, me tiemblan. Estoy segura de que es por el frío, pero mentiría si no reconociera que la escena del bosque me ha dejado desconcertada... por su naturaleza animal, por la violencia del acto, en medio de un paisaje tan salvaje. Oigo que la puerta se abre detrás de mí. No me giro. Estoy convencida —porque no saluda— de que se trata de Mark. Oh, por el amor de Dios, lo único que me falta es verlo ahora.

Al final, consigo introducir la pequeña cápsula dorada en la ranura y bajar la palanca. Pulso el botón y espero que pase algo. Oigo cómo la cápsula cae en la cavidad de la parte trasera.

—¡Mierda!

Tengo la impresión de que he perdido la capacidad de coordinar.

De repente, tengo a Mark a mi lado.

—Mira —dice—, tienes que encenderla antes de introducir la cápsula. — Me enseña cómo se hace y un chorro perfecto y aterciopelado cae en la taza.

—Gracias —contesto sin mirarle.

—Miranda... Miranda..., quiero disculparme por lo de anoche. No sé qué me cogió. Había bebido demasiado, y luego las pastillas... No sé ni qué eran.

—Eso no es ninguna excusa.

—No —se apresura a decir—. Tienes razón, lo sé. Me comporté de un modo imperdonable. ¿Te hice daño?

Me subo la manga para enseñarle el morado que se ha vuelto de un impresionante color púrpura.

Baja la cabeza.

—Lo siento. Me cuesta creer que hiciera eso. A veces..., no sé, me dejo vencer por la ira. Es como si algo se apoderara de mí, pero, bueno, ya sé que es imperdonable. Y ni siquiera estaba enfadado contigo..., por supuesto que no. Lo estoy con Julien. Eso es algo que no voy ni puedo retirar. No te merece, Miranda. Nunca te ha merecido. Pero sobre todo recientemente...

—No. —Levanto una palma—. Sea lo que sea que crees saber sobre su «secretito» o como lo quieras llamar, me gustaría que te lo guardes para ti. Por mí, si es que no quieres hacerlo por él. ¿Entendido?

—Creo que sí, pero... —Se queda boquiabierto—. Es que... solo pienso en ti, Miranda. Creo que tienes derecho a saber lo que ha estado haciendo. ¿Estás segura?

—Sí —digo, asintiendo con la cabeza para que le quede claro—. Totalmente segura.

Doy un sorbo al café. Está demasiado caliente y me quemo la lengua, pero no pienso hacer ninguna mueca delante de él.

—Ah, y por cierto, Mark.

—Sí.

—Si me vuelves a tocar de esa manera, ya sea como en la alfombra del Twister o como en el baño, te mato sin contemplaciones. ¿Te ha quedado claro?

Katie

Anoche no dormí bien. Creo que hace meses que no lo hago, aunque a mí me parezcan años.

Cuando voy a desayunar, Emma está de pie en la cocina del Lodge, enfrascada en los preparativos para la cena de hoy. Se ha apartado el cabello de la cara y va sin maquillar. Lo cierto es que no recuerdo cuándo la he visto sin maquillaje. Es curioso ver a alguien por primera vez con la cara lavada. Sobre todo a alguien de tez tan clara como Emma, que suele ir equipada con máscara y delineador de ojos; ahora parece no tener facciones.

Ha planeado un gran festín para esta noche, me dice. El frigorífico está a tope de salmón ahumado y del mejor filete de buey, y ahora está preparando la masa para los blinis. ¡Es que los blinis los hace ella misma!

—Los comprados saben a goma —dice—. Y son muy fáciles de hacer.

Está en su salsa, tarareando para sus adentros. Me ha puesto a cortar triángulos diminutos de salmón con mucho más esmero del que normalmente yo emplearía. En realidad, resulta agradable tener algo en que centrarme. Aunque por mucho que lo intente, no dejo de divagar. Continúo hasta que Emma exclama:

—¡Katie! ¡Oh, cielos! ¡Estás sangrando! ¡No te has dado cuenta? —Y añade en un tono ligeramente irritado—: ¡Y has salpicado de sangre el salmón!

—¿Ah, sí? —Me miro la mano—. Vaya...

Tiene razón, me he hecho un buen corte en el índice. Un tajo rojo brillante. El pescado está resbaladizo y, de repente, ensangrentado.

Emma me clava la mirada.

—¿Cómo es que no te has dado cuenta? —Me toma la mano con cierta brusquedad—. Oh, pobrecilla. Debe de haberte dolido. Es bastante profundo.

Intenta sonar comprensiva, pero no disimula del todo cierta irritación.

De repente, noto el dolor intenso y se me llenan los ojos de lágrimas. Pero resulta que casi disfruto del escozor. Me parece adecuado, es lo que me merezco.

Más tarde, tomamos el *brunch* en el comedor del Lodge, todos alrededor de una gran mesa en el centro, con excepción de Samira y Giles, que todavía no han llegado. Aunque están despiertos, pues cuando pasé al lado de su cabaña, oí voces fuertes y un chillido de ira infantil.

El ambiente está tranquilo esta mañana, la conversación alrededor de la mesa es un tanto artificiosa, todo el mundo va sirviéndose con cierta apatía. Se debe sin duda a la resaca de anoche, pero quizá también haya algo más. Una ligera tensión..., como si, en cierto modo, todo el mundo hubiera agotado su cuota de amabilidad en la reunión de ayer. Emma es la única que es todo viveza y energía, y se encarga de comprobar que todo el mundo tiene suficientes beicon y café.

—Por el amor de Dios —dice Julien—, ¡siéntate, Emma! Estamos todos bien. —Estoy segura de que quería emplear un tono ligero y bromista, pero no lo ha conseguido del todo.

Emma se sienta mientras un rubor va subiéndole por un lado del cuello.

—Katie —Miranda retira la silla que está a su lado—, ponte aquí.

Tomo asiento y cojo una tostada fría para untarla con mantequilla. Esta mañana Miranda va muy perfumada y, mientras mastico, es como si la tostada hubiera absorbido la fragancia intensa que lleva. Se me revuelve el estómago. Doy un sorbo al café, pero también me sabe raro.

Cuando por fin alzo la vista, me doy cuenta de que Miranda ha girado su asiento para mirarme directamente con la cabeza ladeada. Veo, más que siento, que la tostada me tiembla en la mano. Tiene una mirada que parece de rayos X.

—Sales con otro hombre, ¿verdad? —pregunta.

Me sonrío..., pero creo que es más una mueca que una sonrisa. La conozco demasiado como para no adivinar cuándo algo no va bien. Si fuera una buena amiga, le preguntaría al respecto..., pero no me sale. Además, deduzco, este foro es demasiado público, ya que estamos rodeadas.

—¿Por qué lo dices?

—Lo noto. Te veo distinta. El pelo, la ropa. —Me separo apenas unos centímetros; le huele un poco el aliento, lo cual no es habitual en ella. En una ocasión me contó que se cepilla los dientes antes y después del desayuno, en cumplimiento de una regla fascista de su madre. Debe de habersele olvidado—. Y —añade— últimamente has estado muy esquiva. Incluso más de lo normal. Es lo que siempre haces cuando entra un nuevo hombre en escena. Desde que te conozco.

De repente, da la impresión de que todo el mundo está escuchando. Noto todas las miradas puestas en mí. Nick enarca las cejas. Porque sé que está pensando que, si estoy saliendo con alguien, se lo habría contado, ¿no?

Doy un mordisco a la tostada, pero se me queda atravesada en el esófago y tengo que hacer varios intentos para tragármela. Noto la garganta seca, herida.

—No —respondo con voz ronca—. Ahora mismo no tengo tiempo. Estoy demasiado ocupada con el trabajo.

—Cielos... —dice—. Mucho trabajo y poca diversión, Katie... ¿No te suena? Estás completamente obsesionada. No lo entiendo.

¿Cómo iba a entenderlo? Miranda ha fracasado en el intento de dedicarse a diferentes carreras y no ha cosechado ningún éxito. Acabó la carrera en Oxford con la nota mínima. Me dijo que le daba igual. Pero yo la conozco.

Había sido lo bastante arrogante como para pensar que podía despachar los estudios con facilidad, como había hecho siempre. La cuestión es que Miranda es inteligente, pero no necesariamente al nivel de Oxford. Su madre contrató a un tutor para que sacara cuatro sobresalientes en los estudios preuniversitarios, y estoy segura de que los dejó anonadados en la entrevista. Pero, de todos modos, una vez dentro, ella jugaba en otra liga totalmente distinta. En cierto modo, consiguió superar los primeros dos cursos de universidad y pasó por alto las señales de advertencia del tercer año, en el sentido de que no iba por buen camino, aunque yo intenté que se diera cuenta. Juro que no me sentí bien cuando abrió el sobre y vio el resultado. Pero debo confesar que sí pensé que, de alguna manera, se había hecho un poco de justicia.

Ese aprobado raspado era un insulto. Le dolió. La hirió en su orgullo. Comparada con todos nosotros, ella es la que no encaja. Todos tenemos un buen trabajo. Samira es consultora, yo soy abogada, Julien trabaja para un fondo de cobertura, Nick es arquitecto, Giles es médico. Bo trabaja para la BBC, Mark para una empresa de publicidad y Emma para una agencia literaria. Recuerdo cuando Miranda se enteró.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Cómo conseguiste ese trabajo? Pensaba que esa agencia solo contrataba a licenciados de universidades provinciales y a poder ser de Oxbridge.

Emma ni se inmutó.

—No sé —dijo encogiéndose de hombros—. Supongo que les gusté en la entrevista.

Miranda había intentado entrar en la industria editorial. Luego probó con la publicidad. Mark le echó un cable considerable al convencer a uno de sus colegas para que la entrevistara para un cargo de adjunta. Consiguió el puesto, pero lo dejó al cabo de tan solo dos meses. Dijo que se había hartado. Pero en

una boda conocí a una chica que había trabajado en el mismo sitio y me dijo que eso no era del todo cierto.

—Prescindieron de ella —me contó—. Era increíblemente indolente. Daba la impresión de que pensaba que estaba por encima de todo. Una vez, mientras llenaba sobres, se negó a lamer la parte adhesiva para cerrarlos. Dijo que odiaba ese sabor y que no la pagaban para eso. Que no había estudiado en Oxford para dedicarse a pegar sobres. ¿Te imaginas?

Sí, como soy tan mala amiga, por supuesto que me lo pude imaginar.

Giles y Samira acaban de llegar. Parecen estar bastante más destrozados que los demás. Ella se deja caer en una silla y coloca la cabeza entre las manos con un gemido, mientras él intenta colocar en la trona a Priya, que lloriquea y se resiste a que la apresen de ese modo. Cuando el lloriqueo se convierte en un aullido intenso, veo que Nick se tapa los oídos con los dedos.

—Qué horror... —se queja Samira—. Priya nos ha despertado a las cinco y luego otra vez a las seis.

—No puedo ni pensarlo —dice Bo—. Esta mañana era incapaz de vestirme yo, no imagino como podría vestir a una personita. Nick ha tenido que decirme que llevaba la camiseta del revés, ¿verdad? —Nick esboza una sonrisa lánguida.

—Bueno, supongo que es una decisión que se toma en la vida, ¿no? —afirma Miranda con aire despreocupado mientras se sirve zumo de naranja—. No es obligatorio tener hijos...

Incluso para Miranda, que suele salir indemne de estos comentarios de forma milagrosa, resulta demasiado malintencionado. Pero es que esta mañana le pasa algo. Su luminosidad parece un poco quebradiza.

Hace mucho tiempo que no he visto a Samira enfadada, pero ahora recuerdo que es un espectáculo aterrador. Tiene mucho genio oculto tras ese exterior tranquilo e impecable. Se ha quedado totalmente rígida en la silla. Todos la

observamos en silencio, esperando a ver qué hará a continuación. Entonces parece que siente una especie de escalofrío y alarga el brazo para coger la cafetera de émbolo. La mano le tiembla un poco mientras se sirve. No mira a Miranda ni una sola vez. Tal vez en pos de la armonía del grupo, ha decidido dejarlo correr.

La conversación alrededor de la mesa se reinicia con cierto titubeo. Hoy vamos a ir a cazar animales porque, según parece, es lo que toca hacer cuando se está en una finca escocesa.

—Supongo que vosotros dos no venís de caza, ¿verdad? —pregunta Mark, señalando a Nick y a Bo.

—¿Por qué no? —pregunta Nick.

—Bueno... —Mark hace una ligera mueca con la comisura de los labios—. Porque... ya sabes...

—No, no lo sé.

—No pensaba que os fueran ese tipo de cosas.

—Vamos a ver, Mark —dice Nick—, si no me equivoco, parece que has decidido que no vamos a ir a cazar porque somos gais. ¿Es eso lo que insinúas?

Dicho en voz alta suena tan ridículo que incluso Mark debe de darse cuenta.

—No es una discapacidad, Mark. Que quede claro.

Mark hace un ruido gutural evasivo. Nick tiene los nudillos blancos alrededor de la taza de café. Por muchos músculos que tenga Mark, no sé si apostararía por él en una pelea entre ambos.

—Es verdad —continúa Nick— que, como a la mayoría de las personas sensibles, no me atrae especialmente la idea de matar animales por diversión —Mark asume una expresión de «¡ajá!»—, pero por lo que tengo entendido, la cantidad de ciervos se descontrola si no se gestiona. Así que no me parece

mal. Además, tengo buena puntería: la última vez que fui a practicar el tiro al plato, le di a dieciocho de veinte. De todos modos, gracias por preocuparte.

Después de esto, nadie, ni siquiera Miranda, parece ser capaz de pensar en algo que decir.

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

He preparado infinidad de tazas de té, tantas que he empezado a sentirme como una extensión del hervidor. Lo cierto es que nadie parece tomárselas, pero, cada vez que pregunto, todos asienten ligeramente y luego se sientan sosteniendo las tazas mientras el té caliente se va enfriando, intacto. Es difícil imaginar un momento en que esta cortina blanca e inmóvil no estuviera aquí.

En circunstancias normales, cuando se descubre un cadáver, estoy segura de que se llena todo de luces parpadeantes, hombres con trajes blancos a prueba de materiales peligrosos y una gran conmoción. Pero este no es un lugar cualquiera. Y, en este caso, el paisaje actúa por voluntad propia. La climatología nos ha obligado a doblegarnos a su antojo. Me doy cuenta, casi por primera vez desde que me mudé aquí, de lo remoto que es este lugar, de lo poco que sé realmente de él. Podría estar perfectamente en otro planeta. Estoy convencida de que aquí hay secretos que van más allá de los escondrijos para el whisky, más allá del lucio gigantesco que vive en las aguas del lago. Esas son las pequeñas cosas que el paisaje decide revelar.

Se oye un fuerte gemido procedente de la estancia contigua, una cacofonía en el silencio, que me sorprende tanto que vierto agua del hervidor en el suelo. Es el bebé, por supuesto. Recuerdo el sonido de sus lloros en Nochevieja, cuando me levanté para ir al baño y cuando vi, o me pareció ver, esa luz

extraña en lo alto del flanco del Munro. Y ahora me pregunto si es posible que su llanto ocultara otros sonidos del exterior.

Pienso en todos los sonidos del lugar que han acabado por resultarme normales, que decido no cuestionar. Mientras espero que hierva el agua, recuerdo una de mis primeras noches en el Lodge. Me había mudado a la casita y estaba centrada en no pensar demasiado acerca de nada. Era la semana del terrible aniversario. Había tomado bastante vino, una cantidad con fines terapéuticos, una botella y media, quizá. Recuerdo que me hundí en la cama y me cubrí con el edredón. Una de las cosas que he aprendido acerca del silencio, por lo menos de este tipo de silencio, es que resulta sorprendentemente escandaloso. El edificio es viejo, crujía a mi alrededor. Por la noche, se oían los sonidos de los animales, dos búhos conversaban en reclamos largos y desconsolados. El viento soplaba por entre las copas de los grandes pinos escoceses que había al otro lado de mi ventana. Sonaba como un gemido. Podían ser disparos, recuerdo que me dije. Tal vez me acostumbre. (Aunque nunca he acabado de conseguirlo.)

Luego oí un sonido que lo rasgó todo. Un grito, agudo, desesperado, horrible. El gemido de una persona que siente un terrible dolor. Resonó en el ambiente durante varios segundos. Me incorporé en la cama, y la somnolencia producida por el vino me abandonó. Notaba los oídos sensibles como los de un animal, sentí un hormiguelo por todas partes mientras esperaba otro grito. No lo hubo.

Aguardé una respuesta: alguien debía de haberlo oído, ¿no? Entonces recordé que solo estábamos yo y Doug; no había nadie más en kilómetros a la redonda... Aparte de, supuestamente, quienquiera que hubiera gritado. Imaginé a Doug calzándose sus grandes botas y cogiendo uno de los rifles del granero. Él era la persona adecuada para acudir a ayudar, me dije. No yo, borracha y

con mi poco más de metro cincuenta. Pero la noche parecía incluso más silenciosa ahora que antes.

Abrí la contraventana y miré al exterior. No veía ninguna luz. Comprobé la hora. Las dos de la madrugada. Las horas parecían desleírse; no me había dado cuenta del tiempo que había transcurrido. «Es el efecto del vino», me dije. Empezó a ocurrírseme que quizá Doug estuviera durmiendo. Que quizá yo era la única de los dos que estaba despierta y que había oído el grito.

Empecé a creer que lo había imaginado. Tal vez me había quedado dormida esos dos minutos, sin darme cuenta. Ni siquiera recordaba exactamente cómo sonaba, aunque seguía reverberando en mis oídos.

Acto seguido, como para recordármelo, volvió a oírse, y esta vez fue mucho peor que la anterior. Era el sonido de la pura agonía, algo casi animal. Salté de la cama, busqué a tientas las zapatillas. Tenía que ir a ver qué era, ahora no podía fingir. Había alguien en apuros.

Bajé sigilosamente, me enfundé el abrigo y las botas, cogí el atizador de hierro fundido de la chimenea y la linterna del alféizar de la ventana.

Fuera, la noche era oscura y silenciosa. Recuerdo que me fijé en que el cielo tenía una profundidad nunca vista, que en ese momento parecía siniestra, como un vacío.

Atisbé por entre las sombras, intentando distinguir indicios de movimiento.

—¿Hola? —llamé. Me temblaban tanto las manos que la luz de la linterna rebotaba por todas partes e iluminaba distintos retazos de terreno. El silencio que me rodeaba se asemejaba a un aliento contenido—. ¿Hola?

Quizá fuera inevitable sentirme observada, teniendo en cuenta el halo que formaba la luz procedente de la puerta. Me di cuenta de que al llamar me había puesto en evidencia, resultaba visible y audible. Tal vez me hubiera puesto en peligro.

Di unos cuantos pasos y, en algún lugar en dirección al lago, capté un

movimiento. No con el haz de la linterna, sino con una especie de sentido animal que no sabía que tenía: una mezcla de vista y oído.

—¿Quién anda ahí? —El miedo me reprimía la voz y me salió un chillido débil y ahogado. Dirigí la linterna hacia donde pensé que había captado el movimiento. Nada. Y entonces otro parpadeo, mucho más cercano.

—¿Heather?

Balanceé el brazo e iluminé un rostro. Bajo la luz de la linterna, la silueta se veía morbosa y estuve a punto de chillar; me alegré de no haberlo hecho cuando le reconocí: era Doug.

—¿Estás bien? —preguntó. Su voz no era nada apremiante, había usado su típico tono grave y pausado.

—He oído un grito. ¿Tú también?

Frunció el ceño.

—¿Un grito?

—Sí. Muy agudo. Quienquiera que fuera sonaba aterrado. He salido a ver...

—Ante aquella palpable incredulidad, vacilé—. ¿No lo has oído?

—¿Era así? —preguntó, y entonces, me dejó anonadada cuando imitó el sonido que yo había oído casi a la perfección. Sentí el mismo estremecimiento frío de miedo por la parte trasera de las piernas.

—Sí, exacto.

—Ah, en ese caso, has oído a un zorro. A una zorra, para ser exactos.

—No lo entiendo, parecía una mujer.

—Es un sonido terrible..., y es fácil confundirse. No eres la primera a quien le ocurre. Hace relativamente poco vi la noticia de un hombre que se mató en una vía de tren en las afueras de Edimburgo al intentar ayudar a quien creía que era una mujer en apuros. —Enarcó las cejas—. ¿No te enteraste? Tú vivías en la ciudad...

—No —dije. Estaba empezando a avergonzarme del temblor de mi voz y

deseé poder controlarlo.

—Cuando están... —hizo una mueca—, bueno, ya sabes, el macho no es demasiado delicado, y para la hembra no es precisamente una experiencia positiva.

No pude evitar hacer una mueca de dolor.

—Exacto. No es agradable. Pero tampoco es que maten a nadie. —Hizo una pausa—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí. —Ni siquiera a mí me sonó convincente la afirmación. Intenté fortalecerla diciendo—: Estoy bien, de verdad.

—En ese caso, te dejo volver a la cama.

Recuerdo que me repasó con la mirada, tan rápido que quizá lo imaginé. Pero no. Yo llevaba el pijama. Pero, de repente, me sentí más expuesta que si hubiera estado allí totalmente desnuda.

—Gracias —dijo.

Hizo un gesto de despedida como si llevara sombrero.

—De nada.

Cerré la puerta, entré y me llevé una mano al pecho. Mi cerebro no parecía haber informado a mi corazón de que el peligro había pasado. Me latía con tanta fuerza y rapidez que parecía estar a punto de salirse de la caja torácica. Hasta que volví a meterme en la cama y me tapé con el edredón, no pensé realmente en lo que acababa de suceder. Si el grito no era lo que había despertado a Doug, como me había pasado a mí, entonces, ¿qué diantres estaba haciendo vagando por la finca a esas horas intempestivas?

Pienso en su mano. En lo vago que ha sido explicándome cómo se ha hecho daño. Pienso en el hecho de que el jefe mencionara lo bueno que sería para ahuyentar cazadores furtivos, lo que daba a entender que sabía luchar. No

basta con que yo no quiera que tenga algo que ver con algo de todo esto. «Eso es porque te gusta —dice una vocecita—. Es porque tuviste un orgasmo pensando en él.» Me cuesta un poco reprimir estos pensamientos.

Recuerdo lo que me dijo mi madre acerca de que lo buscara en Google. De repente me parece importante. Necesario.

Con paso rápido me acerco a la puerta de la oficina y la cierro con llave. Si Doug intenta entrar, fingiré que lo he hecho sin querer, la «fuerza de la costumbre». De todos modos, he de darme prisa si no quiero levantar sospechas. Abro la puerta del armario donde guardo todos los archivos. Los dos archivos personales: el mío y el de Doug. Iain es autónomo y creo que ya trabajó para el jefe con anterioridad, no tuvo que presentarse para el puesto tal como tuvimos que hacerlo nosotros.

Abro el archivo de Doug. Hay un currículum corto que detalla el tiempo que pasó en los marines: seis años. Nada más. ¿Qué busco exactamente? Me coloco frente al ordenador, introduzco su nombre completo en el buscador y espero que se carguen los resultados a través de la lentísima conexión a internet. Cuando me empieza a arder el pecho, me doy cuenta de que he estado conteniendo el aliento. No habrá nada, pienso. No habrá nada..., y me sentiré fatal por hacer esto, porque habré quebrantado su confianza sin que él siquiera lo sepa, pero ahí acabará el asunto. Nunca lo sabrá. Y podré dejar de lado todas las sospechas, si es que lo son siquiera.

Al final, la página cobra vida.

Enseguida veo que aparecen un montón de resultados. En el caso de una persona normal, de alguien que no es famosa ni importante de alguna manera, ¿qué es esperable? ¿Tres resultados, como mucho? Unos cuantos perfiles de las redes sociales, incluidas otras personas con el mismo nombre, tal vez alguna mención de un logro deportivo o de un papel en una obra de teatro de la

universidad. Pero el nombre poco común de Doug ocupa una página entera de resultados. Y ninguno es agradable. De hecho, todo es bastante horrible.

Ojalá no hubiera mirado. Ojalá nunca hubiera visto nada de esto.

Miranda

Dos días antes

Nochevieja de 2018

Seguimos a Doug un tanto desgastados hasta el patio que hay detrás del Lodge, donde está estacionado su Land Rover cerca de un viejo todoterreno rojo y grande, tal vez sea el vehículo que emplea Heather para moverse por aquí. Cuando me la imagino, con su poco más de metro y medio, tras el volante en ese vehículo tan grande me entran ganas de reír.

Doug abre el granero con un teclado numérico de última generación que está totalmente fuera de lugar entre tanta madera vieja. Supongo que lo necesitan si hay armas ahí dentro. Mientras tira de la pesada puerta de madera, disfruto viendo el movimiento de sus músculos bajo la vieja camisa que lleva (¡apenas una camisa con este frío!). Sería un candidato excelente para amante de lady Chatterley, tan alto, ancho de espaldas y despeinado. No puedo evitar pensar que Julien queda bastante mal parado a su lado; tiene infinidad de ungüentos y tinturas que luchan por tener espacio propio en el estante del baño al lado de los míos.

Nos da el equipo en el granero: sobrepantalones y chaquetas, incluso botas de paseo para Katie, que no ha traído nada remotamente útil. Mark pide una de las gorras, que son ridículamente parecidas a las de Sherlock Holmes.

—Si quieres una, tío —dice Doug, con un tono que podría confundirse con el desdén.

Al lado de las chaquetas y los pantalones, cuelgan diez rifles. La forma que

tienen les otorga un aspecto letal, como si pudieran matarte incluso sin soltar un disparo.

Luego está la larga charla sobre seguridad y acerca del lugar al que vamos hoy: subiremos por la ladera empinada que hay más allá del viejo Lodge porque, según parece, es donde se han estado congregando últimamente los ciervos, aunque nosotros solo buscamos ciervas porque no es el momento adecuado del año para matar a los machos. Al final, digo:

—Bueno, a ver si lo he entendido bien. Hoy quizá no cacemos ningún ciervo. Y aunque lo consigamos, no tendrá cornamenta, porque no es la temporada adecuada. Pero pagamos cientos de libras por el privilegio.

—Pues sí. —Doug asiente—. Ese es el resumen de la situación.

Habla con tono directo, pero me fijo en que no me mira a los ojos. Me estremezco ante la ligera sensación de triunfo. Resulta que reconozco ese síntoma en concreto. Siempre le he sido fiel a Julien, bueno, con una excepción justo al comienzo. Pero mentiría si no reconociera que disfruto haciendo una demostración de mi poderío, lanzando un señuelo. Mi forma de cazar, supongo. Mucho más divertida que el brezo húmedo y helado y los horrorosos sobrepantalones impermeables.

Doug cierra la puerta con llave detrás de él con un clic metálico perfecto. Acto seguido, nos hace tumbarnos en el suelo para disparar a una caja con una diana. Julien, Giles, Bo y Mark lo hacen fatal, de risa. Con la excepción de Bo, que siempre ha sido tan desenfadado (aunque con su pasado de drogata, seguro que no siempre lo ha sido), no les parece nada divertido. Mark — apenas me atrevo a mirarlo— dibuja un gruñido continuo con los labios mientras dispara. Cuando Julien hace el sexto intento, veo que el músculo del lado de la mandíbula se le tensa, como cuando está enfadado por algo, y con cada estallido tiene un tic en el ojo. Me doy cuenta de que le preocupa. A todos, en realidad. Incluso Giles, tan respetable él, parece haber sufrido un

trasplante de personalidad. Tal vez se imaginen que están en alguna película de acción o en un videojuego. Estoy convencida de que se trata de eso: hombres que vuelven a ser niños. De todos modos, resulta un tanto extraño.

Katie también es malísima, pero no estoy segura de que se moleste en intentar dar en el blanco, igual que parece haber dejado de preocuparse por fingir que se lo está pasando bien. Samira, que, tras mucho insistir, ha dejado a Priya con la encargada, Heather, durante un par de horas, no tiene buena puntería, pero lo compensa con una gran intensidad. Recuerdo su pasado como remera. Si la dejamos una semana practicando el tiro, probablemente llegue a la categoría olímpica. Es un destello de la vieja Samira, la chica que conocí en otro tiempo, y me alegro por ello. Al fin y al cabo, es la mujer que una vez incendió la mesa del comedor en nuestra casa, imitando un bar en Ibiza, y recibió una reprimenda formal del decano de la facultad por su comportamiento.

A mí no se me da demasiado mal, pero no soy tan buena como me pensaba: siempre he tenido maña con los deportes. Doug me dice que soy demasiado «enérgica» con el gatillo.

—Basta con que lo roces con el dedo —dice. Habla con semblante serio, pero ¿son imaginaciones mías o suena un poco guarro?

Nick es bastante bueno, tal como nos había comentado. Curiosamente, no es ninguna sorpresa. Siempre se le dieron bien los deportes y es muy preciso con todo, demasiado intenso a veces. Pero, de todos nosotros, Emma es quien sobresale. Doug dice que tiene «un talento innato», y ella sonríe y menea la cabeza, con su típica modestia.

—Las mujeres suelen ser mejores —nos comenta—. Son más precisas y letales. Este deporte no va de testosterona ni de fuerza bruta.

Ojalá no me importara no ser yo quien se gana sus elogios.

Iniciamos el ascenso colina arriba. Caminamos hacia el viejo Lodge, el

edificio que Heather nos señaló ayer por la tarde. Odio caminar. Me parece un aburrimiento y un sinsentido. Yo salgo a correr a diario, con lo cual se queman el doble de calorías en la mitad de tiempo. Mark, Julien y Nick luchan por tomar posiciones en la parte delantera, como si cada uno de ellos hubiera decidido que será el primero en disparar. Mientras tanto, Katie va un poco rezagada detrás de mí, charlando con Bo. Me duele que no haya decidido caminar a mi lado. Podría sumarme a ellos, pero no pienso mendigar su atención. Parece ser que la he ofendido a la hora del desayuno, cuando le he preguntado si había otro hombre en su vida. Vale, podía haber sido un poco más sutil al respecto —ella es muy reservada con esas cosas—, pero lo único que intentaba hacer era mostrar interés por su vida. Y, francamente, después de todo el tiempo que hace que no nos vemos, tampoco estaría de más que me preguntara cómo me va a mí, joder. No es propio de ella, antes siempre había sido una persona de las que sabe escuchar. En una ocasión, y con cierto sarcasmo, Julien bromeó diciendo que era una suerte que hubiera encontrado una amiga a la que le gustaba escuchar tanto como a mí hablar. Pero no estaba del todo equivocado. Siempre la he considerado como lo opuesto a mí, mi parte complementaria.

Ahora el sendero ha desaparecido, así que vamos avanzando por el brezo y cuesta, cuesta mucho. A menudo se engancha alrededor de un tobillo y me tira hacia atrás, como para recordarme quién manda aquí. Porque, sin lugar a dudas, este paisaje es el que domina. Es brutal. La temperatura ha descendido todavía más; el aire es cortante y hace que escueza cualquier parte de la piel que quede expuesta. Incluso me duelen los dientes cuando abro la boca para hablar. Tengo la impresión de que el frío se ha colado al interior de la chaqueta que me han dejado, y el precioso suéter de cachemir que llevo debajo, y que pensaba que abrigaba tanto, se me adhiere a la piel.

Algunas partes del terreno están cenagosas, debe de haber arroyos

subterráneos. De vez en cuando piso una zona especialmente blanda y me entra agua helada en las botas que me empapa los calcetines. Quedarán destrozados. También son de cachemir, un regalo de otoño que me hizo Julien. Hubo un tiempo en que cada semana aparecía en casa con algún regalo, seguro que era para compensar la culpa que sentía por el asunto en el que me había implicado, aunque él argüía que solo quería mimarme.

Nick, Mark y Julien aprietan el paso a tope. Casi se dan codazos en su apremio por ir en cabeza, para ver quién sube la colina primero. No creo que sea lo más aconsejable cuando se llevan rifles cargados, ¿no? En un momento dado, Mark se da la vuelta y da la impresión de empujar a Julien. De manera sutil, pero indudable. Bromea al respecto y veo que Julien esboza una sonrisa forzada...; noto que no le ha hecho ninguna gracia.

Es un alivio cuando hacemos un descanso en el viejo Lodge: una ruina triste y ennegrecida por el fuego. Doug saca una petaca y nos la vamos pasando. Cuando me la tiende, le toco los dedos con las yemas durante un momento que se diría excesivamente largo. Tiene los ojos de un marrón tan oscuro que apenas se le distinguen las pupilas. Quiero que Julien lo vea, que capte que el guardabosques me desea.

No soy una gran aficionada al whisky, pero, en cierto modo, aquí, en este remoto lugar, parece ser lo que toca. Además, la calidez que proporciona también ayuda, parece calmar el estado de ánimo raro en el que me encuentro desde anoche. Doy otro sorbo y, cuando le paso la petaca a Doug, veo que mi boca ha dejado una agradable mancha de barra de labios alrededor del cuello.

Parece que alguien ha estado aquí antes que nosotros. Se ven unas cuantas colillas desperdigadas. Doug coge una y la observa con atención, como si llevaran un mensaje secreto. Me doy cuenta de que se la guarda en un bolsillo. Qué raro. ¿Por qué recogería alguien una vieja colilla? Acto seguido, me fijo en su chaqueta vieja, en las botas desgastadas, y siento una punzada inesperada

de compasión. Caigo en la cuenta de que quizá la guarde para fumársela más tarde.

Katie

Cuando llegamos al viejo Lodge, resulta que es un lugar horrible. Probablemente sea el único elemento feo del paisaje, una carcasa quemada de la que solo queda un bloque ennegrecido en pie. Por algún motivo, aquí hace más frío que en los demás lugares, tal vez por el hecho de estar tan expuesto a los elementos. ¿Por qué diantre construir algo aquí? Tan lejos de un lugar donde cobijarse y de donde recibir ayuda. Pienso en el incendio. Debió de resultar visible desde kilómetros a la redonda, al igual que las balizas que encendieron por todo el país para el milenio.

El silencio que aquí se respira es distinto al del resto de la finca. Es como un aliento contenido. Por muy estereotípico que suene, es como si no estuviéramos solos. Como si algo o alguien nos observara. Las piedras son como huesos viejos: un esqueleto de alguien que ha fallecido y se ha quedado al aire libre, a quien se ha negado la dignidad de un entierro. Cuando nos acercamos lo suficiente, estoy convencida de que el ambiente huele a quemado. Es imposible, ¿verdad? ¿O acaso existe la manera de que el humo se haya filtrado por la piedra y se haya quedado ahí atrapado? No costaría creer que el incendio se produjo hace unos cuantos años, en vez de casi un siglo.

El bloque estable, la parte que sobrevivió porque las llamas no llegaron a dar el salto, tiene un aire casi obscuro en el panorama general. Veo que también le han puesto una cerradura que va con teclado numérico, como la del granero, se supone que para evitar que los clientes rondan por él, si no es seguro. El cielo presenta un tono violeta muy pálido. ¿Es señal de nevada inminente? ¿Qué haríamos si empezara a nevar de verdad mientras estamos

aquí? Nos hallamos totalmente expuestos, en el flanco de una montaña. El Lodge, el nuevo Lodge, parece una pequeña esquirra de cristal desde aquí, junto al lago. Se ve gris y opaco como el plomo bajo esta luz curiosa, mientras que los árboles que lo rodean son como cerdas de un gris marengo. La estación, aproximadamente a la misma distancia de nosotros aquí que del nuevo Lodge, que está al otro lado, parece la maqueta de un pueblo de juguete.

—No sé por qué hacemos esto cuando podríamos estar en el Lodge dándole al champán —dice Miranda de repente.

También se ha quejado durante el ascenso: del terreno cenagoso y del agua helada que se le filtraba por la caña de las botas. Es porque no se le ha dado bien la práctica de tiro, estoy convencida de ello. Si hubiera resultado tener buena puntería, sería harina de otro costal, ella iría en cabeza. Miranda odia que algo no se le dé bien. Cuando Doug ha alabado a Emma, he visto un asomo de mueca en sus labios, como si no creyera que alguien como ella tuviera derecho alguno a la buena puntería.

—Hace un frío de cojones —añade—. Estoy segura de que los ciervos estarán escondidos en algún sitio, si es que tienen dos dedos de frente. Ahora seguro que no cazamos nada, ¿no?

De repente, Nick gira sobre sus talones para colocarse de cara a ella.

—¡Eh! —grita el guardabosques—. ¡Cuidado, tío, que llevas un arma cargada!

—Perdón. —Nick se queda ligeramente abochornado—. Pero es que, si te soy sincero, estoy bastante cansado de oírte decir lo aburrida que estás, Miranda. ¿Por qué no vuelves al Lodge si tantas ganas tienes? No vamos a sorprender a ningún animal si no dejas de quejarte de lo mal que lo estás pasando.

A continuación, se produce un silencio clamoroso, la temperatura parece descender varios grados. Miranda parece como si acabara de recibir una

bofetada. En esta excursión, todo el mundo ha estado un poco más tenso, pero esta es la primera hostilidad clara que se ha expresado. Tal vez no sea de extrañar que se produzca entre Nick y Miranda. Al fin y al cabo, él nunca ha sido un gran admirador suyo. Creo que nunca la ha perdonado realmente.

Cuando Nick salió del armario para algunos de nosotros en nuestro primer año en Oxford, todavía no se lo había contado a sus padres, que eran entonces embajadores en Omán. No es que le diera miedo decírselo, me dijo. «Son bastante liberales, y quizá ya lo hayan supuesto, porque, cuando estábamos en París, tuve dos amigos íntimos.»

Pero quería elegir el momento adecuado, ya que era un hito importante, una afirmación de su identidad.

Miranda arguyó no saber nada de todo eso cuando los padres de Nick vinieron durante la semana de receso y él nos los presentó a todos los amigos. Se habló de los exámenes de final de curso y Miranda dijo, con un tono de típico «ya me entiendes»: «No se preocupen por Nick, nosotros ya nos encargaremos de que hincó los codos y no se dedique a perseguir a chicos guapos».

Se suponía que ella ni siquiera lo sabía, eso fue lo peor. El grupo selecto con el que Nick se había sincerado no incluía a Miranda. No me enorgullecí de habérselo contado. Normalmente, guardaba los secretos. Pero en un momento de borrachera, Miranda había estado bromeando acerca de que yo estaba encaprichada con Nick y se lo había soltado. Por supuesto, le había suplicado que no dijera a nadie que lo sabía. No obstante, ella dijo que no recordaba ese momento. Más tarde, también dijo que pensaba que los padres de Nick «lo sabían».

Pensé que él nunca me lo perdonaría. Pero su reacción me alivió. Se puso

furioso, eso es cierto. Pero no conmigo, por suerte. Me dijo que había pensado en varias formas desagradables de vengarse de Miranda, pero que no se le ocurría nada equiparable a lo que ella le había hecho.

—Sé que no debería importarme tanto —me dijo—. De todos modos, iba a decírselo esta semana... durante un buen almuerzo o algo así. Lo que me molesta es el motivo por el que lo ha hecho. Sé que no ha sido por casualidad. Creo que lo ha hecho porque le gusta tener ese poder. Y por entrometerse entre nosotros dos, por supuesto.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, sorprendida.

—Estoy seguro de que le molesta que seas amiga mía.

—Eso son tonterías —le dije—. Miranda tiene un montón de amigos, y yo... unos pocos.

—Sí, pero ella no tiene más amigos íntimos. ¿No te has fijado, Katie? Solo te tiene a ti... y a Samira como mucho. Y creo que no le gusta compartir sus juguetes.

Claro que ha llovido mucho desde entonces. O, por lo menos, Nick se ha esforzado por sugerirlo. Sin embargo, me pregunto si todavía se acuerda. Las heridas que se infligen en una época tan cruda e inmadura de nuestras vidas tienden a afectarnos en lo más profundo, y dejan las peores cicatrices.

—Eh —dice Samira con sequedad—. Vamos a tranquilizarnos, ¿vale? Estamos de vacaciones.

Tiene gracia, no recuerdo que Samira fuera tan conciliadora en el pasado. En el *brunch*, ha sido evidente su lucha interna para lograr reprimirse y no contestar a Miranda como se merecía.

Miranda masculla algo, con actitud desafiante; es evidente que está realmente dolida. A veces lo deja correr, pero no siempre le resbala. Bajo ese

aspecto duro y reluciente, es más blanda de lo que parece. Además, creo que siempre ha admirado a Nick en secreto, lo ve como un igual.

Me doy cuenta de que lanza una mirada a Julien. Me pregunto si esperaba que saliera en su defensa. Si es el caso, debe de sentirse decepcionada, pero quizá no sorprendida. Siempre ha dicho que él odia la confrontación, le gusta intentar satisfacer a todo el mundo, que no lo vean nunca como el malo de la película.

Yo tampoco quiero tomar partido. No me lo puedo permitir. Ya tengo bastante con lo mío. Me siento como si me hubieran catapultado hacia el pasado: Miranda montando un drama, yo teniendo que mediar entre ella y el desafortunado contrincante, sintiendo que cada uno de ellos me pide que elija. Ahora no pienso hacerlo. Me alejo del grupo y camino hacia el otro lado de la ruina, sintiendo la fuerza del viento durante unos minutos con los ojos cerrados.

Aprieto las uñas contra las palmas hasta que me duelen. Tengo que parar. Tengo que dejar este acto compulsivo de una vez por todas. Pero cada vez que lo he intentado, he visto que no puedo. Cuando lo estoy haciendo, no tengo suficiente fuerza. Me cuesta creer que me haya metido en este lío. Respiro hondo unas cuantas veces, abro los ojos e intento distraerme con las vistas.

He estado en algunos lugares preciosos en mi vida, pero ninguno se parece a este. Es por el carácter agreste del paisaje, tal vez: salvaje, no tocado por la mano del hombre, salvo un grupito de viviendas que quedan debajo de nosotros, la diminuta estación del otro lado y la vieja ruina detrás de nosotros. Es desolado y brutal, y su encanto, si puede denominarse así, radica en eso. El colorido es todo tenue: azul pizarra, el amarillo ocre del cielo, el rojo oxidado del brezo. Y, sin embargo, resulta tan fascinante como un mar turquesa o cualquier playa de arena blanca.

Mientras lo contemplo, un buen pedazo de brezo parece levantarse y

moverse y me doy cuenta de que son ciervos corriendo al unísono, su elegancia contrarrestada por los destellos graciosos de sus colas blancas. Tal vez sea este movimiento el que hace que me fije en otro destello, más abajo en la ladera. En otro caso, no creo que me hubiera fijado en él. En el hombre, me refiero. Está a unos cincuenta metros y viste ropa de camuflaje y lleva una mochila grande a la espalda. No distingo su rostro y ni siquiera su altura, porque el brezo le llega hasta la cintura. Parece estar esforzándose para pasar desapercibido, se mantiene agachado, a la altura de los arbustos, mientras avanza. Debe de haber sido él quien asustó a los ciervos y les hizo salir corriendo.

Creo que todavía no me ha visto. Noto los latidos del corazón cerca de la garganta. Su forma de moverse tiene algo de amenazador, recuerda a un animal. Acto seguido, como un depredador que capta mi olor en la brisa, alza la cabeza y me ve. Se para en seco.

No alcanzo a comprender lo que ocurre a continuación. Desafía toda lógica. En un par de segundos, da la impresión de encogerse y desaparecer como si se fusionara con el brezo. Parpadeo, por si me ha ocurrido algo en la vista. Pero cuando abro los ojos, sigue sin haber rastro de él.

Pienso en el aviso de la encargada: «Si veis a alguien que no conocéis en la finca, decídnoslo a alguno de los dos». Así pues, ¿debería decírselo al guardabosques? Pero es que ni siquiera estoy segura de haberlo visto. La gente no se desvanece así como así, ¿no? Además, tengo los ojos llenos de lágrimas por la crudeza del viento, y sigo estando un tanto grogui por culpa de los somníferos que tomé anoche. Los demás pensarán que me lo invento o que imagino cosas. Estoy demasiado cansada para intentar explicar lo que he visto. Si fuera Miranda, convertiría esto en una gran historia, en la anécdota de un relato de fantasmas. Pero no lo soy. Soy Katie, la callada, la observadora. Seguro que tampoco pasará nada si no lo cuento, ¿no?

Doug

Se ha producido un cambio en el grupo. Se dio cuenta incluso antes de la discusión entre el hombre de las gafas y la rubia guapa. No es la primera vez que presencia tal cambio. Empieza con los rifles. De repente, a todos y cada uno de ellos se les confiere un nuevo y terrible poder. Al comienzo, durante la práctica de tiro, daban un respingo con cada estallido, cuando el arma saltaba y les hacía un morado bajo la piel de los hombros. Pero rápidamente, demasiado rápido quizá, se acostumbran y se inclinan con cada tiro: concentrados, resueltos. Han empezado a divertirse. Pero otro elemento también ha hecho su aparición. El espíritu competitivo. Más que eso..., algo primitivo se ha conjurado. La «fiebre del ciervo» que sienten todos los cazadores noveles antes de su primer trofeo. El ansia de sangre. Cada uno de ellos quiere ser el que mate. Y, sin embargo, ni siquiera saben qué anhelan. Porque nunca antes han matado, aparte, tal vez, de una mosca de una palmada o un ratón apresado en una trampa. Esto es totalmente distinto. La experiencia les cambiará. Abandonarán una inocencia que no eran conscientes de poseer.

El paisaje también impone. Les ha puesto nerviosos. Aquí arriba se revelan las líneas rigurosas y esqueléticas del terreno, el granito asoma como huesos viejos por entre la maraña de un rojo óxido del brezo. Aquí arriba toman conciencia de lo solos que están en este lugar... No hay ninguna otra alma humana en las proximidades.

Salvo... Sus dedos encuentran la colilla en el bolsillo. No le gusta. Es la prueba fehaciente de que alguien ha estado aquí arriba, recientemente. Heather no fuma, que él sepa, y está claro que no se acerca al viejo Lodge ni por

asomo. Le parece que Iain sí que fuma, pero no tiene necesidad de subir hasta aquí; ha estado trabajando abajo, junto al lago, en la caseta de bombeo. También podría haber sido la pareja de islandeses, pero los vio fumando tabaco de liar el otro día después de cenar.

Más tarde se lo comentará a Heather, más que nada para comprobar si ha visto algo.

¿Cazadores furtivos? Pero debería haber más indicios de su presencia, ¿no? En el pasado ha encontrado hierba manchada de sangre por donde habían arrastrado su recompensa ilegal o los cartuchos vacíos con los que la habían matado, y también los rescoldos de las hogueras que hacen para intentar quemar los restos del cuerpo y los huesos ennegrecidos que quedan (al fin y al cabo, en general lo que buscan es la cabeza). A veces, ha encontrado a la presa antes de que vengán a buscarla, porque se llevan la cabeza, la parte más valiosa, y dejan el cuerpo decapitado escondido entre la hierba hasta que llega el momento oportuno para recogerlo.

También podría ser la colilla de un excursionista, ya que está permitido recorrer el lugar, aunque sin duda los carteles que dicen PROPIEDAD PRIVADA (probablemente ilegales) desalienten a cualquiera. No recuerda la última vez que vio a un excursionista. Además, suelen llevar chubasqueros de colores vivos y almuerzos envueltos en papel film, además de ser limpios, no del tipo que se dedica a ensuciar el paisaje que han venido a disfrutar.

No, esto no le gusta lo más mínimo.

Se alegra de dejar atrás el viejo Lodge. Su historia es equiparable a la de sus propios fantasmas. El guardabosques obsesionado por su propia guerra, que prende fuego al lugar. Conoce el tipo de fuerzas capaces de conducir a un hombre a tal acción.

Encuentran a las ciervas en la franja de terreno que hay más allá del Lodge. El sol es una mancha de oscuridad, invisible tras las nubes, preparándose para ponerse. Tienen que apresurarse. Hace que los clientes se tumben en el brezo y se arrastren por el suelo hacia los ciervos para no asustarlos.

Un ejemplar se ha separado de los demás. Es una cierva vieja que parece tener algún problema para caminar. Perfecto. Solo se dispara a los ejemplares viejos y cojos. A pesar de lo que los cazadores furtivos piensan, la idea no es obtener trofeos magníficos.

Cuando están lo bastante cerca, se gira hacia la rubia bajita y menos guapa.

—Tú —dice—, ¿quieres probar?

Ella asiente con solemnidad.

—De acuerdo.

Él la ayuda a poner la cierva en el punto de mira.

—Apunta a la parte más ancha del pecho —indica—, no a la cabeza. Hay demasiado margen de error en la cabeza. Y no demasiado abajo, o le destrozará la pierna. Y basta con apretar suavemente el gatillo, recuerda.

Ella sigue sus indicaciones y dispara. Se oye un trueno rotundo que resuena en los oídos. Los demás ciervos se desperdigan asustados y huyen a una velocidad asombrosa. El resto de los clientes lanzan exclamaciones e inspiran con rapidez.

Como es habitual, se produce un silencio, pues en un primer momento da la impresión de que la bala no ha alcanzado su objetivo o ha desaparecido por completo. Entonces la cierva se estremece como si la hubiera atravesado una corriente eléctrica. Se oye el golpe seco y tardío del impacto de bala, el metal al entrar en la carne. Un bramido que refleja dolor y rabia. El animal se tambalea un par de pasos y se balancea sobre las patas. Al final, cae, con bastante suavidad, como si tuviera cuidado consigo misma, doblando las patas

debajo de su cuerpo. De repente su pecho se convierte en una mancha roja. Un disparo perfecto.

Él recorre los escasos cien metros que lo separan del animal moribundo. La cierva aún sigue respirando; su aliento se convierte en vaho a consecuencia del frío. Durante un instante, da la impresión de que lo mira a los ojos. Entonces él coge el cuchillo y se lo clava de forma limpia en un punto estratégico de la base del cráneo y el animal muere. El guardabosques no siente remordimientos, solo lamenta la pérdida de gracilidad de la que la cierva, ahora quieta, hizo gala. A diferencia de otras muertes de las que ha sido el autor, sabe que esta es correcta, es necesaria. Si no se vigila, la población de ciervos se descontrolaría y, como los recursos son tan limitados, la manada entera correría peligro de morir de hambre.

Se inclina e introduce una mano en la herida, por lo que se llena los dedos de sangre y tejidos. Regresa entonces hacia la mujer, Emma, y siguiendo una tradición ancestral, le unge la frente y las mejillas con la sangre.

Emma

El guardabosques me dijo que tendría que esperar para comerme un filete de la cierva a la que disparé. Tiene que estar colgada varios días, al parecer el *rigor mortis* se instaura durante las primeras veinticuatro horas y sería incomible hasta que los tejidos vuelven a reblandecerse. Pero tienen carne curada que puedo utilizar si lo deseo. Esta noche iba a preparar solomillo de buey Wellington, pero me he dado cuenta de que podía hacer el plato con venado. Sería perfecto, ¿no? Un recuerdo de la jornada.

Iré al granero a recogerlo. Antes, por supuesto, me lavo la cara. Hay un cuento de viejas que dice que no hay que lavarse la sangre de la cara hasta la medianoche si no quieres tener mala suerte, pero eso son bobadas y supersticiones. Además, se había secado y se me había formado una costra muy desagradable a la vista.

Cuando llego al granero no hay ni rastro de nadie, pero la puerta está entreabierta. Le doy un empujón con una mano y se abre del todo.

Oigo el murmullo de voces, bajo y apremiante. Se acallan en cuanto escuchan mis pasos. El interior está oscuro y tengo que entornar los ojos para acostumbrarme a la penumbra. Doy un paso atrás al hacerlo. En un extremo de la estancia cuelgan dos pedazos de carne al lado de la carcasa de la cierva a la que disparé, despellejada, con los ojos abiertos y de un negro vidrioso. Se nota un olor característico, imposible de confundir: intenso, metálico.

Detrás de la carcasa, distingo al hombre que se dedica a labores de mantenimiento, al lado de quien me senté durante la cena, Iain, blandiendo una gran tajadera en una mano y ataviado con un delantal de carnicero empapado

de sangre. Alza la otra mano a modo de saludo; también tiene la palma manchada de sangre. A su lado están los dos clientes islandeses.

Me pregunto de qué habrán estado hablando esos tres con tanta vehemencia.

—Ya tengo tu venado preparado —dice Iain. Alarga la mano hacia el mostrador que tiene detrás y levanta un paquete envuelto en papel parafinado manchado.

—Gracias —respondo, cogiéndolo con mucho tiento. Es pesado y está frío.

—Estos dos —señala a los otros dos huéspedes— me estaban preguntando si podían quedarse con el corazón de tu presa, ya que es mejor fresco. Espero que no te importe que lo cojan.

—No... —contesto, intentando disimular mi desagrado, tal como debe hacer un chef—. Por supuesto.

El hombre, Ingvar, me sonrío.

—Gracias. ¿Sabes qué? Deberías probarlo algún día. Es la parte más sabrosa.

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

Contemplo la pantalla del ordenador. Me siento tapándome la boca con la mano como si me encontrara en estado de shock. Pero es que estoy realmente asombrada por lo que ha aparecido apenas introducir el nombre completo de Doug. Todo es negativo. Muy negativo. Es mucho peor de lo que probablemente incluso mi madre podría haber considerado en sus visiones más escabrosas.

Me doy cuenta incluso leyendo solo el breve resumen de cada artículo que aparece en la página de resultados de Google. Casi mató a una persona. He estado viviendo sola en este lugar con un hombre que cumplió una pena en prisión. Que fue condenado de, tal como dice la frase oficial: «causar lesiones graves de forma intencionada».

El artículo del *Daily Mail* es el primer resultado, lo abro con un clic. Aparece una foto de Doug, con los ojos hundidos, la boca formando una línea adusta, el pelo cortado al rape. En otra se le ve con un traje que no le va bien, escoltado al salir de un coche camino del juzgado, enseñando los dientes con una mueca destinada a los fotógrafos. Parece un criminal; tiene un aspecto violento, peligroso. El siguiente artículo es un ataque escabroso a todos los aspectos de su carácter. Educado en una escuela privada, dejó la universidad a medias y se alistó en los marines. Fue el único que sobrevivió a un ataque de los talibanes en «circunstancias turbias». Una evidente insinuación, por no

decir que queda clarísimo, de que hubo algo de juego sucio o cobardía por su parte.

Y luego una «trifulca en un bar».

La cosa empeora a medida que voy leyendo. ¿El tipo de «lesiones graves»? Intento de estrangulamiento. Busco cualquier cosa en el artículo que exonere de algún modo el comportamiento de Doug, algo a lo que aferrarme. Quiero encontrar algo que lo exculpe. No solo porque me horroriza la idea de haber estado viviendo con alguien capaz de matar a sangre fría (o por lo menos intentarlo), sino porque, a pesar de su temperamento taciturno, Doug ha acabado por caerme bien. Cuando le dije a mi madre que era inofensivo, lo creía realmente.

Sin embargo, no hay nada que lo excuse. Salgo de la web del *Daily Mail* y abro el enlace de la BBC News, que debería ofrecer la noticia sin sesgos ni sensacionalismos. El artículo contiene una cita de un testigo ocular: «Pasó de repente. En un momento dado estaban hablando, me pareció que eran dos tíos charlando tranquilamente en un rincón del pub y, de repente, ese hombre intentó estrangularlo. La gente trató de separarlos, pero él se rebeló contra todos, hasta que al final hubo suficientes personas para poder doblegarlo. Fue aterrador».

La piel me escuece de frío, aunque la calefacción del Lodge está muy alta. Intento de estrangulamiento. Recuerdo el morado alrededor del cuello del cadáver, el collar azul y negro.

No obstante, ¿qué motivo iba a tener Doug para matar a una clienta? Solo llevaba dos días aquí. Era una completa desconocida.

Tal vez, dice una vocecita, no necesitara un motivo. Según estos artículos, también se suponía que el hombre del pub era un total desconocido.

Me digo que, de todas formas, hay algo que no encaja. Doug descubrió el cadáver. ¿Por qué enseñarme dónde estaba en vez de ocultarlo? ¿Para

controlar la situación? Quizá..., pero solo tendría sentido hacer tal cosa si fuera posible hacerlo pasar por un accidente. Resulta bastante obvio, incluso para alguien que no sea médico, que fue estrangulada.

Llaman a la puerta. Me quedo petrificada y cierro la tapa del portátil de golpe. Me acerco a la puerta con unos pocos pasos rápidos y giro la llave. Cuando abro, tal como había supuesto que pasaría, me encuentro con Doug.

Katie

Dos días antes

Nochevieja de 2018

Todo el mundo se dirige a su cabaña para prepararse para la velada. Miranda quiere que nos arreglemos.

—Es ridículo —murmuró Samira a Emma y a mí—, estamos en el culo del mundo, en el campo. Resulta que tengo otras prioridades, aparte de emperifollarme. Pensaba que habíamos venido a relajarnos, ¿no?

—Oh, pero supongo que nos dará la sensación de celebración —dijo Emma, tan leal como siempre.

Además, en asuntos como este no tiene sentido oponer resistencia. Miranda se saldrá con la suya.

Sin embargo, no dedico el tiempo de antes de cenar a arreglarme. Me lo paso en el baño, agachada sobre un dispositivo de plástico, y recorriendo luego mi cabaña de arriba abajo, preguntándome qué voy a hacer. Tengo ganas de gritar. Pero este lugar es tan silencioso que todos me oirían, lo cual es una putada.

Mientras intento respirar, me digo que quizá el test esté defectuoso. Ojalá tuviera otro. En el Boots de King's Cross estaba demasiado nerviosa, me preocupaba demasiado que alguno de los demás me viera comprándolo. Además, en el papelito de las instrucciones dice que, si bien es posible que el test no capte un resultado positivo, lo contrario no pasa prácticamente nunca.

Sin darme cuenta, son ya las ocho y me enfundo un vestido negro que

recordé meter en la maleta, una prenda para ir de la oficina a un cóctel, y me cepillo el cabello con tanto brío que me hago daño.

No sé a ciencia cierta si es producto de mi imaginación o no, pero me noto el vestido ligeramente más ceñido que cuando me lo puse en la oficina para la fiesta de Navidad, y cuando me observo de perfil en el espejo, estoy convencida de poder ver una pequeña protuberancia donde antes no había nada. Oh, cielos. Me giro, hacia un lado y hacia otro. Seguro que está ahí. Me embarga el temor.

Ahora que me he dado cuenta, me parece inconfundible; me sorprende que Miranda no haya hecho ningún comentario al respecto. Encima, he notado una mayor sensibilidad en los pechos, y que tengo altibajos en el apetito. No obstante, ¿cómo diantre ha pasado? Pensé que había tomado medidas, pero está claro que no las suficientes. Y ahora no sé qué voy a hacer.

Me siento en la cama. No quiero ir a cenar. No me veo capaz..., no puedo aparecer ahí y plantarme ante todos ellos. Me quedo sentada durante una media hora. Planteándome..., deseando... ¿Acaso se habrán olvidado de mí?

Llaman a la puerta. Durante unos instantes casi puedo fingir que lo he imaginado.

—¿Katie? ¿Qué estás haciendo ahí? ¡Te veo sentada en la cama!

Me acerco a la puerta y la abro... ¿Qué otra opción tengo? Me siento como un animal acorralado en su guarida. Miranda está ahí plantada, con una mano en la cadera. Está espectacular, por supuesto. Ha optado por un vestido tubo muy ceñido de color dorado, el tipo de prenda que solo te puedes poner con un cuerpo como el suyo y, aun así, solo en una ocasión como Nochevieja.

—Bueno... —Me mira de arriba abajo. «¿Lo nota? Estoy de frente, o sea que supongo que no»—. No vas muy festiva —sentencia. Entonces abre el pequeño bolso de fiesta que lleva colgado de un brazo—. Toma, esto te

ayudará. —Medio aturdida, noto la barra de labios en la boca, abrumada por su fragancia cérea.

Miranda retrocede.

—Así. Así está mejor. Venga, vamos. —Me coge de la muñeca y me roza la piel con las uñas, me medio arrastra por el umbral abierto y me pasa el brazo por el de ella a la fuerza.

Ahora mismo no soporto tanto contacto físico. Retiro mi brazo.

—Estoy bien, gracias —digo. Me sale un poco más seco de lo que era mi intención—. Creo que puedo caminar hasta allí yo solita.

Miranda se me queda mirando tan asombrada como si acabara de pegarle un grito. Lo que pasa es que nunca me reboto. A ella le gusta decirle a la gente que, entre amigos, «no nos peleamos». Pero no es gracias a ella, joder. El problema es que en el pasado nunca he ofrecido resistencia.

—Mira —dice con voz grave y peligrosa—, no sé qué te pasa, Katie. Llevas amargada desde que llegamos aquí. Es como si de repente te creyeras demasiado buena para nosotros. Como si te la sudara participar. Pero, bueno, esta noche vas a tener que hacerlo. Te lo vas a pasar bien por narices. —Se gira sobre sus talones. Y me veo siguiéndola tan mansamente como si me llevara de una cuerda alrededor del cuello, como ha ocurrido tantas otras veces. ¿Qué otra opción me queda?

Esta noche se respira un ambiente distinto. Anoche estábamos todos animados, había una sensación de camaradería, de unidad. Hoy, sin embargo, hay algo peligroso en el ambiente. Es como si el tiempo que hemos pasado aquí, en este lugar aislado, nos hubiera puesto en guardia. Me pregunto si los demás siguen teniendo clavada la imagen de la cierva cuando se le doblaron las rodillas. Se ha convertido en una sombra oscura entre nosotros, con la carga añadida de un

secreto que nos culpabiliza. Hemos matado juntos a un animal. Todos fuimos cómplices, por mucho que Emma fuera quien apretó el gatillo. Lo hicimos para «divertirnos».

Todos, aparte de mí, parecen haberse distribuido con su respectivas parejas, atraídos por su alianza primigenia: Nick y Bo, Emma y Mark, Miranda que rodea la cintura de Julien con su brazo. Un poco aparte, Giles y Samira están de pie hablando en murmullos. Miranda los ha convencido de dejar a Priya en la cabaña para que sea una velada de «adultos», pero, a juzgar por la expresión rebelde de Samira, no parece estar muy contenta con tal decisión.

Hay una alegría forzada cuando Julien se pasea con una botella de champán y lo sirve con generosidad, pero da la impresión de que todo el mundo lo bebe de golpe en vez de saborearlo, como si intentaran imbuirse del espíritu de las cosas. Por supuesto, es posible que me lo esté imaginando, que esté proyectando en ellos una tensión que solo existe en mi mente. Pero no estoy tan segura. Porque veo las miradas rápidas, animales, que se intercambian fugazmente unos y otros; no soy la única que lo hace. Buscamos algo en el rostro de los demás. Pero ¿el qué? ¿Familiaridad? ¿Un recordatorio tranquilizador de todo lo que nos une? ¿O acaso buscamos, temerosos, algo nuevo, algo que hemos atisbado en la ladera sombría de esa montaña? Algo reciente, desconocido y violento.

—¡La cena está servida! —exclama Emma desde la cocina.

Nos sentimos aliviados al tener que centrarnos en otra cosa y poder dejar de estar de pie hablando de nimiedades, pues de repente nos sentimos tensos y nos resulta difícil hacerlo; es como si no nos conociéramos de nada.

Es solomillo de venado Wellington, aunque es un alivio saber que no está hecho con la cierva que hemos matado. Emma cocina de maravilla. Está a la

altura de una organización tan fantástica, supongo. Ha planeado todo el viaje, hasta el último detalle. Y al menos ella parece inmune al extraño espíritu que nos ha poseído a todos los demás: lleva la bandeja a la mesa con paso rápido y enérgico y la deja haciendo una floritura.

—Cielos —exclama Miranda—, me tienes alucinada, Emma. Si abrieras nuestra nevera, la mitad de las veces solo encontrarías una botella de champán y medio bote de olivas. Tú sí que eres una persona adulta de verdad.

Emma se sonroja de placer. Salvo que... no creo que haya sido un halago. De hecho, su comentario la hace parecer hogareña, un poco aburrida. Mientras que Miranda queda como glamurosa, estilo estrella de rock impredecible.

Es que ni siquiera es verdad. Sí, no destaca como cocinera, pero sabe cocinar. Sin embargo, nunca dejará escapar la oportunidad de parecer superior a Emma de la forma que sea.

«Menuda bruja.» Me sale sin darme cuenta y reprimo el pensamiento. ¿Qué mosca me ha picado? Y, al fin y al cabo, menuda soy yo también.

Todos aplaudimos y alabamos el venado: el brillo dorado del hojaldre, la buena presentación compacta de la carne.

Corto un pedazo. Está en su punto: el hojaldre crujiente, el venado de un rosado milagroso en el centro. Pero, cuando lo pincho con el tenedor, se filtra al exterior un hilillo de sangre. Pienso en la cierva de hoy, tambaleante sobre las rodillas, el terrible aullido que pareció resonar desde los picos circundantes cuando cayó abatida, y noto que se me revuelve el estómago. Tomo un bocado de todos modos y me quedo ahí sentada esforzándome por tragar. Durante un instante de breve pánico, tengo la impresión de que la comida se me ha quedado pegada a la pared de la garganta y pienso que me voy a atragantar. Necesito un buen trago de agua para que baje y me pongo a toser con voz ronca a continuación.

Samira, que está a mi lado, me da un codazo.

—¿Estás bien?

Asiento. Veo que Emma se ha girado para mirarme.

—Espero que esté bueno, ¿no? —pregunta.

—Sí —digo, con la garganta irritada—, está delicioso.

Asiente ligeramente con la cabeza. Pero no sonrío. Me pregunto si ha visto lo que me costaba tragármelo; lo peor, la mueca de ligero asco al ver la carne ensangrentada. Pero creo que hay algo más. Creo que a Emma nunca le he caído demasiado bien. He intentado con mucho denuedo que no fuera así —paradójicamente, me he esforzado más que si hubiera pensado que le caía bien—. Y, debería ser al revés, ¿no? Es ella quien debería hacer un esfuerzo por mí. Ella debería ser la que buscara la aceptación de los amigos más antiguos de Mark. No me cabe la menor duda de que ha hecho el esfuerzo con Miranda, a pesar de que a veces se porte como una cerda con ella.

Lo cierto es que cuando se incorporó a nuestro grupo, Emma me dio un poco de pena. Tenía tanto acerca de lo que ponerse al día, tantas bromas de complicidad, tanta historia. Para Bo fue distinto. En cierto modo, el hecho de ser norteamericano lo diferenciaba del resto. Era exótico —de Nueva York— y, además, estudió en Stanford, por lo que no iba precisamente a tener complejo de inferioridad. Mientras que Emma estudió en Bath, y Miranda siempre ha parecido decidida a encontrar la manera de pasarle por las narices el hecho de que nosotros habíamos ido a Oxford, para demostrarle que no era tan buena como el resto. No creo que desee que Emma se sienta mal, solo quiere una especie de reconocimiento de su superioridad en relación con una sierva como ella.

Tiene mérito que Emma apenas reaccione cuando Miranda se mete con ella. Posee entereza, autocontención. Para mí es una de esas personas con la que es fácil entablar amistad, porque no lleva mochila..., pero no creo que llegara a ser mi mejor amiga. No parece tener una capa más profunda; y si la tiene, la

esconde bien. Reconfortante, sí, pero quizá también un poco aburrida. Cielos, empiezo a hablar como Miranda.

—¿Sabes? —le dije a Emma hace dos Nocheviejas, cuando era una incorporación reciente al grupo—, no deberías aguantar los malos modos de Miranda.

—¿A qué te refieres? —preguntó con los ojos abiertos como platos.

—A la manera como te habla. A decir verdad, es así con todos nosotros. A veces pienso que se cree que todo el mundo está en este planeta para servirle. —Sabía de sobra qué sensación te proporcionaba eso—. La quiero con locura, tiene muchas virtudes, pero esta forma de actuar es decididamente una de las cosas menos admirables de ella. No entres en el juego de su superioridad.

Emma frunció el ceño.

—La verdad es que no me importa, Katie. —Habló con un tono mordaz que nunca le había oído.

—Oh, vale —dije—, es que pensaba...

—No tienes de qué preocuparte —insistió—. De verdad que no me importa.

Y lo cierto es que parece ser así. Ahora la observo, sonriendo a todo el mundo y preguntándole a Miranda dónde se ha comprado el vestido. Tal vez esté más sensible de lo normal, pero a veces tengo la impresión de que se limita a tolerarme por el bien de la armonía del grupo, que oculta lo mucho que le desagrado o lo que sea que pueda sentir Emma más próximo a ese sentimiento.

Resulta bastante demoledor sentir que no gustas a alguien tan franco y bueno —«buena» es exactamente el adjetivo que define a Emma—. A veces, cuando estoy en plan paranoico, me he planteado si es que ve algo «raro» en mí. Quizá advirtió mi tendencia destructiva y mi egoísmo incluso antes que yo misma.

Miranda selecciona la comida con esmero, separa el filete del hojaldre y se come solo la mitad. Siempre ha cuidado mucho su peso. Lo cual es ridículo porque tiene prácticamente el cuerpo perfecto, por lo menos según las revistas del corazón y el *Daily Mail*. Pero recuerdo que cuando comía en su casa su madre siempre le retiraba la comida antes de que terminara. «Una dama —le decía— no se acaba el plato y mantiene la cintura por debajo de los sesenta y tres centímetros.» Y yo que pensaba que la familia disfuncional era la mía. Durante un par de años, Miranda se hizo vegana, luego siguió la dieta del 5:2 durante un tiempo y, también, fue a todas las clases de Pilates, barra de ballet y *soulcycle* que ofrecía su gimnasio pijo. Es obvio que es guapísima, pero, a decir verdad, estaría mejor con un poco más de carne. A pesar de sus treinta y pocos años, empieza a envejecer de esa forma un tanto quebradiza, propia de las actrices de Hollywood. Estoy convencida de que se ha puesto bótox. Siendo su mejor amiga, cabría imaginar que debería saberlo a ciencia cierta, pero ella es extrañamente reservada sobre este tipo de asuntos. Como, por ejemplo, sobre el hecho de que va a tomar rayos UVA de forma regular. Es típico de ella aparecer en una boda como si se hubiera pasado tres semanas en San Bartolomé. Pero cuando se lo comento, dice algo como: «Oh, sí, he pasado mucho tiempo al sol últimamente... Me pongo morena con facilidad», y cambia de tema de repente.

—Está muy bueno, ¿verdad? —está diciendo ahora—. Me refiero al guardabosques. Un tío fuerte y silencioso..., como salido de una novela de Mills & Boon. Qué hábil. No sabía que cazar un ciervo fuera tan difícil. Y qué alto es. Casi se puede escalar.

—La verdad es que sí —reconoce Samira ante un «¡Vaya!» ofendido de Giles.

Pero Miranda apenas parece haberse dado cuenta de que ha hablado. Está

mirando a Julien. Lo de «alto» parece un dardo lanzado con toda la intención. Julien es muchas cosas, pero lo que no es y nunca será es «alto».

—Es un hombre taann masculino —añade Miranda—. Hay algo en él que le hace parecer peligroso... Supongo que por eso resulta tan atractivo. Está claro que es de los que sabe arreglar todo tipo de cosas o construir un refugio en medio de un bosque. Ya no existe gente con esas cualidades.

—¿Sabéis lo que parecéis? —dice Giles. Habla con tono desenfadado, pero creo que está un poco molesto.

—¿Qué? —dice Miranda, divertida.

—Un par de viejas solteronas desesperadas.

Las miradas que recibo no me pasan desapercibidas, incluso Nick, joder. Porque si hay alguna vieja solterona desesperada, es una servidora. Me dedico a pinchar el pedazo perfecto de venado y hojaldre con el extremo del tenedor.

—Opino —dice Miranda, sin arredrarse— que, en nombre de todas las mujeres del mundo, deberías intentar seducirlo, Katie.

Lo dice con aire juguetón, pero hay cierta tensión, y me pregunto de qué va la cosa. Esta noche ella parece un tanto «demasiado»: el vestido dorado, el cabello recogido en una especie de tocado guerrero, el brillo de sus ojos, su risa exageradamente estruendosa.

—¿Y acabar asesinada? —tercia Giles, riendo—. Bueno, hay que plantearse qué hace un tipo como él en un lugar como este, ¿no? Me refiero a que es muy bonito y tranquilo y tal para pasar unos días, pero vivir aquí solo tiene que ser un poco espeluznante. Te vuelves loco si es que no lo estás antes de venir.

—No está solo —señalo—. También está la mujer de la oficina. Heather.

—Sí, pero no están juntos, ¿no? —dice Miranda—. Y probablemente ella también esté un poco pirada. Si eliges esta vida, es obvio que eres un bicho raro o que tienes algo de lo que huir.

—A mí ella me parece de lo más normal —contesto. No sé por qué los defiende. No es buena idea llevarle la contraria a Miranda cuando está en este plan—. Y él, sin duda, tiene pinta de ser totalmente inofensivo. Aunque sí, he de admitir que es guapo.

—Ya veo —dice Julien con el tono poco convincente de un tío amable—. Es tu tipo, ¿no, Katie?

Todos me miran como si fuera un espécimen en el fondo de un tarro. Engullo el pedazo de Wellington y me bebo un buen trago de agua, aunque lo que me apetece es el vino.

—Quizá sí.

Después de la cena, todavía es bastante temprano. Emma hace todo lo posible para que a nadie le falte bebida. No para de insistir en levantarse y llenar las copas, lo cual resulta un tanto vergonzoso porque parece que sea nuestra camarera. A pesar de sus esfuerzos, la conversación alrededor de la mesa parece haberse agotado. Se produce un silencio extraño. ¿Qué hacer? ¿Con qué llenar el tiempo? La comodidad de anoche se ha desvanecido misteriosamente, y no parece normal quedarse sentado y rememorar juntos los viejos tiempos. Me recuerdo que siempre tengo la misma sensación en Nochevieja, por culpa de la celebración obligada. La medianoche —que no es especialmente tarde cualquier otra noche— parece de repente como un hito muy alejado.

—Me estaba preguntando —dice Samira—, y ya sé que es más propio de adolescentes..., pero podríamos jugar a verdad o acción.

Hay varios gemidos de queja.

—Tenemos ya treinta y pico años, Samira —dice Nick, levantando una ceja—, creo que hemos dejado atrás verdad o acción.

—Oh, venga ya —dice Miranda—, a algunos de nosotros nos gusta considerarnos jóvenes.

—Podría tener gracia —dice Emma.

Ella es la única cuyo estado de ánimo no parece haber cambiado desde ayer por la mañana: está entusiasmada, gozosa por el éxito de la cena. Esta noche sí que se ha esforzado; no alcanza el glamour de Miranda, pero su vestido gris plomo con los hombros al descubierto tiene un poco de brillo, y además se ha pintado los labios de un rojo vivo. El color casi iguala el de la pequeña mancha de sangre que le ha quedado por encima de la oreja, al lado de la línea del nacimiento del pelo; un resto de la cacería de esta tarde.

A falta de otras sugerencias, todo el mundo parece aceptar que lo que vamos a hacer es jugar a verdad o acción. De hecho, hay un alivio palpable ante el hecho de que tengamos una parte de la velada organizada, algo que nos mantendrá ocupados.

Nos sentamos alrededor de la mesa. Emma coge una botella de vino vacía y la hace girar. Va a parar en Bo.

—Acción —dice.

—Besa a Mark —dice Miranda.

Bo arruga la nariz.

—¿Tengo que hacerlo?

Lo cierto es que Mark parece aterrado. Pero Bo se inclina hacia él, como si tal cosa, y le planta un beso en la boca. Durante un instante —si parpadeas, te lo pierdes— creo que Mark responde y mueve su boca de forma sensual bajo la de Bo. Resulta excitante. Veo que Nick frunce el ceño. Él también se ha percatado.

Todo el mundo se echa a reír. Pero ahora hay una nueva tensión en el ambiente, un estremecimiento sexual.

Bo hace girar la botella. Acaba apuntando hacia Miranda.

—Verdad —dice ella con una sonrisa un tanto vacía. Entre eso y la expresión perezosa y adormecida de sus ojos, noto que ya ha bebido más de la cuenta.

—Bueno —dice Nick—, yo tengo una pregunta. ¿Te has acostado alguna vez con alguien más de esta mesa?

Miranda suelta una risita.

—¿Que si me he acostado con alguien más de esta mesa? —repite ella arrastrando un poco la palabra «acostado»—. Supongo que te refieres a alguien aparte de mi marido.

—Sí —contesta Nick. La mira con una gran intensidad: me recuerda a un gato contemplando a un pájaro.

—Um.. —Se lleva un dedo a los labios, aunque la primera vez se equivoca y lo pone en el mentón, fingiendo pensar—. Supongo que entonces tendré que decir... que sí.

Se produce un silencio de asombro. No puede ser verdad, ¿no? Si es así, yo nunca he sabido nada. ¿Cómo es eso? Lanzo una mirada a Julien, quien no parece sorprendido. ¿Acaso él sí lo sabía? ¿Quién puede ser? Observo todos los rostros alrededor de la mesa, aunque no hay ninguna expresión que delate nada. ¿Mark? Es el más probable, pero creo que, de haberse acostado con él, sería algo que ya sabríamos todos. De todos modos, recuerdo cuando se pasaba tanto tiempo rondando por la facultad, esperando dar a Miranda algún mensaje de Julien. Habrían tenido la oportunidad.

Miranda se encoge de hombros ante nuestros ojos.

—No pienso decir nada más, así que dale otra vez a la botella.

—Venga ya —protesta Samira—, tienes que contárnoslo.

—Cierto —dice Bo—, no puedes admitir que sí te has acostado con alguien más de aquí, y quedarte ahí.

—Sí que puedo —replica Miranda con una sonrisa maliciosa—. He

respondido a la pregunta. He dicho la verdad.

Giles le tiende la botella.

—Cierto. Siguiente.

A Miranda le brillan todavía más los ojos. Después de su revelación, el juego ha subido de nivel y el ambiente está cargado. Hace girar la botella y esta apunta a Mark.

—Acción —dice, casi antes de que pare del todo.

—Vale. —Miranda se para a pensar unos instantes—. Bébete esto. —Le tiende una botella de Dom Pérignon.

—¿Toda? —Emma se queda boquiabierta—. No puedes pedirle eso.

—Solía ser mi numerito en las fiestas —reconoce Mark—. ¿Nunca te lo he contado? Una botella entera en diez minutos.

Lo recuerdo. También recuerdo el lío que se armaba después. Mark es una de esas personas que no debería beber. A algunos la bebida les vuelve sentimentales, a otros beligerantes y a otros les hace sentir airados... No es difícil adivinar a qué grupo pertenece Mark.

—Sí puedo —dice Miranda, poniéndose de pie. Saca el corcho con aire ceremonioso, y se asegura de que no se derrame ni una gota. Entonces se acerca a Mark—. Arrodíllate —le ordena, con una mezcla de actitud seductora y de sargento primero—. Abre bien la boca. —Él obedece, y ella pone la botella boca abajo, sin previo aviso y con muy poca delicadeza, introduciéndole el cuello entre los labios separados. Él hace ademán de tener arcadas, pero ella no cede. En todo caso, creo que da un empujón más a la base con su mano de exquisita manicura.

Mark engulle el líquido, su garganta no para y los ojos se le ponen tan rojos que parecen ensangrentados. Julien y Giles le alientan.

«¡Hasta el fondo!» y «¡Glup, glup, glup!», retazos de los cánticos de las reuniones de rugby, sin duda. El resto nos limitamos a mirar.

Le caen los mocos por la nariz, como si fuera un niño llorando, y sigue emitiendo sonidos como de arcadas, pero también una especie de gemido animal que me eriza el vello de los brazos. De todos modos, buena parte del alcohol cae formando espuma encima de su mentón y le empapa la elegante camisa y la entrepierna de sus pantalones de vestir.

—Cielos —dice Samira—, yo creo que ya basta.

—¡Joder! —grita Miranda, ignorando su comentario—. No te lo estás bebiendo.

Pienso en lo densas que son las burbujas del champán, en lo que cuesta beber ni que sea una copa entera.

Es horrible contemplar esta escena, una grotesca imitación de un acto sexual. Pero por algún motivo resulta imposible apartar la mirada y/o hacer algo para que termine. Los chicos han dejado de animar a Mark, y sus cánticos se han convertido en un silencio incómodo. Ni siquiera Emma se mueve, no emite ningún sonido para ayudar a su pareja. Nos quedamos sentados como aturcidos, fascinados por la obscenidad del espectáculo.

Al final, se la acaba. Lenta y casi de mala gana, Miranda retira la botella. Le da una palmada con una mano y caen unas cuantas gotas más, una de ellas salpica en el ojo a Mark en una última muestra de humillación, la guinda del insulto.

Mark está resollando, eructando, doblado hacia delante con las manos en las rodillas para apoyarse. Durante un instante horrible, parece que va a vomitar. Samira, que es quien está más cerca de él, le pone una mano tranquilizadora en la espalda, pero él se la quita de encima con un gesto violento de los hombros. Nosotros esperamos en silencio, nadie dice ni una palabra, a ver cómo acaba esto. Al final, tras lo que parece una eternidad, Mark alza la cabeza. Nos dedica una sonrisa débil y poco convincente y alza una mano con gesto victorioso. Sin duda debe de saber que lo que acabamos

de presenciar no es ni mucho menos su victoria. De todos modos, se oye un suspiro colectivo de alivio. Los demás lanzan vítores. «¡Es un juego! Ja, ja, Miranda, qué bestia eres. ¡Mark, bien hecho, tío!»

Cuando Mark hace girar la botella, le tiembla la mano.

Acaba apuntándome a mí, como sabía que pasaría por algún motivo.

—Acción —digo. No quiero hacer nada: las acciones de Miranda siempre han sido horrendas. Pero en estos momentos prefiero mil veces acción a verdad.

—¿Mark? —pregunta Samira, dirigiéndose a él—. ¿Se te ocurre algo?

Él se lleva la mano a la garganta e intenta hablar, pero solo le sale una especie de silbido ronco. Menea la cabeza y pospone su decisión.

—Bien —dice Miranda, tan pragmática y totalmente despreocupada por el hecho de ser la causa de la humillación de uno de sus amigos. Junta los dedos formando una pirámide y entonces se acerca a Emma y le susurra algo al oído. Dios mío, es como si estuviéramos en el colegio. ¿Cómo es posible que Emma sea tan amable con Miranda después de lo que acaba de hacerle a su pareja? Pero quizá estemos todos fingiendo que no es más que diversión, que solo es un juego, que todo es inofensivo.

Emma asiente.

—O... —dice, y le susurra algo al oído de Miranda.

Bo se echa a reír.

—¿Lo vais a compartir con nosotros?

Emma menea la cabeza hacia él con ademán juguetón. Miranda ni siquiera se molesta en mirarlo. Me mira a mí fijamente. Siento un escalofrío.

—Métete en el lago —dice—. Diez segundos. Te sumerges del todo. Y luego sales.

Me la quedo mirando. No puede ir en serio.

—Miranda, estamos a bajo cero ahí fuera. La superficie está helada.

—Sí —interviene Nick—. Miranda..., moriría congelada.

Espero que Samira interceda por mí. Pero tiene el ceño fruncido y la mirada perdida, como si estuviera en un lugar totalmente distinto.

Miranda sonríe despreocupadamente y niega con la cabeza.

—La encargada me dijo que nada en el lago casi todos los días, incluso en invierno. Además, te tendremos una toalla preparada. No te pasará nada, Katie.

Me la quedo mirando. Me cuesta creer que me haga esto. Pero tiene la mirada vacía, inexpresiva.

—Venga —dice, con un ligero asentimiento de ánimo—. Quítate la ropa.

A menudo, en el colegio, Miranda era mi defensora: menospreciaba a las niñas que intentaban meterse conmigo. Pero también tenía otra cara: Miranda, la abusona. Cuando quería, podía ser mucho más cruel que cualquiera de las demás brujas de la clase. No lo hacía a menudo, pero a veces pasaba. El golpe de un interruptor, la flexión de sus músculos. Solo para recordarme quién mandaba.

Conservo un recuerdo en concreto, uno de esos que no se olvidan, por mucho que quieras. Noveno curso. En el vestuario antes del hockey. Una de las chicas, Sarah, se quejó de que la profesora no la dejaba saltarse la clase de gimnasia, a pesar de que estaba en su primer día de la regla. «“Dice que se supone que es “bueno” para mí. Que me sentará bien. Pero yo sé que no. No es justo.» Las demás asentían y murmuraban mostrando su solidaridad.

Recuerdo la caja de paracetamol que llevaba en la mochila, la rescaté del fondo y se la ofrecí. Sarah era una de las menos terribles. A veces nos sentábamos juntas en alguna de las clases en las que no coincidía con Miranda, por supuesto. Alzó la vista hacia mí y sonrió mientras cogía las pastillas.

—Gracias, Katie. —Noté que la calidez se me expandía por el pecho.

Y, acto seguido, la voz de Miranda, cortante como un cuchillo.

—Supongo que Katie no lo puede entender. Teniendo en cuenta que a ella ni siquiera le ha venido.

Las demás chicas se giraron hacia mí asombradísimas, fascinadas. Me miraron como si fuera exactamente como me sentía: un bicho raro. Estaba convencida de que era una señal de que había algo en mí que no funcionaba. Catorce años y sin atisbo de regla. Se lo había contado a Miranda en un alarde de confianza. En aquel momento me tranquilizó diciendo que estaba convencida de que catorce años no era tan tarde en la vida de una mujer.

Pero luego había aprovechado esa información para humillarme. Como método para mantenerme a raya.

Es lo que está haciendo ahora.

Es absurdo. Tengo treinta y tres años. Tengo a gente que me respeta y que depende de mí en el trabajo. Tengo responsabilidades. De hecho, soy una abogada brillante, lo sé, nunca dejo que gane mi contrario. No pienso permitir que me humille de esta manera.

Bien, pienso, mirando a Miranda. Ya te veo. Acepto el desafío. Como si fuera lo más normal del mundo, me escurro fuera del vestido, por lo que me quedo en ropa interior delante de todos. De hecho, llevo prendas buenas: seda amarilla con encaje. Nuevas. Veo que Miranda enarca ligeramente las cejas. Seguro que esperaba algún horror de color beige, gastado de tantos lavados, para agravar mi humillación. Me pregunto si se notarán mi vientre. Tal vez pueda argüir que me he hinchado de tanto comer. De todos modos, cruzo la estancia encorvada sin dedicarles ni una sola mirada y abro la puerta delantera.

Mierda. Hace más frío que antes, si es que eso es posible. Hace tanto frío que duele, la verdad. Noto cómo se me encoge la piel. No puedo pensar en ello o no seré capaz de hacerlo. Tengo que ser inflexible, dar lo mejor de mí, mi yo más fuerte. El agua está a apenas unos metros de distancia, descendiendo

hacia ella. Parece negra como la tinta. Pero en la superficie distingo finos fragmentos de hielo pálido, del grosor de una gasa. Camino hacia ella y continúo a medida que el agua me va cubriendo los tobillos, las pantorrillas, el estómago, y entonces me sumerjo hasta el cuello. Increíblemente fría. Tengo la sensación de ahogarme, aunque mantengo la cabeza por encima de la superficie. El frío expulsa todo el aire de mis pulmones; respiro con demasiada rapidez, pero tengo la impresión de no poder inspirar. Luego, finalmente, asumo el control. Me giro y los miro a todos, que me observan desde la orilla. Todos me vitorean y sueltan alaridos, con la excepción de Miranda. Ella se limita a observarme.

La miro directamente a la cara mientras camino por el agua. «Te odio — pienso—. Te odio. Ya no me siento mal. Te mereces todo lo que te pasa.»

Emma

Cojo una toalla para Katie del baño del Lodge. Tiene tanto frío que el castañeteo de sus dientes es como el sonido que se produce al agitar unos dados. Bajo la luz del salón, se le ven los labios amoratados. Pero los ojos es lo que resulta más perturbador. Conozco esa mirada, es la de alguien que está al límite. Se la he visto a Mark. La vi aquel día en el hipódromo.

—La odio —susurra—. De verdad que la odio. No me puedo creer que me haya hecho hacer esto. No la conoces mucho, Emma, así que quizá no lo entiendas. No sabes de lo que es capaz.

«Lo cierto —pienso— es que la conozco mucho mejor de lo que crees. ¿Quién ha estado a su lado recientemente cuando tú has desaparecido de la faz de la tierra? Sé muy bien de lo que tú eres capaz, Katie Lewis.»

No lo digo, claro está, sino que aprieto los dientes antes de hablar:

—¿Te apetece una copa de champán? —sugiero—. Te ayudará a entrar en calor.

—No. No quiero una copa de champán. Además, ¿no se lo ha bebido todo tu novio? —Escupe las palabras. Me la quedo mirando. Nunca la he visto de esta manera. La verdad es que no sé si he visto a Katie enfadada alguna vez.

—Mira, estoy segura de que no lo ha hecho con mala intención. Es que ha bebido mucho, y le ha parecido que sería divertido.

—¿Era peligroso de cojones! —farfulla—. ¿Tienes idea de lo fría que está esa agua?

—Venga, Katie. Estamos a punto de empezar un año nuevo. 2019. Todo un año nuevo. Intenta olvidarlo. Estoy segura de que todos hemos hecho cosas

últimamente de las que no nos enorgullecemos. —Le clavo una mirada, el tiempo suficiente para darle un respiro. Traga saliva e inclina la cabeza, como si hiciera una concesión—. Yo solo quiero que todo el mundo lo pase bien. Llevo mucho tiempo planificando esta salida.

—Sí —dice, escarmentada—. Lo sé. Lo siento, Emma.

La acompaño al baño y la convengo para que vuelva a ponerse la ropa. De repente, es obediente como una niña pequeña.

Encuentro un disco al azar y lo pongo en el lector. Subo el volumen a tope. Es Candi Staton, «You've Got the Love». Mi canción preferida. Es como lo que toca oír.

Y ejerce el efecto deseado. Todo el mundo empieza a bailar. Incluso Katie, aunque sin mucho convencimiento.

Ahora Miranda está bastante borracha. Pero sigue siendo mejor bailarina que cualquiera de nosotros, contorneándose en el centro de la sala, su vestido dorado incandescente bajo la luz. Me levanto a bailar con ella e imito sus movimientos, y me dedica una amplia sonrisa. Acto seguido, su sonrisa flaquea, titubea.

—¿Qué pasa?

—Quéeee raaaaro... —Arrastra las palabras. Me mira con ojos entornados—. Tengo la sensación de que esto ya lo he vivido. ¿Te ha pasado alguna vez? ¿Has tenido alguna vez la sensación de que ese preciso instante ya lo has vivido?

Típico de Miranda, pobrecita mía, pensar que un *déjà vu* es una experiencia que solo tiene ella.

—Sí —digo—, a veces.

—Es esta canción... —Frunce el ceño—. Lo digo en serio. Sé que la hemos bailado en algún otro momento. ¿No sientes como si esto ya hubiera pasado? —Me está mirando con gesto inquisitivo. No sé qué decir, así que me pongo a

reír. A decir verdad, me tiene un poco asustada. Me siento aliviada cuando ve a Julien por encima de mi hombro.

—Julien, baila conmigo —dice, y se agarra a él, poniéndole las manos sobre los hombros con torpeza.

Él le sigue la corriente durante unos minutos y se mece obedientemente al ritmo de la música, sujetándola por las caderas, pero la postura presenta una extraña falta de intimidad. A él se le ve... aburrido. Pero ahora todo tiene sentido, por supuesto.

De repente todo el mundo parece estar muy borracho. Me siento como si fuera la única que todavía controla sus facultades, aparte de Katie, tal vez. Mark ha cogido la cabeza del ciervo de la pared y desfila por el salón con ella, llevándola como si fuera una máscara y fingiendo que embiste a la gente. Está muy borracho después de beberse esa botella, no coordina los movimientos. Samira suelta un grito —una mezcla de risa y terror verdadero— y se zafa de él hasta que cae de espaldas en un sofá.

—¡Mark, deja eso en su sitio! —grito. Pero no me oye, o me ignora. Cuando está así, no hay forma de razonar con él.

Mientras tanto, Giles está rondando por la sala, bebiendo directamente de una botella de champán abierta. Como si tuviera un ataque de inspiración repentino, introduce el pulgar en el extremo y la agita con furia, como un piloto de Fórmula 1. Acto seguido, saca el dedo y apunta hacia Julien, que se encoge bajo la ducha —una fuente de champán—, pero acaba con la parte delantera de la camisa y la entrepierna del pantalón empapados. Sin embargo, buena parte del alcohol ha ido a parar a otra parte. Veo cómo inunda la alfombra de piel de oveja, la suntuosa tapicería del sofá...

—¡Parad! —grito, corriendo hacia ellos—. ¡Parad!

Pero no me hacen ni caso. Bajo los efectos del alcohol, resultan torpes y melodramáticos. Ahora Julien salta encima de Giles, le agarra por la pechera y tira hacia abajo, la camisa se abre de golpe y los botones salen disparados por todas partes y aterrizan en el suelo con un golpeteo metálico. Mark se gira y los ve. Suelta la cabeza de ciervo, como un niño que ha visto a otros que juegan con juguetes mejores, y se abalanza hacia Julien y Giles, como si no quisiera perderse el participar en su juego, y les hace un placaje a los dos. Los tres se tambalean, forcejean y luego caen. Se oye un gran estrépito, porque caen justo encima de la mesita de centro de cristal que hay en medio de la estancia. Los que están bailando, Miranda, Nick, Bo y Samira, dejan de hacerlo y miran hacia allí. Veo cómo se raja el cristal por la parte central de manera lenta y casi cansina antes de hacerse añicos, que salen disparados por todas partes. Ellos tres levantan la cabeza con los ojos entornados para mirar.

—Joder —dice Giles antes de ponerse a reír como un tonto.

—No pasa nada —comenta Julien, a quien le cuesta hablar—. No te preocupes, Emma... —Me busca con la mirada—. Yo lo pagaré. —Estira ambos brazos—. Yo lo pagaré todo. —Le tiende una mano a Mark, quien, de algún modo, ha conseguido ponerse en pie—. Ayúdame a levantarme, tío.

Mark lo coge. Empieza a tirar de Julien, pero entonces, justo cuando está del todo levantado, lo suelta y vuelve a caer al suelo. Me pregunto si soy la única que se da cuenta de que no ha sido por casualidad.

—Lo siento, tío —se disculpa.

Julien tiene la mirada alzada hacia él e intenta reír. Pero me fijo en que tiene unos ojos intensos, casi negros.

Todo está yendo fatal. Miró alrededor y veo el destrozo de la sala y, más allá, la mesa tan bien guarnecida, que parece estarse burlando de mí. Esto no tiene nada que ver con lo que yo había planeado. Miro entonces hacia el reloj de pared y veo la hora. Me entran ganas de llorar de alivio.

—¡Eh! —grito, haciendo bocina con las manos, ya que sé que es la única forma de conseguir su atención—. ¡Es casi medianoche!

Miranda

Salimos a trompicones hasta la orilla del lago. Julien va encorvado, creo que se ha hecho un poco de daño cuando se ha puesto a hacer el tonto con Giles y Mark. Madre mía, han roto una mesa, son como niños. Katie sigue envuelta en una de las grandes mantas de lana; se la ha puesto por encima de la ropa. No es posible que todavía tenga frío, ¿no? Siempre ha sido tan frágil... De todos modos, me siento un poco mal por mi comportamiento. No por Mark —se lo tenía merecido desde anoche—, pero Katie no me ha hecho nada, la verdad, aparte de estar un poco distante y no ser precisamente una compañía alegre. A veces, estos impulsos me superan. Siento, de repente, la necesidad de llevar las cosas un poco más allá..., incluso de hacer daño. No puedo evitarlo, es como una compulsión.

Me gustaría decirle algo a Katie, pedirle disculpas, tal vez, pero no soy capaz de encontrar las palabras. El champán me ha afectado mucho. Mi aliento se convierte en vaho en contacto con el aire, pero no siento el frío, envuelta como estoy en mi pequeña manta de alcohol. Me siento entumecida. Se me había olvidado que ya bebí mucho vino antes del champán. Tengo la cabeza hecha un lío, la mente nublada. Tal vez sería mejor que vomitara.

Empieza la cuenta atrás para la medianoche.

—¡Un minuto! —anuncia Emma mirándose el reloj.

Alzo la vista hacia las estrellas. El año nuevo. ¿Qué va a traerme?

—¡Treinta segundos!

Miro a los demás. Todos sonrían de oreja a oreja, pero, bajo la luz que

emite el Lodge, se les ven unos rostros extraños, espectrales y una sonrisa que parece un gruñido.

Mark está preparado con otra botella de champán. No ha mirado en mi dirección ni una sola vez desde el juego. Estoy acostumbrada a que no me quite los ojos de encima. No es que lo eche de menos, por supuesto que no, pero, al mismo tiempo, mientras estoy ahí en la oscuridad, tengo la sensación de ser invisible..., de estar desconectada, como un globo que de repente se suelta y se alza hacia el cielo estrellado.

—Veinte segundos... —Ahora los demás están cantando—. Diecinueve, dieciocho...

De repente no me gusta. Tengo la impresión de que es la cuenta atrás de algo terrible..., la explosión de una bomba. Me imagino cómo parpadean las lucecitas rojas.

—Cinco, cuatro, tres, dos...

—¡Feliz año nuevo!

Los demás lo repetimos como loros. Giles juguetea con un encendedor en la orilla.

—¡Cuidado! —grita Samira con voz aguda.

—¡Vamos! —grito, intentando ahuyentar las malas vibraciones—. ¡Estamos todos esperando!

Al final, parece que Giles logra encender la cosa. Se tambalea hacia atrás. Entonces se producen unas chispas prometedoras y luego un zumbido, y sale un cohete grande y rojo del suelo con un sonido que parece un grito y explota por encima del lago. El agua lo refleja: mil pedacitos de fuego. Es hermoso. Intento centrarme en ello, aunque todo me da vueltas. El silencio posterior resulta muy... pesado. La oscuridad que nos rodea es tan densa que parece poder tocarse. Si estuviéramos en Londres o en cualquier otro lugar cercano a la civilización, ya puestos, podríamos ver todos los fuegos artificiales a

nuestro alrededor. Nos recordarían a otras personas, otras vidas. Pero aquí estamos totalmente solos.

Todavía oigo el estallido del fuego de artificio en mi cabeza. Pero ya no suena igual, se asemeja a una persona. Y me asalta este pensamiento..., que no parece un fuego artificial, sino más a una de esas bengalas de seguridad. SOS. La que se lanza desde la cubierta de un barco que se hunde.

Julien se acerca otra vez a nosotros.

—No se parece a los fuegos artificiales de Westminster —dice.

—Pero ¿quién quiere estar en Westminster, ahí apretujados entre cuerpos sudorosos, cuando podemos tener esto? —replica Emma—. Este lugar —abre los brazos— y los mejores amigos. —Entrelaza su brazo con el mío y me sonrío. Me dedica una sonrisa auténtica y cálida. Me entran ganas de abrazarla. Joder, gracias, Emma.

Y entonces empieza a cantar con una voz sorprendentemente bonita. Intento cantar con ella.

*¿Deberían olvidarse las viejas amistades
y nunca recordarse?
¿Deberían olvidarse las viejas amistades
y los días ya pasados?*

Bueno, sé que he bebido mucho, pero, aquí afuera en la silenciosa oscuridad, nuestras voces suenan hermosas, y este sonido tiene algo de vulnerable. El bosque que nos rodea es frondoso y oscuro. Cualquiera podría estar observándonos mientras practicamos este pequeño ritual.

Debe de ser el exceso de alcohol, pienso, lo que me hace sentir tan... extraña. Se produce un fuerte estallido y doy un respingo, asustada. Pero resulta que es Nick abriendo otra botella de Dom. Lo sirve en las copas. Cuando le pasa una a Katie, le veo la cara y me estremezco. ¿Qué le pasa? No

puede ser que le haya afectado tanto el bañito en el lago, ¿no? Ni siquiera mira la copa de champán que le están ofreciendo y se le resbala de la mano.

—¡Ups! —dice Bo, pescándola—. ¡Por poco!

Nick alza la copa.

—¡Por los viejos amigos! —brinda. Me mira directamente a los ojos mientras lo dice. No sé por qué, pero tengo que apartar la mirada. Me bebo el champán de un trago.

Ahora se produce un silencio extraño. Parece que nadie sabe qué hacer a continuación. Qué silencioso es este paisaje durante ese intervalo. Noto que el estómago se me revuelve; tengo la impresión de que el suelo se mueve bajo mis pies. Vaya. Queda claro que estoy borracha.

—Deberíamos besarnos —dice Samira—. ¿Dónde están los besos? —Se acerca a Julien y le planta un beso en la mejilla—. ¡Feliz año nuevo!

Mark se vuelve hacia mí. No quiero que me dé un beso. Cuando se inclina, me agacho para que sus labios apenas me rocen el oído. Capto el destello de fastidio, ira incluso, en su expresión. Pienso en sus ojos anoche, en la amenaza de su tono.

Me vuelvo hacia Julien. Tiene el rostro totalmente en sombra desde este ángulo. No distingo sus facciones ni su expresión, solo el brillo oscuro de sus ojos. Cuando me inclino para besarle —en la boca, claro está—, tengo la... sensación de que él también es un desconocido. El hombre con el que he pasado tantos años de mi vida, con quien he compartido casa y cama, junto al que duermo casi todas las noches. Qué poco hace falta, pienso, apenas unas sombras, realmente, para que resultemos unos desconocidos. Uau. El alcohol siempre me provoca sentimientos profundos.

—Feliz año nuevo —digo.

—Feliz año nuevo —contesta. Y no estoy segura, pero creo que se gira

ligeramente cuando me acerco, de manera que mis labios van a parar a la comisura de los de él. Igual que he hecho yo con Mark.

Nick está al otro lado.

—¡Nick! —exclamo con una alegría forzada—. ¡Feliz año nuevo otra vez! Ven aquí. —Extiendo los brazos y me deja abrazarlo. Huele de maravilla, como el mostrador de Byredo en Liberty—. ¿Por qué nunca hemos sido más amigos, Nick? —pregunto. Me sale como si estuviera desesperada, joder. No era mi intención decirlo en voz alta.

Da un paso atrás con sendas manos apoyadas en mis hombros: de cara a los demás, nuestra postura puede parecer un abrazo amistoso. Me mira fijamente y dice:

—Oh, Miranda, me parece que sabes por qué.

Es la forma como lo dice: tan pausada, en un susurro para que nadie más le oiga. De repente siento un frío que creo que no tiene nada que ver con el aire gélido. Retrocedo un paso.

Bebo un poco más. Y luego mucho más, mientras los demás siguen de juerga a mi alrededor. Quiero coger el ritmo otra vez, quiero librarme de esta sensación. Una especie de miedo, en lo más profundo de mi ser, en cierto modo más profundo que el que experimenté anoche, en el baño. Me siento como si estuviera colgando del borde de un precipicio y lentamente se me fueran escurriendo los dedos. Pero debajo de mí no hay... nada. Lo he perdido todo..., todo lo que importa.

Bo se me acerca discretamente.

—¿Estás bien? —Siempre ha sido quien se da cuenta de que algo no va bien. Es porque es discreto, observador, mientras los demás nos dedicamos a hacer un montón de ruido. Y es amable. Muy distinto a Nick, siempre tan mordaz.

—Sí —digo.

—¿Quieres tomar un vaso de agua?

Sé que lo dice porque estoy borracha, pero lo cierto es que me siento un poco rara.

—Vale. —Le sigo hasta la cocina y observo sin decir palabra cómo me llena un vaso de agua del grifo. Cuando me lo tiende, le doy las gracias—: Si no te importa, me gustaría quedarme sentada a solas un rato.

—De acuerdo... —dice, titubeando.

—¡Márchate! —lo echo de la cocina.

—Bueno —acepta. Acto seguido, como un maestro blandiendo el dedo, añade—: Pero volveré dentro de un rato si no has reaparecido.

—Vale. —Y entonces recuerdo decir—: Gracias, Bo.

—Olvidalo, querida. La de veces que me han ayudado a mí en situaciones similares. Tengo una gran deuda con el universo.

—Pero, Bo —digo antes de saber contenerme—, yo no soy una yonqui. Solo me he pasado con el champán... —Ups, no es lo que quería decir.

Algo cambia en su expresión, entorna los ojos. Nunca lo había visto así, aunque siempre he pensado que debía de haber algo más ahí dentro: algo más oscuro. Por lo que Katie me contó en una ocasión, es alguien capaz de tener un comportamiento bastante extremo. Es como si hubiera estado llevando una... máscara y ahora yo viera lo que hay detrás. De repente me siento un poco más sobria.

—Perdona, Bo —me disculpo—. No quería decir eso, no sé qué me pasa. He bebido demasiado. Por favor... —Le tiendo la mano.

—No te preocupes —dice con tono ligero. Pero evita la mano que le tiendo.

Me espero hasta que se marcha para apagar la luz y dejar que mis piernas se hundan bajo mi cuerpo como una silla plegable, por lo que me quedo sentada

en el suelo. Descansaré aquí un rato, hasta que se me pase... ¿Qué coño me ocurre? ¿Cómo es posible que le haya dicho algo así a Bo, cuando intentaba ayudarme?

En una ocasión, Katie me dijo que yo era «inoportuna». «Dices sin pensar lo primero que se te pasa por la cabeza —dijo—. El único problema es la gente que no sabe que quizá lo dices en serio.»

Qué bien me conoce. Pero no estoy segura de si sabe lo mucho que me odio a mí misma más tarde, después de soltar uno de esos comentarios inoportunos. En Oxford me quedaba tumbada en la cama la mañana después de haber salido por la noche y le daba vueltas a cómo me había comportado: pensaba en todo lo que había hecho y dicho.

«Todo el mundo se enamora de ti —me dijo Samira una vez—. No lo pueden evitar.»

Pero a menudo me he planteado si realmente les caigo bien.

Voy a cerrar los ojos aquí mismo, solo un rato...

Me despierta el sonido de una voz: grave, apremiante.

—¿Miranda? —Es una voz masculina, poco más que un susurro ronco, como si no quisiera que le escucharan. ¿Quién es?—. ¿Julien? —Entorno los ojos para ver en la penumbra. Me confunde la oscuridad. A lo lejos oigo un retumbo de voces..., las de los demás, entiendo. La cabeza me da vueltas.

Da un paso adelante y por fin veo de quién se trata. Nunca le había visto así. Tiene una expresión extraña, casi amenazadora en el rostro.

Doug

Está sentado en un sillón de su pequeña casa. Estira el brazo y va sirviéndose un poco más de la botella de whisky de malta. Tiene intención de emborracharse hasta perder el conocimiento o quedar anestesiado, pero su mente se niega a abandonar la lucidez.

Nochevieja. Otro año que pasa. Dicen que el tiempo lo cura todo, pero, en su caso, no le ha servido de gran cosa. Lo ocurrido hace seis meses se le presenta nebuloso, aquí los días se suceden los unos a los otros, con poca diferencia entre ellos, aparte del paso lento de una estación a otra. Pero aquel día de su pasado, hace ya tres años, lo tiene tan claro como si hubiera sucedido ayer o hace una hora.

Al otro lado de la ventana se produce una explosión. Nota cómo el cuerpo se le queda rígido; casi se cae al suelo, tiene la sensación de que el corazón va a salirse del pecho. Entonces se da cuenta de qué se trata. Fuegos artificiales. Odia los putos fuegos artificiales. Después de tantos años todavía le afectan.

El día en que tu vida cambia para siempre. ¿Alguien lo ve venir? Él, ni por asomo. Habían pasado varias semanas sin nada que destacar. La situación seguía su ritmo, todo había empezado a parecer tan normal como es posible en un lugar como la provincia de Helmand. Los hombres se habían relajado y estaban un poco adormecidos. Por mucho que te preparen para estar alerta, cuando tienes que estar «activo» más allá de la capacidad natural del cuerpo

humano durante cuatro días seguidos, es imposible no desconectar cuando baja el nivel de amenaza.

Fue una operación rutinaria. Tan habitual como la ronda de un agente de policía. Para comprobar que todo estaba como debía. Los hombres patrullaban las calles y él ocupaba una posición más elevada para cubrirlos. Doug era uno de los dos francotiradores; hacían turnos para mantener un buen nivel de concentración cuando hacían la guardia, y en ese momento le tocaba a él.

Los hombres estaban justo por debajo de él, doblando la esquina en los vehículos blindados cuando el observador le pegó un grito. Un niño pequeño estaba cruzando la calle corriendo. Aparte de la pequeña figura que corría, todo el mundo se quedó petrificado. Doug se dio cuenta de que el niño se veía abultado. Llevaba una chaqueta varias tallas más grande de lo que le tocaba y corría directamente hacia los hombres. Debía de tener unos cinco años. Ni siquiera llegaba a ser un muchacho; estaba en su más tierna infancia. Pero inmediatamente Doug pensó: bomba. Sabía qué tenía que hacer. Apuntó por la mira. Siguió al niño. Tenía el dedo en el gatillo. Estaba preparado. Pero quería disponer de una vista mejor. No veía pruebas de que llevara ningún dispositivo, solo veía una chaqueta abultada.

Tenía a lo sumo diez segundos. Luego nueve, y cinco, y tres. El observador le estaba gritando, pero él se sentía como si estuviera bajo el agua: era como si el cerebro y el cuerpo le funcionaran con lentitud. No podía disparar.

Y entonces todo explotó. Los hombres. Los vehículos. Media calle. Todo en el mismo segundo en que consiguió por fin ejercer la presión necesaria en el gatillo.

El terapeuta al que acudió le dijo que su reacción había sido totalmente comprensible, que era imposible decidir en esa tesitura. Sin embargo, eso no sirvió para explicárselo a sí mismo, o a las familias de los fallecidos que le visitaban por la noche. Por eso no duerme: porque mientras está despierto se

libra de verles las caras y de responder a su silencioso interrogatorio. Aunque últimamente han empezado a llegar incluso cuando está despierto. Los ve acercándose en medio del paisaje. De forma tan realista que jura que podría tocarles con solo extender el brazo.

Por eso es una suerte que tenga este trabajo. En cualquier otro, quizá no podría disimular. Alguien se daría cuenta de que se comporta de forma extraña e informaría a sus superiores, y entonces sería el fin. Pero aquí no hay nadie que pueda percatarse. Está Heather, en el despacho, pero ella lo evita. Quizá también tenga algo que ocultar. ¿A santo de qué, si no, una joven atractiva de treinta y pico años iría a vivir a un lugar como ese sola? Él no le ha preguntado sus motivos y ella tampoco a él. Es un acuerdo tácito y mutuo.

Tuvo suerte cuando al jefe no le importó lo otro, aunque tuvo que declararlo en la solicitud. «Al jefe —dijo el tipo trajeado que le entrevistó— no le importa todo eso. Quiere que sientas que aquí puedes empezar de cero.» Empezar de cero. Ojalá.

Enciende el televisor y lo lamenta de inmediato. Lo único que aparece, claro está, son miles de rostros felices: familias acurrucadas a la orilla del Támesis y ojos encendidos con destellos rojos y dorados contemplando el espectáculo. Se pregunta qué debe de estar haciendo Heather, ahí en su casa. Ha visto que tiene las luces encendidas hasta tarde. Sabe que ella tampoco duerme bien.

Podría salir a dar una vuelta, con la botella de whisky, tal como ha pensado en hacer más noches de las que quiere reconocer. Recuerda aquella vez, cuando ella le abrió la puerta, porque decía que había oído el sonido. Lo recuerda todo, tiene las imágenes vívidas en su mente: el rubor de sus mejillas, su cabello oscuro revuelto, el pijama gigante que le sobraba por todas partes. Ella le había invitado a entrar y, acto seguido, se había

sonrojado, al darse cuenta de cómo sonaba. Él, por supuesto, había rechazado la oferta. Pero se ha imaginado siguiéndola al interior. También ha imaginado mucho más, en esas noches de insomnio, cuando ha visto la luz encendida en su cabaña. Se ha imaginado empotrándola contra la pared y a ella envolviéndole la cintura con las piernas, el sabor de su boca en la de él... No se acercará a ella hoy. Ni hoy ni nunca. Alguien como él tiene la obligación de mantenerse alejado de alguien como ella. Heather no se merece la catástrofe que él representa.

Ese tipo de vida está ahora vetado para él. Se inclina hacia delante, hacia el fuego. Alza una mano y, con la mirada imparcial de un científico, la sostiene dentro de las llamas, de forma que la piel se le brasea como un filete.

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

Doug está de pie en el umbral, mirándome con el ceño fruncido.

—Entra, Doug —digo—. Cierra la puerta. —Se planta delante del escritorio, me saca unos cuantos palmos, y continúo—: No debería haberlo hecho. Pero tengo que confesarte una cosa. He buscado tu nombre en Google. He visto lo del juicio.

No dice nada. Tiene la mirada en el suelo.

—¿Qué ocurrió? —«Explícamelo. ¿Por qué lo hiciste, por qué la violencia? Házmelo entender», pienso. Aunque no sé si puede. No veo la manera de que tenga una explicación.

Toma aire y empieza.

Estaba en un bar de Glasgow, dice, con amigos, unos tres meses después de volver de su destino, «Afganistán, seis meses». Había tomado alguna copa de más o, mejor dicho, varias copas de más, pero se sentía tranquilo y relajado por primera vez desde que le alcanzaba la memoria, y entonces ese tipo se le acercó en plan chulo.

—Oye —dijo—, reconozco tu cara. Te he visto en algún sitio.

—Lo dudo. —Apenas se molestó en mirarlo.

—No —insistió—. Te conozco. —Sacó el móvil e hizo algo. Le enseñó la pantalla. Facebook, una fotografía, era él. Era en Helmand—. Mi mejor amigo, Glen Wilson. Lo sabía. Eres tú, ¿verdad? En la foto con él. Sé que eres tú.

Apenas fue capaz de mirar la imagen.

—Entonces tienes razón —había dicho mientras notaba cómo la cerveza se le agriaba en el estómago, intentando todavía quitarse a ese tío de encima. Tal vez así lo aplacara—. Debo de ser yo.

—¿O sea que estuviste ahí? —Se encontraba demasiado cerca.

—Sí, estuve ahí. Conocí a Glen. Era un gran tipo. —En realidad no lo era. No era uno de los mejores, siempre buscaba pelea, pero no se habla mal de los muertos. Y él conocía a muchos hombres que habían fallecido.

—¿Estabas en su regimiento?

El hombre tenía el rostro, que apestaba a cerveza, justo delante de sus narices. Hablaba demasiado fuerte. Tenía una expresión amenazadora, los hombros en tensión. Doug notó cómo aumentaba el interés de quienes les rodeaban, la atracción irresistible de la confrontación. «Aquí pasa algo.»

—Sí —repuso, intentando sonar mesurado y hablar con tranquilidad para contrarrestar el tono del hombre. Su terapeuta le había enseñado algunas técnicas de respiración, podía ponerlas en práctica—. Sí que lo estaba.

—Pues no lo entiendo —dijo el tipo sonriendo, aunque más bien era un gruñido—. Pensaba que todos los de su regimiento habían muerto. Pensaba que quedaron rodeados y que los talibanes les pusieron una bomba.

Doug cerró los ojos. «En realidad fue Al-Qaeda.»

—Así fue. La mayoría de nosotros.

—Entonces ¿cómo es que tú te salvaste, tío? Mírame, te estoy hablando. ¿Cómo es que estás aquí, vivito y coleando bebiéndote una puta cerveza, tío, mientras mi mejor amigo está muerto en Durka Durkistán? A ver cómo me lo explicas.

Doug sintió que algo brotaba en su interior. Algo peligroso, que estaba creciendo hasta ir más allá de su control.

—No tengo que explicarte nada, colega.

Intentó inspirar por la nariz y espirar por la boca. No funcionó.

El hombre avanzó un paso más.

—Creo que sí lo sabes, la verdad. Y tenemos toda la noche. No pienso irme a ninguna parte hasta que me lo expliques todo, cada puto detalle. Porque quería a ese hombre como a un hermano. ¿Y quieres que te diga lo que parece?

—¿Qué? —alcanzó a preguntar... Seguía luchando por aplacar lo que brotaba en su interior—. ¿Qué es lo que parece?

El tipo lo pinchó con fuerza en el centro del pecho.

—Parece que eres un puto cobarde.

Entonces fue cuando se le nubló todo; era esa la neblina roja de la que hablan, aunque más bien parecía un diluvio. En todo caso, él se sentía más auténtico en ese momento, más que desde hacía meses. Más incluso de lo que se había sentido desde la buena época en la que había empezado el servicio.

Se abalanzó sobre aquel tío y lo sujetó por la pechera de la camisa.

—¿Cómo te llamas?

El hombre tragó saliva, pero no habló.

—¿Cómo te llamas, tío? ¿Te has olvidado de cómo se habla?

El tipo emitió un gruñido gutural indescriptible y Doug se dio cuenta de que le sujetaba el cuello de la camisa con tanta fuerza que no podía hablar. Relajó la sujeción y le bramó en la cara:

—¿Cómo coño te llamas?

Los amigos del hombre no tenían interés en ayudarlo.

—Vaya colegas tienes, ¿eh? —Los miró. Se sintió como si pudiera enfrentarse a todos ellos, y se planteó si ellos también lo intuían.

—Me... me llamo Adrian.

—Bueno, deja que te diga una cosa, Adrian. Me parece que no deberías meterte en asuntos que no entiendes, ¿lo pillas? No tengo que dar explicaciones a nadie..., y menos a un gilipollas como tú. ¿A qué te dedicas?

—Soy... eh... eh... contable.

—Vale. Contable. —Sacudió al tipo, que se puso a gimotear. Se dio cuenta de que se la traía floja; de repente no se sintió nada más que cansado y muy sobrio. El nivel de adrenalina iba bajando. No valía la pena malgastar su energía con ese hombre. Lo soltó—. Hazte un favor, házselo a todo el mundo, y deja de meterte donde no te llaman, ¿vale?

No hubo respuesta. Adrian se masajeaba la garganta. Pero asintió, dos veces.

A Doug le dolía la mano. La flexionó. No se enorgullecía de lo que había hecho, pero al menos se había contenido. Fue en ese momento cuando escuchó, en voz baja:

—Puto cobarde.

Entonces sí que enloqueció, según los testigos oculares, y había muchos porque el bar estaba abarrotado. Dijeron que pensaban que iba a matar a aquel tipo. La policía tuvo que separarlo de él a la fuerza. Adrian Campbell, así se llamaba. Hasta cierto punto, había habido circunstancias atenuantes. Campbell tenía propensión a meterse en trifulcas y, en general, a provocar altercados. Y luego había la naturaleza del insulto... Teniendo en cuenta el estado de Doug, todavía sin diagnosticar, posible trastorno de estrés postraumático, se podía concluir que no era por completo dueño de sus actos.

Él sabía que no era ese el motivo. No le extrañó que su abogado le aconsejara no mencionarlo durante el juicio. Lo condenaron a doscientas cincuenta horas de servicio comunitario y a asistir a sesiones con un psiquiatra. Cuando las recibió, pensó que probablemente habría preferido entrar en prisión.

—Bueno —digo cuando Doug acaba.

Pero no tiene nada de bueno. No estoy bien. No sé cómo sentirme al respecto. Por un lado, está el hecho de que, a pesar de la violencia, la historia tiene una especie de lógica. Sufría un trastorno de estrés postraumático y le provocaron con saña. A juzgar por lo que él dice, ese hombre intentaba mosquearle, tocarle las narices. Supongo que al menos eso ofrece un contexto para el horror que leí en internet. Pero también hay una vocecilla que me dice: «Te sientes atraída por este hombre, aunque no lo quieras reconocer, por eso intentas excusar lo inexcusable». Porque su versión contundente, incluso desapasionada, del incidente ha ilustrado con exactitud de lo que es capaz. En cierto modo, de una manera mucho más gráfica de lo que cualquiera de esas columnas escabrosas transmite.

¿En qué estaba pensando exactamente el jefe cuando me contrató teniendo como único compañero a un hombre que había hecho algo así? No lo sé, pero eso es harina de otro costal. Aquí, la cuestión relevante es: ¿su pasado lo convierte en alguien capaz de matar a una clienta? No, por supuesto que no. Probablemente no, digamos. Esperemos que no.

A no ser que... esa mujer le provocara, claro está.

Emma

Un día antes

Año Nuevo de 2019

La fiesta junto al lago ha decaído de repente. Giles nos dijo que iba a echar un vistazo a Priya, Katie ha ido a buscar otro jersey. Hace demasiado frío como para quedarnos sentados aquí fuera.

—Mierda —dice Bo—, Miranda todavía no ha regresado. Seguro que se ha desmayado. Me ha dicho que la dejara... y, para ser sincero, no está en su mejor momento ahora mismo.

—Déjala —le pide Nick—. No le irá mal dormir un poco la mona.

—No sé, estaba bastante mal...

—Ya voy yo —les digo.

Cuando entro en el Lodge, está oscuro y reina un silencio absoluto, hasta tal punto que doy por supuesto que Miranda no está ahí. Entonces oigo las voces. Algo hace que me detenga; la estancia a oscuras crea una especie de intimidad que me hace sentir que no debería molestar. Una voz es grave, ronca, casi un susurro. La otra ebria, beligerante.

—Tuve que decir la verdad, joder. Era verdad o acción.

—No, no hacía falta. Lo sabes perfectamente. Lo hiciste para mosquearme.

Una risa, seca y maliciosa.

—Te lo creas o no, Giles, no he pensado en ti ni una sola vez.

—Vale, exacto. No has pensado. No piensas. ¿Y qué me dices de Julien?

—Oh..., él no pensará nada sobre el tema. Le dije que me había acostado

con Katie una vez, para ponerlo cachondo. Tiene esa fantasía acerca de nosotras..., colegialas guarrillas. Tranquilízate, nunca sabrá que fue contigo, Giles.

—Pues no hay tantos candidatos aquí. No hace falta ser un genio. Samira sabe que estábamos en el mismo grupo de tutoría.

—No sé por qué estás tan cabreado. Pasó hace un millón de años.

—Pues no parecen tantos como para que se te haya olvidado para un puto jueguecito estúpido. Si Samira se enterara, aunque es algo que pasó hace tanto tiempo, sería un desastre total. Tuvo muchos problemas después del nacimiento de Priya, más de los que te imaginas. Y siempre ha tenido esa sospecha, la idea de que había ocurrido algo entre nosotros, que yo tengo debilidad por ti. Lo cual es totalmente ridículo, claro está.

—¿Ah, sí? —pregunta Miranda—. ¿De verdad, Giles? ¿Qué me dices de esa fiesta...?

—Joder, sí. ¿Qué insinúas? No me mires de esa forma. Mira..., todos hemos bebido mucho. Creo que ya va siendo hora de que nos vayamos a la cama. Sé que no vas a contarle nada a Samira, pero es que me preocupé, durante unos momentos..., cuando jugábamos a ese juego estúpido.

—No. No estoy de acuerdo. De todos modos, no te prometo nada. Quizá sea bueno para tu matrimonio... una pequeña prueba. Podría ser refrescante para todos. Para demostrar que no eres tan asquerosamente perfecto como crees ser.

—Por el amor de Dios, Miranda. —Ahora él está prácticamente susurrando—. ¿Sabes qué? Un día de estos te vas a pasar de la raya.

De repente se oye un gemido: un profundo sonido animal.

—Oh, por el amor de Dios —repite Giles.

Miranda se ha encorvado hacia delante con su vestido dorado, a cuatro patas, y está vomitando en el suelo.

Giles la observa, impasible. No se parece en nada al hombre que he

conocido, el esposo y padre cariñoso, el hombre que salva vidas en una sala de hospital. Habría esperado que alguien así se arrodillara y le sujetara el pelo. Esta noche he visto otro lado de Giles.

Entonces se gira, de repente, antes de que yo tenga tiempo de ocultarme, y me clava la mirada.

Miranda

Cuando me despierto, está muy oscuro y silencioso. Durante unos instantes no tengo ni idea de dónde me encuentro. Palpo a mi alrededor con una mano para orientarme. Mi primera impresión es que me siento totalmente asquerosa, como si me hubieran restregado las entrañas y la garganta con estropajo de aluminio. Tengo un sabor ácido, acre, en la boca. ¿Qué me pasa? ¿Estoy enferma? Busco a tientas un interruptor y lo acciono.

Oh. Se hace la luz. Con una inevitabilidad horrible, los acontecimientos de la noche anterior se me vuelven a presentar. Exceso de alcohol. Tener que demostrar que era el alma de la fiesta. Giles que me abordó con su paranoia. Bueno, a lo mejor no es todo paranoia. Sé que Samira siempre ha sospechado. Y después de que pasara no me sentí bien... Fue después de una noche de borrachera en el pub con el grupo de tutoría, y yo ya sabía que a ella le gustaba él. Pero, joder, fue antes incluso de que empezaran a salir. Si le afecta una cosa así..., pues, sinceramente, es que es una susceptible de mierda. Si hay alguien que debe preocuparse, esa soy yo. Al fin y al cabo, por aquel entonces yo ya salía con Julien.

Oh, cielos, y ahora recuerdo que vomité delante de Giles, que no me quitó los ojos de encima en todo el rato, como si en cierto modo quisiera que me ahogara en mi propio vómito. Cuando Julien apareció, se le veía cansado, vagamente asqueado. No, no estaba tan borracha como para no recordarlo.

Me miro en el espejo que cuelga encima del tocador. Me pareció que estaba fabulosa con el vestido dorado. No, sé que estaba fabulosa. Pero es como si me hubiera despertado en un universo paralelo. Ahora el tejido está arrugado y

manchado, y el maquillaje (ayer iba muy pintada, cada vez necesito usar más) se me ha hundido en las comisuras de ojos y labios, aunque yo diría que ayer no los tenía tan marcados. Me aparto de la luz, pensando en Blanche DuBois, que se alejaba de las lámparas. ¿Acaso voy a convertirme en eso? ¿Hay algo más triste que el hecho de que una mujer hermosa pierda su belleza?

Por algún motivo, una canción se repite una y otra vez en mi cabeza. La de «You've Got the Love» de Candi Staton. Y tiene alguna cosa que me fastidia, aunque no sé identificarlo. Es como anoche, cuando alguien dijo algo desconcertante... ¿Quién fue? ¿Y qué dijeron?

Por lo menos, no me siento tan borracha. Debo de haber eliminado de mi organismo buena parte del alcohol. No tengo ni idea de qué hora es. Pero Julien todavía no ha regresado..., así que la fiesta no debe de haber acabado todavía. De repente tengo la sensación de que me estoy perdiendo algo y de que me han dejado de lado. Me cuesta creer que me haya desmayado. Tengo que recuperarme y volver. Al fin y al cabo, es lo que se espera de mí. Me tambaleo hasta el baño, me paso un peine por el pelo, me refresco la cara con agua e intento arreglarme el maquillaje que me emborriona el contorno de ojos, pero no lo consigo. Me cepillo los dientes, que ya es algo. ¿Qué hora es? Compruebo la hora. Las cuatro de la mañana. Vaya, pues los otros han montado una buena juerga. Vuelvo a sentir cierta quemazón al pensar en la diversión que me he perdido. Siempre he sido y me he enorgullecido de ser el alma de la fiesta. Es lo que Julien dijo en nuestra boda mirándome a los ojos:

—Te quiero porque siempre eres la reina de todas las fiestas.

—Y por algo más, espero —dije yo riendo.

—Por supuesto —respondió. Pero esa frase se me quedó grabada. Recuerdo la manera como me lo dijo y nunca puedo prescindir de esa faceta de mi persona. Bueno, ahora voy a demostrárselo.

Abro la puerta de la cabaña. El frío me recibe como una bofetada. Me armo

de valor para enfrentarme a él. Hay luces encendidas que no proceden del edificio del Lodge, tal como había pensado en un principio, sino de la sauna. Siento una pequeña punzada de resentimiento, podrían haber venido a buscarme, preguntarme si quería acompañarlos. Yo tenía ganas de probar la sauna.

Me armo de valor y voy deslizándome a lo largo del sendero helado, más allá del Lodge. Ahí todas las luces están apagadas, salvo una única lámpara en la sala de estar. Solo distingo a Mark, dormido en uno de los sofás. Otra baja de la velada, pues. Me siento un poco mejor al saber que no soy la única.

El ambiente desprende un olor que reconozco de las escapadas de esquí: un frescor casi metálico. Recuerdo la advertencia de Doug. ¿No sería fantástico que todos estuviéramos en la sauna, mirando hacia el lago y que empezara a nevar? Qué pintoresco. Nos dejaría un buen recuerdo de esta noche, que borraría mi desastre.

A medida que me acerco, oigo un sonido extraño que literalmente me deja paralizada. Algo animal. Algo entre un grito y un gemido. Sonaba como si procediera de la sauna, de los bosques de atrás. Noto que la piel se me eriza mientras voy rápidamente a la sauna: ahora representa un refugio donde protegerme de la naturaleza salvaje e inmensa.

A apenas unos centímetros de la puerta, oigo de nuevo el mismo sonido, y esta vez vacilo. Porque ahora estoy prácticamente convencida de que no procede de los árboles de detrás de la sauna, sino del interior.

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

Voy al pequeño baño adjunto a mi despacho para salpicarme un poco de agua fría en la cara en un intento de aclarar mi mente después de todo lo que he descubierto acerca de Doug.

Me estoy secando la cara cuando oigo algo, un murmullo de voces. Un hombre y una mujer. Son dos de los clientes, estoy segura, pero no identifico quiénes. Parte del problema es que a mí me suenan todos igual: del sur, clase media, privilegiados.

Primero, el hombre:

—Si se enteran, estamos jodidos.

—¿Por qué iban a hacerlo? —responde ella.

—Hay una nota.

Me quedo petrificada y me acerco más a la pared de la forma más silenciosa posible. Por supuesto... El pasillo que va hasta la puerta trasera rodea el espacio que queda detrás de mi despacho. Alguien podría ir hasta allí con la intención de mantener una conversación privada y no saber que aquí hay otra estancia, porque el lavabo solo resulta accesible desde la oficina.

—¿La nota? —dice la mujer, con un temblor incrédulo—. ¿No la destruiste?

—No, no lo pensé. Estaba demasiado cagado, por todo lo demás. Ni siquiera sé dónde está ahora...

Se produce un largo silencio durante el que estoy bastante segura de que la

mujer intenta controlarse para no increparlo. «¿Qué tipo de nota? —me pregunto—. ¿Una nota de suicidio?» Parece poco probable. Que yo sepa, es muy difícil estrangularse a uno mismo.

—Lo importante —dice ella, finalmente calmada— es que tú no tienes nada que ver con su muerte. Eso es lo que cuenta. Serán capaces de verlo.

—¿Seguro? —pregunta él. Su voz se torna aguda, parece presa del pánico. Luego se convierte en un murmullo, más apagado que antes: creo que ella le ha hecho callar. Presiono la cabeza contra la pared—. Cuando se sepa lo otro sobre mí, cuando decidan qué tipo de persona piensan que soy...

De repente, se produce un estrépito. Salto hacia atrás, confundida, y me doy cuenta de que, debido a mi avidez por escuchar, he hecho caer el cuadro con la pequeña escena de caza que hay en la pared, justo a mi lado. Ha caído al suelo con una impresionante explosión de cristales rotos.

Por supuesto, las voces se han acallado. Es casi como si los palpara, de pie, rígidos y conmocionados, al otro lado de la pared, sin apenas respirar. Con el máximo sigilo posible, regreso a mi despacho.

Miranda

Un día antes

Año Nuevo de 2019

La imagen con la que me encuentro en la sauna es absurda. Estoy tan perpleja que siento un extraño deseo irresistible de reír. Recuerdo que, cuando mi madre nos contó a mi hermano y a mí, siendo niños, que habían atropellado a nuestro gato, la primera reacción de mi hermano fue echarse a reír. Me quedé tan conmocionada que le di un bofetón. Pero entonces mi madre me explicó que se trataba de una reacción ante el trauma. En el cerebro se produce un cortocircuito cuando es incapaz de encontrarle el sentido a algo.

Esto es lo que veo: mi marido agachado en el suelo de la sauna y, encima de él, Katie, mi mejor amiga, mi amiga más antigua, totalmente desnuda. Está con las piernas abiertas y él tiene la cabeza hundida entre ellas. Mi amiga fea, plana y de muslos gruesos, echa la cabeza hacia atrás, extasiada, y él la sujeta por las pantorrillas mientras ella le rodea la espalda con los pies. Y mientras observo, él sube el brazo y coge el pezón de uno de sus pechos estilo huevo frito con una mano. Esto es ya demasiado. Es para tirarse de los pelos.

—Agh.

Se quedan petrificados. Entonces, lentamente, se giran para mirarme. Julien..., oh, cielos, se seca la boca con el dorso de la mano. Al principio tienen una expresión perdida, mientras comprenden lo que están viendo. Siento que me embarga una oleada de terror, como un veneno que entra en el torrente sanguíneo. Echo una mirada al cajón para el carbón ardiente y durante unos

instantes estoy tentada —realmente tentada— de coger la pala y lanzarles una carga de piedras al rojo vivo.

Es completamente absurdo. Mi marido y mi mejor amiga. No puede ser. Casi que me imagino que ahora se echan a reír y se felicitan por haberme gastado esta broma, igual que hicieron en la fiesta sorpresa de mi trigésimo cumpleaños. Aunque sería difícil hacer pasar esto por una broma.

—Oh —exclama Katie—. Oh, Dios mío...

—Pensaba que estabas dormida —dice Julien—. Te dejé en la cabaña. Habías perdido el conocimiento... —Y, acto seguido, dándose cuenta de lo ridículo que es acusar a su mujer de no estar donde se pensaba que está mientras le pone los cuernos, añade—: Miranda, joder... Cuánto lo siento... No es..., no es lo que parece.

Y entonces me río; es una carcajada de bruja loca que hace que se asusten más todavía. Joder, es que quiero darles miedo.

—Ni se te ocurra volver a la cabaña —le digo a Julien—. Me da igual dónde vayas, la verdad. Te puedes quedar con ella, no me importa una mierda. Pero no quiero verte ni en pintura, así que no te acerques a mí para nada. — Me sorprende bastante lo tranquila que sueno, el contraste entre mi exterior y mi interior.

—Tenemos que hablar...

—No, no hace falta. No quiero ni hablar contigo ni verte en mucho tiempo. Tal vez nunca más.

Mientras lo digo, me doy cuenta de que va en serio. Estaba furiosa con él por lo del uso de información privilegiada; al principio pensé, brevemente, en dejarle, pero nunca llegué a planteármelo en serio. Ahora bien, esto es distinto.

Él asiente sin decir nada. No soy capaz de mirar a Katie.

—Me cuesta creer que haya perdido tanto tiempo contigo. Con los dos.

Y entonces se me ocurre algo, algo casi demasiado horrible como para verbalizarlo. Pero tengo que decirlo, tengo que saberlo. Me dirijo a Katie, sin mirarla todavía, pero vagamente en su dirección.

—No has bebido nada —digo—. Me di cuenta en el tren. Tenías una copa de vino, pero no te la tomaste. No has bebido nada en todos estos días.

Silencio. Va a hacérmelo decir en voz alta. Incluso ahora veo cómo se encoge en su desnudez. Intenta ocultármelo: lo que vi antes cuando estaba en ropa interior, pero no entendí porque estaba demasiado borracha, porque no tenía sentido. No es la barriga del atracón de Navidad. Katie no es de las que les sale barriga por Navidad.

—Estás embarazada. —Como no responde, lo vuelvo a decir más alto—. Estás embarazada. Dilo, joder. Estás embarazada y es de él. Madre mía...

Veo que Julien abre la boca y la cierra. O sea que él todavía no lo sabía. Resulta una pequeña victoria, por lo menos, ver lo horrorizado que está.

—Manda —dice Katie—, fue un accidente... Estoy...

Levanto una mano para hacerla callar. No pienso llorar delante de ellos. Es lo único que soy capaz de pensar. Miranda Adams nunca llora.

—Felicidades a los dos... —digo mientras el dolor y la rabia corren por mis venas como si fueran un ácido. En cierto modo, el embarazo es mucho peor que su relación. La sensación de robo es mucho mayor. Es como si Katie me hubiera robado ese bebé. Ese ser que lleva en su interior debería ser mío—. Voy a tomar el primer tren a Londres —anuncio, y me enorgullezco de que solo haya cierto deje de dolor en mi voz—. Tengo que hacer ciertas cosas. Hay algo que debo arreglar. Un secreto que he mantenido durante demasiado tiempo. Julien, creo que sabes a qué me refiero, ¿verdad?

Abre unos ojos como platos.

—No lo harás, Miranda. No serías capaz de una cosa así.

Pero resulta que sí.

—¿Crees que no? —Sonrío. Sé que eso le desconcierta todavía más—. ¿Tan bien te crees que me conoces? Bueno, hasta hace unos minutos yo pensaba que sabía cómo eras. Pero parece ser que estaba equivocada. ¿Por qué crees que no lo vas a estar tú? ¿Quieres ver lo poco que me conoces?

—Te destruiría a ti también.

Me llevo la mano a la barbilla, simulando que me lo estoy pensando. Casi estoy disfrutando de la situación, viendo su cara de espanto. Es una compensación minúscula.

—No lo creo, la verdad. Lo contaré todo, cómo intentaste engañarme al comienzo. Será un poco bochornoso, sí, y supongo que puedo recibir algún tipo de sanción por no haber informado antes, pero no seré yo quien pierda el trabajo. No seré yo quien vaya a la cárcel. Serás tú, por si no lo tienes claro. Tú serás quien irá a prisión.

Tiene una expresión adusta y desolada.

—Es un delito bastante grave, ¿no? Sobre todo en este mundo post-crisis crediticia. ¿Crees que algún jurado vacilaría en condenarte? Eres un banquero sin escrúpulos. Basta con echar una ojeada a tu cara engreída para decirle al juez que tire la llave al mar.

Ni siquiera sé a ciencia cierta si en los casos de uso de información privilegiada hay un jurado, pero me basta con ver el miedo en la expresión de Julien. Katie está totalmente atónita. O sea que no ha compartido su secreto con ella. Qué afortunada.

Vuelve a venir hacia mí y esta vez levanto las manos para evitar que sus palabras me afecten. Para demostrarle que no me hará cambiar de opinión.

—Sería la ruina de ambos, Manda.

La abreviatura afectuosa de mi nombre, como si pensara que así me ablandará.

—No vuelvas a llamarme así —digo—. Y sí, cuando me divorcie de ti,

supongo que tendré menos dinero, en cuanto acaben contigo. Si es eso a lo que te refieres, pero al menos tendré la conciencia tranquila.

Y me habré vengado.

Katie

O sea que esa es la verdad. La que nunca podría haber dicho en ese juego.

Había sido una semana muy larga. Había dormido dos noches en la oficina. De hecho, tienen esas salitas llamadas «módulos para dormir» en las que se puede echar una cabezadita un par de horas. Pero no penséis que es porque la empresa vele por el bienestar de sus empleados, es para tenernos cerca, para exprimirnos al máximo posible. Tenía la mente entumecida. El caso había terminado, me iba a casa, lo que pasa es que nadie me esperaba, aparte de un frigorífico con la leche cortada dentro, con un poco de suerte, y una vista privilegiada, pero para nada inspiradora de la misma milla cuadrada en la que trabajaba como una esclava día tras día. Y silencio. El silencio de una mujer sola con una botella, o dos, de vino por única compañía.

Eran las diez de la noche. Demasiado tarde para llamar a alguien e improvisar un plan. A los veintipocos años habría habido más posibilidades de una cosa así. La gente entonces quizá ya tenía planes, pero siempre te permitían apuntarte en el último momento. Una fiesta en una casa —Samira siempre organizaba alguna— o una noche de discotecas con Miranda, una cena a lo grande con el grupo. Ahora todos tenían planes en círculos reducidos, normalmente en parejas o grupos de cuatro, y todo se decidía con antelación y no aceptaban de buen grado a una intrusa de última hora. Tal vez podía haber llamado a Miranda, pero no sabía si tenía energía para ella. Para tanta perfección. Para que me convirtiera en su proyecto, como siempre hacía, como siempre ha hecho, y me dijera lo que no funciona en mi vida.

Así pues, podía ir a mi casa y sentarme con la botella de vino en mi

apartamento vacío o podía hacerlo en un bar y tal vez encontrar a alguien a quien llevarme a casa. Resulta que esa era mi estrategia de repuesto para las salidas nocturnas y fiestas en casas y cenas de nuestros veinte años. Supongo que en cierto modo era más eficaz: por lo menos, no había que entablar conversación.

De las dos opciones que tenía ante mí, la segunda era infinitamente más atractiva. Podía llevarme a alguien a casa y así durante un par de horas el apartamento tendría vida y ruido. Me dirigí a uno de mis locales habituales, situado a la sombra de la catedral de San Pablo. El barman me conoce tan bien que empezó a servirme una copa grande de Pouilly-Fumé antes incluso de que me sentara, lo cual resulta considerado por su parte o deprimente, según se mire.

Me senté en el taburete y esperé a que alguien me abordara. Normalmente no tardan demasiado. Nunca seré tan guapa como Miranda, claro está, y eso es algo que solía deprimirme, porque no es fácil crecer a la sombra de una amiga como ella, pero últimamente, quizá desde que he cumplido los treinta, me he dado cuenta de que tengo algo que resulta intrigante para los hombres, mi atractivo particular.

Había unas cuantas personas en el bar: grupos de compañeros de trabajo, probablemente, y unas cuantas citas concertadas vía Tinder, pero no estaba abarrotado. Era martes por la noche, o sea que no era día de salir. Tal vez había sido demasiado optimista acerca de mis posibilidades. Solo había un hombre sentado en el otro extremo de la barra, en perpendicular a mí. Me había fijado vagamente en él cuando me senté, aunque él no había levantado la vista y yo no le había mirado con detenimiento. Desde el contorno neblinoso de mi visión periférica veía que era «más bien joven» del modo que yo soy más bien joven, y atractivo. No sé cómo lo sabía sin casi mirarle, debe de ser

algún instinto animal. Y ese mismo instinto me dijo que estaba algo abatido, encorvado.

Y entonces los dos alzamos la vista al mismo tiempo, para llamar la atención del barman. Entonces vi, asombrada, quién era.

—¿Julien?

Él también se sorprendió al verme. Supongo que no debería haber sido tan extraño, teniendo en cuenta que ambos trabajamos en la City. Pero, aun así, hay miles de bares y miles de personas y, de todos modos, yo suponía que Julien estaba en casa con Miranda. Esa fue una de las primeras cosas que le dije moviendo los labios: «¿Dónde está Miranda?».

Nunca habíamos tenido mucho contacto, esa era la cuestión, a no ser que fuera a través de Miranda.

«Está en casa», me dijo, también moviendo los labios. Y entonces hizo un gesto que indicaba que iba a venir a sentarse a mi lado. O sea que quedaba claro que no iba a llevarme a nadie a casa; para cuando Julien y yo acabáramos de hablar y él se marchara a casa para volver junto a Miranda, yo estaría demasiado cansada para empezar algo con alguien nuevo.

Se sentó a mi lado. Mientras se inclinaba para acercar el taburete al mío noté la fragancia de su loción para después del afeitado, una frescura de gintonic, y recordé que, hacía veinte minutos, cuando lo tomé por un desconocido, había tenido la sensación de que era atractivo. Y es que lo era. Lo sabía, me di cuenta cuando él y Miranda habían empezado a salir, por supuesto, pero en un momento dado dejé de fijarme. Ahora era como si le estuviera viendo con claridad. Y era una sensación extraña.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté.

—Podría hacerte la misma pregunta —dijo. Lo cual, por supuesto, no era una respuesta.

Le conté que había terminado el caso.

—O sea que supongo que se puede decir que estoy celebrándolo.

—¿Dónde están los demás? ¿Tus colegas? ¿Están aquí?

No es que pudiera decir: «Se han ido a otro bar, evito hacer vida social con ellos al máximo».

Así que respondí:

—En su casa, estaban todos demasiado reventados para pensar en salir.

—¿Así que has decidido celebrarlo tú sola?

—Más o menos.

—¿No es un poco solitario?

Entre nosotros había una tensión extraña. Creo que se debía al hecho de saber que nos conocíamos desde hacía diez años, pero constatar que en realidad no sabíamos quiénes éramos. Éramos poco más que amigos desconocidos. Necesitábamos la presencia de Miranda para que nuestra conexión tuviera sentido. Los dos estábamos bebiendo bastante rápido a fin de disipar esta anomalía. Ni siquiera era consciente de haberme acabado la copa cuando él preguntó:

—¿Quieres otra?

—Oh, vale. —Me sentí bastante halagada. Disfrutaba de mi compañía.

—¿Dónde está Miranda? —volví a preguntar.

—Ya me lo has preguntado. —Lo dijo con un tono un tanto burlón.

—Sí, pero, entonces, ¿por qué estás aquí tú solo? —Mi respuesta fue igual de burlona. Oh, cielos, ¿acaso estaba coqueteando con el marido de mi mejor amiga?

—Se me ha ocurrido tomar algo rápido.

El alcohol fue el que me hizo decir:

—O sea que aquí estamos, bebiendo, la mejor amiga y su marido. Somos como niños que hacen novillos o algo así.

La intención era que sonara una bobada, algo espontáneo, pero tuvo el

efecto inevitable de convertir lo que estábamos haciendo en una conspiración de la que Miranda quedaba excluida. Le di un buen sorbo al vino.

—Si se enterara, seguro que se pondría celosa —dijo él antes de apresurarse a añadir—: Sé que te echa de menos. —Sonreí, pero había algo de tristeza y cansancio en sus ojos, que no participaron en la sonrisa—. Mira, a decir verdad, necesitaba un poco de tiempo para mí.

—¿Qué ocurre? —pregunté. Estaba preocupada, pero con el pequeño atisbo de diversión que sentimos al enterarnos de los problemas de nuestros amigos. Todo lo relacionado con la vida de Miranda y Julien parecía impecable, de color de rosa.

Se lo dije tal cual.

—¿Qué problema vais a tener? Si sois la pareja perfecta.

—Oh, sí —convino, con una sonrisa que en cierto modo hacía bajar más que subir la comisura de los labios—. Perfectos. Así es exactamente como somos. Tanto que da asco.

Se produjo un silencio incómodo. Yo no sabía qué decir.

—Te refieres... —Busqué la manera de decirlo—. ¿Quieres decir que las cosas no os van de maravilla? Miranda no me ha comentado nada.

Eso era cierto. No me había dicho nada. Pero es que hacía tiempo que no nos veíamos. Habíamos charlado un par de veces, pero hablar por teléfono se me da fatal: algo que dificultó mis años de adolescencia. Además, apenas tenía tiempo libre por culpa del trabajo e incluso, cuando era así, siempre era a las tantas de la noche o a primera hora de la mañana, a unas horas en las que dudaba de que Miranda hubiera disfrutado de una llamada telefónica. Sentí una punzada de culpabilidad. El último mes me había preguntado varias veces si estaba libre y habíamos quedado un día, pero tuve que anular la cita en el último momento por culpa de una crisis repentina en el caso.

—No es que tengamos problemas exactamente —dijo—. Es un poco más

complicado. Supongo que sería más preciso decir que el problema lo tengo yo. Algo así. He hecho una cosa mal. —Vi cómo arqueaba las cejas—. No..., no es eso. No la he engañado. Me he metido en algo malo. Y ahora no sé cómo salir de ello.

—¿Y Miranda no lo sabe?

—No..., sí que lo sabe. Tuve que decírselo porque nos impliqué a los dos. Se ha portado... —frunció el ceño—, se ha portado bastante bien al respecto. Comprensiva. Teniendo en cuenta el panorama. Solo que a veces la pillo mirándome y parece muy decepcionada. Como si esto no fuera por lo que firmó. Es un lío.

Pronunció «lío» como «río», y me planteé cuánto había bebido antes de que empezáramos a charlar.

—¿Quieres hablar del tema?

Negó con la cabeza.

—No, es decir..., la verdad es que me gustaría, pero no puedo.

—¿Por qué no? —me salió—. Lo siento, he bebido demasiado. He sido una maleducada. Dime que me calle.

—No, por favor. —Me dedicó esa curiosa sonrisa decaída, tan distinta del destello encantador y expansivo de su expresión habitual. Yo prefería la de ahora, me parecía más real—. Me gusta hablar contigo —reconoció—. Es curioso, hace un montón de años que nos conocemos. ¿Cuántos?, ¿diez?

—Once —dije. En junio de 2007. Fue entonces cuando me lo encontré saliendo de nuestro cuarto de baño.

—Aun así, tú y yo nunca hemos hablado como Dios manda, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Bueno, toma otra copa y hablemos como Dios manda.

—Bueno..., yo...

—Venga. Por favor. De lo contrario, voy a quedarme aquí bebiendo yo solo,

que quizá sea lo más triste que hay. —Se quedó callado porque, evidentemente, se dio cuenta de que eso era precisamente lo que yo había estado haciendo—. Disculpa, no me refería a...

—No pasa nada —dije.

Tenía razón. Pero beber en casa era peor. Mi apartamento vacío, con la nevera vacía y la vista vacía: el mar de bloques de oficinas, la City, el lugar que consumía todo mi tiempo, lo que evidenciaba que mi vida también estaba vacía. La idea de regresar a casa de repente me puso la piel de gallina. Prefería tomarme otra copa con él, pensé. Pero me resultaba extraño estar en un bar con el marido de Miranda, sin que ella lo supiera. Y también... curiosamente placentero, lo cual quizá fuera lo peor.

—De acuerdo —dije. «Qué coño.»

—Bien. —Me sonrió y noté un pequeño sobresalto—. ¿Qué vas a tomar? —Y entonces, antes de que tuviera tiempo de responder—: Ya sé, pidamos un whisky. ¿Te gusta el whisky? —Sin esperar respuesta, se giró hacia el barman—. Tomaremos un Hibiki. —Sonrió—. Te gustará. Es japonés, tiene veintiún años.

Nunca bebo whisky. Para ser sincera, apenas bebo licores, puedo apurar una botella de vino y que apenas me haga efecto, pero los licores son harina de otro costal.

El whisky se me subió enseguida a la cabeza, aunque no es excusa para lo que sucedió a continuación.

Obviamente, Miranda era un tema peliagudo, por lo que acabamos hablando de cualquier otra cosa. Me di cuenta de que Julien era mucho mejor conversador de lo que yo creía. Siempre había pensado que era todo encanto, todo fachada, lo cual ocultaba cierto vacío interior. Rememoramos nuestros tiempos en Oxford, lo fácil que había sido todo entonces, aunque en aquellos tiempos pensáramos que nunca volveríamos a trabajar tanto en nuestra vida.

Hablamos de mi trabajo, él había leído un poco sobre el caso en el que yo estaba. Por una vez no me vi anticipándome y suponiendo que me hacía preguntas por educación mientras esperaba que Miranda le rescatara o la llegada de alguien más interesante. Se había girado hacia mí en el taburete y sus rodillas apuntaban a las mías. Un experto en lenguaje corporal habría dictaminado que todo pintaba muy bien. O muy mal, según se mire. Pero, en ese momento, yo todavía no pensaba en nada de eso. O, si lo hacía, ahuyentaba tales pensamientos. Era una ridiculez, ¿no?

Hablamos de la primera vez que nos vimos (él no recordaba la ocasión anterior, en el baile de verano, y yo fui demasiado orgullosa como para corregirle), cuando había salido del baño sujetando una toalla alrededor de su cuerpo.

—Ahí estaba yo —dijo—, medio desnudo, y ahí estabas tú, tan elegante.

Me sorprendió; siempre había pensado que él me tomaba por la amiga de Miranda más fea y aburrida. «Elegante.» Me di cuenta de que le daría vueltas a esa palabra durante un tiempo.

—Qué bien —me dijo en un momento dado—. ¿No está bien? Que charlemos, así. ¿Cómo es que nunca lo habíamos hecho?

El aliento le apestaba a whisky, cierto, pero de todos modos sentí que sus palabras me aportaban calidez. Y me di cuenta de que no era tan arrogante como yo siempre había pensado, y también, claramente, no tan perfecto. Tal vez los años le habían quitado un poco de lustre y yo no me había fijado. O tal vez siempre hubiera sido así. Fuera como fuera, me pareció mucho más agradable, más humilde de lo que yo le había considerado. Si hubiera estado sobria, habría podido señalar que probablemente fuera el famoso carisma de Julien en funcionamiento. Pero, estando borracha, me gustaba mucho.

Porque, en un momento dado, me percaté de que los dos estábamos muy borrachos.

—Debería irme a casa —dije.

Aunque me di cuenta de que no quería marcharme y no solo por la idea deprimente del apartamento vacío que me aguardaba. Era porque me lo estaba pasando bien. Disfrutaba de su compañía. Pero, aun así, apuré el vaso y bajé del taburete. Mientras me deslizaba del asiento y me ponía en pie tambaleándome, descubrí que estaba más borracha de lo que pensaba. Él también se levantó y vi que le pasaba lo mismo que a mí.

—No puedes volver sola a casa —dijo—. Te acompaño. No es seguro.

Por algún motivo, no me molesté en decirle que regresaba sola a casa cada noche y que en otras ocasiones incluso más borracha de lo que estaba entonces y, a veces, acompañada de un completo desconocido. Creo que ambos éramos conscientes, incluso entonces, de que era sobre todo una excusa para continuar la conversación, para hacernos compañía mutuamente.

No sé quién de los dos dio el primer paso. Solo recuerdo que, de repente, estábamos en un callejón vacío y lo único que oía era el sonido de nuestra respiración. Más allá del callejón quedaba la calle Cheapside, los coches y la gente y, a continuación, el resto de la ciudad, iluminada, caótica, con sus millones de habitantes. Pero en ese pasaje oscuro solo estábamos nosotros y los dos respirábamos con fuerza. Y, de repente, ninguno de los dos estaba tan borracho. El aguijón del deseo nos había devuelto la sobriedad. Y, acto seguido, noté la ligera presión de sus pulgares en mis caderas y la presión mayor de su erección entre mis piernas. Entonces le tomé la mano y se la guie hacia arriba, bajo la falda, y él gimió contra mi cuello.

El sexo fue rápido; así tenía que ser en ese lugar público. Cualquiera podría haberse cruzado con nosotros, en cualquier momento. También fue muy bueno. Me corrí tan rápido que casi me dio vergüenza. Pero él, a pesar del alcohol y de la postura forzada (tuvo que mantenerme levantada contra la pared), se corrió poco después. Aquello fue lo más extraño de todo, creo: lo ilícito de la

situación hacía que resultara sumamente excitante. Después nos quedamos pegados durante varios segundos, él con el rostro apoyado en mi cuello. No podía creerme lo que acabábamos de hacer.

Él lo verbalizó.

—Me cuesta creer lo que acaba de pasar.

—Lo sé —dije—. Vamos..., vamos a fingir que no ha pasado. —Una pequeña y secreta parte de mí estaba pensando: «¿Le habría ido bien cualquiera?». Yo era una chica más del bar que había encontrado en el lugar y en el momento adecuados. ¿O acaso había pasado porque era yo?

Sabía que esas cuestiones no deberían haber importado. Pero lo hicieron. Porque durante mucho tiempo había dado por supuesto que me veía como la amiga sosa y carente de interés, y que por eso apenas se había molestado en hablar conmigo en otras ocasiones. Ahora, aquí, se abría una nueva y emocionante posibilidad: que me deseaba de verdad.

Miranda

Me giro al oír unos pasos detrás de mí en el sendero. Es Julien: se sujeta una toalla alrededor de la cintura y va resbalando en el barro con los pies descalzos.

—He cometido un grave error —dice en un tono de «vamos a ser adultos»—. Sé que he cometido un grave error. Pero es que he estado muy estresado.

—Perdona —digo—, ¿que has estado muy estresado?

—Sí. Es que... un acuerdo salió mal. Y metí a Mark en él. No le ha hecho ninguna gracia.

Pienso entonces en lo que Mark me dijo la primera noche, cuando me sujetó con fuerza. La referencia al «secretito vergonzoso» de Julien. En aquel momento, me pareció extraño que eligiera esas palabras para definir lo que había hecho Julien. Pensaba que se refería a la venta de información privilegiada, pero ahora lo entiendo.

—Él lo sabía —digo—, ¿verdad? Lo tuyo con... —no soy capaz de pronunciar su nombre— ella.

—Se me escapó algún comentario, cuando estaba muy borracho. Me sentía tan culpable... Quería su consejo. Él es... era... mi mejor amigo. Y ahora me está amenazando, Manda.

Se le ve ridículamente avergonzado. En estos momentos lo detesto con todas mis fuerzas. No solo por lo que ha hecho, sino por su cobardía y su patética autocompasión.

—Todo esto —digo— te lo has buscado tú, imbécil de mierda. Todo esto ha

pasado porque siempre quieres un poco más. Siempre piensas que tienes derecho a una tajada más grande. Tenía que haberlo visto venir de lejos. Por supuesto ibas a tener una aventura. Aunque bajo ningún concepto habría pensado en Katie. Creía que tenías mejor gusto.

Entonces hace una mueca, tuerce el gesto y, durante un momento surrealista, pienso que, de hecho, está a punto de defenderla. Queda claro que se lo piensa dos veces. Lo conozco demasiado bien; está más preocupado por salvar el pellejo.

—Me sedujo, Manda.

Se me pone la piel de gallina.

—No me llames así, cabrón —siseo.

—Disculpa. Pero quiero que quede claro. Todo lo buscó ella. Creo... creo que tenía un plan, desde el momento en que me vio sentado en ese bar. Creo que supo, en cuanto me miró, en el estado en que me encontraba, que sería incapaz de resistirme. No me quedó otra. Fue como aquella vez en Ibiza.

—¿Qué pasó en Ibiza?

—Oh, mierda... —Se ve claramente que se arrepiente de haber pronunciado esas palabras. Se frota la cara con la mano—. Ya puestos, mejor que lo sepas. Esas vacaciones a las que fuimos todos. La última noche. Se me acercó. Fue... una locura. Yo estaba un poco borracho y te echaba de menos... Era como una mujer poseída, Manda, lo siento. Se me echó encima.

Me lo quedo mirando mientras la bilis me sube a la garganta. Ibiza. Mientras yo estaba en el funeral de mi abuela..., él se acostó con mi mejor amiga. No hacía mucho tiempo que habíamos empezado a salir, mucho antes de casarnos, lo cual empeora la situación, significa que ese secreto asqueroso ha estado entre los tres durante todos estos años. Queda claro que Julien se arrepiente de habérmelo contado. Hace una especie de gesto de barrido con la mano, como si intentara borrarlo de la vista, y dice:

—Pero... lo que intentaba decir es que no quería que pasara nada de todo esto.

Casi tendría su gracia, pienso. Verlo flaquear, cómo él mismo se cava su propia tumba. Sería divertido, sí, si no fuera mi marido, el hombre al que he dedicado más de una década, toda mi juventud, y si yo no fuera el blanco de esta broma en concreto.

—De todos modos —se apresura a añadir, viendo sin duda el asco y la absoluta incredulidad en mi rostro—, cuando nos encontramos por casualidad en ese bar... Creo que vio que estaba en horas bajas. Tú me tratabas con desdén. Apenas me hablabas. Me sentía un fracasado absoluto, una decepción. Ella me hizo sentir... deseado, deseable. Intente ponerle freno. Fui a su apartamento al día siguiente para decirle que lo dejáramos correr. Pero ella no lo permitió. Fui muy débil, ahora lo veo. Katie era como una adicción de la que no podía desengancharme...

Levanto una mano.

—¿Qué guion estás leyendo, Julien? ¿Me tienes tan poco respeto que piensas que me voy a tragar esta mierda patética y estereotípica?

Hace un débil gesto de súplica con las manos.

—Solo estoy tratando de explicarme...

—Bueno, no va a servir de nada. ¿No lo ves? No me creo nada de los rollos que me cuentas.

Pienso que, si tuviera un arma, le mataría ahora mismo. Si supiera la combinación de ese almacén de rifles, creo que sería muy difícil impedirme coger uno, regresar a la sauna y pegarles un tiro a los dos. ¿Existen todavía sentencias más benévolas por los crímenes pasionales? Ahora mismo, me parece que cualquiera vale la pena. Nadie engaña a Miranda Adams de esta manera.

No tengo rifle. Pero quizá el arma que sí tengo sea más potente que

cualquiera otra.

La venta de información privilegiada. Estoy implicada, por supuesto. Pero puedo conseguir un buen abogado. Mis padres me ayudarán. Y por negativo que resulte para mí, será una fracción minúscula de la mierda que le caerá a Julien encima. En estos momentos, me parece que vale la pena.

—Lo cierto —digo— es que sé lo que voy a hacer. Voy a conectarme a tu puto wifi y a enviar un puñetero mensaje de correo electrónico ahora mismo. Me bastará con pulsar un botón. Un simple clic. No tengo profesión, pero tengo amigos, Julien, tú también los conoces. Olivia, ¿sabes que ahora está en *The Times*? ¿O Henry, mi ex de antes de la universidad? Ahora está en el *Mail*... Me imagino el titular que te dedicarán. Y, ¿sabes qué?, creo que yo podría salir bastante bien parada.

Retrocede un paso. Tiene el rostro en sombra. Apenas distingo sus facciones, y mucho menos su expresión. Y no es la primera vez que pienso, pero ahora con mucha más razón: «No conozco a esta persona de nada. No sé de qué es capaz».

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

Regreso al despacho. Doug está sentado y estoy a punto de contarle lo que he escuchado cuando suena el teléfono.

—¿Diga? —respondo.

—Hola, Heather, soy la inspectora jefe Alison Querry.

—¿Han encontrado la manera de llegar hasta aquí? —Noto la mirada de Doug.

—Bueno, todavía estamos en ello —responde Querry—. La previsión apunta a que en las próximas horas amainará la nevada y entonces podremos hacer un intento con un helicóptero. Pero hay algo más. Quiero informarle de que, por desgracia, me envían a otro destino: el inspector jefe John MacBride me sustituirá. Huelga decir que es muy competente. Se lo paso ahora mismo.

Las ideas se agolpan en mi mente. Alison Querry es quien lleva la investigación del Destripador de las Tierras Altas. Si ha sido relevada de este caso, significa... Apenas presto atención al inspector jefe John MacBride mientras se presenta. Estoy buscando en Google con una mano «Destripador de las Tierras Altas», y luego en la pestaña de noticias. Los titulares me asaltan desde la pantalla: «Sospechoso detenido en un escondrijo de Glasgow», «Redada en la guarida del Destripador en Glasgow», «Destripador derrotado». Han encontrado a alguien. Glasgow está a más de dos horas en coche, más incluso en estas condiciones inclementes. Esto solo puede

significar una cosa. Si han encontrado al hombre que mató a esas otras mujeres, no puede tener nada que ver con este homicidio en concreto. Fue otra persona. Fue alguien que está aquí.

Katie

Un día antes

Año Nuevo de 2019

Julien regresa a la sauna. En la penumbra me doy cuenta de su aspecto absurdo: totalmente desnudo, con la polla encogida por el frío y los pies embarrados. Y durante unos instantes, tal vez con la mayor fuerza desde que empezamos a vernos, me pregunto: «¿Qué estoy haciendo?».

¿Todo esto ha sido por Julien? ¿Por el anhelo secreto que he albergado por él durante todos estos años? ¿O también tiene que ver con Miranda? Nunca habría sido capaz de reconocerlo, antes no. Pero a pesar de mis remordimientos, cuando la he visto allí de pie, contemplándonos horrorizada, a pesar de la vergüenza..., ¿no había algo más? ¿Un pequeño atisbo de *Schadenfreude*? El tener, por una vez en la vida, ventaja sobre ella.

Me gustaría comentar que en un principio fui a la sauna para entrar en calor después del horrible baño gélido en el lago, sin ningún plan en mente. Llevaba allí unos diez minutos cuando llamaron a la puerta.

La abrí y vi a Julien. Me sonrió, entró rápida y furtivamente y enseguida empezó a quitarse la ropa.

Sentí un escalofrío de emoción. De anticipación.

—Todo controlado —dijo—. La he metido en la cama, está noqueada. Mark se ha desmayado en el Lodge y Emma está de nuevo en su cabaña. Solo estamos nosotros. De hecho, iba camino de tu cabaña cuando he visto la luz de aquí encendida y he pensado... vaya, qué buena idea.

—¿Y si Miranda se despierta y ve que no estás?

—No va a ir a ninguna parte. Así que será como anoche. Le diré que he salido a dar un paseo.

A veces la velocidad con la que suelta mentiras me ha hecho sentir incómoda.

—¿Y crees que se lo va a tragar? Julien, son las tres de la mañana.

—Sí, ya lo sé. Pero... ella sabe que he tenido muchos asuntos en mente últimamente.

—¿Lo que te gustaría compartir conmigo, pero no me puedes contar?

—Sí, eso.

No sé por qué me dolía que se negara de forma persistente a contármelo.

—Parece que últimamente hemos compartido muchas cosas —dije—. No entiendo por qué no quieres hablarme de ese asunto en concreto.

—No quiero que sea una carga para ti —contestó—. No tienes necesidad de saberlo. Tal como te dije, si te lo contara, te convertirías en culpable por asociación, en cómplice.

—Pero soy culpable.

—Lo sé... —repuso, y me buscó con sus brazos, no sin antes mirar de reojo como si alguien pudiera ver algo a través de las contraventanas cerradas—. Deliciosamente culpable.

—Julien, ¿qué estás...? ¿Pensaba que habíamos acordado...?

Silenció mi protesta con su boca. Me recorrió los brazos con las manos, luego me las pasó por la espalda, y me sujetó las nalgas por abajo para alzarme de tal manera que no me quedó más remedio que envolverle la espalda con las piernas. Toda mi resistencia había desfallecido en un instante.

—Eso fue antes —dijo—. Eso lo acordamos antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de que me diera cuenta de que estoy totalmente obsesionado por ti.

Estas últimas semanas durante las que no nos hemos visto... Las Navidades en casa de los padres de Miranda...

—El sentimiento de culpa me corroe —dije—. Me corroe físicamente. En el tren me han entrado ganas de vomitar, y he tenido que ir al lavabo.

Aunque, a decir verdad, podía deberse a lo que he descubierto esta mañana.

—Pobrecita Katie.

—No, no me vengas con esas. No podemos seguir así. No es justo para Miranda.

Julien asintió.

—No es justo para Miranda —convino—, por eso creo que deberíamos decírselo. —Abrí la boca para protestar, pero él negó con la cabeza—. Escúchame. Éramos muy jóvenes cuando empezamos a salir. Ella parecía tan segura de sí misma... Era despampanante. Yo quería un poco de su brillo. Y sí, me parecía que estaba buenísima. Pero luego, con los años..., todo eso fue desapareciendo. Todo lo que ella quería cambió. No quería ser ni hacer nada extraordinario. Solo quiere cosas, continuamente: vacaciones, y ropa, y un coche nuevo, y, bueno, un bebé. ¡Pero odia a los niños! Estoy tentado de pensar que quiere un hijo porque los demás lo tienen, porque es uno de los «objetivos de la vida». Sin embargo, contigo, Katie..., todo es distinto. Es más complejo. Más profundo. Mucho más... libre.

Pensé en el pequeño signo positivo del test del embarazo. Esperaría, pensé, ya encontraría el momento adecuado.

—Tú sabes quién eres. Tienes una profesión, una vida. No me necesitas para validar tu identidad.

Sentí una extraña oleada de compasión inesperada por Miranda: llevaban juntos diez años. ¿En qué mundo eso no se consideraba profundo? Pero más allá de la compasión, a pesar del sentimiento de culpa..., sí, me di cuenta de

que subyacía un placer oscuro y complejo. Tantos años jugando de copiloto, de segundo violín, de actriz suplente, y ahora, por fin, la superaba en algo.

Doug

Se ha despertado por algo. Tiene el cuerpo alerta, siente un hormigueo, su cerebro se esfuerza por volver en sí. Ha sido arrancado del aturdimiento agitado provocado por el whisky, el corazón le late a toda velocidad. Mira en derredor. Está rodeado de cristales rotos. Pero ahora recuerda... Antes de perder el sentido había lanzado el vaso al televisor y disfrutado del sonido que emitió al hacer añicos la pantalla. Disfrutó del hecho de que ahogara brevemente el sonido de la fiesta de los clientes en el Lodge, de la música a todo trapo. Ridiculizando su propia «celebración»: una botella de whisky puro de malta y el deprimente espectáculo de la felicidad de otros en pantalla. Acto seguido, había apurado las últimas gotas directamente de la botella y, por fin y por suerte, había sucumbido a la inconsciencia.

Pero ahora algo le ha despertado. Una llamada a la puerta, que ha sonado como el disparo de un rifle.

Se queda quieto y aguza el oído como un animal.

Vuelve a sonar.

No se lo ha imaginado. Busca el reloj a tientas. Son las cuatro de la mañana. ¿Quién puede necesitarle a estas horas? Heather, piensa, de un modo incoherente. Quizá necesite algún tipo de ayuda.

Abre la puerta, mira al exterior con ojos de sueño. Es ella, la clienta, la guapa. Lo que pasa es que tiene un aspecto... horrible. Sigue estando guapa con un vestido largo y dorado, pero se la ve desastrosa: el vestido rasgado; la cara manchada de maquillaje; el carmín de los labios convertido en una mancha alargada en la mejilla.

—Hola —dice , tambaleándose ligeramente—. Disculpa, espero no abusar demasiado de tu amabilidad.

Él está borracho, pero ella todavía más. Cuando Doug cae en la cuenta, se siente más sereno.

La mujer mira con curiosidad lo que hay detrás de él.

—Vaya —dice—. Esto está muy vacío. Es muy... minimalista.

—No puedes entrar —dice él. Intenta impedirle el paso con su cuerpo, pero ella se escurre al interior.

—¡Pero si he traído champán! —Muestra una botella abierta. Dom Pérignon, la marca más pija—. No vas a dejar que me beba el resto sola, ¿verdad que no? —A medida que se acerca a él, se da cuenta de que la calidad ahumada de su perfume está contaminada por algo amargo y pestilente.

Se siente como un animal, acorralado en su guarida, en su espacio privado y seguro. Ella da un paso adelante, le toma la cabeza entre las manos y le besa. Su boca es un concentrado de acidez, pero también de ese toque de perfume ahumado, que parece envolverle. Tiene la lengua habilidosa, y ha encajado su cuerpo con el de él. Hace mucho tiempo. Nota cómo el deseo brota de él, aunque le violente el enfado que siente por la interrupción. Ella va en busca de su bragueta, le baja la cremallera y le introduce la mano. Los dedos se le enredan en su vello.

—No —dice él mientras se le va despejando la mente.

Ella se separa haciendo una mueca.

—¿Cómo?

—No —repite él.

—¡Que te den! No me digas que no te apetece. Se nota un montón que sí.

—Puedo... ofrecerte una taza de té —dice, aunque no tiene ni idea de si ahora mismo dispone de los medios para prepararlo.

Ella se echa a reír y se tambalea sobre los tacones brillantes antes de

fruncir el ceño.

—Va a ser que no —contesta. Entonces lo señala—. Sé que te apetece. He visto cómo me miras. En esa cena..., ayer, y también durante la cacería. No me vas a engañar. —Está furiosa, colérica, y le clava el dedo en el pecho mientras habla—. Pero estás demasiado asustado. ¿Sabes lo que eres? Eres un puto cobarde.

Esas palabras... Siente cómo la rabia y el dolor crecen en su interior, como la otra vez. Siente la marea roja de su ira inundándolo todo, y algo dentro de él se suelta, se suelta... y se desata.

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

—Era la policía —le digo a Doug—. Han encontrado al Destripador de las Tierras Altas. A kilómetros de aquí, o sea que no parece que tenga nada que ver con nosotros. Debe de haber sido alguien de aquí.

Mientras lo digo, oigo la verdad que encierra este hecho por primera vez. Se hace realidad. Está aquí.

—Y acabo de oír una cosa mientras estaba en el baño... —Me callo al ver la expresión de Doug—. ¿Doug? —Me lo quedo mirando—. ¿Estás bien?

Camina de un lado a otro delante de mi escritorio, frotándose la mandíbula una y otra vez, con tanta fuerza que la piel de debajo de la barba incipiente se le enrojece y pela, aunque parece que el resto de la cara se le ha quedado blanca. Tiene los ojos negros e inescrutables. Es como si se tomara todo esto de un modo curiosamente personal. Entonces caigo en la cuenta de que tiene mal aspecto desde esta mañana; me he percatado, pero realmente no he tenido la oportunidad de pensar en ello. Me parecía natural, después de haber encontrado el cadáver.

—¿Doug? —Se vuelve hacia mí, pero da la impresión de que apenas ha oído la pregunta—. ¡Doug! —Chasqueo los dedos delante de su cara, le obligo a centrarse en mí—. ¿Qué pasa? ¿Ahora qué?

Menea la cabeza durante varios segundos y entonces habla de forma precipitada.

—Hay algo más. No te lo he contado todo.

Dios mío... Me preparo para lo peor.

—¿De qué se trata?

—Aquella noche, poco después de que consiguieras este trabajo —dice—, cuando oíste el grito... ¿Te acuerdas?

—Sí —contesto. Tengo todavía grabado ese sonido en la memoria.

—Bueno, pues no fue un zorro. —Hace una mueca—. Fue un grito. Fui yo.

Pienso en las primeras impresiones que sentí al oír el ruido, que parecía emitido por una persona que sufría una agonía muy honda.

—Oh, Doug...

—Tengo... episodios... Hay veces que no recuerdo lo que he estado haciendo. Me despierto en lugares extraños sin saber cómo he llegado a ellos. Aquella noche, por ejemplo..., no fui consciente de haber gritado. Cuando recuperé la conciencia, estaba donde los árboles que hay junto al lago, así que pensé que debí de ser yo el que había lanzado ese grito.

No quiero continuar escuchando. Pero hay algo más... Sigue hablando, sin parar.

—En Nochevieja... —Se pasa la mano sana por el pelo alborotado, con un gesto nervioso que le he visto hacer muchas veces en las últimas horas—. Bebí mucho..., eso lo recuerdo. Y... —Hincha los carrillos sin mirarme a los ojos—. Estaba enfadado. Así que bebí todavía más. Creo que perdí el conocimiento. Y luego hay un intervalo de tiempo que está... en blanco.

En blanco.

Al final, me mira a los ojos. Su expresión es la de un hombre que se encuentra en una situación desesperada.

Katie

Un día antes

Año Nuevo de 2019

Tengo que ir a hablar con Miranda. No, esto no es una crisis de conciencia tardía. Ahora no tiene sentido disculparse, es muy tarde para eso. Si de verdad lo lamentara, lo habría parado hace mucho tiempo. Lo que pasa es que ahora he visto la reacción de Julien ante la situación: su cobardía al salir corriendo tras Miranda y, seguro que le ha suplicado y que luego ha vuelto fingiendo que no, por lo que he lamentado de verdad por primera vez mi historia con él. Se me ha caído la venda de los ojos.

Pero quiero tener una oportunidad de explicarme. Quiero decirle que no planeé nada de todo esto, que no lo hice a propósito para hacerle daño, al menos no de forma consciente. Que esta aventura, porque en esto es en lo que se convirtió, me arrastró como una corriente de resaca. No quiero justificarme, porque sé que no hay excusa por hacer algo tan terrible a una de tus mejores amigas, pero me parece importante decir estas cosas.

También estoy un poco preocupada por ella. Parecía tan fuera de sí, tan borracha, ahí de pie con el vestido dorado manchado y rasgado, como una especie de diosa vengativa caída. Ahora hace muchísimo frío, no me había dado cuenta de que podía incluso bajar más la temperatura, y Miranda no llevaba más que una capa fina de seda, e iba prácticamente con los pies al aire con esos tacones ridículos. No cometerá ninguna estupidez, ¿verdad? No.

Estoy prácticamente segura de que no es el estilo de Miranda. Ella querría hacernos daño a nosotros, no hacérselo ella.

De repente me siento expuesta ahí fuera. La oscuridad me envuelve, fantasmagórica, inescrutable. El único movimiento que veo es mi aliento que despide pequeñas volutas de vapor. Se me acaba de ocurrir que Miranda podría estar en el exterior como yo, observándome desde algún lugar escondido. Pienso en esa sala de antes, la de los rifles. Tengo que mantener la serenidad. En estos momentos, no me extrañaría nada de lo que ella hiciera. Como amiga es capaz de ser mala. La idea de tenerla como enemiga me resulta francamente aterradora.

Llamo a la puerta de su cabaña. No hay respuesta. Alzo la vista hacia las ventanas oscuras y me la imagino mirando por ellas, observándome, sonriendo para sus adentros.

—Miranda —la llamo—, tenemos que hablar. La cabaña me devuelve una mirada inexpresiva, como de burla—. Tengo que contártelo todo —digo. Mi voz parece resonar en el silencio, las reverberaciones vuelven a mí desde la distancia, desde las montañas que nos rodean—. Estaré esperando en mi cabaña, por si quieres hablar.

No hay respuesta. Silencio, como un aliento contenido.

Cuando regreso a mi cabaña, me encuentro a Julien envuelto en una toalla, sentado, acurrucado en el sofá, bebiendo directamente de una botella de whisky escocés. Creo que es la que los del Lodge nos han dado como regalo. Yo no la había tocado, pero ahora está más que medio vacía.

—Julien. —Intento quitarle la botella, pero él se aferra a ella, como un niño a un juguete—. Julien, deja de beber, vas a matarte si sigues haciéndolo.

Menea la cabeza.

—Ella me matará antes. Me quitará todo el fruto de mi trabajo. Me destruirá... No lo entiendes.

Es la viva imagen del patetismo, enroscado en la toalla. De repente, siento casi repulsión por él. Su pecho ancho y musculoso me parece ridículo. ¿Quién tiene un cuerpo así a no ser que sea todo vanidad? Antes me había parecido exótico, tan distinto a los hombres con los que había estado. Y el halago que implicaba que yo le gustara... Quizá eso era lo que más me ponía del asunto. A lo largo de los últimos seis meses he podido pasar por alto las cosillas que me molestaban: su egoísmo después del sexo, que se fuera siempre corriendo a la ducha, tener que hacer las cosas siempre de un modo determinado, el hecho de que no respondiera a ninguno de mis mensajes durante varios días y luego montara en cólera si yo tardaba más de una hora en contestar a uno de los de él. La excitación de la situación —el subterfugio, las citas secretas y, sí, la calidad del sexo— habían hecho que todo eso me resultara aceptable.

¿Era esto todo lo que había?, me pregunto ahora mismo. ¿El verdadero origen de la excitación, más allá de la química o de la atracción física? ¿El hecho de alucinar al pensar en que me quería a mí y no a Miranda? ¿De verdad la envidiaba tanto? Sí, dice una vocecita. Tal vez sí.

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

Doug tiene razón. La situación no pinta bien para él. Da la impresión de que fue la última persona que vio viva a la víctima. Pero ahora me siento extrañamente convencida de su inocencia. No creo que fuera él.

Es curioso, hace un par de días sabía muy poco de Doug. No habría estado segura si confiar en él. Consideré la cantidad de noticias que he encontrado sobre él, el horror de los titulares, como un veredicto de culpabilidad. Pero, por algún motivo, desde sus confesiones desde la vulnerabilidad y la honestidad, tengo una impresión muy distinta. Se ha desnudado ante mí, me ha confesado sus secretos más vergonzosos y, aun así, en cierto modo creo que no puedo juzgarle con excesiva dureza por ellos.

Por no hablar de la conversación que he oído por casualidad en el pasillo. Por lo menos dos de los clientes pueden no ser tan inocentes como parecen. Ojalá no hubiera hecho caer el dichoso cuadro, porque habría podido escuchar más.

Entro en el salón y todos alzan la vista.

—¿Ha llegado ya la policía? —pregunta la mujer llamada Samira, subiéndose al bebé a la falda. ¿Acaso era su voz la del pasillo? No estoy segura. Ella fue quien nos avisó de la desaparición, de hecho. Pero eso no significa nada en realidad.

—No —digo—, aunque esperan que esta tarde esté más despejado.

Asiente abatida. Todos me observan, lo sé. Daría cualquier cosa por invertir la situación, de forma que pudiera ser yo quien les observa a ellos, para descubrir alguna anomalía traicionera, algún indicio de culpa. Me acerco al hervidor eléctrico, sin pensarlo, para preparar más té, y veo que ya se nos ha acabado. Según cálculos aproximados, son unas cincuenta bolsas de té en un solo día. Hay más en el almacén. Me enfundo el anorak de plumas, el gorro rojo, las botas de montaña y salgo al mundo blanco, la nieve cruje bajo mis pies a cada paso.

Abro los portones del granero, que desprende un olor a polvo, virutas de madera y trementina. En un lado están todas nuestras provisiones: agua embotellada por si hay un corte de agua (ha ocurrido más de una vez), azúcar, paquetes de cápsulas Nespresso, rollos de papel de váter y paquetes de cerveza. Las pequeñas necesidades de la vida, incluso en este lugar.

Aquí es también donde tenemos las imágenes de la cámara del circuito cerrado de televisión de la entrada, que van proyectándose en una vieja pantalla de televisión. Existe tecnología mucho mejor actualmente. Podría, por ejemplo, hacer que me llegara en *streaming* al ordenador del despacho, pero el jefe es muy tacaño para ciertas cosas. Echo un vistazo al monitor: se ve el sendero. Hay tanta nieve que la imagen apenas tiene definición, todo lo que aparece es blanco.

Al otro lado está el equipamiento para la caza de animales: la ropa de camuflaje, las botas de montaña, los prismáticos. La hilera perfecta de rifles de caza. La precisión militar de Doug.

Salvo...

Parpadeo y vuelvo a mirar. Hago el recuento.

Salvo que parece que falta uno de los rifles. Uno de los soportes está vacío. Creo que normalmente hay diez. Y ahora solo quedan nueve.

Pongo la radio, que sigo llevando en el bolsillo de la chaqueta. Paseo la

mano por encima del botón de transmisión... Estoy a punto de llamar a Doug, de preguntarle si hay algo que justifique esta falta. ¿Ha cogido alguno de los rifles para algo? Entonces me paro a pensar: «¿Puedo fiarme de él?». Debería hacerle saber que me he dado cuenta. Porque quizá ya es consciente que falta un rifle. Quizá fue él quien lo cogió.

Al fin y al cabo, solo pudo hacerlo alguien capaz de acceder al almacén, lo cual descarta a los clientes, ya que solo hay dos personas más, aparte de mí, que saben la contraseña. Y la otra salió de la finca el día de Nochevieja por la tarde para pasarla con su familia.

Intento decidir qué hacer. No se trata precisamente de un pensamiento tranquilizador, pero se me ocurre que ni siquiera estoy segura de que Doug necesite coger un rifle de estos, creo que tiene uno propio. Tal vez siempre haya habido nueve rifles. Me froto los ojos doloridos, arenosos por la falta de sueño. Qué cansada estoy, qué cansada. Quizá estoy conjurando quimeras que son fruto de mi imaginación.

Cojo la caja grande de té. Decido no decirle nada a Doug sobre los rifles. Pero, de todos modos, lo tendré en mente. Por si acaso. Mientras paso por delante del monitor del circuito de televisión cerrado, lanzo una mirada a la pantalla que muestra la escena nevada imperturbable: la vista desde la entrada. Nuestras grabaciones deben de contarse entre las que menos incidentes tienen en todo el Reino Unido. Es como si mostraran una imagen fija, de no ser por los copos de nieve que caen cansinamente al otro lado del objetivo, mientras los segundos van pasando en la esquina superior derecha. Una escena idéntica a la que vi cuando busqué indicios de la clienta desaparecida, y no vi más que una fotografía secuencial de nieve. Recuerdo haber avanzado a cámara rápida por todos los fotogramas: nada, nada, nada, mareada por la falta de cambio. Y, aun así, una aceleración repentina del pulso, cuando mi cuerpo parece comprender algo incluso antes que mi cerebro

lo procese. Nada. Pero ¿no debería haber... algo? ¿No debería haber visto, por ejemplo, la furgoneta roja, la de Iain, saliendo de la finca el día de Nochevieja? Se marchó por la tarde: eso es lo que siempre supuse. Es lo que le conté a la policía.

Pero no le vi irse...

Entonces debe de estar aquí. En algún lugar, en la finca. Es la única explicación.

Mi radio emite interferencias. Es Doug.

—¿Dónde estás? —pregunta.

Pienso en la luz que vi en Nochevieja, recorriendo la ladera del Munro, en dirección al viejo Lodge.

Pienso en el otro refugio viable de la finca, donde ni Doug ni yo nos molestamos en mirar porque nadie va allí; más que nada porque está cerrado con llave. De repente sé a dónde tengo que ir. Pienso en lo mucho que Iain ha insistido siempre en que «nunca me acerque allí» debido al peligro. Pienso también en que me dijo que no dejara que los clientes salieran al exterior por la noche.

—Heather, ¿estás ahí? —La voz de Doug resuena en el silencio del granero. Parece realmente preocupado—. ¿Estás bien?

—Sí —contesto—. Vuel... vuelvo enseguida. —Me guardo de nuevo la radio en el bolsillo.

Probablemente sea una estupidez. Sé que lo más sensato sería quedarme quieta, en la calidez y seguridad del Lodge. Pero estoy harta de no hacer nada. Y no me refiero solamente a estos últimos días. Porque, en realidad, llevo mucho tiempo sin hacer nada, huyendo, escondiéndome de todo. Ahora se me presenta la oportunidad de demostrarme algo.

He salido bien equipada del almacén. Unas botas de montaña más robustas, unos prismáticos, una navaja suiza. Llevo el móvil en el bolsillo, aunque realmente solo me sirve de linterna, a no ser que consiga cobertura en la cima de la montaña. No me he molestado en ponerme ropa de camuflaje, porque, yendo por la nieve, resultaría tan visible como cualquier otra. Ah, también me cuelgo un rifle al hombro. Solo he disparado una vez en mi vida, y no voy a engañarme diciendo que me resultó fácil. Pero es mejor que nada. Funcionará como elemento disuasorio o como arma.

Mientras camino, hago balance de lo que sé de Iain. No mucho, es la respuesta. Ni siquiera conozco su apellido. Él ha mencionado a «su mujer» un par de veces, pero nunca la he conocido. Tampoco soy capaz de recordar, al evocar una imagen de él, si lleva anillo de casado, pero es que tampoco recuerdo sus facciones. En general, cuando ha estado aquí, me ha parecido parte del paisaje. Se ha dedicado a hacer su trabajo sin consultar nada conmigo, siguiendo, tal como he supuesto, instrucciones directas del jefe.

La verdad es que la nieve está más espesa en la ladera del Munro. Resbalo y me caigo varias veces, la pendiente es demasiado pronunciada para mis botas de montaña, incluso estando todavía tan abajo. Estoy haciendo justo lo que desaconsejamos a nuestros clientes: salir sin el equipamiento adecuado. Por lo menos llevo la radio en el bolsillo, por si me hace falta.

Respiro hondo. Hace tiempo que no he subido hasta aquí.

Las ruinas y el bloque que queda en pie me parecen especialmente oscuros en contraste con la nieve recién caída. Odio este lugar. Huele a quemado y a muerte. Huele a todo aquello de lo que he huido. Bueno, pues ya no pienso seguir haciéndolo.

—¿Heather? Heather... ¿Dónde estás? Ha pasado casi una hora —oigo la

voz de Doug por la radio.

Hay un atisbo de pánico en su tono, algo que nunca había captado, ni siquiera cuando me habló de su pasado, que me incita a responder.

—Estoy... fuera.

—¿Por qué? ¿Qué estás haciendo? —Lo noto enfadado.

—Solo quería explorar un poco más, eso es todo. Se me ha ocurrido una idea.

—Por el amor de Dios, Heather, ¿te has vuelto loca? Dime exactamente dónde estás. Voy a ir a buscarte.

—No —le digo—. Tienes que quedarte con los clientes.

Antes de que responda, corto la comunicación. Necesito concentrarme.

La puerta del establo está cerrada con llave, tal como siempre, la pantallita del panel de la contraseña parpadea. Queda totalmente fuera de lugar ahí, enclavada en la piedra antigua. En una ocasión, justo al principio, Iain me dijo que la estructura del edificio no era segura, que podría desplomarse en cualquier momento, y entonces acabaríamos inmersos en la pesadilla que supone un juicio. «El jefe quiere asegurarse de que no entra nadie —dijo—. Ni te acerques. No queremos que los clientes se metan aquí, se les caiga el techo encima y acaben muertos.»

Siempre me ha gustado estar lo más lejos posible de este lugar. Nunca me he acercado al viejo Lodge si no ha sido necesario. Cuando buscábamos a la clienta desaparecida, subimos hasta aquí. Intenté abrir la puerta, noté la resistencia férrea de la cerradura contra la mano y me marché corriendo. O sea que ahora es la primera vez que me planteo por qué nunca me han dado la contraseña. En su momento, vi la puerta cerrada y supuse que significaba que era imposible que la clienta estuviera en el interior.

De repente, me parece un secreto que he tenido delante de las narices todo este tiempo y que nunca me he parado a mirar, de lo ensimismada que estaba

en mi mundo interior, en el largo legado de mi dolor. Si yo no hubiera estado así, ¿habría muerto esa mujer? Aparto ese pensamiento de mi mente. No vale la pena pensar en eso ahora.

No puedo forzar la puerta: es un armatoste antiguo, pesado, de roble, y el cerrojo no cede lo más mínimo cuando empujo. Si empujo demasiado fuerte, temo acabar derribando el edificio sobre mi cabeza. Por eso lo rodeo hasta la parte posterior. Todas las ventanas están entabladas, impenetrable.

Ah, pero ahora que miro, veo que uno de los tablones de la parte superior está un poco suelto. Hay un hueco oscuro entre un tablón y el siguiente. Si me coloco encima de una de las rocas, quizá lo alcance. Me encaramo a una de las rocas caídas, saco la navaja suiza del bolsillo, abro los alicates y los utilizo para sujetar un extremo del tablón. La roca encima de la que estoy se mueve de forma peligrosa y el rifle me golpea el cuerpo. Me lo quito del hombro. Estoy convencida de que el seguro está puesto, pero, de repente, me asalta la visión de que resbalo y el arma se dispara.

Muevo los alicates hacia uno y otro lado empleando todas mis fuerzas, hasta que noto que el tablón empieza a ceder. Con un ¡pop! sale un clavo disparado y el tablón cae hacia abajo y deja abierto un hueco de la longitud de mi brazo. A partir de aquí, resulta fácil arrancar los tablones adyacentes para dejar unos noventa centímetros cuadrados de espacio. Atisbo al interior, sujetando con las manos el saliente de la plancha de debajo. Hay un olor a moho, y sí, apenas discernible, el olor a quemado de hace un siglo. ¿Es posible o es fruto de mi imaginación? Distingo muy poco, pero lo que veo es que el espacio no está vacío. Hay algo en el centro de la estancia, una pila de alguna cosa. Bajo y saco el teléfono, activo la linterna. Durante unos instantes, tengo una impresión muy fuerte de ser observada. Miro en todas direcciones, pero no veo más que el caparazón blanco e impoluto de la nieve, salvo por mis propias pisadas.

Probablemente, no sea más que el silencio que reina aquí arriba. Es el efecto que surte el viejo Lodge. Tiene presencia propia.

Enfoco el haz de luz hacia lo que hay en el centro de la estancia. Ahora lo veo, pero no acabo de entender qué es. No es un solo objeto, sino varios: un montón tambaleante de paquetes, bien envueltos con papel film, cada uno del tamaño aproximado de un paquete de azúcar.

De hecho, el contenido, que se ve abultado bajo el envoltorio transparente, se parece un poco al azúcar: una sustancia blanquecina. Y entonces caigo en la cuenta. De repente estoy convencida de que el contenido de esos paquetes es algo muy distinto y mucho más valioso que el azúcar.

Como en una pesadilla, oigo las pisadas tras de mí.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba? —Educado, en un tono coloquial.

Me caigo del susto y mis manos van a parar a la madera áspera, las astillas me rasgan la piel. Las piernas apenas me sostienen; de repente me flaquean de miedo. Intento coger el rifle y oigo más que siento el fuerte crujido de algo que me golpea en la nuca. Pierdo la visión, como cuando se sopla una vela.

Cuando me despierto, tardo varios segundos en ver bien, y entonces distingo una silueta que se cierne sobre mí. Al comienzo ni siquiera le reconozco debido al dolor aturdidor que siento en la cabeza y a por cómo va vestido: un enorme anorak de plumas, incluso mayor que el mío, que le hace aparentar casi el doble de volumen. Tiene el rostro irritado por el frío, los labios amoratados. Parece alguien que ha estado durmiendo a la intemperie. Pero es Iain.

—No lo entiendo —digo, como una estúpida—. Pensaba que estabas en tu casa. ¿Dónde has...? —Me callo porque veo que lleva un arma. La sujeta con cierta despreocupación en ese momento, pero la sopesa entre las manos. Estoy

convencida de que el gesto es para demostrarme su habilidad con ella, y lo sencillo que le resultaría levantarla y apuntarme.

—Te dije que no subieras hasta aquí —dice—. Te dije que te mantuvieras lejos.

—Porque dijiste que no era seguro —respondo.

—Precisamente. No es seguro, como puedes ver.

—Me dijiste que no lo era por el edificio, porque podía derrumbarse. No porque... —No sé cómo expresarlo, si corro peligro o no al decirlo: «No porque aquí haya algo que no quieres que vea».

—Sí. O eres menos tonta de lo que yo pensaba... o mucho más. Estoy intentando decidir el qué. Probablemente sea la segunda opción.

¿Por qué... por qué... no esperé a la policía, y les conté mis sospechas? Soy una estúpida. Más que eso, ni siquiera le dije a Doug adónde iba. «Porque sabías que te impediría venir.» He sido una perfecta idiota. Todo esto, de repente, me parece una misión suicida. Y me asalta esa idea... ¿Ha sido así? Pienso en la inconsciencia que he contemplado en el pasado: las pastillas, el puente. Me he pasado mucho tiempo pensando en que quizá la muerte no fuera una solución tan mala. Pero ahora, y quizá se trate de algún instinto animal bien arraigado, descubro de repente que quiero vivir.

—Mira —digo, intentando sonar tranquila y razonable—. Vamos a fingir que no he visto nada de esto. Me marcharé y será como si nunca hubiera pasado.

Se echa a reír.

—No, me parece que no podemos hacer tal cosa.

Me lo quedo mirando. Si no fuera tan horripilante, sería incluso fascinante, el cambio que se ha producido en este hombre, quien, desde mi punto de vista, parecía sencillo y simplón, incluso un tanto retraído. Pero me doy cuenta de

que no ha habido cambio, que él es así en realidad. Solo fingía ser otra persona.

Da un paso adelante y alarga un brazo. Yo me aparto con un respingo.

—Bueno —dice—, lo haremos así. —Alza el rifle. Me quedo rígida, se me tensa la piel, se me cierra la garganta de miedo, y pienso: «Se acabó. Va a matarme»—. Camina —me ordena—. ¿A qué esperas?

Me guía hacia el otro lado del bloque del establo. Con el rifle apuntando más o menos en mi dirección, se acerca al panel de la contraseña. Esta es la mía, pienso. Ahora es cuando puedo intentar echar a correr. Pero ¿hacia dónde? Estoy rodeada por un manto blanco que se extiende por todas partes. No se puede tener una mejor diana. Así que me quedo esperando mientras abre la puerta y me indica que me interne en la oscuridad.

Inmediatamente me doy cuenta de que hace mucho más calor aquí dentro de lo que esperaba. Veo que en una esquina tiene montado un generador.

—Qué detalle por tu parte que hayas pensado en mí —digo, fingiendo que tengo menos miedo del que en realidad siento.

Hace una mueca desdeñosa.

—¿Y qué tienes ahí? —pregunto—. Paquetes embalados y sujetos con una cuerda.

Hablo porque el hecho de hacerlo, el esfuerzo de no gritar, de articular las palabras, parece mantenerme más calmada.

—Exacto —responde Iain—. Y está claro que tu cabecita no debe preocuparse de lo que hay en el interior.

Pero necesito que siga hablando. Tengo que encontrar la manera de continuar con vida y, por el momento, distraerlo para que no me mate es el único as en la manga que me queda. No tiene sentido prometerle que no se lo contaré a nadie. No me creerá. Y con razón, probablemente.

Así pues, le pregunto:

—¿Esto es a lo que te has dedicado todo este tiempo? ¿Los trabajillos en la finca... no eran más que una tapadera? Me imagino que este negocio te resulta un poco más lucrativo.

—¿Te gustaría saberlo de verdad? —pregunta. Y entonces se encoge de hombros como diciendo «¿por qué no?», lo cual no tiene nada de bueno.

Si decide que no pasa nada si me lo cuenta, es porque está convencido de que no tendrá la oportunidad de decírselo a nadie más. No vale la pena que lo piense. Tengo que ganar tiempo. El tiempo es vida.

—Por si te interesa —continúa—, me gusta pensar en esto como en otro de mis trabajos. Levanto un muro de piedra de altura media con argamasa. Sé volver a encajar un cristal en una ventana en diez minutos. Y soy un... repartidor bastante bueno.

—Ya veo —digo, lentamente, como si estuviera fascinada por su genialidad—. Lo traes en el coche desde...

—Digamos que desde algún sitio —me interrumpe con falsa paciencia.

—Y lo guardas aquí, y luego... —Intento pensar más allá de la estridente alarma de pánico que resuena en mi cabeza. ¿Qué sentido tiene traerlo hasta aquí, a uno de los lugares más aislados del Reino Unido, desde el que no puede llevarlo a ningún otro sitio?

Y entonces me acuerdo de la historia del lugar. El viejo terrateniente insistió en que le construyeran su estación.

—Entonces lo metes en el tren.

Hace el gesto simbólico de quitarse el sombrero con la mano que le queda libre.

—Directo a Londres.

Sonríe, y la expresión le hace parecer de lo más siniestro. Me pregunto cómo es que en algún momento me pareció que era un tío normal y sencillo. Tiene aspecto de loco. Parece más que capaz de haber sido él quien

estrangulara a esa mujer. Sin embargo, todavía no le preguntaré sobre eso. Dejaré que siga hablando de su actividad como traficante.

Pienso en la radio. Ojalá pudiera alcanzar el botón de transmisión, así podría comunicarme con Doug. Podría mantener el dedo en el botón para que no haya ninguna respuesta delatora. Él lo oiría todo. Tal vez podría decir algo que le indicara dónde estoy exactamente.

—Directamente a Londres —digo—. Qué listo. Como el whisky en los viejos tiempos. Por supuesto, creen que el terrateniente estaba metido en esto, ¿lo sabías?

Iain no dice nada, pero me lanza una mirada significativa. ¡Claro! Caigo entonces en la cuenta, y es como un puñetazo en el vientre.

—¿El jefe también está metido en esto?

Iain no responde..., ni falta que hace.

Es como en los viejos tiempos: el terrateniente se lleva una tajada del whisky de contrabando. Y yo me he pasado el último año dedicándome a lo mío tan tranquila en la oficina, preguntándome si el jefe querría hacer más publicidad del Lodge... Por supuesto que no. El Lodge ha sido una buena tapadera para él..., pero si hubiera demasiados clientes, la gente podría empezar a fijarse en ciertas cosas.

He sido una completa estúpida. Deben de haberse estado riendo de mí todo este tiempo. La idiota de la oficina, sin saber lo que se cocía delante de sus narices.

—¿Y cómo lo llevas al tren sin que nadie se dé cuenta? —pregunto.

Me dedica otra miradita. Cómo no: el jefe de estación, Alec. Pienso en cómo se comportó cuando fui a merodear por allí, cómo se colocó frente a la puerta que conducía a su apartamento. Porque tenía algo que ocultar.

Doug, pienso. ¿Él lo sabe? ¿Acaso soy la única que se ha mantenido en la inopia? Podría haber sido una especie de *quid pro quo*: si haces la vista gorda

a los trapicheos de aquí, nosotros haremos caso omiso a tus antecedentes penales.

Si ahora me comunico con él por radio, ¿se limitará a ignorarme? Pero no querría que muriera, ¿no? Pienso en lo sincero y vulnerable que se ha mostrado cuando estábamos en el Lodge. Pero todo eso podría haber sido fingido. Porque lo cierto es, y ahora me doy cuenta, de que todo fue una breve fantasía. De hecho, no le conozco de nada.

Tengo que intentarlo, es mi única posibilidad. Con movimientos progresivos para no llamar la atención de Iain, voy subiendo la mano por mi cuerpo, en dirección al bolsillo. Él no parece darse cuenta. Está observando el arma como si fuera una mascota especialmente fascinante.

Deslizo la mano por el bolsillo, lenta muy lentamente. Rozo con los dedos la antena de la radio hasta encontrar la carcasa dura.

—¿Qué coño haces?

Tiene el rostro rojo de ira. Se coloca frente a mí con un par de pasos.

—Na... nada.

—Saca la mano del puto bolsillo.

Mete la mano dentro del anorak y me arrebató la radio. Se la mira un par de segundos, con una rabia muda, y entonces la arroja contra la pared con más fuerza de la que habría pensado que un hombre como él es capaz. Cae al suelo de piedra con estrépito, partida en dos.

Ahora viene a por mí con un rollo de cinta aislante y me sujeta como puede las muñecas y los tobillos, tan prietos que los huesos se rozan entre sí. Mientras está agachado junto a mis pies, compruebo la sujeción entre las manos. No las puedo mover ni un milímetro. Es como si las hubiera sujetado con una cadena de metal, porque la cinta aislante no cede ni lo más mínimo. Podría intentar darle una patada en la cabeza, pienso, mientras está agachado. Pero no estoy segura de tener fuerza suficiente en las piernas. Iain no es un

hombre corpulento, pero sí es lo bastante fuerte gracias a todos los trabajos que hace en la finca. Y si solo le hago un poco de daño, no lo suficiente como para que quede inutilizado, lo cual es lo más probable, me matará incluso más rápido.

Se levanta y se muestra orgulloso de su trabajo. Entonces se oye una explosión repentina y ensordecedora. Se lanza disparado hacia delante, con una expresión de sorpresa absoluta, y aterriza sobre mí mientras el rifle cae con estrépito al suelo. No veo nada porque lo tengo encima. Y entonces me doy cuenta de que tengo la parte delantera del anorak gris húmeda por culpa de la sangre oscura.

Miranda

Un día antes

Año Nuevo de 2019

Me cuesta creer que el guardabosques me haya rechazado. Qué humillante, había pensado que estar con él quizá me hiciera sentir un poco mejor.

El dolor de todo lo vivido me deja sin respiración. Me doblo hacia delante como si alguien acabara de darme un puñetazo en el vientre y me hundo en el suelo. La presión de los guijarros afilados bajo las rodillas me parece adecuada, igual que el frío en la piel, aunque lo siento más bien como fuego. Debo de tener un aspecto de lo más absurdo, aquí arrodillada con el vestido dorado y los tacones de aguja. Y tal vez sea porque soy consciente de mi estado..., pero tengo la repentina y extraña sensación animal de que no estoy sola.

Cuando miro en derredor, veo un atisbo de movimiento entre los árboles cercanos al lago. Juraría que he visto una silueta oscura de algo, de alguien, en la negrura de los pinos. Ahora estoy convencida. Hay alguien más aquí fuera conmigo. Oh, qué me importa, me da igual. En circunstancias normales, estaría nerviosa. Pero absolutamente nada puede asombrarme tanto como lo que acabo de ver en esa sauna.

Sin duda quien me observa desde los árboles está disfrutando del espectáculo. Pienso en la sonrisa del islandés cuando los vi en el bosque, en su gesto de llamada.

—Vamos —grito hacia el silencio—. No dejes de mirar. Como si me

importara una puta mierda.

Emma... Iré a ver a Emma. Necesito hablar con alguien. Con un poco de suerte, Mark debe de seguir inconsciente en el sofá del salón del Lodge. Miro por las ventanas. Sí, ahí está, despatarrado boca arriba.

Llamo a la puerta de la cabaña de Emma. Silencio. Al fin y al cabo, son más de las cuatro de la mañana. Vuelvo a intentarlo. Por último, la puerta se abre y aparece Emma con el ceño fruncido, con aspecto grogui. Lleva un pijama de seda, ribeteado, no muy distinto del mío.

—Ah... —dice—. Hola, Manda.

Normalmente, doy un respingo cuando me llama así. Me parece demasiado forzado. Solo me llaman así Julien y Katie, las dos personas más cercanas a mí. No, no se me escapa la ironía de la situación.

—¿Puedo entrar? —pregunto.

—Claro.

Sin preguntas, sin vacilaciones. Siento una punzada de culpabilidad por el modo como la he tratado. Ella siempre se ha portado bien conmigo mientras que yo, algunas veces, me he comportado como una verdadera bruja con ella, poniéndola en evidencia delante de los demás, excluyéndola. Bueno, a partir de ahora todo va a cambiar. Voy a cambiar.

La sigo al interior. La cabaña tiene la misma distribución que la nuestra: la estancia grande, los sillones y la chimenea, la cama con dosel, el tocador, incluso la cabeza de ciervo colgada de la pared. La principal diferencia es que en aquí todo está impecable, como si hubiera entrado en una realidad alternativa. Nuestras cosas están desperdigadas por todas partes, Julien y yo siempre hemos sido muy desordenados. «“Nuestras”, “nosotros”», pienso. Se

acabó: todo va a cambiar. La casa que compramos juntos, todos nuestros planes. Toda esa historia. De repente las piernas ya no me sustentan.

Voy dando tumbos hasta el asiento más cercano, que resulta ser el pequeño taburete que hay junto al tocador.

—¿Quieres tomar algo? —Emma señala el mueble bar del rincón. Todavía no me ha preguntado a qué he venido, pero su ofrecimiento sugiere que intuye que algo va mal.

—Sí, por favor.

Me sirve un whisky.

—Más, por favor —digo, y enarca ligeramente una ceja antes de echar otro dedo de alcohol en el vaso. Tenía la impresión de haberme excedido con la bebida anoche, pero de repente me siento demasiado sobria, con la cabeza dolorosamente despejada, las imágenes de lo inolvidable bien nítidas. Quiero dejar de verlas. Quiero estar entumecida, anestesiada.

Al otro lado de la ventana, veo que la luz de la sauna sigue encendida. ¿Cómo han podido ser tan imbéciles? Es casi como si quisieran ser descubiertos. Tal vez no se dieran cuenta de lo mucho que se ve desde la oscuridad del exterior, como una linterna en la noche. Un faro. Me pregunto, aunque sé que no debería pensar en ello, qué estarán haciendo ahora. ¿Estarán hablando de los siguientes pasos, como conspiradores? ¿Acaso se han vestido? No puedo apartar esa imagen de mi mente: la palidez de ella en contraste con el bronceado de él; sus cabezas morenas, juntas. Doy un sorbo al whisky y dejo que me arda garganta abajo, centrándome en el dolor que me causa. Pero no sé si todo el whisky del mundo me ayudará a olvidar la extraña y horrible belleza de sus cuerpos unidos.

—Emma, ¿tienes papel? —pregunto.

Enarca las cejas de forma casi imperceptible.

—Eh..., creo que sí. —Saca un cuaderno de algún sitio, Basildon Bond. Qué

típico de Emma tener un bloc de notas a mano.

Ahora tengo la mente curiosamente despejada. Como si me guiara otro poder, me acerco al tocador situado junto a la cama y le escribo una nota a Julien. Se la doy a Emma y me aseguro de que se la pase.

Lo único que quiero es causar el máximo daño posible, hacerle sentir la impotencia que siento yo. Me tiembla tanto la mano que tengo que apretar el boli contra el papel para controlar lo que escribo; en dos ocasiones, agujereo la hoja. Bien. Se dará cuenta de que voy en serio. De un plumazo, ha destruido todas mis certezas. Pues bueno, ahora yo acabaré con él.

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

Doug me quita a Iain de encima, como si fuera un saco de arena, y lo deja donde cae, gimiendo como un animal. Acto seguido, se agacha delante de mí y me sujeta por los hombros con ambas manos.

—¿Estás bien? ¿Heather? ¿En qué estabas pensando? He seguido tus pisadas por la nieve... —Y añade—: ¿Qué te ha hecho? Cielo santo, Heather... —Algo de la expresión de su rostro, la preocupación que muestra, el cariño, me resultan demasiado. Igual que el tacto de su mano, ahuecada bajo mi mentón, tiene las yemas de los dedos encallecidas, pero me toca con cuidado, me aparta el pelo de la frente, para estimar los daños con sumo cuidado. No me había imaginado que un hombre como él podía ser tan tierno.

—Estoy bien —le aseguro—. No, no me ha hecho daño.

—Sí que te lo ha hecho. —Me aparta la mano de la sien y me enseña la palma, resbaladiza por la sangre—. Este cabrón...

Se incorpora y levanta un pie, como si fuera a patear a Iain, que gimotea debajo de él en el suelo, con la mano presionada contra su hombro, desde donde la sangre se le va filtrando por la chaqueta y formando una mancha marrón oscuro. Da la impresión de estar a punto de perder el conocimiento.

Es duro de presenciar.

—No lo hagas, Doug. —Parece que el viejo instinto de técnico sanitario sigue en mi interior: proteger vidas.

—¿Por qué? Mira lo que te ha hecho, Heather. No voy a permitir que quede impune.

—Pero... no queremos que muera. —Hay mucha sangre. Cuando Doug sigue sin estar convencido, añado—: Además, a lo mejor sabe algo... Tenemos que averiguarlo.

Vacila.

—De acuerdo.

No parece convencido, pero baja el pie. Ante mi insistencia, hace un vendaje rasgando un pedazo de su camisa y presionándolo contra el hombro de Iain bajo la chaqueta a fin de detener la hemorragia.

Iain lo observa con ojos turbios, sin oponer resistencia. Tiene la piel grisácea, el cuerpo flojo. Doug lo tiene inmovilizado con un pie, justo por encima de la ingle, por si intentara escapar..., aunque apenas parece capaz de ello.

—Te pondrás bien —le dice Doug, con frialdad, como si oyera mis pensamientos—. Solo tienes un desgarrón en el hombro. He visto heridas peores. Por supuesto que te escocerá como el diablo, pero..., bueno, te lo mereces, ¿no, colega?

—¿Por qué la mataste? —pregunto a Iain.

—¿Qué? —Frunce el ceño, y luego hace una mueca para vencer el dolor.

—A la huésped. ¿La empujaste al barranco porque vio algo? ¿Porque te descubrió?

—Yo no la maté —gime.

—No te creo —digo.

—Nunca he matado a nadie —contesta, respirando con dificultad entre palabra y palabra, como si estuviera subiendo por una colina. Espero que Doug esté en lo cierto cuando ha dictaminado que la herida no es grave—. He hecho algunas cosas malas en la vida, pero nunca he matado a nadie.

Parece haber una repugnancia verdadera en la forma de decir «matado», como si realmente fuera algo que le parece intolerable. Pero, claro, resulta que no se le ha dado nada mal hacerse el inocente hasta ahora.

—Yo no maté a esa mujer. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Quizá vio algo —digo—. Yo he visto lo que hacías... y estabas dispuesto a matarme. Ibas a dispararme.

—No, no, no es cierto —se defiende—. Apenas sé cómo usar esa arma. — Hace un gesto hacia el rifle, allá donde está en el suelo. Doug levanta el que él tiene a modo de advertencia. «Yo sí», viene a querer decir. «Yo sí sé cómo usarlo.» Iain se da cuenta y traga saliva.

—Pero lo cogiste del almacén —digo—, o sea que debes de haber pensado que quizá lo necesitarías.

Se queda perplejo.

—No —dice con voz débil—, no, no fue así.

—¿Qué quieres decir con que no fue así? Me has estado apuntando con él durante una hora.

Me mira como si me hubiera vuelto loca.

—Es el rifle que tú traías cuando subiste aquí. Te he apuntado con él para que no te marcharas a ningún sitio. —Se mueve ligeramente y hace una mueca de dolor. Suda con profusión—. Mira, fui yo quien vio algo. Por eso trasladé el alijo de la caseta de bombeo aquí arriba.

Me quedo con esas palabras: «Vi algo».

—¿A qué te refieres? —pregunto enseguida—. ¿Qué viste?

—Vi cómo la mataban. A la chica. Y entonces pensé: «Mierda, esto se va a llenar de policías mañana por la mañana. Registrarán el lugar. Lo encontrarán todo». Sabía que tenía que llevar el material lo más lejos posible del Lodge, y sacarlo de la finca para cuando llegaran. Pero no pensé en la nieve. No pueden acceder aquí, pero nosotros tampoco podemos salir. El tren... —Se queda

callado como si se diera cuenta de que ha dado demasiada información. Ese «nosotros» me interesa, pero ahora no hay tiempo para reflexiones.

—¿Has estado usando los trenes? —pregunta Doug a la vez que yo digo:

—¿Cómo murió la mujer? Has dicho que lo viste. Ahora vas a decirnos que se cayó..., ¿no?

—No —niega con la cabeza—. Por supuesto que no. Fue asesinada. Lo vi todo. Yo estaba allí, cerca de la caseta de bombeo. De madrugada, a eso de las cuatro de la mañana, mientras comprobaba el material, como os he dicho. Ella la mató.

—¿Ella? —pregunto.

—Sí, la otra mujer. Una de las clientas. Se pelearon, creo... No sé por qué exactamente. Pero la oí decir: «Nunca fuiste mi amiga. Las amigas no se hacen estas cosas». Y pensé, oh, típica trifulca de mujeres, sobre algún asunto amoroso o algo así. Inoportuno, pero poco importante. Me agacharé, pensé, esperaré a que acaben y se marchen de aquí. Pero entonces vi cómo la otra la cogía por el cuello, como si intentara estrangularle las palabras. Y entonces la empujó, justo en el centro del pecho. Vi cómo caía. Fría.

Miranda

Un día antes

Aaño Nuevo de 2019

Es lo único que me proporciona cierto alivio: pensar en lo horrorizado que se quedará Julien ante la idea de que cuente su secreto al mundo. Seguro que está pensando: «Ahora no le diré nada. Probaré dentro de una hora más o menos, cuando se haya calmado un poco». Pero será demasiado tarde. Voy a esconderme hasta que pueda tomar el primer tren a Londres. Pienso en cuando Julien vaya a la cabaña y se la encuentre vacía, en el momento en que le entre el verdadero pánico. La nota que le dejaré: «No hay nada que decir. Nunca debería haberte guardado ese secreto».

—Ya está.

Dejo el boli, satisfecha con mi trabajo. El tocador está perfectamente ordenado. Un cepillo de pelo, una cajita de madera, un par de barras de labios. Una de ellas es de Chanel. La pongo boca abajo y leo la diminuta etiqueta. «Pirate»: el mismo tono que yo llevo. Anoche me pareció que lo reconocía en los labios de Emma, pero es muy difícil de saber: el color le queda distinto a cada persona.

—Lo tengo —digo—. Es mi preferido.

De hecho, tengo que comprarme otro. He perdido el mío en algún sitio, probablemente en el forro de alguno de mis bolsos.

—Oh, sí —reconoce Emma—. Me encanta.

Lo abro y me concentro en aplicármelo en los labios a la perfección

mientras me miro al espejo, un arco céreo de color carmesí. Leí en algún sitio que la venta de pintalabios crece en tiempos de crisis. Hago un mohín de cara al espejo. La expresión «pinturas de guerra» nunca me ha parecido más apropiada. Estoy pálida y tengo los ojos hundidos, pero el pintalabios lo transforma todo. Proporciona resolución, contexto a mi rostro, como un signo de puntuación. Intento sonreír y enseguida dejo de hacerlo. Parezco una perturbada, como el Joker de Heath Ledger.

«Qué bien te quedan los labios pintados —me dijo Julien en una ocasión—. En otras mujeres siempre parece un poco forzado. Pero tú... has nacido para llevarlos así.»

Cojo un pañuelo de papel del dispensador y me quito la pintura. Ahora la boca se me ve en toda su crudeza, sangrienta.

—Oye —dice Emma entonces—. ¿Vamos al Lodge? Ahí se está más cómodo. Mark se ha quedado inconsciente en el salón, pero...

—No, gracias. No quiero ver a nadie más. Voy a tomar el primer tren que salga hacia Londres por la mañana y ya está. No quiero volver a ver ni a Julien ni a Katie jamás, a no ser que sea estrictamente necesario.

Abre unos ojos como platos.

—Manda..., ¿qué ha pasado?

Tengo la intención de dar la noticia con la gracia despreocupada de una estrella de cine de los años treinta. Pero me quedo horrorizada cuando me doy cuenta de que se me saltan las lágrimas, que van formándose en mi interior, como una marea irrefrenable. Hace mucho tiempo que no lloro, no desde que saqué el aprobado raspado en la carrera, mientras justo delante de mí Katie abría su sobre en el que aparecía un brillante sobresaliente.

Cierro los puños con fuerza, clavo las uñas en la carne blanda de mis palmas.

—Julien y Katie están liados. —Todavía no soy capaz de decir «son

amantes». Todavía no. Suena muy íntimo, muy sórdido.

—Oh, Dios mío. —Se lleva la mano a la boca. Pero no acaba de mirarme a la cara. El numerito me suena a farsa.

No me lo puedo creer. ¿Emma, nada más y nada menos, sabía que mi marido follaba por ahí y yo sin enterarme? ¿Qué coño?

—¿Ya lo sabías?

—Desde anoche, te lo juro, Miranda. Me lo dijo Mark.

Mark, pienso, el secretito de Julien sobre el que me advirtió. Era esto. Esto es lo que intentaba decirme. No me extraña que se quedara tan confundido cuando le dije que no me interesaba oírle.

—No quería ser yo quien te lo dijera, ¿sabes? —arguye—. Supongo que deseaba darle a Katie o a Julien la oportunidad de que fueran ellos. No me parecía que yo tuviera derecho a hacerlo.

—¿Cómo? ¿Decirme que mi marido y mi mejor amiga están liados?

—Lo siento mucho, Manda. Debería habértelo dicho... Nunca me lo perdonaré.

Se la ve tan trágica que desestimo sus disculpas con un gesto de la mano... Me da igual.

—¿Sabes qué?, no importa. La cosa no va contigo. Ahora lo sé, y sé lo que voy a hacer al respecto. —Le tiendo la nota—. Mira, quiero que te asegures de que Julien recibe esto. Soy incapaz de dárselo.

—De acuerdo —dice, cogiéndola—. Pero ¿por qué...?

—¿Puedo tomar otro? —pregunto al tiempo que le tiendo el vaso.

—Por supuesto. —Ella sonrío—. Es medicinal, ya sabes.

Se gira y se dedica a servir la medida correspondiente y a introducir los cubitos de hielo.

Por hacer algo, más que nada, cojo la cajita del tocador. Es bonita y está pintada; es una de esas cajas chinas. Mi abuela tenía una. Le doy la vuelta. Es

del mismo estilo, creo, que la de ella. Solía jugar con ella. En una ocasión me contó el secreto: cómo abrirla, pues yo estaba obsesionada con ella. ¿Lo recordaré? No lo sé. Pruebo a presionar uno de los paneles inferiores; no cede. Le doy la vuelta y hago lo mismo en el otro lado. Se mueve. Tengo una sensación de satisfacción simple. ¿Qué era lo siguiente? Oh, sí, el panel del lado más corto. Los dedos se me mueven por inercia, apretando, retorciendo. Casi... solo tengo que encontrar la palanca y tirar de ella. Si es el mismo tipo de caja, el resorte saltará y se abrirá. ¡Ajá! Aquí está.

—¡Oh, no...! ¡No hagas eso! —grita Emma con voz extraña. Se ha girado hacia mí con un whisky en cada mano.

Es demasiado tarde. La caja se ha abierto y se ha caído con estrépito todo el contenido al suelo. Cuántas cosas, es alucinante pensar que todo eso estaba ahí dentro, en una caja tan pequeña.

Oigo ruido de cristales rotos y alzo la vista, confundida. Emma ha dejado caer los dos whiskies y las esquirlas están desperdigadas por el suelo de madera y el líquido alrededor de los pies.

—Oh, mierda —digo—. Qué idiota soy.

Pero ella no parece escuchar. Es como si no se hubiera percatado que el whisky se le ha caído por encima. Está en el suelo, buscando desesperadamente los objetos de la caja entre los vidrios rotos, ocultando a medias el desaguisado con su cuerpo.

—Ten cuidado —le advierto—. Te... —Y entonces me quedo sin palabras.

Ella no quiere que lo vea. Pero lo he hecho. Reconozco varios objetos. Un pendiente, perdido en el baile de verano hace unos once años: la noche que por fin me enrollé con Julien. Recuerdo que me tocó el lóbulo de la oreja y tiró de él. «¿Es una nueva moda esto de ir con un solo pendiente? Solo a ti te quedan bien estas cosas», dijo. Ahora tengo la impresión de que le pasó a otra persona.

Un colgante. Regalo de Katie cuando cumplí los veintiuno. Me había dolido mucho perderlo porque era el que ella sabía que yo quería de Tiffany's y debió de costarle un montón de dinero.

Una estilográfica Parker. No la reconozco. Oh, no, un momento, creo que sí. La perdí en algún sitio, durante las primeras semanas de universidad. No era muy cuidadosa con mis pertenencias, pero por la mañana estaba segura de que la llevaba en el bolso y por la tarde había desaparecido. Pasé unas cuantas horas infructuosas volviendo sobre mis pasos. Alguien debió de cogérmela, pensé. Bueno, pues resulta que sí.

Incluso el mechero, el del escudo, que perdí la otra noche.

—Emma, ¿cómo es que tienes todas estas cosas? —pregunto—. Son mías. ¿Por qué las tienes tú? —Pienso en las notitas que me dejaban en la taquilla. Las cosas insignificantes me eran devueltas. Pero estas, más valiosas, no.

—No sé —dice Emma sin mirarme—. No sé por qué está aquí todo esto. No tenía ni idea de lo que había en esta caja; es de Mark.

Aparte del hecho de que no me lo imagino teniendo una caja como esa, me fijo en la manera como se lleva las cosas al pecho, la estilográfica, el pendiente, el collar. Estoy pensando en la expresión, de terror absoluto, cuando me ha visto jugueteando con la caja justo antes de que la abriera. La advertencia que ha gritado. Los vasos de whisky que ha dejado caer al suelo.

Pienso también en la otra noche.

—Manda, es una tontería —dice—. Puedo explicártelo.

—No, Emma, no creo que puedas.

Estoy planteándome qué es lo que me ha desasosegado tanto de lo que dijo el otro día por la noche. Cuando habló de esa fiesta... en la que me quedé encerrada en el lavabo. Cuando dijo que debió de ser en Londres, cuando ella estaba allí, o que uno de los otros debió de contárselo. Pero ninguno de ellos

lo había hecho. Ninguno de ellos estaba allí. Porque no sucedió en Londres, sino en Oxford.

Fue la primera semana de todas. Ahora lo recuerdo con toda claridad. Por eso estaba tan mortificada por ello, tenía que dar una buena impresión a todo el mundo, y debido a ello nunca se lo conté a los demás. Pero Emma, por algún motivo, estaba en Oxford. En esa fiesta. No tiene otra explicación.

Me saco el móvil del bolsillo.

—¿Qué haces? —pregunta, alzando la vista desde el suelo, donde va recogiendo los objetos con desesperación.

—Buscando pruebas.

Durante unos instantes una expresión le cruza la cara, algo violento y urgente, y tengo la impresión de que está a punto de abalanzarse hacia delante y arrebatarme el móvil. Acto seguido, parece controlarse.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas? —pregunta. Quizá finge estar tranquila, pero habla con una voz extraña, alta y aguda.

No respondo. Casi agradezco que Julien insistiera en que conectaran el wifi del Lodge. No obstante, Facebook tarda en abrirse y, mientras tanto, veo que Emma parece dispuesta a quitarme el móvil. Al final, cuando se carga, hago clic en FOTOS DE TI y reviso las imágenes. Es increíble la cantidad que tengo y cuántas son horribles, a medida que me sumerjo en las profundidades. Después de todo esto, voy a empezar de nuevo, haré limpieza. Mientras las reviso, mi rostro se rejuvenece cada vez más, tengo los pómulos más rellenos, parece que tengo los ojos más grandes. Me cuesta creer lo mucho que he cambiado; no me había dado cuenta. Cuánto hemos cambiado todos. Ahí está Julien, el chico guapo del que me enamoré y que se convirtió en el hombre que me acaba de destrozar la vida. Pero ahora no tengo tiempo para eso. Estoy buscando otra cosa. Debo de haber repasado cientos de fotografías, pero la mitad de ellas no se han cargado. Da igual. Busco un momento de hace más años. Y entonces,

por fin, llego a la época que me interesa. La semana de los novatos. Una semana de desconocidos, de intentar escoger quiénes serán tus amigos. Todos eran rostros desconocidos, por lo que es difícil recordar una cara en concreto. Así es como se ha ocultado de mí. Pero sí, ahí está: una fotografía de esa fiesta, ahora estoy convencida, la fiesta en la que me quedé encerrada en el baño. Una marea de jóvenes estudiantes. La calidad de la foto es malísima, pero me servirá. Porque hay una cara que me observa entre todas las demás en la que nunca me habría fijado si Emma no me hubiera dado una pista. Cabello parduco, mejillas más redondas, facciones menos resueltas, ojos oscurecidos por unas gafas a lo Harry Potter. Se la ve mucho más joven, mucho más sosa. Alzo la mirada y la comparo con la mujer que tengo delante. A pesar de todos los cambios, es ella, resulta inconfundible.

—No fue Mark —digo—. Fuiste tú, Emma. Tú cogiste estas cosas. —No sé cómo lo hizo, pero está claro que fue ella—. Mi encendedor —digo, al verlo relucir entre sus dedos—. Dame el puto encendedor, Emma.

Me lo tiende sin mediar palabra. Ahora me mira fijamente, como si quisiera leerme el pensamiento, averiguar qué voy a hacer a continuación.

De nuevo pienso que me encantaría mostrarme serena en este momento. Encender un pitillo con mi mechero, recostarme en el asiento y pedirle que me lo cuente todo. Cómo es posible que ella, Emma, la novia insulsa de Mark, a la que hace solo tres años que conozco, resulta haber sido mi acosadora. Pero no puedo. Dos revelaciones en una sola noche. Es demasiado. De repente me siento como si me hubieran arrebatado todas mis certezas.

Emma

La cuestión es que, al fin y al cabo, Miranda y yo hace muchos años que nos conocemos. No, no tanto como Miranda y Katie, su «mejor» amiga, que ha resultado ser un fiasco. Pero sí más que Julien o Mark. Para explicarlo, tengo que remontarme más de una década.

Entrevistas en Oxford. Otoño. La entrevista académica me iría bien, lo sabía. Ninguna preocupación al respecto. Sabía que la ligera preocupación, la que tenían mis padres, sin duda, era la entrevista personal. ¿Y si habían accedido de alguna manera a mi expediente, a los problemas en la escuela anterior? Me habían entrenado por si era el caso. Todo había sido un malentendido, ya se sabe cómo son las adolescentes, etcétera. Ninguna mención al psiquiatra (no tenían derecho a preguntar al respecto, por lo que parecía, ni por el diagnóstico).

Básicamente, la cuestión era si verían más allá de mi brillante expediente académico y se encontrarían con mi verdadero yo (fuese el que fuese). ¿Resultaría un problema? Porque, a decir verdad, no se consiguen siete sobresalientes en el curso de preparación universitaria si no tienes, digamos, cierto perfil obsesivo. El rendimiento académico era la manifestación positiva de ello. Lo otro, con esa chica estúpida, era la negativa.

Cuando llegó el momento de la temida entrevista, salí airosa. Por supuesto, me hicieron la pregunta sobre los «intereses». Cuando respondí —tenis, cine francés de la *nouvelle vague* (todo ello sacado de entrevistas con varios directores de cine y aprendido, de memoria), cocinar—, me pregunté qué impresión sacarían si les hablara de mis verdaderas aficiones. Observación,

estudio minucioso, coleccionismo. El único problema era que lo que me gustaba coleccionar era bastante curioso. Me gustaba coleccionar personalidades.

Aquí está la cuestión. Nunca me he sentido como una persona real. No de una manera propia, como parece que se sienten otras personas. Desde una edad temprana descubrí que se me daban bien ciertas cosas, sobre todo aprender, el mundo académico. Pero una máquina también puede hacerlo. Lo que parecía faltarme era una personalidad propia. Carecía de un sentido del «yo». Pero no pasa nada. Lo que a uno le falta siempre puede pedirlo prestado o robarlo.

Así pues, siempre estaba al acecho de personalidades especialmente carismáticas, como un parásito que busca a su huésped. Estaba la chica en el primer colegio, lo que acabó de forma bastante desafortunada cuando dijo a sus padres que yo la seguía desde el colegio y que a veces me sentaba en la cabaña de los árboles situada frente a su ventana a observarla. Fue más bien injusto. Yo solo estaba haciendo entonces mis deberes, igual que los demás niños. Podía hacer los deberes reales del cole en el corto trayecto en autobús desde la escuela. Lo que yo empollaba de verdad era sus hábitos, estudiaba cómo era ella cuando estaba sola, cómo era su dormitorio, qué música escuchaba. Luego volvía a casa y emulaba sus gustos y costumbres: compraba los mismos CD, la misma ropa.

Me cambiaron de colegio después de una reunión con la directora. Luego a otro, cuando volvió a ocurrir lo mismo. «Verá, mi padre se cambiaba a menudo de trabajo, por lo que íbamos con él allá donde fuera», dije despreocupadamente en la entrevista. La entrevistadora me miró poco convencida, pero, tal como sospeché, mi rendimiento académico superó con creces cualquier otra dificultad.

Conocí a Miranda en la sala de estudiantes de la universidad. Despedía una luz propia. Tenía una confianza absoluta en ella misma. Se tomaba una cerveza con alguno de los chicos y jugaba al billar con ellos y luego parecía aburrirse, tal vez fuera por la servidumbre aduladora con la que la miraban. Entonces, por increíble que parezca, posó su mirada en mí.

Vino a sentarse a mi lado en el asiento vacío que había al otro lado de la mesa.

—Hola. ¿Qué tal te han ido las entrevistas?

Me quedé tan perpleja que fui incapaz de articular palabra durante unos segundos. Mirarla a ella era como observar directamente al sol. No es solo que fuera hermosa. Era un alguien con una personalidad muy definida: compleja y contradictoria, y con muchas capas, tal como descubriría más adelante, pero con un carácter único y absolutamente triunfante.

—Yo no sé qué pensar —dijo—. Me refiero a que la primera me ha ido muy bien, por supuesto. —Incluso ahora recuerdo la fabulosa arrogancia de sus palabras—. Pero no estoy tan segura sobre la segunda. Me han hecho unas cuantas preguntas sobre los sonetos sacros de Donne y me he quedado paralizada. Me parece que no les he dejado muy impresionados. He improvisado un poco, pero a lo mejor he acertado. A veces pasa, ¿no?

Asentí, aunque no estaba segura de cuál era la pregunta. Lo cierto es que esta era irrelevante. Porque me habría resultado totalmente imposible no estar de acuerdo con ella.

—Mira, necesito beber algo —dijo—. Se acabó la cerveza para mí, quiero algo más fuerte. ¿Te apetece tomar alguna cosa?

Asentí porque seguía gratamente sorprendida. Por la mañana teníamos otra entrevista académica, pero en esos momentos parecía totalmente irrelevante.

Ella pagó dos Jim Beam con Coca-Cola, lo cual, en aquella época, me pareció la cosa más sofisticada que había tomado en mi vida: la calidez

empalagosa del bourbon bajo el dulzor de la cola. Ella se tomó su combinado con pajita y de algún modo conseguía que tuviera estilo. Yo no hacía más que esperar que ella me viera realmente, o más bien la falta de mi yo, aquello de lo que carecía: el vacío interior. Se quedaría horrorizada, asqueada, se daría cuenta de su error y se marcharía con cualquiera de las demás chicas luminosas que encajaban mucho más con ella. Pero no fue lo que pasó. De lo que no me percaté en su momento fue de que Miranda es —era— una persona que dedica tanto tiempo a negociar con las dispares partes de su ser que no tiene tiempo de ver a nadie más como se merece. No es capaz de fijarse en una discordancia o escasez. Y a mí eso siempre me ha convenido. Además, a Miranda le gusta tener una persona a quien considerar su proyecto. No le agrada lo que se da por supuesto. Tiene gustos eclécticos; a su manera, también es coleccionista. Más que cualquier otra cosa, teníamos eso en común.

A ella no parecía interesarle lo que yo decía o, más bien, lo que no decía mientras estuviera ahí sentada y encandilada con ella. Lo que le gustaba era tener un espejo, un púlpito.

Enseguida convirtió a todas las demás personas que la habían precedido, y que me habían causado tantos dolores de cabeza y vergüenza, en una especie de recortes de personas. Aquí por fin tenía a alguien a quien emular. Aquí tenía un verdadero proyecto al que dedicar todos mis esfuerzos y atención. O, tal como otras personas, las personas normales, lo habrían dicho: ella podía ser mi amiga.

Fuimos a bailar a una disco que le había recomendado alguien de tercero que se suponía que tenía que supervisarnos, pero que se pasó buena parte de la velada intentando ligar con ella. En cuanto entramos, Miranda se lo quitó de encima con un «ni lo sueñes» y me tomó de la mano. Bailamos en una pista

estilo retro muy colorida y pegajosa por culpa de las bebidas derramadas. Por una vez, dejé de ser consciente de mi sobrepeso, de mis rarezas y —durante un breve y gozoso espacio de tiempo— de mi vacío interior, porque bebía de su luz: yo era como la luna de su sol, y así es como tenía que ser.

No pensaba que la volvería a ver cuando fui aceptada en Oxford. Sería demasiado perfecto y no estaba acostumbrada a que mis deseos se hicieran realidad. Además, a pesar de lo brillante que ella era, no estaba segura de que lo fuera lo suficiente, según los requisitos de Oxford, para ser admitida. Pero ahí estaba, en el mostrador de matrículas. Mi futura mejor amiga. Mi inspiración, el barómetro de mi estado de ánimo. La fuente de la que extraería la esperanza de construirme una personalidad propia.

Me puse a la cola y esperé a que se fijara en mí. Seguro que ese momento llegaría, solo tenía que ser paciente. Era imposible que no me viera, pues habíamos tenido una conexión electrizante. Mejores amigas a primera vista. Me imaginé exactamente cómo ocurriría. Ella pasaría caminando con desparpajo junto a la fila de novatos, todos ellos sintiéndose fuera de lugar, mientras parecería que ella llevaba años ahí, como si fuera la dueña del lugar. Su melena era una capa reluciente de oro, su bolso de piel envejecida para los libros, arrastrando el extremo del fular de seda por el suelo. Deslumbrante. Y entonces se pararía cuando me viera. «¡Eres tú! Gracias a Dios, no he conocido a nadie más con quien tenga ganas de hablar. ¿Te apetece tomar un café?»

Y el resto de los alumnos de la cola que solo habían visto a una persona con sobrepeso y gafas verían de repente algo más: a alguien que merecía la atención de aquella diosa. Aguardé aquel momento como un sacerdote espera la visita de una presencia divina, estremeciéndome ante la expectativa. Iba a girarse, se acercaba a mí, cogió con tranquilidad el extremo del fular de seda y se lo colgó por encima del hombro derecho. Y yo seguí esperando, temblando,

casi. Durante unos instantes estaba tan abrumada que cerré los ojos, un parpadeo prolongado. Y cuando los abrí, había desaparecido. Me giré, incrédula. Había pasado de largo, justo por mi lado, sin ni siquiera detenerse y ni mucho menos saludar.

Ví que se paraba a hablar con una chica que estaba detrás de ella: morena, demasiado delgada y sosa. Vestía con muy poco gusto, todo lo contrario del estilo chic de Miranda. Y entonces lo comprendí: ya tenía un caso perdido del que ocuparse. Aquella chica, quienquiera que fuese, me había quitado el sitio.

De todos modos, no perdí la esperanza. Esperé a que se fijara en mí. Fui a la sala de estudiantes y me senté a la misma mesa y la observé en la barra, tomándose su Jim Beam con Coca-Cola. Me senté lo bastante cerca para oír todo lo que decía. En una ocasión, la oí decir que odiaba la comida de la cantina, pero que no sabía cocinar, por lo que supuse que no le quedaba más remedio que comer ahí. Fue entonces cuando aprendí a cocinar, por supuesto. Me pasaba horas en la cocina de su planta preparando comidas tan deliciosas como las que podían degustarse en los restaurantes de Oxford. Me colocaba junto a la puerta y esperaba a que ella pasara y dijera algo así como: «Oh, cielos, qué bien huele». Entonces le ofrecería un poco, porque por supuesto sería todo para ella, y nos sentaríamos a comer juntas y nos convertiríamos en amigas íntimas. Y podría volver a tomar prestada un poco de su luz.

Pero nunca pasó eso, nunca se fijó en mí. Las pocas veces que pasó por ahí, estaba demasiado ocupada enviando mensajes por teléfono o charlando con su horrible amiga o, más adelante, charlando con su novio, igual de horrible. Katie y Julien se merecen el uno al otro. Nunca merecieron a Miranda.

Pienso en la chica triste y solitaria que solía sentarse seis filas por detrás de ella en las clases, que recordaba el primer día que Miranda había entrado en

el aula. Al igual que con las demás chicas a las que traté de emular, no era capaz de decidir cuál era mi mayor deseo: si ser como ella o limitarme a estar cerca de ella. Pero vi inmediatamente que ninguna de las dos opciones sería posible. Sus amigos no se parecían en nada a mí. Ninguna de sus amigas era tan guapa como ella, pero sí que eran igual de deslumbrantes, incluso Katie, con su pelo lacio y sus rarezas, absorbía parte de su encanto. A mí me rechazarían como si fuera un cuerpo extraño.

Empecé a darme cuenta de que yo no le había dejado ninguna huella, mientras que ella había definido mis últimos meses, desde el día de la entrevista. Así pues, comencé a seguirla a todas partes. Ella lo llamó —lo llama— acoso. Para mí era llevar a cabo una observación desde cerca. Y cuando no me satisfizo, empecé a cogerle cosas. A veces, objetos que sospechaba que tenían un valor sentimental. En otras ocasiones, cosas que sabía que significaban mucho para ella, como el trabajo que había plagiado o los pendientes que había robado. Lucí los loritos pintados durante una semana. Cuando los llevaba, me sentía un poco más parecida a ella, un poco menos yo, como si contuvieran una esencia de su poder, de su personalidad. De hecho, sonreía a los baristas en las cafeterías, entregué un trabajo con un día de retraso y me senté al sol junto al río para broncearme las piernas. Esperé a que ella se diera cuenta, a que me preguntara airada por los pendientes. Pero nunca pasó. Un día, por la calle, advertí que me los miraba y que se quedaba parada. Formó con la boca una «o» de sorpresa, pero, acto seguido, negó con la cabeza, como si se reprendiera por algo y siguió su camino, por lo que entendí que solo había visto los pendientes. Ni siquiera se había fijado en mí.

Entonces me di cuenta de que podía obligarla a prestarme atención. Podía devolverle los objetos. Hacerle saber que todo aquello no era fruto de su imaginación, que no se había vuelto más torpe de repente, más olvidadiza. No obstante, no devolví algunas de las cosas más especiales. Eran mis talismanes,

como las reliquias sagradas de una religión. Cuando las llevaba conmigo, me sentía transformada. Me convertí en su ángel de la guarda.

Qué descuidada era. Tal vez fuera porque tenía tantas cosas bonitas que no daba mucho valor a ninguna de ellas. Una chaqueta de cachemir dejada de cualquier manera en un rincón de la pista de baile, una cinta para el pelo que le sobresalía del bolso que dejó en la mesa de una cafetería mientras iba al servicio, una de las sandalias de tacón que se quitó en un baile y que después había estado demasiado borracha como para recordar dónde las había dejado. Yo era su princesa azul. Devolvía cada objeto con una nota muy bien pensada. Imaginaba el estremecimiento que sentiría al saber que tenía un admirador secreto. Sería mejor que no haber perdido el objeto en cuestión.

Empecé a vestirme cada vez de forma más parecida a ella. Me puse a dieta, me alisé y teñí el pelo. A veces, si me veía un instante fugaz en un escaparate, era casi como si fuera ella en vez de yo. Saqué un notable en vez del sobresaliente que mis tutores esperaban de mí. Pero no me importó. Sacaría las notas más altas estudiándola y convirtiéndome en ella.

La seguí a Londres. Sabía adónde les gustaba ir a tomar algo a ella y a sus amigos, por dónde salían. Curiosamente, primero iban al bar bastante cutre de la calle principal y luego a la disco, incluso más cutre, de Clapham High Street, Inferno. Y ahí fue donde Mark me abordó mientras me tomaba una limonada.

Por supuesto que sabía quién era. Al comienzo me quedé petrificada, pensé que se había acercado para preguntarme qué hacía ahí, pero entonces me dijo que si podía invitarme a una copa, y un nuevo mundo de posibilidades se abrió ante mí. De repente me di cuenta de que él no me veía como la rara de Emmeline Padgett. Me veía como una mujer deseable que había conocido en

una disco, vestida con una falda de cuero al estilo de Miranda y una blusa de seda. Así pues, cuando me preguntó cómo me llamaba, dije «Emma», mi heroína preferida de Jane Austen, a quien Miranda siempre me había recordado un poco.

Se produjo algo mágico. Como Emma, me convertí en alguien nuevo. Era pura interpretación, la misma hermosa distanciaci3n de mí misma que había experimentado sobre el escenario en una obra escolar, cuando conseguí convertirme en una persona totalmente distinta. Emma era competente y guay, sexy, inteligente, pero no demasiado, no era del tipo de persona inteligente que asusta a los demás. Sería una criatura social, sería alguien sin capas, sin zonas oscuras. Sería todo lo que yo no era.

Y estaría cerca de ella sin necesidad de subterfugios. Incluso me consideraría una amiga.

La dichosa fotografía. He pensado en ella otras veces, muchas. Por supuesto que sabía que estaba ahí, tengo un conocimiento enciclopédico de la cuenta en Facebook de Miranda. Pero no era una foto mía, ni siquiera conocía a la persona que la hizo, así que no pude hacer nada al respecto. Podría haberme puesto en contacto con quien la realizó y pedirle que la eliminara, pero Miranda le conocía, por lo que eso no habría hecho sino llamar su atenci3n... Podría haber sido peor que dejarla ahí. Yo no estaba etiquetada en ella ni nada por el estilo..., pues, por supuesto, nadie sabía mi nombre. Y se me veía distinta. Había que mirar con detenimiento y saber exactamente qué se buscaba. ¿Por qué iba alguien a observar una instantánea de hacía catorce años entre miles de fotos del pasado? Pensé que estaba a salvo. Estuve a salvo.

—Eres tú —afirma—. Siempre he sido buena fisionomista. —Niega con la cabeza, como si intentara despejársela—. Todo tiene sentido. ¡Pero vaya si has cambiado! Has adelgazado. Te has teñido el pelo. Pero no hay duda de que eres tú.

—No, te equivocas —digo—. No puedo ser yo. Estaba en Bath.

Siempre me he enorgullecido de mis caras de póquer y de mis dotes para la interpretación, pero de repente todo lo que digo suena falso, como la mentira que es. Me doy cuenta de que no debería haber dicho eso. Tenía que haberme limitado a replicar que no sabía de qué estaba hablando. Al negar sus acusaciones, he confirmado que tiene razón.

Hago otro intento de salvarme.

—Tal vez fuera de visita un par de fines de semana. Tenía amigos en Oxford, claro está.

Pero es demasiado tarde para todo. Al fondo oigo una especie de coro griego: «Mentira, mentira, mentira».

De todos modos, parece que da igual. Es como si ni siquiera me hubiera oído. Empieza a hablar:

—El acoso se acabó casi al mismo tiempo que empezaste a salir con Mark. Durante un tiempo supuse que era él, volví a pensarlo hace poco. Siempre ha tenido debilidad por mí, pero eso ya lo sabes. Ahora lo entiendo. —Se queda callada unos instantes antes de decir—: ¿Sabes que me dabas un poco de pena? Pensaba que Mark te estaba utilizando, por el ligero parecido que tienes conmigo. Katie fue quien me lo hizo ver, yo nunca me habría dado cuenta. Pero era al revés, ¿no?

—Solo quiero ser tu amiga. —Sé cómo suena, lo oigo. Desesperado..., patético. Pero mentir no tiene sentido. Ahora ya lo sabe todo. Más vale que salga toda la verdad.

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

—¿Qué aspecto tenía? —pregunto—. ¿Seguro que era una mujer?

Iain aprieta los ojos. Se ha quedado muy pálido. Espero que sea por el dolor, no por la pérdida de sangre, pero sospecho que se trata de esto último. He visto morir a muchas personas en una ambulancia por culpa de heridas que no eran mucho más graves.

—Iain, ¿qué aspecto tenía?

—Solo era una mujer —dice—. Bueno, dos mujeres.

—Debiste de ver algo más —replico—. ¿De qué color tenía el pelo la asesina?

—No sé —responde antes de emitir otro gemido—. Supongo que de color claro. Rubio, tal vez. No estoy seguro. Es difícil ver bien. Pero morena no era.

Parece estar seguro de ello. Dos clientas, Samira y Katie, son morenas sin lugar a dudas. Quizá Iain no sepa el tono exacto de pelo de la asesina, pero ninguna de estas dos mujeres lo tiene de color claro.

Y entonces se me ocurre otra cosa.

—Iain, ¿es verdad que no cogiste el rifle?

—¿Por qué iba a mentir? —se queja—. Ahora ya lo sabes todo. ¿Por qué iba a mentir al respecto?

Lo que dice tiene sentido. Pero yo no quiero que sea verdad. Porque, si lo

es, la asesina tiene un rifle. Y hemos cometido un grave error al subir aquí arriba.

Miranda

Un día antes

Año Nuevo de 2019

Salgo rápidamente de la cabaña. Oigo a Emma bajando los escalones detrás de mí.

—Miranda —dice—, por favor, por favor, escúchame. Nunca tuve intención de disgustarte.

No respondo. No puedo mirarla ni hablar con ella. No tengo ni idea de adónde me dirijo. Ni a mi propia cabaña, ni al Lodge. En cambio, me doy cuenta de que corro en dirección al sendero que discurre por una orilla del lago. Tengo la idea vaga de llegar a la estación, de ir a esperar un tren. ¿A qué hora dijo Heather que salía? A las seis de la mañana. No debe de faltar mucho. Soy consciente de que sigo borracha, más de lo que pensaba, y de que probablemente este plan presente ciertos problemas, pero tengo el cerebro demasiado borroso para pensar en ellos. Ya los solucionaré cuando llegue. Por ahora, tengo que huir.

Me interno en el bosque. Está más oscuro, pero el destello de la luna se filtra por entre las ramas y parpadea encima de mí como luces estroboscópicas. «La estación está muy lejos», dice una vocecilla desde algún recodo de mi cerebro. Aparto la idea. Podría correr así el resto de mi vida. Cuando estás borracha, no te duele nada.

El único obstáculo que considero es el puente de la cascada. Tendré que ir con cuidado.

Entonces, de repente, veo una silueta negra en el sendero un poco más adelante. Un hombre. Da la impresión de ser un retal del tejido de la noche. Lleva una capucha, como la personificación de la muerte. Solo distingo el destello blanco de sus ojos. Acto seguido, se aleja de mí colina arriba, por encima del sendero. Se interna en el bosque y desaparece en una pequeña construcción que queda casi escondida.

Me tambaleo durante unos segundos en el borde del puente. ¿Acaso va a venir corriendo a agredirme? No le ha gustado que lo viera, eso me ha quedado claro. De repente me siento mucho más sobria que antes. Es por culpa del miedo.

—Manda.

Me giro. Oh, cielos. Emma acaba de doblar el recodo del sendero. Mi vacilación le ha dado tiempo de alcanzarme.

—Manda —repite, sin aliento, caminando hacia mí—. Solo quería ser tu amiga. ¿Tan terrible es?

Emma

—Nunca fuiste mi amiga realmente —dice ahora—. Las amigas no se hacen estas cosas.

—No digas eso.

—Además, solo lo eras por tu relación con Mark. Nunca te habría elegido como amiga. A decir verdad, siempre me has parecido un poco sosa. Siempre he pensado que te faltaba profundidad. Y siempre me pareció que te esforzabas demasiado. Ahora todo cobra sentido.

Siento un dolor terrible bajo las costillas, como si hubiera metido sus manos dentro de mí y me estuviera estrujando, apretando.

—No lo dices en serio —replico.

—¿No? —replica—. Sí, sí que lo digo en serio. —Está sonriendo. Tiene un rostro bello y cruel—. Prefiero esta versión de ti. Mucho más interesante. Aunque seas un puto bicho raro.

Eso me duele.

—No me llames así.

—¿El qué? —Ahora parece una abusona de patio de colegio—. ¿Puto bicho raro?

Los recuerdos afloran desde algún lugar oscuro, enterrados hace tiempo, la niña más admirada del curso que se parece, sí, ahora soy consciente de ello, bastante a Miranda. No me había dado cuenta con anterioridad. Los dos rostros: el que recuerdo y el que tengo delante parecen converger. Por aquel entonces, di un empujón a aquella niña, un fuerte empujón en el centro del pecho y cayó de espaldas en el arenero.

—¡Dios mío! —dice Miranda—, y nos llamamos amigos íntimos, mejores amigos, los que permanecen cuando todos los demás van desapareciendo. Pero esa otra gente era la más sensata. Se dieron cuenta de que lo único que nos unía era una historia endeble. Bueno, voy a coger el tren y a empezar una nueva vida, en la que no tenga que veros a ninguno de vosotros. Sobre todo a ti.

—No digas eso, Manda.

—No me llames así. No tienes derecho hacerlo. ¿Puedes salir del puente? Me parece que no está hecho para que pasen por él dos personas a la vez.

No me muevo.

—Es imposible que hables en serio, Manda. Lo único que he querido era estar cerca de ti, formar parte de tu vida.

Extiende las manos, como si quisiera protegerse de mis palabras.

—Déjame en paz, eres una puta psicópata.

Esa palabra lo desencadena todo. Alargo mis manos y la cojo por el cuello. Ella es más alta y más fuerte que yo, probablemente gracias a las clases de boxeo y de Pilates. Pero yo cuento con el elemento sorpresa. Llegué aquí antes.

No tengo ningún plan en concreto. Solo quiero que deje de hablar y de soltar esas cosas horribles que sé que no dice en serio. Cuánto me ha decepcionado. ¿Cómo es posible que considere que esos regalitos —las notas bien pensadas— son obra de una psicópata?

Ella es como aquel adulto que intentó diagnosticarme, hace mucho tiempo. No es psicopatía, de hecho, sino trastorno de la personalidad. Es el término «oficial» para lo que se supone que tengo.

Pero yo sé cuál es la definición verdadera. La sensación que queda detrás de todo ese esfuerzo. Todos esos hurtos y devoluciones, todo el trabajo que me

supuso seguirle el rastro, conseguir gustarle a Mark, pasar a formar parte de su grupo de amigos.

Amor. Eso es lo que es.

No sé cuándo me doy cuenta de que ella ya no emite ningún sonido. Se ha quedado extrañamente pesada, lánguida entre mis brazos, desplomada hacia delante, de manera que aguanto todo su peso. Con una especie de horror irreflexivo, la aparto de un empujón bastante fuerte. Como cuando empujé a aquella niña en el colegio, la que se mofaba de mí por vestir como ella, por seguirla cuando volvía a casa. No le causé ningún daño grave, solo una fractura en el codo. De todos modos, bastó para que la directora llamara a mis padres a su despacho y que ellos anunciaran que yo me iría del colegio antes de que ella tuviera siquiera tiempo de pronunciar la palabra «expulsión». Mejor para la reputación de todos los implicados que no se armara demasiado revuelo con la situación.

Lo que pasa es que en aquella ocasión la niña cayó en la arena.

Se me había olvidado. Lo juro. Se me había olvidado que estábamos en el borde del puente, a unos doce metros por encima de una cascada helada. Cuando cayó, la cabeza se le fue hacia atrás y las extremidades se le quedaron flojas como las de una muñeca de trapo, casi cómicas, como aspas de un molino. A continuación, desapareció y se produjo un largo silencio.

—¿Manda? —llamo con suavidad. Pero creo que ya sé que no va a contestar de ninguna de las maneras—. ¿Manda?

Solo el silencio.

Cuando miro, ahí está. Es como si durmiera. Salvo que las piernas le forman un ángulo curioso, separadas, y qué elegante es, mi Miranda. Luego está la flor roja que le rodea la cabeza allá donde se ha golpeado contra la roca, un brote estelar, una supernova roja, y algo más, más pálido que se mezcla con su sangre, acerca de lo que no quiero pensar.

Miro a mi alrededor. ¿Alguien nos ha visto? El paisaje está totalmente desértico. No hay nadie en ningún sitio. No me gusta el aspecto del edificio pequeño, encaramado sobre la cascada. Pero ahí no hay nadie, claro está, está igual que lo hemos visto todo el fin de semana: las ventanas oscuras como ojos vacíos.

Sigue nevando, como el telón que cae tras el acto final. O un manto blanco que cubre el hermoso cuerpo destrozado caído en la cascada. Cubre mis huellas y las llena a medida que me alejo, como si nunca hubieran estado ahí.

Empiezo a llorar. Por ella, por mí, por lo que he perdido.

Heather

Ahora

2 de enero de 2019

—Doug, tengo que volver al Lodge ahora mismo —digo—. Tú quédate aquí y asegúrate de que está bien.

—Ni hablar —responde—. No pienso dejarte salir corriendo para que acabes matándote. Vamos juntos.

Las palabras que elige me sorprenden. «Matándote.» Resume una idea que ha estado rondándome. Porque, cuando decidí subir al viejo Lodge, sabía que corría peligro. En ese momento, estaba bastante convencida de que Iain tenía un arma. Sabía que podía acabar muerta. Jugaba con esa posibilidad. Sí, era equiparable a una misión suicida. Y no, no quiero analizar con demasiado detenimiento lo que eso implica.

Doug me ayuda a levantarme. Ese movimiento repentino hace que todo me dé vueltas, había olvidado la herida que tengo en la cabeza y me tambaleo hacia él. Me rodea con un brazo para enderezarme. Noto la calidez de su cuerpo, incluso a través de la ropa. Doy un paso atrás.

—¿Qué hacemos con él? —Señalo hacia Iain.

—Está bien. Déjalo aquí pensando en lo que ha hecho.

—No tiene muy buen aspecto, Doug.

Es verdad, aunque también es cierto que no se le ve peor. Da la impresión de que el vendaje improvisado de Doug ha servido para parar la hemorragia.

—No estoy bien —dice Iain—. No estoy nada bien. Llevadme con vosotros.

—Si fuera grave —dice Doug con crudeza—, habrías perdido el conocimiento hace media hora. Puedes quedarte aquí hasta que volvamos a recogerte, cuidando de tu preciado alijo.

Se me ocurre que quizá haya alguna posibilidad de tener cobertura en el móvil. De vez en cuando, en la cima, cobra vida. Lo saco, lo balanceo en el aire, activo y desactivo el modo avión y, por último, con un grito triunfante, consigo una barra solitaria.

—¿A quién llamas? —pregunta Doug.

—A la policía.

Iain se estremece, como si alguien le hurgara en la herida del hombro.

Me percató de que mientras estábamos aquí ha dejado de nevar. Ahora el helicóptero de la policía podrá llegar hasta nosotros. Pero no son conscientes de la urgencia de la situación.

—Por favor —le digo al operador—, pásame con el inspector jefe John MacBride. Tengo algo muy importante que decirle.

Emma

¿Quién creéis que cogió ese rifle del almacén? ¡Yo, por supuesto! ¡Tachán!

Con el paso de los años, me he vuelto bastante experta en fijarme en ciertas cosas. Y tengo una memoria que podría considerarse fotográfica. La contraseña se me quedó grabada en el pequeño archivador de mi cabeza en cuanto el grandullón del guardabosques la tecleó.

Sinceramente, no sé qué le vio Miranda. Siempre ha tenido muy mal gusto con los hombres.

Hay un teléfono que no para de sonar en la oficina que hay al otro lado del vestíbulo desde la sala de estar.

—¿Por qué no responden? —pregunta Mark—. Ella o él. Quizá sea importante. Tal vez sea la policía o algo así.

Esperamos mientras deja de sonar unos instantes antes de que vuelva a hacerlo al cabo de unos minutos.

—Voy a ir a echar un vistazo —digo—, a ver qué pasa.

El resto del Lodge parece especialmente tranquilo. Es el silencio del vacío. Incluso antes de empujar la puerta para abrirla, sé que el golpecito que doy es superfluo. No están aquí. Ni Heather ni el idiota del guardabosques. El sonido es tan fuerte que casi parece vibrar en el silencio.

Descuelgo el auricular.

—¿Diga?

—¿Hablo con Heather Macintyre? —La voz del otro lado de la línea suena

tan joven que parece preadolescente—. El inspector jefe John MacBride me pidió que la telefonara. He probado a llamarla a su móvil, pero me salta el contestador.

De forma instintiva, decido decir, modulando la voz para imitar el acento de Edimburgo (ya he dicho que siempre he sido buena actriz):

—Sí. Heather al habla. ¿En qué puedo ayudarle?

—El inspector jefe va de camino en el helicóptero. —Lo dice con un placer inconfundible, como si disfrutara con el dramatismo de la situación.

—Por fin —respondo—. Una noticia excelente.

No tienen manera de atribuirme la muerte de Miranda a mí, pienso, ni siquiera aunque saquen su magia *CSI* y analicen el ADN y las fibras..., pues llevaba puesto el abrigo de Mark, y nuestro ADN estará mezclado por todas partes. No tendrá nada de extraño que Miranda tenga escamas de mi piel en la de ella o pelos míos. Hemos viajado juntas en un tren, hemos comido, hemos bailado y nos hemos abrazado durante los últimos días. Le debo a Miranda que no me pillen, fíjate. Todavía tengo una posibilidad de vengarla.

—También ha dicho... —continúa el operador. Juro que escucho un gallo en su voz como si le acabara de cambiar (cielos, si contratan a gente tan joven para encargarse del teléfono temo incluso menos a esos lerdos de lo que me pensaba)—, también ha dicho que no haga nada que pueda alarmar a la... sospechosa.

—¿Sospechosa? —pregunto.

—Sí..., bueno, por supuesto —habla atropelladamente, como si supiera que ha cometido un error—, no lo será oficialmente hasta que se haya evaluado la situación. Pero me refiero a la mujer que usted dice que vieron esa noche con la víctima.

La mujer.

Quiero pedirle que lo repita, más que nada para estar segura..., aunque sé

perfectamente qué he oído. Pero si se lo pido, despertaría sospechas.

No lo entiendo, si nadie vio nada. Me reprimo para no decirlo. Mi conmoción hace que pierda el control de forma momentánea. Quizá se refieran a Katie, pienso al azar. Sí, debe de ser eso. Tal vez Julien la haya implicado para salvar el pellejo, o algo por el estilo...

Salvo que no sé si puedo permitirme el lujo de pensar de ese modo.

No es la cárcel lo que temo. Merezco pagar por lo que he hecho. Aunque ningún castigo será peor que el que me he infligido yo misma, la pérdida de Miranda: mi ídolo, mi modelo a seguir. Lo que temo es no tener tiempo de vengarla. Bueno, tendré que acelerar los acontecimientos.

Katie

—Katie —dice Emma con tono apremiante—, ¿podemos hablar fuera?

Me pregunto de quién era la llamada que acaba de contestar. Parece ser la más afectada por la muerte de Miranda. Supongo que Julien y yo tenemos que lidiar con nuestra culpa, lo cual complica la situación. Todavía no he alcanzado a decidir qué sentimiento me domina más: si el dolor o el odio que siento por mí misma. En cierto modo, todo esto parece culpa nuestra. Pero Emma se ha pasado el día contemplando el suelo, sin apenas articular palabra. Ha corrido a responder a ese teléfono como si esperara que alguien llamara para decir que se había producido un terrible malentendido: que, al final, habían encontrado a Miranda con vida, que todo lo demás había sido un grave error.

—Por favor —dice—, es importante.

—De acuerdo. —Me levanto y la sigo. Me guía por el pasillo, hacia la puerta delantera del Lodge, donde la nieve se ve prístina y blanca cual edredón junto al lago. Me doy cuenta de que ha dejado de nevar. Es una buena noticia, ¿no?

—¿Quién ha llamado? —le pregunto—. ¿Era la policía?

—Sí. Resulta ser que tienen a un sospechoso.

—¿Quién? —pregunto.

—Acércate —dice. Tiene el rostro contraído por alguna emoción poderosa que no soy capaz de interpretar. Me hace señas con la mano—. No quiero que los demás nos oigan.

Esto solo puede significar una cosa, que es uno de nosotros: Mark, creo. Sé

que no puede ser Julien, cuando me desperté de un sueño intermitente, estaba a mi lado en el sofá, con la boca abierta. De hecho, tuve que comprobar dos veces que estaba vivo. Debe de haber sido Mark. Oh, cielos, eso explica la extraña expresión de Emma.

—Emma —digo, caminando hacia ella—, ¿es... es quien creo que es? — Siempre ha estado obsesionado con Miranda. La avisé, pero ella se lo tomó a risa. Siempre pensó que sabía manejar la situación.

Ahora Emma hace una cosa rara. Se inclina y barre la nieve con la mano, como si estuviera buscando algo.

—¿Qué haces? —pregunto.

Cuando se incorpora veo que sostiene algo. Tardo unos instantes en percatarme de qué es. Tengo la impresión de que mi cuerpo lo ha reconocido antes de que mi mente lo haya procesado: de repente se me paralizan las extremidades y la columna se me queda rígida.

—Emma, ¿qué haces con eso?

Da la impresión de no procesar la pregunta. Le ha cambiado la cara. Parece una extraña, no la mujer que conozco desde hace tres años.

—Todo lo que le ha pasado es culpa tuya —sisea—. Si no se hubiera enterado de lo nuestro, de nuestro asqueroso lío, no habría estado tan disgustada. No habría dicho las cosas horribles que dijo. No fue culpa de ella, ni mía. Ha sido vuestra.

Al comienzo, cuando intento hablar, solo puedo formar las palabras en el interior de mi boca y no dejo escapar más que una burbuja de aire. Soy consciente del insólito ruido ensordecedor, escandalosamente alto, que nos rodea, el sonido del algo que tamborilea, bum, bum, bum, como un latido gigantesco. Sin embargo, no veo nada que le dé sentido. Y, al fin y al cabo, tal vez sea la circulación rápida de la sangre en los oídos.

—No lo entiendo, Emma. No entiendo qué quieres decir.

—Por supuesto que no —dice—. Porque eres demasiado tonta. —Escupe la palabra—. Nunca la mereciste como amiga.

Veo que le cambia algo en la expresión; un espasmo de dolor. Lo entiendo.

—Fuiste tú —digo.

No responde. Se limita a enarcar las cejas y hace algo con el rifle de forma que emite un siniestro clic. Lo alza, a la altura de mi esternón.

«No disparéis en la cabeza —oigo las palabras del guardabosques—. Disparad al cuerpo, donde están agrupados todos los órganos internos. Un disparo ahí tiene muchas más posibilidades de resultar mortal.»

Veo el rostro de Emma igual que después de disparar al ciervo, ungido de sangre y vísceras, marcado como el de una asesina.

No tengo tiempo de nada antes de oír el sonido del estallido, ya conocido. Siento que algo se cierra en mi interior con una fuerza terrible. Cuando caigo al suelo, todo se ennegrece.

Doug

Tienen la impresión de que el Lodge está lejísimos, mucho más abajo de lo que les pareció al subir, por extraño que parezca. Bajo la nieve, hay marañas de brezo que les tiran de los tobillos y amenazan con hacerles tropezar a cada paso. Pero también es el conocimiento que ahora poseen, el hecho de entender lo peligrosa que puede ser la situación en el Lodge. Han cometido un grave error al dejar a los clientes solos. Pero sabiendo lo que Iain podría haberle hecho a Heather de no haber aparecido Doug, él no puede lamentar haber actuado como lo ha hecho.

Al final, llegan al sendero que los conecta con el Lodge. Y entonces una enorme ave metálica empieza a descender desde las nubes, las palas zumban con un palpitar ensordecedor. Durante unos instantes, Doug tiene la sensación de remontarse nueve años atrás a un lugar de temor y oscuridad, a pesar de la cegadora luz del desierto, y el helicóptero se transforma en un instrumento de guerra: un apache que les sobrevuela en círculos, intentando distinguir las posiciones enemigas. Se recuerda que se trata de la policía, que es una buena señal. Los enormes pinos escoceses se desprenden de su cobertura de nieve y se mecen a consecuencia de la corriente de aire que forman las palas.

Entonces Heather grita horrorizada y aprieta el paso. Por increíble que parezca, es él quien tiene dificultades para seguirle el ritmo. Entonces ve lo que ella ha visto. Las dos mujeres, una rubia y otra morena, cara a cara delante del Lodge. La rubia está agachada para desenterrar algo de la nieve. Él sabe lo que es antes de verlo emerger en la mano de ella. El cañón largo y elegante,

letal desde lejos, pero a una distancia de tres metros, el hueco que queda entre ellas, resulta catastrófico.

Por fin llegan al terreno llano. Y antes de que pueda impedírselo, Heather corre a toda velocidad hacia ellas. Ninguna de las dos mujeres la ve, están demasiado concentradas la una en la otra. Doug también echa a correr hacia la que empuña el rifle. Es demasiado tarde. Cuando el arma dispara, ve que Heather salta hacia la mujer morena y la aparta.

Él ve una explosión en un lugar lejano, ese terrible momento, los hombres, sus amigos, todos muertos por culpa de su vacilación. Regresa al presente a la fuerza y se lanza junto a ella, donde la nieve ha quedado salpicada con su sangre.

EPÍLOGO

Heather

Cuando me desperté, después de un sueño inducido por opiáceos, no tenía ni idea de quién era y mucho menos de dónde estaba. Doug fue la primera persona a la que vi.

—Hola —dijo—. Espero que no te importe que esté aquí.

Antes de marcharse, la enfermera dijo:

—Tienes un hombre maravilloso. Lleva sentado en el mismo sitio desde que entraste en el quirófano, esperando a que despertaras.

Miré a Doug. Parecía abochornado, como si le hubieran pillado en falta.

—He tenido que decirles que éramos pareja —reconoció en voz baja—. De lo contrario, me habrían echado. Espero que no te importe.

Tenía la mano a escasos centímetros de la mía, apoyada en la sábana. Levanté la mía, no sin esfuerzo, para posarla sobre la suya. Me pareció milagrosamente cálida y viva. Era la primera vez que tocaba a otro ser humano de forma significativa desde hacía mucho, mucho tiempo.

A lo largo de las siguientes dos horas llegaron todos después de conducir un buen rato desde Edimburgo: los amigos cuya felicidad y plenitud había evitado durante un año. Y, por supuesto, mi familia, con mi madre repitiendo «Ya sabía yo que ese sitio tenía algo malo». Y entonces me di cuenta de que soy una persona querida. De que quiero. He perdido a mi gran amor, aquel que me definió durante años, que se había convertido en la suma total de quien soy,

hasta el punto de que, cuando desapareció, estaba convencida de que no me quedaba nada por salvar.

No sé a ciencia cierta qué me impulsó a hacer lo que hice. Vi la escena ante mí, como a cámara lenta, y me di cuenta de que había tiempo y de que contaba con la ventaja del elemento sorpresa. Podía hacer algo. Ni siquiera pensé en el peligro al que me exponía, no había tiempo para hacerlo. Ni siquiera pensé en ello cuando la bala me atravesó el abdomen. Hasta que me quedé tendida en el suelo sin respiración y sentí una oleada de dolor intensísimo, no estuve convencida de que debía de estar muriéndome. Pero ahora me pregunto si quizá lo que me impulsó a actuar así fue el recuerdo de que Jamie siempre pusiera la vida de los demás por delante de la suya.

Iain está bien. De hecho, se encuentra en algún sitio de la misma planta que yo. Con escolta policial, claro. Según Doug, tenía tanto dolor que confesó entre sollozos cuando él acompañó a la policía al viejo Lodge. Parece ser que era un eslabón de una cadena mucho mayor: las drogas procedían de un laboratorio de Islandia. ¿Ingvar y Kristin? No eran esos sus nombres verdaderos, obviamente. Esas mochilas iban cargadas de algo mucho más valioso que el equipamiento para hacer senderismo. El jefe de la estación recibía más del doble de su salario por hacer la vista gorda. Unas cuantas maletas inocuas que se descargaban en el otro extremo del andén, entregadas a los socios de los clubes del jefe. Y Nochevieja es el mejor momento para hacerlo: todo el mundo está distraído y los servicios de emergencias están al máximo de su capacidad.

Quien hacía funcionar todo el engranaje era el jefe, por supuesto. Resultó ser que él e Iain se conocían desde hacía mucho tiempo. De joven, Iain había cumplido una condena larga en prisión por robo de coches y había salido sin opciones. Al final, había conseguido un trabajo como gorila en un club selecto de Londres. El propietario del club le había hecho una propuesta: un trabajo

fácil, mejor pagado, un nuevo comienzo. Resultó ser que las drogas eran la principal fuente de ingresos del jefe desde hacía tiempo. No los clubes, ni tampoco el Lodge, aunque ambos le ofrecían una buena coartada, eran dos de las etapas del viaje del producto desde un laboratorio islandés hasta los usuarios finales forrados. Le pillaron dando sorbos a un zumo de naranja en una sala VIP de Heathrow, a punto de largarse del país.

Fue un gran golpe para la comisaría de policía de Fort William. Una operación antidroga y un asesinato, todo en el mismo entorno aislado y sereno. He llegado a la conclusión de que ese entorno natural no está hecho para mí, y no solo por las drogas y el asesinato. Echaré de menos mi chapuzón matutino en el lago, claro está. Y, para mi sorpresa, añoraré a mi taciturno compañero de trabajo. Doug ha aceptado venir a pasar un fin de semana conmigo en cuanto me instale de nuevo en Edimburgo. Me he comprado un sofá cama para invitados que puedo usar o no. Antes tiene sus propios asuntos que resolver, su viaje particular que hacer para poder continuar en la vida. Creo que los dos hemos estado viviendo en el limbo. Los dos hemos huido de la muerte y, al hacerlo, hemos escapado también de todo lo demás. Ahora ha llegado el momento de continuar con la difícil tarea de vivir.

Katie

Me quedan pocas semanas para dar a luz. Corrí el peligro de perder el bebé después del placaje que me tiró al suelo, pero la niña está bien. Sí, voy a tener una niña. Trabajaré hasta que salga de cuentas. He estado trabajando mucho, haciendo muchas horas y funcionando con menos horas de sueño de las que debería en mi estado, pero me ha servido de distracción. Todo mi embarazo se ha visto afectado por el dolor por la pérdida de Miranda. Sí, dolor. Sé que casi resulta difícil de creer, teniendo en cuenta lo mala amiga que fui en los últimos tiempos. Y por cómo era ella conmigo. Es verdad que Miranda no siempre me caía bien. A veces la odiaba con todas mis fuerzas. Pero la quería. Es lo que pasa cuando conoces a alguien desde hace tanto tiempo. Ves sus defectos, sí, pero también conoces sus virtudes, y a Miranda le sobraban. Nadie era capaz de animar una fiesta como ella. Nadie era capaz de dejarte su mejor vestido sin dudarlo un momento. Y no existen muchas chicas admiradas de trece años que pongan en juego su reconocimiento social para rescatar a una marginada. A su manera, era completamente única. Nadie podía ser una aliada más férrea. Y, sí, nadie podía ser una enemiga más acérrima.

Aparte, quizá, de otra persona.

Emma estuvo espectacular durante el juicio, muy arrepentida y afligida. Fue muy bien vestida, aunque sin exagerar. Todo parecido con Miranda se había desvanecido, el rubio seductor, la mujer fatal. Supongo que es mejor no optar por parecer una mujer fatal cuando te juzgan por asesinato. Se había teñido el pelo de un color rubio ceniza, más parecido al suyo natural, iba con una blusa de cuello alto con ribetes de aspecto victoriano: una prenda digna de la

cantante de un coro o de una maestra de escuela. Lloró mientras contaba que Miranda había empezado a mofarse de ella acerca de su trastorno, a pesar de sus intentos por explicarse. Oh, por supuesto que no tenía intención de estrangularla, dijo. Se había producido una pelea, sí, después de que Miranda le dijera unas cuantas cosas horribles e imperdonables. Fue en defensa propia. Miranda estaba borracha y vengativa, había ido a por ella con uñas y dientes. Ella la había empujado y, entonces, al darse cuenta de las consecuencias del empujón, había intentado salvarla sujetándola por lo que tenía más a mano: el cuello.

No, no me pareció muy probable, y a la acusación tampoco. Debería resultar imposible no condenar a alguien habiendo tantas pruebas. Pero vivimos en el mundo de la posverdad. El jurado se lo tragó. No podía condenarla por asesinato. No a aquella persona educada, discreta y mansa que les recordaba a la hija de algún amigo o a una compañera de la escuela. Las personas como ella no asesinaban. No había sido un asesinato, sino un accidente desafortunado.

Los periódicos lo compararon con el caso de la otra alumna de Oxford que había apuñalado a su novio con un cuchillo del pan. Las personas como ellas no van a la cárcel. La defensa, mientras tanto, pintó con regocijo una imagen de Miranda de persona desgraciada: alguien cuya vida se desmoronó bajo una fachada reluciente. Bebía en exceso y consumía drogas... Al fin y al cabo, había sido ella quien había suministrado las drogas a nuestro grupo la primera noche de las vacaciones. Era importante decir que Emma se había abstenido de tomar nada. Y Miranda era propensa a un comportamiento errático, de abusadora, arguyó la defensa: bastaba con pensar cómo había obligado a Mark a beber todo aquel champán, y a mí me había coaccionado para que entrara en el lago helado. Controladora, maníaca, desequilibrada... Había estado haciendo psicoterapia, ¿no?

«Homicidio involuntario», ese fue el veredicto. Y una pena de cuatro años. Emma, la mujer que dio un empujón mortal a mi mejor amiga y que intentó matarme, saldrá de prisión dentro de cuatro años. Intento no pensar en ello.

Con respecto a los demás, aparte de Nick y Bo, claro está, estaba en lo cierto al sospechar que no tenemos nada en común. En realidad, Miranda había sido nuestro vínculo. Y la historia, supongo: la fuerza de la costumbre. No es mi intención salir bien parada. No me comporté mejor que los demás, pero tampoco peor que algunos de ellos. Sin embargo, ¿acaso no es eso parte del problema? Los viejos amigos no cuestionan nuestros defectos. No he sido una buena persona. Necesitaba que algo me lo demostrara. Ojalá no hubiera sido esto.

Ahora el grupo se ha fragmentado. El círculo íntimo ha implosionado desde dentro. Ya no tiene núcleo, ninguna alta sacerdotisa. Imagino que Samira y Giles continúan felices en Balham con sus amigos del National Childbirth Trust, que no se drogan ni apuran botellas de champán y, ya puestos, tampoco se matan entre sí.

Nick y Bo vuelven a mudarse a Nueva York. Mark ya ha conocido —le ha faltado poco y que cada uno lo interprete como pueda— a una sustituta de Miranda en la agencia en la que trabaja. Julien es quien ha tomado el camino más radical. Se ha ido un mes a una clínica de desintoxicación en Goa, aunque con la ágil profesora de yoga que tenía en el gimnasio de la City, quizá tenga ganas de algo más, aparte de convertirse en maestro zen. Me ha dicho que volverá a tiempo para el parto..., ¡qué mala suerte! Si pudiera tener este bebé sin necesidad de volver a ver al padre, creo que no me importaría especialmente. Ahora estaré de por vida vinculada con él. El padre de mi hija. No es precisamente la ruptura total que yo habría deseado, con él y, ya puestos, con todo el grupo. De todos modos, por lo menos ya no tengo que volver a irme de vacaciones con ninguno de ellos.

Ahora me gustaría conocer a gente por quien soy en estos momentos, no por quien fui en el pasado. A gente que no espere de mí que adopte un papel en el que ya no encajo, que no me vea como un proyecto en el que trabajar..., sino que me vea como una persona completa, ya formada.

La semana pasada, cuando concluimos nuestro último caso en el bufete, decidí ir a tomar algo, cosa rara en mí, con mis compañeros. Yo tomé flor de saúco. Lo cierto es que no me desagradan. Tal vez incluso sean gente normal cuando no están sumidos en el ambiente enrarecido del bufete, dándole vueltas a los contratos como en una rueda de hámster. Hay un hombre, Tom, del equipo de litigios, que no está nada mal cuando se quita la americana arrugada del traje y las gafas y se relaja.

Tal vez haya llegado el momento de hacer nuevos amigos.

Agradecimientos

A Al, por llevarme al lugar que fue la fuente de inspiración del libro, y por todos los largos paseos por la nieve urdiendo tramas, además de las veladas de lectura... ¡Sin duda te has ganado el veinte por ciento!

A mi querido Hoge: gracias por todo tu tiempo y sabia labor editorial. ¡Este libro no sería el mismo sin ti!

A mis maravillosas agentes Cath Summerhayes y Alexandra Machinist, que me apoyaron sin fisuras en esta incursión en el lado oscuro. Y un agradecimiento enorme para Luke Speed, Melissa Pimentel e Irene Magrelli.

A Kim Young, editora extraordinaria y a su fantástico equipo de Harper Collins, gracias por la pasión e imaginación que aportáis a la publicación de esta novela: Charlotte Brabbin, Emilie Chambeyron, Jaime Frost, Ann Bissell, Abbie Salter, Eloisa Clegg.

A Katherine Nintzel y a su equipo de ensueño de William Morrow Stateside: Vedika Khanna, Liate Stehlik, Lynn Grady, Nyamekye Waliyaya, Stephanie Vallejo, Aryana Hendrawan, Eliza Rosenberry, Katherine Turro.

A Jamie Laurenson y Patrick Walter de See-Saw, ¡qué contenta estoy con vuestra iniciativa de llevar el libro a la pantalla!

Un trepidante *thriller* en el que las viejas amistades no siempre son las mejores.



Fueron un grupo unido, alegre, divertido. Han pasado varios años desde que dejaron la universidad, pero les gusta reunirse de vez en cuando. Este año han elegido un idílico pabellón de caza en medio de las montañas de Escocia para pasar los últimos días del año. El viaje comienza de manera inocente: admirando el paisaje, bebiendo y recordando anécdotas del pasado. Sin embargo, el resentimiento y el peso de los secretos han ido creciendo. Creen que siguen siendo los mismos, cada uno en su papel, el de la guapa, o el de la silenciosa, o la pareja perfecta, o el outsider, pero el tiempo les ha cambiado.

Cuando se desata una tremenda tormenta de nieve el día antes de Nochevieja, el grupo queda completamente aislado del mundo. Dos días más tarde, en el primer día del año, a uno de ellos le ha tocado el papel de víctima. Entre ellos, hay otro que se ha convertido en un asesino.

La crítica ha dicho:

«Lucy Foley demuestra que la fórmula tradicional de la novela criminal sigue funcionando de manera brillante. Está soberbia.»

The Times

«Excelente en los pequeños detalles que configuran los personajes... Foley demuestra que las viejas amistades no siempre son las mejores.»

The Observer

Lucy Foley estudió literatura inglesa en la universidad de Durham y durante varios años trabajó como editora de ficción, antes de dejar la editorial en la que trabajaba para dedicarse por completo a la escritura.

Muerte en la nieve, su primera novela de suspense inspirada en un remoto rincón de las tierras altas escocesas, ha conseguido un enorme éxito desde su publicación en Gran Bretaña y Estados Unidos y ha sido traducida a varios idiomas.

Título original: *The Hunting Party*

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Lost and Found Books, Ltd.

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Mercè Diago Esteva, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: Unsplash / Aaron Burden

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6652-7

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Muerte en la nieve

Heather

Emma

Katie

Doug

Heather

Miranda

Emma

Katie

Heather

Miranda

Emma

Doug

Heather

Emma

Miranda

Katie

Doug

Heather

Katie

Miranda

Doug

Heather

Emma

Miranda

Katie

Heather

Miranda

Katie

Doug

Emma

Heather

Katie

Emma

Miranda

Doug

Heather

Emma

Miranda

Heather

Miranda

Katie

Miranda

Heather

Katie

Doug

Heather

Katie

Heather

Miranda

Heather

Miranda

Emma

Heather

Miranda

Emma

Heather

Emma

Katie

Doug

Epílogo

Heather

Katie

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Lucy Foley

Créditos